



Involuntariamente

MIIO

KOROLEV BRATVA | LIBRO 2

BROOK WILDER

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia y no deben interpretarse como verdaderos. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, existentes o no, es pura coincidencia.

INVOLUNTARIAMENTE MÍO copyright @ 2024 por Brook Wilder y Scholae Palatina Inc. Todos los derechos son reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de manera alguna sin permiso escrito, excepto en el caso de breves citas incluidas en artículos críticos o reseñas.

TABLA DE CONTENIDO

INVOLUNTARIAMENTE MÍO

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

INVOLUNTARIAMENTE MÍO

Prólogo
Ludovico

Las puertas del club se abrieron y salí con dos mujeres del brazo, seguidas de cerca por mis socios. Llovía, y tuve paraguas encima de mi cabeza en cuanto salimos a esperar mi coche.

Esta noche había sido una grata distracción de la mierda de los últimos meses. El enviado del Bogatyr me advirtió de que Mikhail y Aleksey podrían cometer alguna estupidez después de nuestro jueguito con el broche de mi hijo. Por mucho que le creyera, también sentía que soltarme un poco para divertirme no podía hacer daño.

Necesitaba distraerme. Olvidar que el engendro de Aleksey crecía dentro de mi hija, la hija que yo mismo le había entregado por propia voluntad. Quería olvidar que había hecho un pacto con el diablo en nombre de la venganza.

Todavía me zumbaban los oídos por los sonidos del club cuando les di a mis dos compañeras un buen apretón en el culo. Se me dibujó una sonrisa en la cara al pensar en lo que ocurriría esta noche. Era exactamente la distracción que necesitaba.

Cuando sonó el primer disparo, casi no lo reconocí. Entre la lluvia, el zumbido en mi oído y los sonidos procedentes del club, era difícil distinguir de qué se trataba. Sólo cuando mis propios hombres levantaron sus armas para responder a los disparos y el sonido de los gritos fue in crescendo a mi alrededor, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Un coche se alejó de la escena en cuanto estallaron los disparos. Mis ojos se dirigieron hacia él por una inexplicable razón. El hombre del asiento del copiloto me resultaba sorprendentemente familiar y quise reconocer quién era.

Pero no tuve tiempo. Algo me golpeó en el estómago y caí al suelo. Los gritos se elevaron a mi alrededor como un zumbido sordo. Una de las chicas que llevaba en el brazo también cayó cuando yo caí sobre la acera. Al mirarla vi un par de ojos sin vida que me miraban fijo. La parte delantera de su vestido rojo estaba mojada. No sabía si era por la lluvia o por su propia sangre.

Me llevé la mano al estómago y tuve la desagradable sensación de que una cálida humedad se colaba entre mis dedos.

Joder.

El caos seguía creciendo a mi alrededor. Las balas seguían chasqueando sobre mi cabeza como gomas elásticas chasqueando contra una pared. Alguien me agarró del brazo y empezó a arrastrarme lejos de la entrada del club. Intenté resistirme débilmente hasta que oí una voz.

—¡Soy yo, jefe! —dijo uno de mis hombres mientras tiraba de mí—. ¡Te sacaremos de aquí!

Asentí débilmente y miré mi mano. *Es mucha sangre*, pensé, consciente de repente del frío que

tenía.

Quería hablar, pero la boca no me funcionaba. El dolor inicial del disparo se estaba desvaneciendo y la frialdad me calaba hasta los huesos. Una parte de mi cerebro conocía la cruda realidad: *estaba muriendo*. Mis hombres podían llevarme a toda prisa al hospital, pero para cuando llegara ya estaría muerto.

Otra ráfaga de balas y el hombre que me arrastraba hasta el coche se desplomó, se retorció y se quedó inmóvil. Me arrastré como un recién nacido que acaba de aprender a controlar sus extremidades hasta que sentí el metal firme de la puerta de un coche cercano.

Me invadió una extraña sensación de paz mientras apoyaba la cabeza. Esperaba que me vinieran a la mente los remordimientos por todo lo que no iba a conseguir ahora. Estaba seguro de que en ese momento pensaría en tratos perdidos o en trabajo inacabado.

Pero ninguno de esos pensamientos surgió.

En su lugar, me vi sosteniendo a Luca en mis brazos el día que nació. Luego a Elia. Después el cuerpo de Luca mientras lo metían en la incineradora de la morgue. El peso del broche mientras se lo entregaba al enviado del Bogatyr. Luego la imagen de mi hija caminando rígidamente por el pasillo hacia Aleksey Korolev. Esa sonrisa petulante y satisfecha en la cara de él mientras me la quitaba.

No, a la mierda eso, pensé amargamente. *No voy a morir. No hasta que acabe con los Korolev.*

Las balas rebotaban contra el coche y me costó un gran esfuerzo sacar la pistola, con la mano temblando todo el tiempo. No pude apretar el gatillo, aunque lo intenté. La levanté débilmente, sólo para que cayera al pavimento mojado inútilmente. No me molesté en intentar alcanzarla.

¡Luca! quise gritar. ¿Por qué no podía hablar? ¿Qué le pasaba a mi voz? ¡Luca! ¡Elia!

Cerré los ojos. No iba a salir vivo de esta, y esa maldita pistola no iba a salvarme.

—¡Ludovico! —bramó una voz en el estruendo.

Mis ojos se abrieron de golpe al reconocer aquella voz. *Maldito Mikhail Korolev*. Debí haber sabido que sería él. ¿Cuánto tiempo llevaba este bastardo planeándolo? ¿Desde que aceptó la oferta? ¿Desde el día en que Fyodor murió?

Él no era más que una sanguijuela que no merecía comandar a los hombres que su hermano gobernaba. Existía un respeto tácito entre Fyodor y yo. ¿Pero por Mikhail? Nada.

—¡Sal, vamos, dondequiera que estés! —se burlaba de mí.

De ninguna manera iba a permitir que me encontrara agazapado detrás de un coche como este. Con un gemido, me obligué a ponerme en pie. El mundo giró sobre su eje cuando lo hice. Vi los

cadáveres de mis hombres, de los asistentes a la discoteca con sus escuetos trajes y la sangre que pintaba de rojo la acera.

Qué puto desastre.

—Mikhail —conseguí forzar las palabras, el sabor a metal cubriendo mi lengua mientras daba tumbos alrededor del coche—. ¿Me quieres? Aquí me tienes.

Extendió los brazos, con una pistola en la mano derecha.

—No tienes buen aspecto, Tarallo.

Le dediqué una sonrisa sombría, sabiendo que probablemente ahora podría ver la sangre que cubría mis dientes.

—Tú nunca lo has tenido.

Se rio entre dientes, guardando las pistolas en sus fundas bajo el abrigo mientras se acercaba. En el peor momento, me fallaron las piernas y caí al suelo, apoyando la cabeza en el parachoques trasero del coche. Lo miré fijamente, maldiciendo que en mis últimos momentos me viera tan débil.

Reconocí el hombre a su izquierda, el segundo de Aleksey Korolev. El mismo bastardo que había puesto a tantos de mis hombres bajo tierra.

—Borya —dijo Mikhail volviéndose hacia él—, hazlo.

Sacudí la cabeza.

—Cobarde —escupí sangre a los zapatos de Mikhail. Era lo menos que podía hacer.

—¿Qué has dicho? —Mikhail se arrodilló frente a mí y me levantó la cara para que mirara el cañón de su pistola.

—He dicho cobarde —intenté escupirle a la cara, pero no me quedaban fuerzas—. Si tuvieras cojones, lo harías tú mismo.

Mikhail me acarició la mejilla.

—Tienes razón, Ludovico. *Debería* hacerlo yo mismo. Después de todo lo que le hiciste a mi familia. A mi hermano. A mi sobrino.

¿Todo lo que yo hice? Quería gritar. Si este cabrón iba a matarme, al menos que lo hiciera como un hombre honesto. No inventando historias de mierda para sentirse mejor.

—Cuando tu sobrino se entere de esto —dije, apretando los dientes—. Querrá tu cabeza.

—Cuando se *entere* de esto —una sonrisa sardónica se abrió paso en el rostro de Mikhail, riendo entre dientes—. Estúpido. Él me *ordenó* que lo hiciera.

Aquello me sorprendió, y casi me dejó sin las pocas fuerzas que tenía. Desde el momento en que mi Elia volvió a casa dispuesta a defender a Aleksey Korolev, casi había creído que Aleksey podría realmente buscar un acuerdo entre nuestras familias.

Parecía que estaba equivocado. Y Aleksey estaba tratando de limpiar todos los diferentes cabos sueltos en su propia vida.

Podía respetar eso. Diablos, yo habría hecho lo mismo.

Y ahora, el daño estaba hecho. Yo estaba aquí, muriendo, y siendo burla de Mikhail. Aleksey probablemente se estaba cogiendo a mi hija en este momento. Todo se estaba yendo al infierno.

En algún lugar, una sirena sonó en la distancia. Sería sólo cuestión de minutos antes de que toda la zona estuviera llena de policías.

No estaré vivo para ver a la policía de Nueva York mirando por encima de mi cuerpo. Quizás Berkowitz echaría un vistazo e inmediatamente averiguaría qué demonios estaba pasando. Tal vez enviaría a esa perra amiga de Elia a revolver mierda en Chicago. ¿No sería eso un consuelo?

Inspirando entrecortadamente, volví a centrar mi atención en Mikhail. Los párpados me pesaban con cada respiración.

—¿Crees que alguna vez serás Fyodor? —forcé—. Tu hermano era diez veces el hombre que tú desearías ser. Y Aleksey... —solté un jadeo—, meterá una bala en tu podrido corazón cuando llegue el momento. Al igual que tú lo harás conmigo.

—Tal vez —respondió, cerrando la mano en un puño mientras presionaba el cañón contra mi herida sangrante. La llamarada de dolor me despertó un poco—. Pero habré vengado a mi hermano y habré sobrevivido a ti.

Se me escapó una risa hueca. Quizá me sentía un poco engreído, al borde de la muerte.

—Eres mucho más tonto de lo que pareces, Mikhail. Y ya eras bastante tonto para empezar.

Mi visión empezaba a nublarse y mi cuerpo estaba frío. Ya no sentía ni la punta de los dedos.

—Eres patético, Ludovico —murmuró mientras sacaba su pistola una vez más—. Pero dime una cosa. ¿Quién es el Bogatyr? ¿Está en tu nómina?

Otra oleada de sorpresa se apoderó de mí. ¿*Cree que el Bogatyr trabaja para mí?* De repente me alegré de que me resultara tan difícil hacer algo ahora mismo para no traicionar esa sorpresa en mi rostro.

—Nunca he oído hablar de él —mantuve la mirada fija en Mikhail, haciéndole una sonrisa burlona para cabrearlo. *Jódete*.

—Este es tu fin, Ludovico —dijo en voz baja mientras amartillaba la pistola—. Es el fin del nombre de tu familia. Pronto nadie recordará el apellido Tarallo en Chicago o en Nueva York. Sólo oirán Korolev, sangrarán por Korolev, ganarán dinero para Korolev. Todo por lo que has trabajado tan duro se convertirá en nuestro, y nadie recordará quién carajo eras. Así que, ¿por qué no terminar con algo de honor y decirme lo que quiero?

Honor... pensé amargamente. Aquí no había honor.

—Deberías haber pensado en eso antes de hacerme este agujero en el pecho —susurré—. ¿Crees que voy a darte un nombre? El Bogatyr no es real. Te lo inventaste porque no podías soportar la idea de que tu hermano recibiera lo que se merecía.

¿Qué esperaba él que yo hiciera? ¿Suplicar por mi vida, prometer lealtad a él y a su Bratva? ¿Traicionar al único hombre que realmente le asustaba? ¿Acaso creía que yo sabía quién era el Bogatyr?

Ni de coña.

Fue en ese momento cuando acepté un hecho frío e ineludible. Moriría como un héroe para lo que quedaba de la Mafia Tarallo. Mi cuerpo y mi vida podrían ser barridos. Pero mi nombre perduraría. Al igual que mi venganza.

Mientras el Bogatyr permaneciera. Él vengaría mi muerte. Porque su guerra era mi guerra. Odiaba a los Korolev tanto como yo. Él terminaría lo que yo empecé.

Estaba seguro de ello.

Apenas tuve tiempo de exhalar un último suspiro.

—Vete a la mierda, Mikhail.

Y ahí estaba. Ambos supimos en ese momento que yo no iba a hablar. Las negociaciones habían terminado.

Mikhail disparó una sola bala hacia mi pecho. Ya no sentí dolor cuando la bala desgarró mi carne, abriéndose camino a través de mi cuerpo. Caí hacia atrás, incapaz de mantenerme en pie, y escuché cómo los últimos latidos de mi corazón se desvanecieron en mis oídos. Mis ojos se nublaron instantes después, bloqueando todo lo que había estado en mi campo de visión momentos antes.

La oscuridad se cerraba a mi alrededor. Quería cerrar los ojos y sonreír por última vez para que Mikhail no pudiera regodearse en mí. Quise mover la cara y pensé en mi familia, en mi vida, en

mi hijo e incluso en mi traidora hija. *Ella tendría un hijo que llevaría mi sangre en sus venas.*

Y no había nada que Mikhail o Aleksey pudieran hacer para borrar eso.

Satisfecho, me solté por fin y me lancé de cabeza al cálido abrazo de la oscuridad, donde mi hijo me esperaba con los brazos abiertos.

Capítulo 1

Elia

Me detuve en la puerta, mirando el vestido de noche que llevaba. Era de un suave color verde, uno de mis favoritos. Me quedaba perfecto. El material transparente de los finos tirantes que lo sujetaban se ceñía a mis hombros.

Llevaba los pies descalzos, pero al oír el sonido del mar a lo lejos, me di cuenta de que no me importaba.

Salí a la arena fresca y dejé que mis pies me llevaran a mi destino, mientras el aire suave del atardecer despeinaba mis rizos sueltos. No sabía exactamente dónde estaba, pero en el fondo de mi corazón sí lo sabía.

Y sabía hacia dónde caminaba.

La suave luz de las velas de los farolillos iluminaba mi camino hacia el océano, el fragante aroma de las flores se mezclaba con el aire marino. Este sueño era todo lo que yo quería que fuera.

Él estaba de espaldas a mí cuando llegué al final del pasillo. La blanca camisa de vestir cubría sus anchos hombros. Los pantalones de lino caqui se amoldaban a sus bien formadas piernas. Mi corazón se aceleró al verle, aunque fuera de espaldas, y me debatí entre alejarme o no.

Era lo que yo quería, estar cerca de él, pero me dolía el pecho al pensar que se daría la vuelta.

Cuando lo hizo, respiré hondo, con el cuerpo cada vez más tenso. Quería tener sus manos sobre mí inmediatamente. Quería sentir sus labios contra los míos. Llevaba el pelo despeinado casi a la perfección, y el tono dorado de su piel se reflejaba en la tenue luz. Por primera vez desde que nos conocimos, parecía relajado y deseé tocarle la fuerte mandíbula, sentir la incipiente barba que allí le crecía.

Como si supiera lo que estaba pensando, una pequeña sonrisa cruzó sus labios, pero no fue su atractivo perfil lo que me dejó sin aliento.

Fue el pequeño bulto que llevaba en brazos. Acunaba a nuestro hijo como si su vida dependiera de ello. Como si fuera natural para él tener un bebé en brazos.

Era el escenario perfecto, tal como yo lo quería, con el océano de fondo, el cielo nocturno iluminado con el romántico gesto. Todo era perfecto, el marido con el niño en brazos y la forma en que me saludaba.

Esta era la vida que yo quería, la vida que yo había soñado fuera del alcance de mi padre.

—Ven a ver, cariño —me hizo señas, tendiéndome la mano—. Ven a ver lo que hicimos juntos. Lo que hizo nuestro amor.

—¿Amor? —pregunté, tropezando con las palabras mientras las nubes de tormenta se acumulaban en la distancia. Aleksey no me amaba. Este matrimonio no se basaba en el amor, ni siquiera en el afecto. Nuestro matrimonio había sido forzado por una fuerza invisible que aún no había revelado exactamente lo que significaría nuestra unión. No sabía si la fuerza impulsora era mi familia o la suya, pero el amor no estaba en la ecuación.

—Por supuesto —frunció el ceño, con aquella voz profunda y sensual que me producía escalofríos—. Te amo, Elia. Seguro que lo sabes.

Negué con la cabeza, dando un paso atrás.

—Tú no me amas —quería impedirme decir esas palabras, pero no pude.

Mi corazón se partió en dos al pensar siquiera que él pudiera amarme, que pudiéramos llegar a ser algo más. Él me había rechazado, había rechazado la oportunidad de que tuviéramos una vida fuera de aquella en la que habíamos nacido.

Aleksey no quería esto.

—¿Elia?

Jadeando, me di la vuelta y corrí por el pasillo iluminado con velas, levantando la arena con los pies. No era un sueño, era una pesadilla para hacerme creer que las cosas podían ser diferentes.

—¡Elia!

Las lágrimas nublaron mis ojos. Nunca tendría este tipo de vida con él. Él no quería esta vida. No quería que fuéramos felices. Aleksey sólo quería su Bratva, y por eso, estaba atrapado conmigo.

Jadeé al salir del sueño y me encontré en el oscuro dormitorio. Tenía las sábanas enredadas alrededor de las piernas y notaba la tela húmeda de la camiseta pegada a mi piel, empapada de sudor.

Pero estaba sola.

Me llevé la mano a la frente y pedí a mi corazón que calmara sus latidos. El sueño me había parecido tan vívido, dándome una idea de cómo podría ser mi vida si Aleksey hubiera aceptado alejarse de todo.

No lo había hecho, por supuesto. Y yo no sabía qué iba a pasar después.

Miré hacia su lado de la cama y vi que nada había cambiado desde nuestra discusión. Antes de dormirme, tenía más de una hora esperando a que volviera, paseándome nerviosa con la esperanza de que se estuviera tranquilizando. Aún no sabía qué había dicho mal o qué le había

hecho salir corriendo de aquella manera, pero me preocupaba que no volviera. Aleksey no sólo se había enfadado conmigo, sino que parecía asustado de que le propusiera llevar una vida así.

Como si tuviera miedo de algo.

Me froté la frente con cansancio. Justo cuando creía que los muros entre nosotros se estaban derrumbando, volvían a estar más altos que nunca, y esta vez había mucho que perder. Teníamos un hijo en quien pensar.

Yo llevaba a su heredero en mi vientre.

¿Era esa la razón por la que había huido a la primera oportunidad? Ahora que estaba embarazada, ¿había terminado de jugar a la casita? ¿Este pent-house iba a volver a ser la prisión que siempre había imaginado? Las últimas semanas habían sido tan diferentes de lo que yo había anticipado que sería este matrimonio, y, hasta cuando me envió a Nueva York, sentí que realmente se preocupaba por mí.

Que esto no era sólo un matrimonio de conveniencia o un plan construido entre nuestras familias.

Pero ahora las preguntas, los secretos, se amontonaban y, sinceramente, no sabía en quién o en qué confiar.

Aparté las sábanas, apoyé los pies en el suelo y me levanté mirando el reloj. Eran casi las seis de la madrugada y, aunque me habría encantado volver a dormir, sabía que sería inútil a estas alturas.

Miré el móvil por costumbre. Seis llamadas perdidas de Lana. Y, por último, un único mensaje: *Lláname cuanto antes.*

Sentada en la cama, reflexioné sobre las distintas posibilidades. ¿Le había pasado algo a Aleksey? ¿Acaso estaba muerto? Cada posibilidad sonaba peor que la anterior, y me quedé mirando las tres palabras de la pantalla.

Finalmente, cogí el teléfono con dedos temblorosos y marqué el número de Lana.

Lo cogió al primer timbrazo.

—Elia —dijo ella.

Sonaba cansada. Eché un vistazo al reloj que tenía cerca. Eran las seis de la mañana en Chicago, lo que significaba que en Nueva York eran las siete. Pero Lana sonaba como si no hubiera dormido en toda la noche.

—¿Qué ha pasado, Lana?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y sentí que el terror se apoderaba de mi garganta.

—Elia... —comenzó por fin Lana, con preocupación en la voz—, tu padre ha muerto.

—¿Qué dices? —parpadeé ante la noticia, sin comprenderla o sin querer comprenderla. ¿Cómo podía estar muerto? Hacía tan poco que lo había visto. ¿Cómo podía estar muerto?

—Lo siento, Elia —dijo Lana—. Le dispararon al salir del Blindfold. Uno de los peores tiroteos masivos que hemos sufrido desde que Félix Cardona incendió media ciudad. Ahora mismo seguimos trabajando en los detalles, pero es grave. Pensé en avisarte antes de que te enteraras por las noticias.

—Yo... —parpadeé—. Gracias, Lana.

Mi voz sonó uniforme. Sin emoción. Su silencio me pareció acusador, como si esperara más. Ella sabía que yo no mantenía una relación afectuosa con mi padre, pero estaba segura de que ella no esperaba este tipo de respuesta.

—Elia —dijo—, ¿hay algo que no me estás contando?

—No, Lana, no lo hay.

—¿Estás bajo presión en este momento?

—No, Lana, no lo estoy.

—Elia... hálame. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Lana —asentí—. Gracias por llamar.

—Llámame si sabes algo. Y... lo siento, Elia.

Sin despedirme, colgué el teléfono, mi mente aún se negaba a aceptar lo que acababa de oír. Padre no estaba muerto. No podía estarlo. Debía tratarse de una confusión. Todo había sido un malentendido. Eso era todo.

Lentamente, me puse una bata, me la até alrededor del cuerpo y me dirigí a la puerta.

Lana me llamaría dentro de una hora y me diría que la fiscalía acababa de cometer un error en la identificación. Que mi padre no se había ido.

Que no estaba sola. Que no era la última del apellido Tarallo.

Estaba segura de ello.

Tenía que ser.

Capítulo 2

Aleksey

—No fue bueno —suspiró Boris mientras se servía un trago. Él y el resto de los hombres del tío Misha habían regresado a Chicago hacía menos de veinte minutos. El resto de los hombres estaban fuera celebrándolo, pero él tenía órdenes explícitas de informar de todo lo que había visto y presenciado.

—Esto fue cualquier cosa menos ‘limpio’ —Boris se bebió la copa de un trago e informó en ruso. No quería que Elia supiera de qué estábamos hablando—. Tu Tío tuvo razón en una cosa. Pintó las calles de rojo con sangre.

—Joder —maldije, mientras mis zapatos resonaban en la madera—. ¡Joder! Esto no tenía que haber pasado.

—Todos tus hombres están a salvo —dijo Boris al cabo de un momento—. Todos nos largamos de allí cuando la policía de Nueva York inundó el lugar, aunque Mikhail perdió a dos de los suyos. Abatimos muchos cuerpos que no debíamos abatir. Transeúntes. Civiles. Todo fue un maldito desastre, Alyosha.

—No es esa toda la puta verdad —repliqué, con la voz pesada al darme cuenta de que esto había sido por orden mía. La sangre de esa gente estaba en mis manos. El mundo me daba vueltas, y no era por el alcohol que aún corría por mi organismo.

—¿Qué más hay? ¿Has descubierto algo nuevo? —le pregunté después.

—Sólo una cosa —respondió Boris—. El Bogatyr es definitivamente real. Ludovico siguió negando la existencia del tipo, incluso cuando Mikhail le clavó la pistola en la herida del pecho. Reconozco una burla cuando la veo, y eso fue una puta burla.

Se me heló la sangre al pensarlo. Si el Bogatyr era real, entonces el tío Misha me había estado diciendo la verdad todo este tiempo. Si Ludovico se había ido a la tumba negando la existencia del Bogatyr, ¿cómo podía estar seguro de que Elia tampoco me mentía cuando decía que ella no era el Bogatyr?

¿En quién podía confiar a estas alturas?

—No me gusta —continuó Boris—. No me gusta nada de esto. Lo que ha pasado esta noche parece el comienzo de algo que no podemos controlar. Hay demasiados factores desconocidos.

—Estoy de acuerdo —asentí. Quería servirme un trago, pero ya tenía el estómago bastante revuelto.

Por último, Boris preguntó:

—¿Cómo se lo dirás a tu mujer?

Me quedé helado. ¿Cómo se lo *diría* a Elia? No podía despertarla después de lo ocurrido esta noche y decirle que yo había ordenado la muerte de su padre y la de Dios sabe cuántos más. Simplemente no podía.

—No lo sé, Borya —admití. Era la pura verdad.

—Bueno, tienes que averiguarlo —dijo Boris sombríamente—. La policía de Nueva York llegó muy rápido. Dado el número de cadáveres, esta mierda va a llegar a las noticias nacionales. Lo último que quieres es que se entere por otra persona.

Suspiré y volví la cabeza hacia la puerta del dormitorio.

Y fue entonces cuando encontré a Elia de pie, en bata, con una expresión cenicienta en el rostro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Acaso ya lo sabía?

—Elia... —empecé a acercarme hacia ella, pero dio un paso atrás.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó con el labio inferior temblando.

Capítulo 3

Elia

Había oído lo que me pareció la voz de Boris en el pasillo cuando puse la mano en la puerta. Me detuve entonces, intentando descifrar lo que decían. Pero todo estaba en ruso. Las palabras destilaban veneno, mucho más que los ásperos giros del propio idioma.

Tu padre ha muerto, Elia. Volvió a sonar la voz de Lana.

Seguí escuchando la voz detrás de la puerta, intentando desesperadamente encontrar palabras que pudiera entender. Pero me resultaban completamente ajenas. Sentí que se me hundía el corazón mientras escuchaba.

Sólo podía haber una razón para que mi marido hablara en ruso.

No quería que yo supiera lo que decían.

Un temblor de preocupación se apoderó de mis entrañas y no traté de apartarlo. Había algo más grande en juego y necesitaba saber qué era. Tal vez ahora Aleksey admitiría algo que antes me ocultaba. Tal vez ahora me explicaría qué había provocado el repentino cambio en su comportamiento la noche anterior.

Incapaz de esperar más, empujé la puerta justo cuando Aleksey volvía la cara hacia mí. Tenía un aspecto horrible. Tenía la ropa arrugada y desprendía un inconfundible olor a alcohol. Fuera lo que fuera lo que había estado haciendo, tampoco parecía haber pasado una buena noche.

—Elia... —se aproximó hacia mí.

Di un paso atrás, con el corazón deseando desesperadamente que apaciguara mis temores. Pero una mirada a las expresiones sombrías de ambos rostros me dijo lo contrario.

Respiré temblorosamente.

—¿De qué estáis hablando?

Los dos hombres se miraron antes de que Aleksey hablara.

—Deberías estar durmiendo, Elia. Es demasiado temprano para que estés despierta.

Ignoré su intento de apaciguarme, con las manos, no, con todo el cuerpo, temblaba ante lo que sospechaba.

—No hasta que me digas de qué estáis hablando.

—Asuntos de la Bratva. No tienes por qué preocuparte.

—¿Se trata de mi padre?

La rápida mirada que Boris dirigió a Aleksey me dijo todo lo que necesitaba saber. De repente, todas las piezas encajaron. Las llamadas desesperadas de Lana. Preguntándome si estaba bajo presión. Preguntándome si estaba bien. Otros detalles de la llamada surgieron en mi mente.

Le dispararon saliendo de Blindfold. Uno de los peores tiroteos masivos. Aún estoy trabajando en los detalles.

—¿Qué has hecho, Aleksey? —pregunté, luchando por mantener la voz uniforme—. ¿Qué le hiciste a mi padre?

—Elia —dijo Aleksey y dio un paso adelante, cogiéndome los brazos con las manos. Había una crudeza en su voz que no había oído antes. Retrocedí ante su contacto, rechazando su intento de afecto—. Podemos hablar más tarde.

—No, hablaremos ahora —espeté. Miré fijamente a mi marido, mitad sin ganas de oír lo que iba a decirme, pero mitad con la desesperada esperanza de que me dijera algo diferente—. ¡Dime, Aleksey! ¿Qué le has hecho a mi padre?

—Elia, por favor —suplicó él, acercándose de nuevo a mí. Le aparté las manos y finalmente suspiró, dejando caer las suyas a los lados.

Me daba igual lo que él quisiera. Apreté la mandíbula y lo miré fijamente.

—¿Está muerto mi padre?

Las palabras eran amargas en mi lengua, el solo pensamiento bajaba en espiral hasta mi alma y la abría de par en par. Mi padre era la única familia que me quedaba en este mundo, el único recuerdo de que yo no estaba completamente sola en este mundo.

Si él se había ido, yo no tenía ya a nadie ni a nada. Mi hermano había muerto. Tendría que depender de mi marido, un marido cuyas manos seguían manchadas con la sangre de mi familia.

Aleksey me miró un momento más, luchando internamente con lo que iba a decir.

Finalmente, la horrible verdad le salió en un suspiro.

—Sí —dijo—, él está muerto.

Todo el aire abandonó mis pulmones y me agarré a la puerta, sacudiendo la cabeza ante la idea. No. No quería creerle. Me quedé clavada en el sitio mientras la vista se me nublaba y las piernas se me volvían gelatinosas. Me desplomé y Aleksey me cogió en brazos.

—No. No. ¡NO!

Sentí que mis propias uñas me desgarraban la cara. Un gemido feo y profundo salió de mi garganta. De repente, volvía a ser la misma noche horrible en que me enteré de que habían asesinado a Luca.

—¡Elia, por favor! —gritó Aleksey, apartando mis manos de mi cara y acercándose a él. Luché contra su agarre. No quería que me tocara. No quería que me dijera que me calmara. No quería que me pidiera perdón.

Él había asesinado a mi hermano. Él había asesinado a mi padre. ¿Iría a matarme después de que naciera nuestro bebé?

—¡Suéltame! —grité—. ¡Aléjate de mí, monstruo! ¡Eres un monstruo enfermo!

—Lo siento, Elia —Aleksey se negó a soltarme.

Otro sollozo inhumano salió de mi boca. Seguí luchando contra el agarre de Aleksey, retorciéndome de dolor.

Recordé cuando mi padre me dijo que siempre podría volver a casa y que siempre tendría un lugar allí. Si hubiera sabido que era la última vez que lo vería, habría contenido parte de mi rabia.

Ni siquiera le había dedicado una segunda mirada cuando salí de casa.

Ahora ya no estaba.

Su asesino me tenía en sus garras, ¿y tenía el descaro de decirme que lo *sentía*?

—Elia —llamó Aleksey, frotándose la espalda con la mano—, por favor, mírame.

Mi cuerpo actuó por puro instinto animal cuando se dio cuenta de que Aleksey me había soltado. Cegada por las lágrimas, me zafé de sus brazos y me precipité por el pasillo.

Tenía que escapar. Tenía que dejarle, dejarlo todo.

No sabía dónde iba. No podía ver a través de las lágrimas. Pero sabía que el único lugar donde no podía estar era a su lado. No podía. No lo haría.

Necesitaba verlo por mí misma. Tenía que ver el cuerpo de mi padre antes de poder creer que había muerto esta noche.

No. No muerto. Asesinado.

—¡Elia! —llamó Aleksey, pero no me importó mientras seguía corriendo.

Al igual que en mi sueño, hui de mi marido, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Papá no está muerto, me dije. Lana se ha equivocado. Aleksey miente. Papá no está muerto. No está muerto. ¡No puede estarlo! No puedo quedarme sola así.

Las náuseas me golpearon con fuerza al pensarlo. Yo no quería esta vida. No quería nada de esto.

Tropecé con la pared, sentí que mi visión se volvía borrosa de repente, una frialdad que se extendía por mis venas. Ya lo había sentido una vez. Estiré la mano para agarrar algo, lo que fuera, antes de lo inevitable.

Si pudiera entrar en el dormitorio. Si pudiera meterme bajo las sábanas. Todo esto no era más que una pesadilla. Eso era todo. Un mal sueño. Me despertaría y Aleksey estaría a mi lado, y nada de esto habría sucedido.

Esto no podía ser real.

Nunca sentí que mi cuerpo golpeará el suelo mientras mi mundo se oscurecía.

Capítulo 4

Aleksey

Me paseé por el suelo mirando hacia la cama. Había pasado un rato desde que Elia se había desmayado y le pedí a Boris que llamara a un médico para que la revisara y se asegurara de que todo iba bien. Me quedé fuera de la puerta para darle el espacio que ella quería.

El espacio que ella necesitaba.

¡Maldita sea! Todo ha sido mi culpa. No debí haber tenido esa conversación precisamente aquí. Pero necesitaba saber. A decir verdad, yo también estaba sorprendido por lo rápido que todo esto había resultado. Ludovico Tarallo parecía invencible. Intocable.

Y ahora estaba muerto.

Por mucho que despreciara a ese hombre, sabía lo que era perder a mi padre y, a pesar de todo, ella estaba destrozada. Y con razón. Había perdido a su hermano y ahora a su padre.

Ambos por mi culpa.

Tenía todo el derecho a llamarme monstruo. Tenía todo el derecho a odiarme y a odiar el nombre que ahora llevaba encima como una maldición.

Ella se removió de repente en la cama y crucé la habitación hasta su lado, poniéndole la mano en la frente. Abrió los ojos y por un momento me miró fijamente, con la mirada desenfocada.

—¿Aleksey?

—Estoy aquí —dije en voz baja, sentándome a un lado de la cama.

Parpadeó un par de veces antes de incorporarse y frotarse la cabeza.

—Viene un médico a examinaros a ti y al bebé —añadí, con la preocupación revolviéndome en las entrañas.

—Mi padre... —carraspeó, como si de pronto recordara lo que había ocurrido.

—Shh —dije apartándole el pelo de la cara, con la mano temblorosa—, no te enfades.

Elia me apartó la mano y me miró con ojos furiosos y llenos de lágrimas.

—Se ha ido de verdad, ¿no? —dijo quedo—. Por tu culpa.

Tragué saliva ante la dureza de su tono, deseando poder negarlo todo. No podía, por supuesto. Tío Misha me había pedido permiso y yo se lo había dado. En cualquier otra circunstancia, me habría sentido eufórico. Pero viendo el dolor en la cara de Elia, todo lo que sentí fue pesar.

—Si. Por mi culpa —dije finalmente, con voz áspera.

Ella me empujó de su lado y me levanté con los brazos colgando a los lados. Esperaba su enfado, pero en lugar de eso, me miró con resignación. No sabía qué era peor. *Probablemente esto.*

Si ella peleaba y me gritaba, podía soportarlo. ¿Pero esto?

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

Se me oprimió el pecho. Era la primera vez en días que hablábamos algo. Pero no había motivos para creer que hablaríamos de otra cosa que no fuera esto.

Aun así, eso no facilitaba la conversación.

—Porque tu padre iba a matarme. Porque tu padre había estado conspirando para matarme desde el día en que perdió a su hijo.

Sus ojos se abrieron de par en par y por un momento no dijo nada. Podría haberme echado en cara todo lo que dije, pero no lo hizo. Su silencio fue peor que si me hubiera clavado un cuchillo en el pecho. Pero era demasiado tarde para retirar esas palabras.

No había nada más que decir.

Llamaron a la puerta y ambos miramos para encontrar a Boris en el umbral.

—La doctora está aquí —dijo él, sus ojos se deslizaron hacia la muy callada Elia.

—Hacedle pasar —suspiré.

Boris asintió lentamente. Hizo un gesto rápido y una mujer bajita se adelantó con un bolso colgado del hombro.

—Hola —anunció, dedicando a Elia una sonrisa amable—. ¿Todo bien?

—Estoy bien —mi marido me ha dado un disgusto, eso es todo.

—No obstante, no está de más que te hagan un chequeo, dado tu estado —dijo con amabilidad, dejando su bolso sobre la cama—. Necesitaré un rato con la paciente, señor Korolev. ¿Le importaría salir?

Le dirigí una última mirada a Elia antes de salir, cerrando la puerta tras de mí.

—Asumo que no era así como querías manejarlo —me dijo Boris afuera.

—No —murmuré, pasándome una mano por la cara mientras me desplomaba contra la sólida

madera de la puerta del dormitorio—. No. Sigue jodidamente cabreada.

—Y ¿puedes culparla?

—No —negué con la cabeza—. Era su padre.

Tenía una idea de por lo que ella estaba pasando. Yo había sentido lo mismo cuando supe que mi padre había muerto. El shock inicial se convirtió en rabia y luego en una pena silenciosa a pesar del odio que sentía por él. ¿Pero Elia? Saber que yo era el responsable era algo que no podía imaginar para ella.

—No podía mentirle.

—Mejor que no lo hicieras —dijo Boris al cabo de un momento—. Va a haber represalias.

—Lo sé —asentí. A estas alturas, la noticia de la muerte de Ludovico probablemente ya se había extendido por todo Nueva York. Sin duda ya había hombres que querían poner mi cabeza en una pica.

—Deberías hablar con Mikhail Yevgenievich —dijo Boris—. Hace rato, Alyosha. Tampoco puedes evitar *esa* conversación. Tienes que averiguar hacia dónde se dirige ahora nuestra Bratva. Porque por mucho que esto sea una crisis, también es una oportunidad. Ambas familias están a tu alcance.

Eso también pasó por mi mente, pero me pareció un momento inapropiado para discutirlo.

—No estoy de humor para hablar de esto, Borya.

—Bueno, será mejor que cambies de humor muy rápido —replicó Boris—. Tu Tío está impaciente por verte. Para hablar del futuro. Y también necesitamos que los muchachos de Nueva York tengan una respuesta cuando llegue el revuelo. Ya se está corriendo la voz. Y Ludovico, con todos sus defectos, todavía tenía un montón de hombres leales que preferirían morir antes que arrodillarse a tus pies.

Lo sé, Borya... pensé. Pero tenía otros problemas que necesitaban mi atención primero.

—¿De dónde has sacado a *esta* doctora, por cierto? —pregunté, cambiando de tema lo mejor que pude—. No fue ella quien vino el otro día.

—Me la recomendaron mucho —respondió Boris encogiéndose de hombros—. Llamé a mi hermana. ¿Has llevado a tu mujer al ginecólogo desde que se quedó embarazada?

¿La había llevado? Ya no me acordaba. Todo lo que había ocurrido desde la boda parecía borroso. Había estado demasiado preocupado por mantenerla a salvo, primero de la amenaza imaginaria de mi Tío. Y ahora, de lo que probablemente sería una amenaza muy real de este supuesto Bogatyr, especialmente si trabajaba para Ludovico como una especie de retorcido

vengador.

Todo lo que tenía era interminables preguntas sin respuesta. Pero sabía sin lugar a dudas que quienquiera que fuese ese Bogatyr, no era Elia.

No sabía cómo, pero mi instinto me decía que ella nunca estaría en mi contra.

Me sentí como un tonto por haber dudado de ella por un segundo. Y ahora, el único hombre que podía limpiar mi nombre frente a ella y mi sospecha estaba muerto. Sólo quería que ella supiera que yo no le mentaría. Que podía confiar en mí.

El pomo de la puerta sonó y di un paso atrás cuando se abrió. La doctora Robinson me dedicó una sonrisa profesional.

—Puede pasar, señor Korolev —dijo con calidez, haciéndose a un lado para dejarme entrar.

Entré y encontré a Elia todavía en la cama, con las sábanas hasta su cintura. Parecía tan pequeña en la gran cama, con la pena aún evidente en su rostro, y me sentí impotente.

—Todo va bien —anunció la doctora Robinson, echándose el bolso al hombro—. Me gustaría que la señora Korolev se pasara por la consulta dentro de unos días para un examen completo. Pero en cuanto a la salud del bebé, todo está bien. Elia se golpeó un poco la cabeza en la caída, pero de momento no parece haber síntomas inmediatos de conmoción cerebral. Preferiría que la vigilara de cerca durante las próximas horas y, si algo le parece fuera de lo normal, póngase en contacto conmigo lo antes posible.

Tuve que contener una burla. *¿Si algo parecía fuera de lo normal?* Todo estaba fuera de lo normal. Pero no dije nada y asentí lentamente.

—Bien —dijo ella, satisfecha—. Ha sido un placer, señora Korolev.

—Tarallo —murmuró Elia en respuesta.

—¿Disculpe?

Elia mantuvo la mirada fija en sus manos y negó con la cabeza.

—Nada. Gracias, doctora.

—Como le he dicho, no dude en ponerse en contacto conmigo. Su amigo Boris tiene mis datos.

Y así como así, estábamos solos una vez más.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —pregunté, ansioso. Nunca en mi vida había querido suplicar que alguien me perdonara.

Ella negó con la cabeza, hurgando en el edredón que la cubría.

—¿De verdad creías que iba a matarte?

Se me tensó la mandíbula. Había cien formas distintas de responder a su pregunta, pero ninguna me sonaba bien.

—Boris dijo que él confirmó la existencia del Bogatyr —respondí con firmeza—. Y el Bogatyr definitivamente quiere matarme.

Ella aspiró, pero guardó silencio.

—Lo siento —crucé la habitación, acomodándome en el borde de la cama una vez más—. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes. De verdad. Pero alguien o algo está maniobrando a nuestras espaldas. Alguien o algo quiere separarnos. Hacernos daño.

Elia me miró por fin, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas.

—¿Sabes qué es lo que más me duele, Aleksey? Que no puedas creerme cuando te digo que he sido tan víctima como tú en todo esto. Me duele que, después de todo, no puedas confiar en mí.

—¿Y tú confías en mí? —repliqué con suavidad, sin ira en mi voz. Más bien resignación por no poder dejar atrás lo que alguien nos estaba haciendo.

Su mandíbula se tensó y supe mi respuesta.

—Está bien si no puedes —dije por fin, acercándome para coger su mano. Esta vez no se apartó, pero sus delicados dedos se sintieron fríos en los míos. Le froté suavemente el dorso de la palma, intentando devolverle algo de calor—. Pero yo puedo protegerte. Yo te *protegeré*.

Respiró hondo y su mano libre bajó hasta el vientre, donde descansaba nuestro hijo. Algo me dio un fuerte tirón en el corazón al verla, preguntándome cómo me sentiría dentro de unos meses, cuando pudiéramos ver al niño que crecía dentro de ella.

—No me queda nada para tener una familia —susurró, con voz tortuosa—. Sólo este niño.

—Y yo —dije apretándole la mano—. Sé que no llevo la sangre de tu familia, Elia, pero me tienes a mí. *Siempre* me tendrás, y siempre te protegeré hasta mi último aliento.

No estaba mintiendo. Ella era la persona más importante de mi vida ahora mismo, aun si ella no llevara a mi heredero.

Los ojos de Elia se alzaron para encontrarse con los míos una vez más.

—¿Y por protección te refieres a mantenerme aquí como prisionera, Aleksey? Porque si es así, ¿en qué se diferencia eso de que yo sea tu cautiva?

No sabía qué responder. Ella estaba más segura en el pent-house, donde podía vigilar sus movimientos. Pero también tenía razón. Si se quedaba aquí, se limitaría a vivir entre las cuatro paredes de nuestra casa. Por muy grande que fuera la casa, nunca sería la libertad que yo sabía que ella anhelaba.

Y ella nunca lo aceptaría.

—Eres mi esposa —dije finalmente, decidiendo que no podía responder a esa pregunta por ella en ese momento.

Elia me miró, sus ojos penetraron a través de la no-respuesta que le di. Me levanté de la cama antes de que pudiera decir algo más de lo que me arrepentiría.

—Es tarde —dije, pero no lo era. Pronto iba a amanecer. Pero ella estaba totalmente agotada—. Deberías dormir.

—¿Y qué vas a hacer tú?

La miré, con el pecho aún más oprimido. Lo que quería decirle era que iba a golpear algo con fuerza para sentir algo por fuera que se correspondiera con lo que sentía por dentro.

Pero eso no serviría para calmarla. No haría nada para arreglar la situación en la que nos encontramos de repente.

—Voy a salir un momento —le dije en su lugar—. Necesito hablar con Boris.

Elia tragó saliva.

—Bien.

Me incliné, le di un beso en la cabeza y salí. Boris seguía en la cocina.

—Y ¿entonces? —preguntó Boris, apoyándose en la isla.

—Sigue enfadada conmigo. Pero al menos vuelve a hablarme —confesé—. Aunque tienes razón. Necesitaré oír la versión de mi Tío sobre todo este maldito lío que yo mismo empecé.

—¿Y qué es lo que esperas saber?

—Necesito saber a dónde más va a ir todo esto. Necesito saber más sobre el Bogatyr. Quiero saber de todas las cosas que me perdí mientras estuve en Nueva York durante diez años —dije, desenroscando la tapa de una botella de agua mineral—. Si este Bogatyr estaba realmente del lado de Ludovico, entonces va a venir a por nosotros con fuerza ahora que Ludovico está muerto. Y cuando lo haga, quiero estar listo.

—Quieres decir que quieres ser tú el que lo mate.

—Exacto.

Boris sonrió satisfecho.

—Vale, eso es algo que puedo respaldar. ¿Qué más?

—Programa una cita para que Elia vea a la doctora Robinson la semana que viene —dije—. Pero sólo visitas a domicilio. No puedo arriesgarme a que salga ahora. Es demasiado peligroso.

—¿Qué soy yo? —dijo Boris burlonamente—. ¿Tu puto asistente personal?

Me debatí entre tirarle el agua a la cabeza.

—Eres la única persona en la que confío ahora mismo, ¿vale?

—Vale —Boris se acercó y me dio una palmada en el hombro—. Me ocuparé de todo ello inmediatamente.

Cuando Boris se marchó, me dirigí al dormitorio, aliviado al ver que Elia yacía dormida. En silencio, me desnudé y apagué las luces antes de deslizarme junto a ella. Parte de mi tensión desapareció de mi cuerpo al escuchar su respiración uniforme.

Mañana iba a ser un nuevo día, pero Elia iba a tardar mucho más en perdonarme por lo que había hecho. Pero al menos estaba dispuesta a volver a hablar conmigo. Era un comienzo.

Odiaba el dolor en sus ojos. Odiaba ser una de las razones de ello, pero lo hecho, hecho estaba. No podía retroceder.

Con cuidado, me acerqué a ella y apoyé mi mano en la suya para recordarme que seguía ahí. Elia murmuró algo en sueños, pero no se apartó. Sentí que el corazón me daba un vuelco por ese inocente gesto.

Mientras dormía, ella seguía confiando en mí.

Pero nada podía convencerme de que ella lo seguiría haciendo cuando despertara.

Capítulo 5
Elia
Días después

Enjuagué la taza de café y la coloqué en la rejilla para que se secara. Después me limpié las manos distraídamente en el paño de cocina. Eran las tres de la tarde. Últimamente dormía hasta bien pasado el mediodía, e incluso cuando salía de la cama lo único que quería era volver a meterme bajo las sábanas.

Mi sueño, sin embargo, era agitado en el mejor de los casos, y mis sueños estaban llenos de visiones de mi padre. En mis sueños, se desangraba y me pedía ayuda. Y en todos ellos, no podía llegar hasta él lo bastante rápido. En cada uno de ellos, lo sostenía mientras sus ojos sin vida parecían culparme de su muerte.

No fue tu culpa.

Pero no importaba cuántas veces lo repitiera, no sabía si podía creerlo. Aún me sentía culpable por haberme alejado la última vez que lo vi. Puede que nunca me hubiera importado, pero seguía siendo mi padre. Me había dado la vida y siempre quise creer que aún quedaba algo bueno dentro de él.

Suspirando, me froté el estómago. Cuando desperté hoy, estaba sola. En la mesilla de noche había una nota de Aleksey en la que decía que tenía asuntos que tratar y que esta noche traería la cena a casa.

No estaba segura de que decirle cuando lo viera. Habíamos intercambiado muy pocas palabras desde aquella horrible mañana. Lo que decíamos se limitaba a lo mínimo.

Pero hoy, me había despertado con algo diferente. Me había despertado con el olor de mi marido pegado a la ropa, como si me hubiera abrazado mientras dormía.

Y a pesar de lo conflictivo que resultaba, había un extraño consuelo en ello.

El ascensor sonó detrás de mí y me giré, sobresaltada.

No era Aleksey quien entraba por la puerta, sino su Tío.

—Tú —gruñí, marchando hacia él—. Tú mataste a mi padre.

Antes de que pudiera alcanzarlo, dos fornidos guardias se pusieron a su lado, con sus penetrantes miradas ocultas tras unas oscuras gafas de sol. Me detuve en seco, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. En aquel momento deseé tener una pistola en la mano.

En lugar de eso, lo único que podía hacer era mirarle fijamente.

—Lárgate de mi casa —gruñí—. No eres bienvenido aquí.

—Elia Ludovicovna, por favor —respondió—. Tienes que entenderlo. Son cosas que pasan en este mundo.

—¿Cosas que pasan? —crucé los brazos sobre el pecho mientras la rabia bullía en mi interior—. ¡Jódete! No, no son cosas que pasan porque sí. ¡Asesino! ¡Cabrón! Pedazo de mierda.

Mi mano encontró la taza de café y se la lancé. Se apartó perezosamente y ni se inmutó cuando se rompió en mil pedazos. Había asesinado a mi padre a sangre fría.

Aleksey decía que Luca había muerto en una pelea en la que no debía participar.

Pero, ¿mi padre?

—Entiendo que estés disgustada —Mikhail sacudió la cabeza—. Pero debes saber esto, Elia Ludovicovna. Tú habrías hecho lo mismo en el lugar de Aleksey.

—¿Quieres decir matarte a ti? —lo fulminé con la mirada mientras me retiraba hacia la isla de la cocina. Mi mano se estiró hacia atrás, buscando algo más que lanzar.

—¿Está aquí mi sobrino?

—No —escupí—. Y en cuanto esté, le diré que has venido a regodearte.

—Por supuesto, Elia Ludovicovna —Mikhail bajó un poco la cabeza—. Por favor, dile a tu marido que necesito hablar con él. Hay asuntos urgentes que no pueden esperar a que termine de jugar a la casita.

—¡Sal de aquí! —mi mano encontró otra taza y se la lancé de nuevo. Esta vez no la esquivó, sino que la atrapó con un movimiento fluido.

—El pasado es el pasado, Elia Ludovicovna —dijo—. Aferrarte a él no te hará ningún bien. No le hará ningún bien a tu bebé. No le hará ningún bien a esta familia.

—No me importa lo que necesite esta familia —gruñí.

—¡Elia Ludovicovna, por favor! ¡No quiero hacerte daño!

—¡Vete a la mierda! —chillé—. ¡Vete ahora mismo!

—Como quieras, Elia Ludovicovna —inclinó de nuevo la cabeza. Luego dio a sus dos guardias una rápida orden en ruso y los tres volvieron a entrar en el ascensor—. Espero que tengas un buen día. Hasta pronto.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, sentí que caía al suelo con el corazón desbocado. Me abracé y luché por mantener la compostura mientras me acurrucaba a mí misma. Se me erizó

la piel al pensar que el hombre que tan cruelmente había asesinado a mi padre en la calle había estado a tan solo unos metros de mí.

Ni siquiera le importó, pensé mientras me mecía en el frío suelo. *Para él, no fue más que un día normal...*

¿Y toda esa charla sobre la *familia*? Apreté los ojos mientras caían calientes lágrimas. No confiaba en él, y sabía que Aleksey tampoco lo había hecho en el pasado.

Pero todo eso había cambiado.

El Bogatyr... pensé. Fue el Bogatyr quien convenció a Aleksey para que escuchara a su Tío. Pero, ¿quién era ese hombre que tanto le asustaba? Todo lo que sabía era que el Bogatyr era un enemigo de los Korolev. Pero Aleksey se negó a decirme nada sobre él.

Y de ninguna manera le iba a preguntar a Mikhail.

Sin embargo, una cosa era segura. Si Mikhail volvía de nuevo sin avisar, no me iba a contentar con tirarle los trastos a la cabeza.

No iba a dejar que se pavoneara delante de mí como si estuviera libre de todo delito. Me levanté y vi el bloque de cuchillos que había estado fuera de mi alcance. Los suaves mangos negros me atrajeron hacia ellos.

Si vuelve, lo mato, me juré mientras recorría con el dedo los mangos finamente trabajados. Esta era una Tarallo que se defendería.

Las náuseas me subieron a la garganta y apenas pude llegar al baño antes de vomitar lo que había comido antes, todo mi cuerpo temblaba.

Odiaba sentirme débil. Toda mi vida, mi padre me había hecho sentir débil, como si yo no importara hasta que él quisiera que importara. Con Aleksey había empezado a sentirme diferente y, a pesar de que nos habían obligado a estar juntos, me hacía sentir poderosa.

¿Y ahora?

Ahora, me sentía como si hubiera vuelto al punto de partida.

Y odiaba eso.

Capítulo 6

Elia

Cuando Aleksey llegó a casa, me encontró acurrucada en una manta en el balcón, con un cuchillo sobre la mesa.

—Elia... —me preguntó, con una nota de preocupación en la voz—. ¿Qué ha pasado?

Me giré hacia él y volví a envolverme en la manta.

—Tu Tío me ha visitado hoy.

Aleksey apretó la mandíbula.

—¿Qué quería?

Respiré hondo y volví a centrar mi atención en el cielo nocturno sin estrellas que tenía ante mí.

—Me dijo que necesitaba hablar contigo. Me dijo que tenía asuntos urgentes que tratar contigo. Me dijo que estas cosas pasan. Y que no me sirve de nada aferrarme al pasado.

—Elia... empezó Aleksey.

—Me dijo que volvería a verme pronto —le interrumpí, tragando saliva—. Dios, Aleksey, era como si nada de esto le importara una mierda. Como si le importara una mierda cómo me sentía.

—Elia —Aleksey se agachó a mi lado—. Mírame.

Lo hice porque el temblor de rabia en su voz me hizo querer ver si le molestaba lo que había pasado tanto como a mí. Tenía los ojos duros, la mandíbula apretada y me pareció que en cualquier momento iba a estallar.

—No me tratarán como a un felpudo en mi propia casa —le dije, con la voz entrecortada—. Me juré a mí misma —y mis ojos se desviaron hacia el cuchillo que tenía a mi lado— que, si vuelve, lo mataré.

—No volverá, Elia —afirmó Aleksey con firmeza—. No permitiré que vuelva. Te doy mi palabra.

Solté una risa hueca, sólo porque no sabía qué más hacer.

—Y ¿cómo? ¿Cómo vas a detenerlo, Aleksey? ¿Vas a ordenarle que se aleje del pent-house? ¿Crees que es capaz de escuchar tus órdenes? ¿O simplemente te susurrará al oído que el Bogatyr está cerca y de repente volverás a cumplir sus órdenes? ¿Qué es lo que él quiere?

No es que pensara que mi marido no intentaría protegerme, proteger a nuestro hijo, pero no

estaba segura de que pudiera hacerlo. Por la mirada que cruzó los ojos de Aleksey, supe que había tocado un nervio.

Qué bien. Él necesita oír esto.

—Tienes razón —admitió finalmente—. Dejaré a alguien aquí. Pondré a Boris aquí y le daré autoridad para impedir que mi Tío te vea. O que te moleste.

Aleksey me tendió la mano. Dudé, pero finalmente me desenvolví de la manta y puse mi mano en la suya, dejando que me pusiera en pie. Inmediatamente, me abrazó y me acercó a él, apoyando la barbilla en mi cabeza. Me acurruqué en su calor y mi cuerpo perdió por fin parte de la tensión que llevaba arrastrando los últimos días.

Aquella era la sencillez que anhelaba.

Sólo yo. Mi marido. Y nada de la locura que formaba parte de nuestro compartido mundo criminal.

—Te lo prometo —dijo Aleksey en voz baja, deslizando su mano por mi columna vertebral—. No volverá a acercarse a ti, Elia.

—Gracias —susurré. Una pequeña parte de mí aún vacilaba en el abrazo de Aleksey, no estaba segura de querer estar cerca de él. Pero, al mismo tiempo, también sabía que él era todo lo que me quedaba.

Y tampoco podía soportar perderlo.

Sin embargo, en el fondo, no estaba segura de poder confiar plenamente en él. El descubrimiento del broche en su despacho seguía pesando sobre nuestras cabezas. El dolor de perder a mi padre seguía fresco y en carne viva. Cada vez que encontrábamos algo en común, una fuerza invisible nos lo arrancaba de cuajo.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado de repente? Pensé que lo peor que podía pasar era mi matrimonio con Aleksey. Pero estaba equivocada. Estaba muy equivocada.

—Hay algo más que deberías saber —dijo al cabo de unos instantes. Su voz sonaba cruda y pesada.

Me aparté y lo miré. En sus ojos nadaba la culpa. Intuía lo que iba a decir.

—El funeral de tu padre ha sido esta tarde —dijo después de tomar aire.

Cerré los ojos y me hundí en el pecho de Aleksey. De algún modo, las cosas seguían empeorando. La mano de Aleksey subió y me rodeó el hombro. Me abrazaba con ternura. No de forma posesiva. Pero con delicadeza, como si no estuviera seguro de poder manejar la situación.

Me abrazó mientras lloré profundamente, ahogándome en sollozos por no haber podido ver cómo ponían a mi padre bajo tierra.

No supe cuánto tiempo me tuvo en sus brazos, pero cuando nos separamos, me sentí completamente agotada.

—Lo siento, Elia —su voz era dulce y suave—. Sé que no quieres oír esto. Pero sé lo que se siente. Créeme.

Al principio, quise echárselo en cara. Pero luego recordé. Él también había perdido a su padre. Y al igual que yo, nunca vio enterrar el cuerpo.

Aparté la mirada, parpadeando para que no se me saltaran más lágrimas.

—Qué mundo tan jodido en el que vivimos, Aleksey —susurré.

—Lo sé.

Finalmente, él también se apartó y sus manos se acercaron a mi cara.

—Deberías comer —dijo, rozándome las mejillas con los pulgares—. Y descansar.

—Sólo si haces esas cosas conmigo —respondí, observando las ojeras que tenía.

Soltó un suspiro.

—Siempre.

Capítulo 7

Elia

Después de comer, Aleksey me preparó un baño en el que me sumergí agradecida. Me ayudó a meterme con cuidado en el agua caliente, me trajo todo lo que le pedí y ni una sola vez trató de imponer su autoridad. Sólo quería cuidarme.

Hasta que no estuvimos los dos en la cama y su cuerpo envolvió el mío, no me permití relajarme.

Miré fijamente en la oscuridad.

—No le tengo miedo —dije en voz baja. Por supuesto, era mentira. Me aterrorizó ver a Mikhail salir del ascensor. En cuanto llegó y Aleksey no estaba aquí, un millón de pensamientos diferentes sobre lo que podría hacerme a mí, a nuestro hijo, revolotearon por mi mente.

Su sola presencia hoy me había helado hasta los huesos porque era un duro recordatorio de una horrible verdad.

Estaba sola.

Aleksey me abrazó y apretó sus labios contra los míos, mientras me acariciaba el brazo desnudo con las yemas de los dedos.

—¿Cómo puedo hacer que te sientas segura? ¿Qué puedo hacer?

Quería decirle que ya no podía hacer nada. Habían violado nuestro hogar. El único lugar donde se suponía que debía sentirme segura, de repente me parecía tan peligroso como caminar desnuda por la calle.

No había nada que Aleksey pudiera hacer para hacerme cambiar la sensación.

Nada.

—Solo, ¿puedes abrazarme? —le pregunté, con la garganta apretada.

Sin mediar palabra, accedió y me estrechó contra su pecho. Su mano se deslizó repetidamente por mi brazo para calmar la tormenta que se desataba en mi interior. No dijo nada y yo tampoco, contenta de escuchar cómo su respiración se hacía más lenta y constante a cada minuto que pasaba.

En otro tiempo, en otra vida, Aleksey sería el marido perfecto.

Pero ahora era un marido en el que no podía confiar. No plenamente. Yo pensaba que no podría olvidar pronto lo que le había hecho a mi familia. Lo que le había hecho a mi hermano y a mi padre.

Me iba a llevar mucho tiempo perdonarle, si es que alguna vez podía hacerlo. Pero aparte de si le perdonaba o no, nada podía cambiar el hecho de que seguía casada con él.

Nada podía cambiar el hecho de que estaba embarazada de él.

Yo estaba desempeñando el papel que debía desempeñar con él, para él. Él había borrado mi apellido y colocado a su heredero en mi vientre.

Y sin la presencia de mi padre, él podía reclamar todo lo que él controlaba en Nueva York.

Tragando saliva, apoyé la mejilla en su pecho y escuché los latidos de su corazón. Deseé que los últimos días pudieran deshacerse. Pero el pasado era el pasado y ningún deseo podría cambiarlo.

No podía cerrar los ojos y olvidar lo que había pasado, como tampoco podía hacer que el sol saliera por el oeste.

Y cuando finalmente me dormí en los brazos de Aleksey, una vez más me acosaron los sueños.

El sol se filtraba por las ventanas del pent-house mientras sorbía mi café, contemplando mi mañana. Bajé mi mano y me sorprendí al notar mi redondo vientre, lo que me hizo mirar hacia abajo.

Parecía estar embarazada de al menos siete u ocho meses.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro al sentir que el bebé se movía bajo mi tacto.

—Vale, vale —dije riendo—. Buenos días a ti también.

—Buenos días, Elia.

Sobresaltada, levanté la vista y me encontré a Mikhail de pie en el salón. ¿Había estado tan absorta en mi barriga que no había oído abrirse las puertas del ascensor?

—¿Qué haces aquí? —me forcé a decir, con la taza de café caliente entre los dedos mientras la agarraba con fuerza—. ¡Vete ahora!

—Me temo que aún no puedo hacerlo —murmuró, con una voz extrañamente desprovista de emoción—. Tenemos asuntos pendientes entre nosotros.

Se me revolvió el estómago al oírle decir esas palabras. Sabía que tenía que encontrar una forma de protegerme. De protegerme a mí y a este bebé.

Él no iba a encontrar una socia dispuesta en cualquier plan que tuviera para mí.

—Lárgate de aquí. Te daré otra oportunidad.

Sólo sonrió mientras avanzaba hacia mí y yo retrocedía, esperando sentir la reja del balcón.

Pero ya no estaba. Jadeando, miré por encima del hombro y descubrí que el pent-house se había disuelto en un vacío blanco.

¡Oh, Dios! Ay, no.

Volví mi atención hacia Mikhail y lo encontré todavía avanzando, con el sol brillando en algo que tenía en la mano. Algo plateado.

Un cuchillo.

Un grito silencioso brotó de mi pecho y abrí la boca mientras él corría hacia mí con el cuchillo en alto y me lo clavaba en el vientre.

Me desperté jadeando, con el corazón acelerado. Aleksey me murmuró algo al oído, me rodeó con su brazo y me obligué a calmarme.

Solo era un sueño. Una pesadilla.

Me llevé la mano al vientre, que seguía siendo plano y no un bulto abultado como en mi sueño. Aun así, no disminuía la presencia del niño que crecía allí y al que había que proteger.

Aleksey me había prometido que me protegería de su Tío. Y tal vez él realmente creía que podía hacerlo. Pero al final, ¿se enfrentaría a su propia sangre por mí? ¿Enfrentaría a su propia familia?

¿En nombre de su futura familia?

¿Seguía siendo yo un peón al que necesitaba proteger hasta que naciera nuestro hijo?

Tragando saliva, me acurruqué contra su pecho, apartando los pensamientos. Mi mente ya tenía suficientes problemas como para cuestionarme si podía aún confiar en Aleksey.

No cuando él era todo lo que me quedaba.

Capítulo 8

Aleksey

—Sabes que aún lo necesitamos, ¿verdad? —dijo Boris—. Hacerle algo ahora provocaría una tormenta de mierda, y ya tienes suficientes tormentas de mierda en este momento.

Miré a Boris con el ceño fruncido y me golpeé la rodilla con los dedos.

—Y no hacerle algo significa que el me seguirá presionando. Puede que le haya dado permiso para ejercer la violencia en Nueva York, pero yo sigo siendo el Pakhan. No él. Mi casa no es para que él entre tan descuidadamente.

—Creo que primero tienes que organizarte, Alyosha —dijo Boris, luego de un suspiro.

Me enderecé en el asiento. Boris tenía razón. Me convendría no pelearme con mi Tío hoy. Y aunque desde anoche se me habían ocurrido unas cien posibilidades distintas de cómo hacerle sufrir, seguía sin creerme que le pareciera buena idea abordar a Elia en mi casa.

Tan pronto después de haber matado a su padre. *Que cojones los del hombre.*

Elia estaba asustada. A ella no le gustaba mostrar ese miedo, pero yo sabía que estaba asustada por la forma en que seguía despertándose en mitad de la noche. Podía verlo en las sombras bajo sus ojos esta mañana. *El Tío Misha la había aterrorizado.*

Él podía haber ayudado a criarme. Podía estar a mi lado y al lado de la Bratva. Pero eso no significaba que pudiera comportarse como quisiera. Sin embargo, Boris tenía razón. Todavía lo necesitaba. Parecía ser el único interesado en la amenaza del Bogatyr. Todos los demás estaban muy preocupados por las consecuencias de la muerte de Ludovico.

Había evitado a propósito reunirme con mi Tío desde que regresó de Nueva York. Pero su encuentro con Elia me dejó absolutamente claro que no podía retrasarlo más. Debía de haber una razón para que viniera al pent-house. Debe haber encontrado alguna información nueva sobre el Bogatyr. *¿Por qué otra razón habría venido?*

Pero sean cuales fueran sus razones, no iba a dejar que aterrorizara a mi mujer en su propia casa.

—Sólo voy a tener una conversación con él, eso es todo.

Boris enarcó una ceja.

—¿Por eso vas armado hasta los dientes y me traes contigo? ¿Para una conversación informal?

—Ya sabes cómo son mis conversaciones a veces.

—Demasiado bien —suspiró Boris—. Y eso es exactamente lo que temo.

—Relájate, Borya —dije—. Esto será rápido. Entrar y salir.

Nos detuvimos ante la mansión donde había vivido de niño, siguiendo el camino circular que conducía a la enorme puerta principal. Aún me resultaba difícil imaginar que mi Tío residiera allí ahora con mi madre.

A ella nunca le había importado mi padre, ya que había compartido su cama con innumerables hombres. Pero ¿ni siquiera veía su fantasma por dondequiera que iba?

Salí del coche, me abroché el traje y me ajusté los puños. Dejé atrás todas las emociones para que no hubiera nada en lo que mi Tío pudiera centrarse durante esta visita. Esta visita no era la de un sobrino que viene a ver a su Tío. Esta visita se trataba de un Pakhan dando una orden a su brigadier.

Mi madre me esperaba en la puerta principal cuando subí las escaleras, con una mirada ilegible en su rostro cuidadosamente contorneado.

—Alyosha —murmuró, juntando las manos ante sí—. Espero que no hayas venido a crear problemas con tu propia familia.

—Me temo que no soy yo quien los ha empezado —esboqué una sonrisa que no llegó a mis ojos.

Me agarró del brazo y miré sus uñas rojas como el rubí sobre el fino tejido de mi abrigo.

—Por favor, Alyosha —dijo—. No traigas la violencia a esta casa. No lo hagas.

—Ya basta, madre —la miré—. Esto es entre Mikhail Yevgenievich y yo.

Al escuchar el tono fiero de mi voz, ella comprendió ante quién estaba y soltó su agarre. En ese momento supo que el hombre que tenía delante ya no era solo su hijo, sino el Pakhan.

—Mikhail Yevgenievich está en el patio —dijo ella, con voz de susurro.

—Gracias, Raissa Antonovna —respondí formalmente y pasé junto a ella.

Boris me siguió, pisándome los talones, como si el cortante intercambio de formalidades entre mi madre y yo estuviera a punto de hacerme cometer una imprudencia.

Tal como dijo mi madre, mi Tío estaba en el patio. Estaba recostado en una silla, con un libro en el regazo y una cerveza en la mano. Sus ojos se iluminaron cuando me vio.

— ¡ Alyosha! —se levantó con una amplia sonrisa—. Bienvenido. ¿Quieres algo de comer o de beber?

Me llevé las manos a la espalda, sin molestarme en sentarme en la silla de al lado.

—Ayer visitaste a mi mujer, Mikhail Yevgenievich. Dijiste que tenías asuntos urgentes que discutir conmigo. Ahora estoy aquí.

Su ceño se frunció ante la formalidad, y la reconoció como lo que era. Rápidamente, se puso en pie.

—Así es, Aleksey Fyodorovich —dijo—. Deseaba hablarle de la nueva información que ha surgido tras nuestro golpe a Ludovico Tarallo. Esperaba que estuviera allí, dado que no se ha presentado ante los brigadieres desde la misión, pero...

Levanté la mano y se calló.

—No tenías ningún derecho —dije, sintiendo que palabras de mi padre caían de mis labios—. No tenías derecho a entrar en mi casa sin permiso. No tenías derecho a asustar a mi mujer. Y si te vuelvo a pillar haciéndolo, no dudaré en darte una aguda lección que no olvidarás.

—Mis disculpas, Aleksey Fyodorovich —Tío Misha inclinó la cabeza—. Seguro que comprende que después de no verle durante más de una semana, empezaba a preocuparme.

—Podías haber enviado un mensajero. Podías haber hablado con Boris para transmitir cualquier mensaje —respondí fríamente—. Pero elegiste violar la santidad de mi hogar y aterrorizar a mi esposa.

—¿Aterrorizar? —el Tío Misha parecía indignado—. ¡Aleksey Fyodorovich, por favor! Fui respetuoso en todos los sentidos.

—Llegaste sin avisar después de haber matado a su padre...

—Por orden suya.

Lo fulminé con la mirada.

—No me interrumpas de nuevo, Mikhail Yevgenievich. ¿Entendido?

Se quedó callado un momento antes de volver a abrir la boca.

—Le pido disculpas. Debí haber dicho algo. Debí haber enviado a alguien en mi lugar. No lo pensé. Le pido perdón.

No dije nada. Había cruzado una línea y necesitaba hacerle saber a qué atenernos todos.

—Dime ahora —dije— ¿Qué era tan urgente que sentías la necesidad de decirlo en persona?

Tío Misha respiró hondo, se metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecía una fotografía

Polaroid. Me la dio.

—¿Qué es esto? —le pregunté mientras se la cogía.

—No es qué —respondió—, sino quién.

La foto era oscura y tardé unos segundos en darme cuenta. Era una foto del Tío Misha y Boris sentados en un coche. Estaban en posición de salida, y mirando de cerca la foto, se observaba lo que parecían pistolas en sus manos. Una escalofriante sensación me recorrió.

—¿Fue tomada en Nueva York?

El tío Misha asintió.

—Sí. Dale la vuelta.

Le di la vuelta. Había una sola frase garabateada en el reverso, escrita en un ruso impecable.

Pecados del padre.

—Pero hay más... —susurró el Tío Misha mientras me entregaba otra fotografía.

La acepté y se me cortó la respiración. Era una foto de Elia, tan distante que casi no se la podía reconocer. Pero reconocí el balcón. Sólo había un lugar lo bastante alto en Chicago desde el que se pudiera ver ese balcón.

Lentamente, giré la fotografía en mi mano. Otra frase al reverso.

Pecados del hijo.

A pesar del día soleado, sentí un escalofrío calarme hasta los huesos.

—No he ido a aterrorizar a tu mujer, Aleksey Fyodorovich —dijo el tío Misha, con la voz baja, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

Levanté la vista hacia él y vi preocupación suplicante en sus ojos.

—Fui —dijo—, para asegurarme de que seguía viva.

Capítulo 9

Aleksey

—¿De qué estás hablando? —luché por mantener la voz uniforme y serena, aunque en mi cabeza sonaban campanas de pánico.

—Viene a por ella —afirmó mi Tío—. El Bogatyr debe haber tenido sus diferencias con Ludovico del mismo modo que las tiene con nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Cuando le pregunté a Ludovico por el Bogatyr, me dijo que era producto de mi imaginación. Ahora, ¿eso suena como alguien que no sabía de qué coño yo estaba hablando?

No, pensé.

—Y estas fotos —las señaló Tío Misha—. La de Nueva York demuestra que el Bogatyr estuvo allí esa noche. También debe haber tenido hombres trabajando para él aquí en Chicago.

—Dijiste que él no era nadie —espeté, recordando nuestra última conversación sobre el Bogatyr.

—Evidentemente, me equivoqué —replicó el Tío Misha con timidez.

Me volví hacia Boris.

—¿Viste a alguien más la noche del golpe?

Boris se frotó la cara y suspiró.

—No, a nadie. Estaba demasiado ocupado mirando la puerta del club y no vi lo que ocurría a nuestro alrededor. Lo siento, Aleksey Fyodorovich.

—¿Quién más ha visto estas fotos?

—Nadie —respondió el tío Misha.

—Pero —dije mientras giraba las fotos en mi mano—, ¿por qué te las ha enviado a ti? Es obvio que estos mensajes son para mí. No tiene sentido que te los envíe a ti.

—A menos que el Bogatyr *quisiera* que yo me mostrara —respondió el tío Misha—. Debíó querer que yo fuera a ver a Elia, sabiendo que ella reaccionaría como lo hizo.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sea quien fuera ese Bogatyr, era astuto, estratégico y, lo que era más aterrador, conocía todas mis debilidades.

—Tengo que irme —dije.

Tenía que volver a casa con Elia. Tenía que asegurarme de que estaba bien. Tanto Boris como Tío Misha me miraron fijamente, y ambos sabían lo que tenía en mente.

—Aleksey Fyodorovich, tenemos que hablar de esto —dijo el tío Misha.

—Lo comprendo, pero si Elia es un objetivo del Bogatyr como sugieren estas fotos, entonces tengo que asegurarme de que ella está bien —respondí, y luego me volví hacia Boris—. Nos tenemos que ir. Ahora mismo.

No esperé a que ninguno de los dos respondiera, giré sobre mis talones y me dirigí hacia la salida, ignorando la mirada preocupada de mi madre mientras lo hacía. En cuanto salí, sentí que el pecho se me aflojaba, pero no mucho.

—Ella está bien —me dijo Boris mientras entrábamos en el coche—. Está bien.

Me obligué a relajar los puños mientras el coche corría de vuelta al pent-house. Si el Bogatyr tenía un punto de vista claro de la Torre Sears para ver el balcón de mi pent-house, entonces ya había varias maneras de que Elia pudiera ser el objetivo.

Intenté llamarla al móvil, pero me saltaba el buzón de voz, lo que aumentó mi terror y mi temor de que el Bogatyr se hubiera movido más rápido de lo que esperaba.

Boris permaneció en silencio el resto del camino, aunque sus dedos volaron sobre las teclas de su móvil más de una vez, probablemente tratando de localizar a alguien en el pent-house para saber cómo estaba mi mujer.

¡Maldita sea! Sabía que tenía que haber hablado con el Tío Misha en cuanto volvió de Nueva York. ¿Cuánto tiempo había guardado esas fotos? ¿Acababan de llegar?

Cuando el coche llegó al pent-house, Boris fue el primero en salir y me puso una mano en el hombro.

—Déjame ir primero —me ofreció, sacando su pistola—. En caso de que caigamos en una emboscada, Aleksey.

—No —gruñí, sacando mi propia pistola de la funda—. Tengo que ser yo.

Boris apretó la mandíbula, pero se apartó. Entré en el ascensor, pulsé el botón y a él apenas le dio tiempo a entrar cuando se cerró la puerta.

—Tienes que sacarla de aquí —le dije a Boris mientras comprobaba mi pistola—. Pase lo que pase, la seguridad de Elia es lo primero.

—Entendido —contestó Boris—. No te fallaré.

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo la adrenalina recorría mi cuerpo mientras el ascensor llegaba al pent-house. No estaba seguro de lo que me encontraría una vez se abrieran las puertas, pero si Elia estaba herida, se había ido o, peor aún, si estaba muerta...

No, no pienses en eso.

Cuando se abrieron las puertas, salí y rápidamente observé lo que me rodeaba. Nada parecía fuera de lugar.

—Elia —grité levantando el arma—. ¿Dónde estás?

No obtuve respuesta. Se me revolvió el estómago y sentí ligeras náuseas mientras avanzaba en silencio por el pent-house. No estaba preparado para esto. No quería encontrarla en otro estado que no fuera sana y salva.

—Elia —volví a gritar.

Boris se movió a mi derecha, comprobando el balcón y mi despacho al otro lado del pent-house.

No había nada.

—¡Elia! —grité con fuerza—. ¡Necesito que me respondas!

Seguía el incesante silencio. Tragué la bilis que me subía por la garganta mientras avanzaba por el pasillo. ¿El pent-house estaba siempre así de silencioso? ¿Dónde estaba ella? Debería haber visto las putas señales. Debería haberlo sabido.

Debería haber sido más listo. Y ahora... ahora, Elia era la que había pagado el precio.

Empujé la puerta del dormitorio con el pie y entré con la pistola desenfundada y preparada.

—¿Aleksey?

El alivio me inundó y bajé el arma de la cara atónita de Elia.

—¡Joder! —respiré, guardando la pistola en la funda—. ¿Dónde estabas?

—En la ducha —respondió ella, con la toalla aún ceñida al cuerpo—. ¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

Sacudí la cabeza y volví al pasillo.

—Todo despejado —dije para Boris, con la voz entrecortada. Cuando los últimos vestigios de adrenalina desaparecieron de mi organismo, sentí que el cansancio se apoderaba de mí.

—Entendido —respondió Boris. ¿Siempre sonaba tan lejano?

Me volví hacia Elia. Me miraba con recelo.

—Aleksy —dijo en voz baja—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué has sacado la pistola?

Solté un suspiro y me acerqué a ella, atrayéndola contra mi cuerpo.

—Solo un susto que no llegó a nada —dije, hundiendo mi cara en la suave curva de su cuello—. Lamento si te he asustado.

—Lo hiciste —dijo Elia, pero no se apartó y me rodeó la cintura con los brazos— ¿Seguro no pasa nada?

Apreté los labios contra su piel, aspirando su aroma.

—No, nada.

No podía hablarle de la amenaza contra su vida. No podía decirle que todo esto tenía que ver conmigo. Mi mundo se estaba yendo al infierno, y no quería poner ese peso sobre sus hombros.

No después de todo lo que ya le había hecho.

Abracé a Elia un momento más antes de que ella se apartara, con las mejillas sonrosadas.

—Voy a ponerme algo de ropa —dijo suavemente, sujetando con fuerza la toalla contra su cuerpo—. ¿Seguro que estás bien?

—Lo estaré —suspiré, quitándome el abrigo—. Estoy bien. No te preocupes por mí.

Elia me miró con curiosidad, pero se alejó hacia el vestidor y mi estómago dio un vuelco inseguro. Por un momento, el pánico volvió a apoderarse de mí. No me había sentido tan indefenso desde aquella horrible noche. Aquella noche había jurado que no volvería a permitirme ser tan vulnerable.

Sin embargo, de algún modo, estaba volviendo a ocurrir.

Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.

Mis puños se cerraron sobre mis rodillas. ¿Siempre me perseguirían esas palabras? ¿Pasaría el resto de mi vida con el temor constante de que alguien me arrebatara a Elia como mi padre había hecho con Svetlana?

Dejé el abrigo sobre la silla y me saqué la camisa, guardándola en el armario. Podía negarlo todo lo que quisiera, pero la pura verdad era que, por mucho que hubiera intentado evitarlo:

Me había enamorado de Elia.

Y si el día de hoy servía de indicio, la sola idea de perderla, embarazada o no, me aterrorizaba más que cualquier otra cosa por la que hubiera pasado antes en mi vida.

Hoy había confirmado que ella lo era todo para mí.

Mientras miraba fijamente las puertas del vestidor, me prometí a mí mismo destruir todo lo que intentara arrebátarmela. Sea quien fuera ese Bogatyr, estaba a punto de enterarse de que se había equivocado de hombre.

Porque cuando te encuentre, pensé salvajemente. Te destruiré.

Capítulo 10

Elia

Me miré en el espejo y respiré hondo. Todavía tenía el corazón acelerado por la forma en que Aleksey llegó, con los ojos abiertos de terror y una preocupación que no entendía.

¿Qué había pasado entre él y su Tío? Sabía que, fuera lo que fuera, no podía ser nada bueno. Era casi como si alguien hubiera muerto. En cuanto Mikhail había entrado sin avisar en nuestra casa, se había trazado una evidente línea en la arena.

¿Pero a quién mantenía fuera? ¿Y a qué lado pertenecía yo?

Agarrándome a los lados del lavabo, le pedí a mi corazón que se ralentizara. Justo antes de que Aleksey llegara a casa, me había perdido en mis pensamientos sobre el hecho de que estaba sola. Sin familia. Sin ningún lugar al que huir. Ningún lugar dónde ir. La Mafia Tarallo estaba alborotada, inestable y vulnerable a la Bratva de mi marido si así él lo decidía.

¿Y Lana? Lana estaba demasiado ocupada lidiando con los eventos en Nueva York. Me había estado mandando mensajes, pero yo no tenía energía para responder. Ni siquiera sabía si podía decirle las cosas que sabía.

Cosas que ella ya debía sospechar.

Ni en mis mejores días había imaginado que tendría que enfrentarme a estas cosas. Había pasado toda mi vida tratando de huir de ellas. Y ahora, estaba atrapada en medio de todo y me estaba destrozando.

Me aparté del lavabo y me pasé las manos por el pelo húmedo, dejándolo caer sobre los hombros en lugar de recogermelo. No sabía cómo acudir ahora a Aleksey en busca de consuelo.

Sabía que él se preocupaba por mí. Pero ese conocimiento siempre estaría manchado por la sangre de mi familia en sus manos. Quería culparle, pero veía dónde estaba su lógica.

Donde antes habitaba la ira, ahora sólo había un vacío. Sentía que nada más iba a importar en mi vida. ¿Sería siempre así entre nosotros? Le había rogado a Aleksey que se fuera conmigo antes de que las cosas llegaran a este punto, le había suplicado una vida fuera de este interminable ciclo en el que habíamos nacido y en el que estábamos atrapados.

¿Y qué hizo él? Rechazó esa oferta. Me rechazó a mí, como si fuera yo la que estaba equivocada por proponerle esa sugerencia.

¿Podría aún alejarme? ¿Sería tan fácil? Yo había intentado huir el día de mi boda, y lo único que Aleksey había hecho era arrastrarme de vuelta y encerrarme. Si intentaba contactar con Lana para pedir ayuda, él lo sabría. Estaba segura de ello.

Aunque le dijera a Aleksey que no me importaba el legado de mi padre ni el legado que ahora

recaía sobre mis hombros como la última Tarallo que quedaba. Incluso si le dijera a la Bratva Korolev que podían tenerlo todo.

La verdad era que a Aleksey no le importarían esas cosas. A su Tío tal vez, pero a Aleksey sólo le importaría que yo siguiera a su lado.

Él nunca me dejaría ir. Y sería la cosa más simple del mundo para mí aceptar eso.

Simple. No fácil.

Con un suspiro, abrí la puerta del baño y encontré el dormitorio vacío. ¿Dónde se había metido mi marido?

No tardé mucho en localizarlo y lo encontré de pie en el balcón. Miraba fijamente la torre Sears, como si esperara una señal. En el aire flotaba el aroma de la lluvia, que caía suavemente a lo lejos sobre el lago Michigan. El aire que nos rodeaba estaba en calma, pero eso no aliviaba la tensión que notaba en los hombros de mi marido. *Algo más le preocupaba.*

Con cuidado, me acerqué a él y observé la botella de whisky que tenía en las manos.

—¿Relajándote?

—Podría decirse —exhaló un suspiro y apartó la mirada de la Torre Sears—. Siento haberte asustado antes.

—Estaré bien —respondí.

Me asusté cuando entró en el dormitorio, con pistola en mano y el cuerpo tenso. Estaba listo para la violencia. Pero, ¿qué podía sospechar? Me había dicho que había ido a hablar con su Tío.

¿Acaso tenía miedo de que los hombres de mi padre estuvieran aquí?

—Háblame, Aleksey —le ofrecí suavemente, y mi corazón traidor se estrujó un poco—. Me estás preocupando.

—¿Tu padre te habló alguna vez del Bogatyr?

Ese nombre otra vez. Negué con la cabeza.

—La primera vez que oí hablar de él fue por ti.

Aleksey asintió, dejó la botella y se metió la mano en el bolsillo. Me pasó dos fotografías con pulcras letras rusas escritas en el reverso. Cuando vi la segunda foto, en la que aparecía yo en el balcón, levanté la vista hacia él.

—Por esto, Elia —dijo con voz ronca—. Por esto volví como volví. Esto vino del Bogatyr, y

tengo que averiguar quién es para poder detenerlo antes de que te haga algo. O a nuestro hijo. Esto terminará cuando lo mate, Elia —tomó mi mano en las suyas—. Te lo prometo.

—¿Cómo? —presioné, sabiendo que podía ver la emoción en mi cara—. ¿Cómo va a parar esto aún después de que lo mates?

—Una vez muerto el Bogatyr, no habrá nadie más que se atreva a hacernos daño —gruñó, con los ojos brillantes de ira—. El Tío Misha vino fue a asegurarse de que estabas a salvo.

Negué con la cabeza. No podía creer lo que me decía.

—No me lo creo. ¿Él te dio esas fotos? ¿Cómo sabes que no las fabricó él mismo?

—Porque Boris dijo que no conocía a nadie que pudiera haberles tomado la foto en Nueva York —contestó Aleksey, señalando una foto—. Esta.

—Pero ¿cómo sabes que no lo planeó tu tío?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, bajando de repente la voz unas octavas.

—Digo que ya no sé en quién confiar, Aleksey. Cada uno tiene su propia historia, y cada uno cree en su versión de la verdad. Lo único que sé es que la violencia no acabará con la violencia. Incluso si el Bogatyr es real, matarlo sólo será un nuevo principio, no el final.

Presioné mi mano contra su pecho, justo sobre su corazón.

—Lo único que quiero es que dejes de mancharte las manos de sangre —dije, siendo sincera por primera vez en mucho tiempo—. Por favor. Por mí. Por nuestro hijo. Es la única forma en la que puedo saber con certeza que estarás en su vida —tomé aire temblorosamente—. Porque si tú te vas, ¿qué me quedará? No puedo criar a este niño por mi cuenta. Sola.

Levanté la vista hacia él, sin apartarla de su mirada acerada.

—Quiero que esto se acabe de una vez. Quiero saber que cuando este niño venga al mundo, tendrá dos padres que lo quieran y lo aprecien. No quiero que nuestro hijo conozca a su padre en un cementerio. No quiero que conozca sus logros al pie de una tumba.

Pensar en eso me rompió el corazón y quise llorar. Pero me negué. Tenía que convencer a Aleksey de que lo viera como yo lo veía. Él tenía que comprender que yo le necesitaba más de lo que jamás lo haría su Bratva.

Aleksey me sostuvo la mirada durante unos instantes antes de extender la mano, su gran mano ahuecando mi mejilla.

—Quisiera decirte que puedo marcharme, pero no puedo mentirte. No te mentaré. Aunque me marchara ahora, el Bogatyr es una amenaza, y no parará hasta que todos estemos muertos. Estoy

obligado, Elia.

¡El Bogatyr no puede ser real! quería gritarle. Pero sabía que no me escucharía.

—Y una vez que lo mates —susurré—. ¿Entonces si te marcharás? ¿Será el fin?

Yo sabía para lo que Aleksey había sido preparado. Sabía lo que le estaba pidiendo que hiciera. Pero tal vez, *sólo tal vez*, las circunstancias habían cambiado lo suficiente entre nosotros como para que él volviera a planteárselo sin enfurecerse.

—Elia —dijo—, mi lealtad y mi atención se centran en ti. En nuestro futuro, no en la Bratva.

—Eso no responde a mi pregunta, Aleksey.

Su mano se apartó de mi mejilla.

—No es la respuesta que querías oír.

No, no era.

—Sé que te cuesta creerme —dijo por fin, poniéndome sus manos en mis caderas y atrayéndome más hacia él—. Sé que para ti sólo son palabras, promesas vacías. Pero te prometo, Elia, que haré lo que sea necesario para asegurarme de que estés a salvo. Lo digo en serio.

Sentí el rápido latido de su corazón bajo mis palmas.

—Es que me cuesta creer que eso sea lo que haga falta para ponerme a salvo.

—Lo sé —respondió, con su aliento revolviéndome el pelo—. Por favor, ten paciencia. Es todo lo que puedo pedirte. Ser paciente y estar a salvo.

Apoyé la mejilla en su pecho y dejé que me estrechara entre sus fuertes brazos.

—La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes.

La risa de Aleksey retumbó en su pecho y sonreí al escucharla. Me encantaba su forma de reír, tan completa y profunda. Y siempre que se reía, sabía que lo decía en serio.

—Tampoco de las mías —se apartó para mirarme a los ojos—. Pero quizá, entre los dos, podamos aprender a ser pacientes.

Le dediqué una pequeña sonrisa, ignorando la advertencia que me hacían mis entrañas de que la conversación no debía ir de ese modo en absoluto. Esperaba algo más de resistencia, algo más de pelea de lo que obtuve.

Le estaba pidiendo que renunciara a todo lo que conocía. Por mí.

¿Realmente creí que él aceptaría de tan buen grado?

Pero al mismo tiempo, nunca lo negó. La puerta se había entreabierto lo suficiente como para dejar ver una luz que se asomaba. En ese momento supe que tendría que ser suficiente por el momento. Si insistía demasiado, volvería a cerrar la puerta de un portazo.

¿Por qué no podía creerle, por esta vez? Había prometido acción, y yo tenía que esperar a ver qué hacía cuando todo hubiera terminado.

¿Era porque sabía que nada se acabaría de verdad? ¿O era porque aún no podía imaginar un mundo en el que él me pusiera a mí y a nuestro hijo por encima de todo?

Apretó los labios contra mi frente antes de entrar conmigo de regreso al pent-house.

—Hagamos algo —me dijo.

Sorprendida, arqueé una ceja.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —respondió, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Algo simple. Algo sencillo. Solos tú y yo. Estaba pensando en algo como una pizza.

—Me gusta la pizza —dije, preguntándome adónde quería llegar—. Pero yo no llamaría pizza a lo que hay aquí en Chicago.

—¿Perdón? —dijo extrañado.

—Se supone que la pizza lleva el queso por encima —dije—. Lo que único que vosotros habéis hecho es coger un pastel y llamarlo pizza.

Su sonrisa tardó en aparecer, pero cuando lo hizo, todo el aire abandonó mis pulmones. Dios, ¡era guapísimo cuando no le pesaba el mundo!

—Parece que hay cosas en las que nunca estaremos de acuerdo.

—Parece que... —esboqué una débil sonrisa, aferrándome desesperadamente a esa pequeña pizca de normalidad entre nosotros—, la gente es muy creativa a la hora de estropear algo como una simple pizza hoy en día.

—Parece que vas a necesitar que te convenzan a fondo —se acercó un poco más, dejando que su calidez me bañara.

—Quizá —respondí y cerré los ojos.

—Entendido, entonces —se giró para echar un último vistazo a la lluvia exterior—, coge unas mantas. Pediré la mejor pizza de masa gruesa de Chicago, suavizará tu corazón neoyorquino.

Nos separamos. Me apresuré a ir al dormitorio y saqué algunas mantas del armario, con el corazón agitado. ¿Cuántas veces había soñado con algo así con alguien que me importara?

Alguien a quien incluso podría aventurarme a decir que amaba un poco.

A una parte de mí le aterrorizaba admitirlo, me aterrorizaba estar enamorada de Aleksey. Su vida era volátil; nuestro futuro, inestable. Sin embargo, a pesar de todo, seguía sintiendo una atracción magnética que me acercaba cada vez más a él, hasta volver a caer rendida en sus brazos.

Era frustrante. *Debería* amarle. Era el padre de mi hijo y mi marido, aunque un marido forzado. Había jurado protegerme. Y todo lo que hacía siempre se reducía a mantenerme a salvo. Incluso las cosas casi imperdonables.

Pero eran precisamente esas cosas casi imperdonables las que me hacían sentir culpable por quererle. Y esa culpa... era con lo que tenía que vivir. Pero por ahora, no me centraría en la culpa. Por ahora, quería centrarme en nosotros.

Cargando con las mantas, regresé del dormitorio al salón, donde Aleksey acababa de colgar el teléfono.

—La pizza llegará enseguida —dijo.

Mi estómago gruñó en respuesta y él sonrió, con una sonrisa suave que hizo que mi corazón se agitara una vez más.

—Permíteme las mantas —dijo.

Se las entregué, observando que había despejado el sofá frente al televisor. Afuera, la lluvia empezó a ganar intensidad y de vez en cuando se oían relámpagos a lo lejos, seguidos por el bajo retumbar de los truenos. Se acomodó en el sofá y me tendió la mano.

—Ven aquí, Elia —me dijo.

Me detuve, repentinamente indecisa de estar tan cerca de él después de haber disfrutado de su presencia unos momentos antes. El conflicto seguía bullendo en mi cabeza. Pero al final, mi corazón se impuso a mis sospechas.

Me metí entre sus piernas y dejé que me rodeara con sus brazos. Mi espalda se apoyó en su ancho pecho. Y entre la sensación de su respiración y el sonido de la lluvia repiqueteando contra el cristal de las ventanas del pent-house, me sentí protegida. *Me sentía en paz.*

—Sabes —dijo en voz baja mientras permanecíamos sentados, con su cuerpo ahuyentando el escalofrío de mis huesos—. Nunca tuvimos luna de miel.

Sonreí, con los ojos cerrados.

—Como si alguna vez hubiéramos tenido tiempo de hacerlo.

Entre la boda precipitada, el embarazo y ahora las batallas a las que nos enfrentábamos, la luna de miel era lo último en que pensar.

—¿Dónde elegirías? —preguntó, con el pecho retumbándole con cada palabra.

No sabía hacia dónde se dirigía con esta línea de preguntas, o si sólo estaba tratando de distraerme.

—La verdad es que no lo sé —dije con sinceridad. No había pensado en ello porque había pasado toda mi vida sabiendo que no importaría. Mi vida de casada siempre me la iban a dictar desde el principio. Y así nunca me preparé para el dolor de la decepción inevitable.

—Vale —dijo Aleksey, dándome un beso en el cuello—. Piénsalo, ¿quieres? Cuando acabe todo este lío con el Bogatyr, quiero que nos vayamos, los dos solos.

—Querrás decir los tres —le corregí, y una pequeña sonrisa se dibujó en mi rostro cuando su mano bajó hasta acariciarme ligeramente el vientre—. Por desgracia para ti, este pequeño va conmigo donde quiera yo vaya.

—Los tres —repitió, con gran emoción en la voz—. Supongo que así será durante los próximos dieciocho años, más o menos.

—Espero que sólo dieciocho —bromeé.

Por un momento, me atreví a imaginar un futuro, dieciocho años de futuro, con Aleksey a mi lado. Mi cerebro me chilló, diciéndome que estaba traicionando a mi hermano Luca, a mi padre y a toda mi familia.

¿Pero mi corazón? Mi corazón me decía que Luca habría querido que yo fuera feliz. Luca hubiera querido que olvidara que nuestra familia alguna vez existió. Él hubiera querido que yo tuviera una vida que fuera para mí.

Una vida que yo eligiera y no una escogida en mi nombre.

La mano de Aleksey recorrió lentamente mi cuerpo y yo arqueé la espalda hacia él, suspirando. Un calor palpitante y familiar latía entre nosotros. Cerré los ojos, saboreando el momento. Saboreándole a él.

¿Estaba recorriendo el camino correcto hacia mi sueño? ¿O era otro desvío del que acabaría

arrepintiéndome?

Ya no estaba segura. Cuando la mano de Aleksey se hundió entre mis muslos, decidí que, por este momento, no necesitaba estar segura de nada más que del hecho de que yo era suya.

En este momento, tenía todo lo que quería. Y en este momento, podía olvidar todas las cosas terribles que me esperaban fuera de las paredes de nuestro pent-house.

Esto sería suficiente.

Por el momento.

Capítulo 11

Aleksey

Me desperté a la mañana siguiente con mi cuerpo enroscado alrededor de mi mujer y el sol brillando en las ventanas. La pizza que pedimos permanecía intacta y sin abrir, olvidada en el momento mientras hacíamos el amor. La lluvia se había ido durante la noche y nos esperaba un día fresco.

Nada podía ser más perfecto que la mujer que dormía entre mis brazos, la misma que había reído conmigo la noche anterior en el sofá. La misma que me devolvió los besos y el cariño. Había sido una velada casi perfecta, tanto que cuando por fin nos fuimos al dormitorio, me conformé con abrazarla mientras se dormía.

No recordaba a ninguna mujer antes de Elia con la que hubiera sido feliz durmiendo a su lado.

Ni siquiera a ella. El pensamiento me asaltó de nuevo. Pero lo deseché. Boris tenía razón. Tenía que dejar morir el pasado. Pero, de algún modo, la amenaza del Bogatyr seguía insistiendo en la herida del pasado. Seguía hurgando, negándose a dejarla sanar.

Era enloquecedor.

Elia se movió dormida y yo contuve la respiración, no dispuesto a que aquel momento terminara todavía. ¿Así que esto era estar enamorado de alguien? ¿No añorar, sino amar de verdad?

Quería creer que lo que existía entre nosotros era lo que lo hacía especial y único. Que nunca experimentaría esto, aunque probara a todas las mujeres disponibles del mundo. Porque a la única que quería era a la que tenía entre mis brazos.

Elia *significaba* algo para mí. Ella me hacía *sentir*.

Ella era todo lo que estaba bien en mi desordenado mundo. Y ahora tenía la presión de cumplir las promesas que le había hecho la noche anterior.

Y esas eran de hecho algunas promesas fuertes. Necesarias, pero fuertes. Hasta que el Bogatyr estuviera muerto y su cuerpo sin vida ante mí, nuestras vidas nunca podrían ser nuestras. Podíamos huir, por supuesto. Siempre existía esa opción. Pero si el Bogatyr era realmente tan temible como el Tío Misha creía, entonces seríamos perseguidos por el resto de nuestros días.

No podía permitir que Elia viviera mirando constantemente por encima del hombro, preguntándose cuándo atacaría el Bogatyr.

Simplemente no podía.

Pero la otra cosa que me molestaba era que Elia no creía que el Bogatyr existiera. Pensé en su propio intento de racionalizar que esas imágenes no eran más que maquinaciones del Tío Misha. Eso también había sido culpa mía. Yo había plantado la semilla en su cabeza de que el Tío Misha

actuaba contra mí.

Y ella me creyó. Después de todo, ¿por qué no lo haría?

¿Y si ella tenía razón? pensé mientras miraba su cuerpo dormido, aspirando con avidez su aroma. ¿Y si todo esto no era más que un elaborado plan del Tío Misha? ¿Y si también fue capaz de engañar a Boris?

Un escalofrío me recorrió, incluso con el sol calentándome la espalda.

Si el Tío Misha fuera una amenaza, ¿podría yo matarlo llegado el momento? Mi mano encontró la de Elia y sus dedos se apretaron instintivamente contra los míos.

Lo único que quiero es que dejes de mancharte las manos de sangre, me había dicho Elia la noche anterior. Y en muchos sentidos, yo quería lo mismo.

Se diera cuenta o no, ella se había convertido en el centro de mi universo.

Y por eso quería que se sintiera protegida cuando estaba en mi presencia. Quería que supiera que no la veía como una Tarallo o como una enemiga. La veía como mi esposa, la única persona por la que quemaría toda la ciudad. Debí haberle dicho esas palabras antes de que todo cambiara irrevocablemente.

Pero, ¿me hubiera creído? ¿O sólo creería en mi capacidad para la violencia?

Me hundí en su pelo revuelto, aspirando el rico y profundo aroma que la caracterizaba.

Podía darle a Elia una vida agradable y cómoda en la que criar a nuestros hijos, una casa en la que pudiera hacer lo que ella quisiera. Podría darle noches interminables como la de anoche.

Podía darle mañanas como ésta, en las que no tuviera nada de qué preocuparse salvo la seguridad de mis brazos a su alrededor.

Sólo tenía que ocuparme de una última cosa. Y entonces podría irme para siempre.

Volaremos juntos, Elia, pensé. *Solos tú y yo.*

Capítulo 12

Aleksey

Horas después, la ayudaba a salir del coche, con la puerta abierta por un sonriente Boris.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella, mirando el edificio que teníamos delante.

Estábamos en el Instituto de Arte de Chicago. Un lugar al que mi familia había donado mucho dinero en el pasado. Pero nunca lo visité mucho, ni siquiera cuando vivía aquí. Nunca me gustó el arte y evitaba el lado engañosamente filantrópico de la Bratva, el que necesitábamos para mantener la ley alejada de nosotros.

Metí su mano en mi brazo y di una rápida orden a Boris.

—Te llamaré cuando esté listo.

—Entendido —sonrió con satisfacción—. Tengo a los guardias en sus posiciones habituales. No te molestarán.

Asentí con la cabeza y me volví hacia mi mujer. Por mucho que me hubiera gustado prescindir de las formalidades de tener guardias hoy, seguía siendo necesario mantenerla a salvo. Quién demonios sabía cuándo o dónde podría atacar el Bogatyr. No podía arriesgarme.

—Aleksey —dijo, con voz aún llena de sorpresa—. Aún no has respondido a mi pregunta.

—Me imaginé que querías un día para nosotros —sonreí—. ¿Por qué no? Un día sólo para nosotros. ¿Has estado aquí antes?

Se rio, y el sonido me calentó las frías entrañas.

—He estado en el Met de Nueva York más veces de las que me gustaría admitir. ¿Pero aquí? Ni una vez.

—Yo tampoco —dije—. Una experiencia nueva para los dos. Y sólo para nosotros. Nadie más.

—Aleksey Korolev —sonrió Elia, sus ojos centelleando mientras me empujaba hacia los escalones—. ¿Estás haciendo algo bueno por mí?

—Me imaginé que estabas cansada de estar encerrada en el pent-house —susurré cerca de su oído.

Un rubor tiñó sus mejillas y mi sonrisa creció. Desafiaba a cualquiera a arruinarnos esto.

La directora del museo nos estaba esperando cuando entramos y yo pasé la mano por la espalda de Elia, dirigiéndola hacia ella.

—¡Bienvenidos! —dijo con una amplia sonrisa en la cara—. Me alegro de que usted y su esposa hayan venido a pasar la tarde con nosotros.

—Bien —dijo Elia, de nuevo con sorpresa en la voz, mientras me miraba—. Estoy impaciente.

—Mi esposa es la artística —confesé, dedicándole a la mujer una sonrisa fácil que había utilizado docenas de veces con otras personas—. Me temo que yo soy el inculto en este matrimonio.

—Bueno, quizá podamos cambiar eso —Elia se giró y me sonrió, sus dedos enlazados con los míos.

Durante las dos horas siguientes, escuché atentamente cómo Elia y la directora charlaban sobre los detalles de cada exposición. Nada de aquello tenía sentido para mí. Para mí, el arte no era más que un vehículo para blanquear dinero. Pero ver cómo se iluminaban los ojos de Elia mientras hablaba y reía, *Dios, esa risa*, lo era todo para mí.

Elia estaba disfrutando. Y mientras ella fuera feliz, yo era feliz.

Era lo que ambos queríamos.

Cuando la visita terminó más de una hora después de lo previsto, nos despedimos de la directora, y Elia se volvió hacia mí radiante.

—¡Vaya, vaya! —dijo mientras la guiaba hacia el coche—. Ha sido simplemente increíble.

—Me alegro de que te haya gustado.

—¿Gustado? —Elia tiró de mi brazo y me detuvo en seco—. Aleksey, me ha encantado. Gracias.

—Todo lo que quieras, Elia —la miré y me acerqué a ella para apartarle el pelo de la mejilla—, es tuyo. Sólo tienes que pedirlo.

—¿Todo? —preguntó ella en voz baja.

Sabía a dónde quería llegar. Y no iba a estropearlo.

—Cualquier cosa —asentí—. Pero eso no es todo.

Sus ojos se abrieron un poco por la sorpresa.

—Oh, ¿no?

—¿Tienes hambre? He hecho una reserva para nosotros. Un restaurante con vistas al lago

Michigan. Sus filetes están de muerte.

—Me apetece otra cosa —Elia miró a su alrededor—. El Mercado Fulton no está lejos de aquí. ¿Te importa si vamos allí? Nunca comimos esa pizza.

—Claro.

No pude evitar sonreír. Su obstinado orgullo neoyorquino tenía que ganar este interminable debate sobre la pizza. Pero si ella quería ir, podíamos ir.

Pero la multitud paseando por el Mercado Fulton podría ser un problema. Por un momento, me planteé decirle que no. Contemplé decirle que era demasiado peligroso y que estaríamos demasiado expuestos. Pero la forma en que Elia me animaba con la mirada me hizo apartar ese pensamiento de mi interior.

Yo sabía lo que ella quería. *Una sensación de normalidad.*

Así que extendí el brazo y ella se arrimó a mi lado. Boris se movió hacia nuestra izquierda, hablando con el puño de su traje mientras despachaba a los guardias por delante de la multitud que atravesaríamos.

—Sabes —dijo Elia mientras avanzábamos por la acera—, sé lo que estás haciendo.

Me aclaré la garganta.

—Y ¿qué es eso?

—Los guardias —contestó ella, señalando con la cabeza al siempre discreto Boris—. Crecí como una princesa de la mafia, Aleksey. Sé que nunca estamos realmente solos.

Rodeé su cintura con mi brazo y me reí entre dientes.

—Podemos ir a algún sitio donde estemos solos de verdad.

—¿Y dónde sería eso?

—Nuestro dormitorio.

Era el único lugar, aparte del baño, donde no tenía ojos. Ese era mi santuario, y era lo mismo para Elia.

—Es bueno saberlo —sonrió Elia juguetonamente.

La guie entre la gente que estaba en la acera, y la charla se hacía más fuerte cuanto más nos acercábamos.

—Confía en mí. Es asunto nuestro, de nadie más.

—Nunca he sido del tipo voyerista —dijo Elia al cabo de un momento—. Es decir, no estoy en contra de los que se sienten cómodos con, bueno, ya sabes.

La detuve y la atraje contra mí, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Follar en público?

Las mejillas de Elia se ruborizaron y se mordió los labios con inocencia. Al verla, un estremecimiento me recorrió la espalda hasta la polla.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó en voz baja, poniéndose aún más rosada.

Me incliné y rocé su mejilla con la mía.

—¿Qué si he hecho qué, Elia? —le refuté, quería oírlo de sus labios.

—Follar en público —exhaló, con una voz tan baja que podría no haber dicho nada en absoluto.

Y ahí estaba, la ráfaga de deseo de hacer exactamente lo que acababa de salir de su boca.

—Lo he hecho —dije, aclarándome la garganta.

—¡Oh! —sus ojos bajaron brevemente.

Volví a mirarla a los ojos y le dediqué una pequeña sonrisa.

—Créeme, nadie me ha visto el culo desnudo.

—Bien —Elia volvió a mirarme, con el rubor ansioso aún en su rostro—. Que siga así.

Mi sonrisa creció y reanudamos nuestro paseo, sintiendo mis pasos un poco más ligeros. Esto parecía normal. Me sentía *bien*. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto de mi vida podría darle a ella y mantener a Elia feliz?

—Oye —dijo de pronto Elia, con la mano en el brazo—. ¿Qué te pasa, Aleksey?

No me di cuenta de que estaba proyectando mis sentimientos en mi cara. Ella no tenía por qué preocuparse por mí. Ya tenía bastante de qué preocuparse.

—Nada —dije con sinceridad.

—¿Nada? —arqueó una ceja—, o ¿*nada*? —haciendo el gesto de comillas con los dedos.

Me pasé una mano por el pelo, maldiciéndome por haberle dado un motivo para preocuparse

como lo estaba haciendo.

—Es que odio no poder darte esto todo el tiempo.

Elia parecía confusa, y con razón. Ella no sabía la guerra que se libraba en mi interior, cómo deseaba desesperadamente darle la normalidad que ansiaba.

—Aleksy... —comenzó ella.

—Odio ser la causa de tu dolor —sacudí la cabeza, cortando sus palabras—. De verdad.

Su mirada se suavizó.

—Aleksy —dijo, acercándose a mi mejilla—, sabes que esta es la vida en la que hemos nacido. No puedo reprochártelo. No en este momento.

—Pero puedes culparme de la mayor parte de tu dolor —le dije.

Y esa era la dura verdad, ¿no? Si no hubiera sido por mí, su familia seguiría entera. Aunque despreciara a su padre, seguiría teniendo cerca a su hermano, que quería lo mejor para ella.

Su mirada se nubló antes de aclararse la garganta.

—No puedo olvidar todo lo que has hecho, Aleksy. Pero *puedo* empezar a curarme de ello.

—Entonces eso es todo lo que pido —respondí, ahuecándole la cara con las manos y sin importarme una mierda quién me viera—. Porque lo único que quiero es darte el mundo.

Su sonrisa era tierna, y rocé mis labios con los suyos, saboreándolos.

—Y lo único que *yo* quiero —murmuró contra mis labios— es que me demuestres que una pizza de masa gruesa de Chicago merece llamarse así.

Riendo, me aparté, y mi toque se detuvo antes de envolver su mano en la mía.

—Entonces vamos, señora Korolev —dije, tirando de ella hacia la multitud—. Por aquí.

Capítulo 13

Elia

Tomé la mano de Aleksey mientras el coche serpenteaba de vuelta al pent-house, sintiéndome contenta por primera vez en mucho tiempo. El día había sido mágico, desde la visita privada al instituto de arte hasta buscar una pizza de masa gruesa en el Mercado Fulton. Aleksey había sido increíblemente paciente, contento de sentarse y darme tiempo para hacer lo que yo quisiera.

No esperaba que él fuera así en absoluto.

—Ha sido un suspiro profundo —dijo, abriéndose paso entre mis pensamientos—. Espero que haya sido bueno.

—Oh, sí —respondí soñadoramente, con mi cabeza apoyada en su hombro y mi mano libre en mi estómago—. Ha sido un día increíble, Aleksey. Gracias.

Sentí que sus labios se apretaban contra mi pelo, calentándome por dentro.

—De nada.

Hoy él había sido perfecto, el marido perfecto que cualquier chica querría tener en su vida. Tan perfecto que yo casi podía pasar por alto todo lo demás. *Casi* podía ignorar el hecho de que Aleksey *casi* nos había negado la oportunidad de tener una vida normal.

Parte de mi calidez se desvaneció al pensarlo. Daría cualquier cosa por tener más días como hoy.

El coche se detuvo y Boris bajó para abrir la puerta. Aleksey me soltó la mano cuando salí.

—Gracias por cuidarnos hoy —le dije a Boris, dedicándole una pequeña sonrisa.

Pareció sorprendido por mis palabras, inclinó la cabeza un instante después.

—Por supuesto, señora Korolev. Disfrute del resto de la velada —dijo.

Aleksey me cogió de la mano una vez más y nos dirigimos hacia la puerta que daba al vestíbulo. Estaba cansada de las actividades del día, pero ahora mi mente se arremolinaba con posibilidades de cómo devolverle a Aleksey parte de la felicidad que sentía hoy.

Se lo merecía. Después de todo, él había preparado todo esto para mí.

—¿En qué piensas?

—¿Te gustaría saberlo? —dije sonriendo.

Tiró de mí hacia él y me puso la mano en la cadera mientras entrábamos en el ascensor.

—Me encantaría.

En cuanto entramos en el oscuro pent-house, Aleksey empezó a quitarse las armas que llevaba escondidas, como hacía siempre que volvía a casa. Lo observé, sintiendo que mi cara se enrojecía mientras seguía sus metódicos movimientos. Aleksey me sorprendió mirando y se detuvo, con un reluciente cuchillo en la mano.

—¿Pasa algo?

—Nada —negué con la cabeza mientras me descalzaba y pisaba descalza.

Terminó su rutina, colocando el cuchillo sobre la mesa. Sabía que más tarde puliría cada uno de ellos antes de colocarlos en distintos lugares para poder alcanzarlos con facilidad. En cuanto vi que había terminado de descargar sus armas, me acerqué a él.

—Elia —dijo, con voz cálida, observando todos mis movimientos—. ¿Qué haces?

Puse mis manos sobre sus anchos hombros, maravillada por la suavidad de la camisa de vestir sin chaqueta. La camisa acentuaba sus oscuros ojos, y hoy había sorprendido a más de una mujer mirándole fijamente. Pero siempre apartaban rápidamente la mirada en cuanto veían su mano entrelazada con la mía.

—¿Qué te hace pensar que estoy haciendo algo?

—Porque tienes esa mirada en tus ojos —dijo. Su garganta se estremeció.

—¿Qué mirada? —arqueé una ceja inocentemente.

—Como si estuvieras a punto de causar problemas —asintió Aleksey lentamente.

La sonrisa se me curvó en los labios. Oh, iba a hacer mucho más que eso. Mis manos se deslizaron hasta el centro de su pecho y abrí el primer botón sin esfuerzo.

—Uy —dije, y mis dedos se dirigieron lentamente al siguiente.

—Elia —dijo Aleksey cuando enganché el dedo en el segundo botón y de un tirón lo abrí para dejar al descubierto más parte de su musculoso pecho.

—Shh —respondí, abriendo el tercer botón. El corazón me retumbó en los oídos y sentí un estremecimiento en el cuerpo.

—Déjame llevarte al dormitorio —dijo Aleksey, sacando la camisa de sus pantalones.

—No —negué con la cabeza mientras terminaba de desabrochar los botones hasta que la camisa quedó totalmente abierta—. No quiero esperar.

El siseo apreciativo en sus labios dejó mis mejillas calientes. De repente, me alegré de la oscuridad del pent-house. Me alegré de que no pudiera ver el rosa permanente que florecía en mi piel. Bajé la camisa por sus hombros y esta cayó al suelo, mientras mis manos se paseaban por sus perfilados músculos.

—Eres tan hermoso —susurré con mis dedos rozando su piel.

—No tanto como tú —dijo luego de soltar una carcajada.

Sonriendo, seguí acariciando su cuerpo hasta que mis manos chocaron con la hebilla de su cinturón. En lugar de desabrochárselo, dejé que mi mano bajara hasta acariciar su miembro, duro y palpitante, a través de los pantalones. Aleksey respiró agitadamente.

—¿Qué pasa? —le pregunté burlonamente—. ¿Necesitas que me detenga?

—Nunca —gruñó, y dio un paso hacia adelante para apretar mi mano contra su pene—. Me encanta que me toques.

Me envalentoné con mis caricias antes de llevar mis manos a la hebilla de su cinturón. Un par de movimientos bastaron para dejar al descubierto su polla, pesada por la necesidad. Se me hizo la boca agua al verlo y mi coño se estremeció de necesidad al imaginar su gruesa y familiar presencia dentro de mí.

Me encantaba lo que él era capaz de hacer en la cama. Me encantaba lo que le hacía a mi cuerpo. Cada vez que nos tocábamos, me reducía a un charco mientras esculpía valles de placer como un río embravecido. Y cada vez que su lengua encontraba el camino hacia mí... me estremecí en anticipación.

Con cuidado, me arrodillé, ignorando el frío del suelo que cedía ante las finas mallas que llevaba puestas.

—Elia —retumbó Aleksey—. No tienes que hacer esto.

—No tengo —respondí mientras acercaba la mano a su erecta polla, cuya cabeza palpitante estaba decorada con una perlada gota de semen—, pero quiero hacerlo.

Aleksey murmuró algo que sonó como una maldición cuando mis dedos recorrieron su longitud, raspando suavemente la gran vena que corría bajo la sedosa piel.

—¿Te gustaría que me la meta en la boca? —ronroneé, rozando la cabeza. La yema de mi dedo volvió húmeda, y no pude evitar sonreír.

Podría *ponerlo* de rodillas si realmente quisiera.

—Sí... —suspiró.

Sin demora, acerqué mis labios a su polla, escuchándole gemir mientras tomaba su longitud hasta que la cabeza se estampó contra el fondo de mi garganta. Se me humedecieron los ojos, pero me obligué a meterla antes de arrastrar mis labios por toda la longitud al sacarla.

—Joder —gimió, y su mano se deslizó por mi pelo—. Oh, joder

Le recompensé con un leve gemido, dejando que el sonido vibrara en su polla. Yo sabía exactamente lo que le gustaba y dónde estaba su límite. Lo llevé al borde de la liberación y luego retrocedía. Cada vez lo acercaba más a su límite, sin cruzarlo.

Una y otra vez, lo masturbé con la boca y con la mano, alternando las caricias hasta que su mano se aferró a mi pelo y sus muslos se agitaron contra mis caricias.

Estaba a punto. Finalmente, Aleksey gimió.

—Basta. Quiero correrme en tu coño, Elia, no en tu garganta.

Todos mis músculos temblaron y aparté mi boca, rozando una vez más toda su dura longitud.

—Entonces, con todo gusto —mi voz sonó ronca y gruesa en la oscuridad—. Fóllame, Aleksey.

Me tendió una mano y me ayudó a ponerme en pie, solo para tirar de mí contra él.

—Aún no —murmuró, rozando sus labios con los míos—. Es mi turno de saborearte, Elia.

Oh, Dios.

Deslizó la mano por mi pelo y me besó hambriento hasta que jadeé en su boca, con el corazón acelerado en el pecho. Su mano libre encontró la mía

—Creo que ya es hora de que vayamos al dormitorio —dijo mientras reclamaba mis labios de nuevo con los suyos.

Capítulo 14

Aleksey

Iba a devorarla.

Elia me dejó llevarla al dormitorio, caminaba hacia atrás hasta que sus piernas rozaron el colchón. La seguí hasta que quedó atrapada contra el colchón, con la respiración entrecortada.

—¿Creías que eras la única que se daría un festín? —murmuré.

—Aleksey —dijo. Su respiración entrecortada y rápida.

—Tuviste tu momento —añadí, cogiéndole la camisa—. Este es el mío.

Tragó saliva, pero dejó que le quitara la camisa por encima de la cabeza. Desabroché su sujetador y lo dejé caer silenciosamente por su exuberante cuerpo. En aquel momento decidí ir despacio, saborear cada beso en su piel. Empecé por los hombros, deslizando mis labios por su clavícula mientras mis manos apretaban suavemente sus pechos.

—Oh, Dios —jadeó y exhaló, su cuerpo empezó a temblar.

Bajé la cabeza hasta que mis labios rodearon su pezón, arrancando otro gemido de su garganta.

—Aleksey... —sus manos se aferraron a mi pelo y me sujetó, emitiendo pequeños sonidos que dejaron mi polla aún más dura que antes.

Diablos, podría correrme ahora mismo. Y necesité toda mi fuerza de voluntad para contenerme.

Pasé al otro pecho y le presté la misma atención que al primero, escuchando sus gemidos entrecortados mientras lo azotaba con la lengua. Se habían vuelto sensibles y pesados con el embarazo, y sus gemidos me indicaron lo necesitada que estaba de mis caricias.

Mi mano bajó hasta sus leggings y la deslicé por la cintura, buscando la apetecible humedad en la que ansiaba hundirme. Soltó un medio sollozo cuando mi dedo rozó su clítoris hinchado, y arqueó la espalda ante mis caricias.

—Sí —suplicó, moviendo su cuerpo contra mi mano—. Por favor.

Volví a enderezarme para ver sus ojos, llenos de calor y pasión. Mordió su labio y asintió.

—No pares.

Mi propio cuerpo palpitaba con la necesidad de follarla hasta que se le irritara la garganta de tanto gritar.

—¿Qué te gustaría?

—Que me hagas correrme —dijo con un suspiro entre sus dientes—. Sobre tus dedos.

Que me jodan. Le había pedido que me dijera algo, pero no esperaba que me lo dijera así. Sin decir nada más, le metí un dedo, y luego dos. Sus ojos se cerraron y su espalda se arqueó de nuevo. Su cuerpo se estremeció con la intrusión, pero una cálida fluidez me recibió.

—Eso es —dije, mordisqueando la piel justo por encima de su pecho—. Vente para mí, Elia.

Cuando mi pulgar rozó su clítoris, chilló de placer mientras su calidez fluía sobre mis dedos. Sujeté su cuerpo con el otro brazo y la dejé cabalgar sobre las olas de su orgasmo hasta que sus gemidos se calmaron. Sólo entonces saqué los dedos y sorbí con avidez el néctar que los cubría.

—Te necesito —dije bruscamente, con la polla a punto de estallar—. Ahora.

—Entonces tómame —gimió Elia cuando la tumbé en la cama, le quité los leggins y los arrojé descuidadamente al suelo.

Separó las piernas para dejarme ver su reluciente centro y me acomodé entre sus muslos. Mi polla tanteó su entrada. Me agarró y yo tiré de sus brazos por encima de su cabeza, bloqueando sus muñecas con mi agarre.

—Mi turno —le dije—. ¿Recuerdas?

—Por favor —suplicó, con los ojos todavía pesados por la liberación.

Le dediqué una sonrisa lobuna antes de empujarme dentro de ella, llenándola hasta más no poder. Elia me rodeó la cintura con las piernas mientras su cuerpo se estremecía alrededor de mi polla. Intentó liberar sus manos de mi agarre, pero me negué a soltarlas. Mi mano libre se deslizó por su tembloroso cuerpo mientras ella se retorció bajo mis caricias.

—Fóllame, Aleksey —gimió Elia—. Por favor.

—Me encanta cuando suplicas así.

—No debería tener que rogarle a mi propio marido para que me folle —dijo Elia con un suspiro de frustración.

—Tienes razón —dije, echándome un poco hacia atrás, haciendo que ella apretara las piernas contra mí—. Debería follarte hasta que me supliques que pare.

Se le escapó un jadeo, ya fuera por mis movimientos o por mis palabras, no estaba seguro, pero no importaba. Yo iba a darle lo que ella quería. Lo que ella necesitaba.

Tomé sus labios con los míos mientras mis caderas empezaban a moverse, penetrándola repetidamente mientras me tragaba sus gritos. Su cuerpo me apretó con fuerza, y sentí cómo mi

propia liberación, antes reprimida, estallaba, derramando mi semen en lo más profundo de su tembloroso sexo.

El aire refrescaba nuestros sudorosos cuerpos y mi respiración sonaba agitada en mis propios oídos. Me sentía agotado, pero sobre todo contento. Elia me hacía sentir contento.

—Aleksy —llamó ella un momento después, con voz suave.

—¿Sí, cariño? —contesté mirándola y pasando mis dedos por su pelo.

Su expresión se suavizó y me llené de orgullo masculino al saber que lograba mantener el rubor en sus mejillas. Yo era la razón de que ella mirara como lo hacía ahora.

—Si puedes prometerme que el Bogatyr es el último, entonces no te detendré.

Sus palabras me sorprendieron. No debería necesitar su permiso, pero la idea de que me mirara con *manos manchadas de sangre* no me gustaba. No después de todo lo que ella había pasado.

—¿Estás segura?

—Lo estoy —añadió, acercándose hasta que la estreché contra mí, con la cabeza apoyada en mi pecho desnudo.

Dos malditas palabras. Casi me destruyen. Igual podría haberme dicho que me amaba.

—Gracias —le dije, enredando mis dedos en su pelo. *Yo encontraría la forma de hacerla feliz.*

Más tarde, cuando nos metimos bajo las sábanas, Elia se quedó dormida, pero yo no pude hacerlo. En lugar de quedarme mirando al techo, salí de la cama con cuidado y me dirigí a la cocina. Mi móvil zumbó sobre la encimera y lo cogí. Era un mensaje de mi hermana, Alya.

Llámame.

Suspirando, dejé el móvil en la encimera antes de que volviera a sonar.

Sé que lo leíste.

Mierda. Salí al balcón y volví a mirar hacia la torre Sears a lo lejos. Luego marqué el número de mi hermana. Lo cogió inmediatamente.

—¿De verdad ibas a ignorarme, Alyosha?

—Por supuesto que no —mentí, apoyando los antebrazos en el balcón—. Es tarde ¿Qué quieres?

Ella suspiró al teléfono.

—¿Cuándo ibas a decirme que enviaste al Tío Misha a matar al padre de tu esposa?

—Cuando necesitaras saberlo —respondí.

— ¡ *Pizdets, mudak!* —maldijo Alya, con irritación en la voz—. ¿Ella está bien?

—Ella está bien —exclamé, irritado por el hecho de que mi hermana pensara que yo no tenía ni una pizca de decencia para consolar a mi propia esposa—. No necesito consejos sobre mi matrimonio, Alya. No de ti. Pero esto no es sólo una llamada social, ¿verdad?

—Me has pillado —se burló mi hermana—. Si quieres saberlo, hoy he recibido algo.

—¿Qué cosa?

—Una foto.

Un repentino escalofrío me recorrió.

—¿Una foto de qué?

—Su padre muerto en el suelo —respondió Alya—. Y hay un mensaje detrás.

Sentí que el corazón me martilleaba en el pecho. *No. No. No.*

—¿Qué dice? —apreté los dientes.

—Sólo una palabra en ruso —contestó Alya—. *Ulyetai.*

Vuela.

Se me cayó el corazón al estómago y de repente me sentí mal.

Me quedé allí, sin habla. La sangre me golpeaba detrás de los oídos, zumbando. Mi hermana volvió a hablar, pero sonaba como si estuviera a miles de kilómetros.

—¿Alyosha? —susurró, con la voz teñida de miedo—. ¿Qué está pasando?

Capítulo 15

Elia

Tamborileaba sobre la encimera con los dedos, nerviosa, mientras escuchaba el teléfono en altavoz y me preguntaba por qué me ponía tan nerviosa hablar con Lana. Era la única persona a la que debería sentirme más segura llamando. Hoy, durante todo el día, no había dejado de mandarme mensajes preguntándome si estaba libre para hablar. La evité durante la primera mitad del día, pero al mediodía me dijo que era urgente y que tenía que hablar con ella.

Así que le devolví la llamada, preguntándome por qué era tan urgente.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —fue lo primero que dijo.

—Hola a ti también, Lana —contesté.

—Lo digo en serio, Elia —acusó Lana enfadada—. ¿Cómo has podido ocultármelo? Sabes que existe eso de ser cómplice de asesinato, ¿verdad? Sobre todo, cuando se trata de tu propio padre.

Oí el dolor y la acusación en su voz e inmediatamente me sentí culpable por haberla ignorado. Era una de las pocas personas que me quedaban en este mundo y, sin embargo, estuve dispuesta a apartarla.

—Estoy muy preocupada por ti, Elia —dijo finalmente Lana al cabo de un momento—. Primero intentas huir de la boda. Apenas tengo noticias tuyas. Parecía que estabas a un millón de kilómetros cuando te conté lo de tu padre. Y ahora... ¿esto? Casi había pensado que estabas muerta si no hubiera visto tu foto hace un momento.

—¿Foto? —arrugué la frente—. ¿Qué foto?

—¡No me jodas! —soltó Lana en un chasquido—. Esta mañana me pasaron una foto por debajo de la puerta. ¿Sabes de qué era?

De repente, se me subió el corazón a la garganta y casi tuve miedo de preguntar.

—¿De qué era?

—De ustedes dos, como dos gotas de agua. Y había un mensaje en el reverso.

Se me quitó todo el calor de la cara. Lo que describía sonaba igual a las dos fotos que Aleksey me había enseñado cuando me habló del Bogatyr.

—¿Qué decía?

—No lo sé, nada tiene sentido. Tenía la fecha de ayer y una sola palabra. Una palabra que nunca he visto.

—¿Qué palabra?

—Ni siquiera podría pronunciarla si lo intentara. Pero se escribe C—K—O—P—O en mayúsculas. ¿Qué significa? ¿Es otra de las mierdas de la Bratva Korolev?

Las preguntas de Lana me salpicaron como balas de ametralladora.

—No lo sé, Lana —respondí con sinceridad.

—¿Estás ocultando alguna mierda en nombre de Aleksey? —dijo herida y enfadada a la vez—. ¡Contéstame, Elia!

—¿Cómo te atreves? —respondí.

—Mira, necesito saberlo, ¿vale? —suspiró—. Berkowitz cree que todo esto está relacionado con el vacío de poder que hemos creado en la ciudad a raíz de la represión. Pero eso fue *antes* de que recibiéramos un chivatazo anónimo de que podrían ser unos tipos de fuera metiéndose. ¿Y tú no lo sabes? Sacamos uno de los cuerpos que dejaron en la escena y encontramos tatuajes que realmente no quería ver. Unos que apuntan directamente a la Bratva de tu marido. Tienes que ayudarme, Elia. Si sabes algo, dilo.

—Eso parece más algo del MTA, ¿no?

—No hagas bromas ahora, guarra —advirtió Lana—. No estoy de humor.

—No sé nada —repetí—. Lana, te lo juro.

—¡Mentira! —espetó ella—. No puedes pensar en serio que, si encontramos un cuerpo de la Bratva Korolev en la escena, ¿la escoria de tu marido esté involucrado de alguna manera?

—No es una escoria —grité antes de poder contenerme.

El silencio al otro lado de la línea fue más condenatorio que si Lana hubiera respondido con un grito. Por fin volvió a hablar.

—No puedo creer lo que oigo —dijo en voz baja—. Lo *estás* encubriendo. ¿Qué demonios está pasando, Elia?

—Hay mucho más que no entiendes —me defendí, con la voz un poco temblorosa. Odiaba la forma en que ella me estaba acusando de encubrir a Aleksey en lugar de decirle la verdad. En ese momento, volví a sentirme sola. Mi mejor amiga creía que yo tenía algo que ver con la muerte de mi padre...

—¡Entonces ayúdame a entender! —suplicó—. Soy tu amiga, Elia. Quiero ayudarte. De verdad que quiero. Pero no puedo si no me dejas.

—Lo siento, Lana —sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas—. No puedo ayudarte en esto. Espero que puedas entenderlo. De verdad.

—¿Quién coño eres ahora? —susurró Lana—. ¿Recuerdas lo que te dije en Williamsburg la noche antes de que te enviaran a Chicago?

Lo recordaba. Yo le había pedido que me alejara de todo esto. Le había suplicado que no dejara que me hicieran esto. Y ella me había dicho que, si yo le daba lo que ella necesitaba, podría meterlos a todos entre rejas.

¿No era esto lo que quería desde el principio? ¿No era este mi billete de salida?

Mi mano se dirigió instintivamente a mi vientre, donde estaba el niño que Aleksey y yo habíamos hecho juntos, y respiré entrecortadamente. *Eso fue antes. Esto es ahora.*

—¿Elia? —llamó. La voz de Lana me devolvió a la realidad.

—Es complicado, Lana —dije por fin—. Ojalá pudiera decirte más, pero no puedo.

—Entonces dime lo que puedas —dijo en voz baja—. Olvida quiénes somos las dos y recuerda lo que siempre hemos sido. Sigo siendo tu amiga.

—No, Lana —negué con la cabeza—. Ahora mismo, no. Ahora mismo, llamas en nombre del fiscal del distrito de Nueva York. Ahora mismo, eres una amenaza. Aunque finjas ser mi amiga.

Me rompió el corazón decirlo. Pero era la cruda realidad que ahora existía entre nosotros.

—Elia, tu marido es un criminal. Es un asesino. Lo que sea que pueda pasar, se lo merece. No te dejes arrastrar con él.

—Lana, para —le supliqué—. Por favor, no me hagas esto. Por favor, no me hagas elegir.

Hubo una larga pausa de silencio.

—Estás embarazada, ¿verdad? Estás embarazada de él.

Lo dijo sin emoción. Tan plana. Como si estuviera leyendo una estadística. En tiempos normales, habría gritado de felicidad.

Pero estos no eran tiempos normales, ¿verdad?

—¿Te violó? —preguntó.

—¡No! —dije a la defensiva—. No, nunca lo haría.

—Elia —suspiró al teléfono—, solo te lo voy a decir una vez. Si crees que por estar embarazada

la ley te va a tratar de otra manera, estás muy equivocada. ¿Sabes lo que les pasa a las embarazadas en la cárcel?

¿En la cárcel?

—¿Qué? —pregunté.

—Te mantienen en custodia hasta que das a luz —dijo Lana—. Y luego te quitan el bebé en cuanto nace. Nunca tendrás a este niño en brazos. Ni siquiera llegarás a verlo. Puedes llorar y gritar y suplicar, pero te sacarán de la cama y te llevarán directamente a tu celda. Eso es lo que pasará si te atas a tu marido. Y si él cae, no hay nada que yo pueda hacer para salvarte.

—Si ese es el caso —dije uniformemente, sorprendida de repente por la falta de emoción en mi propia voz—. Entonces quizá no tengamos nada más que decirnos.

—Elia, no.

—No, Lana —la interrumpí—. Me estás amenazando con quitarme a mi bebé. No dejaré que lo hagas. No dejaré que nadie haga eso.

—¿Qué te ha hecho él, Elia?

No le contesté.

—Adiós, Lana.

—Elia, espera —logré escuchar antes de colgar.

Finalicé la llamada antes de poder decir algo que pudiera incriminarme. No iba a decirle que Aleksey había ordenado el golpe. No si eso significaba perder a mi bebé. Y dudaba seriamente de que ella pudiera hacer algo para ayudar.

Yo había crecido odiando a los Korolev. *Pero ahora, yo era uno de ellos.*

Aleksey y yo habíamos jurado protegernos el uno al otro el día de nuestra ridícula boda. Ese juramento estaba siendo puesto a prueba de la peor manera posible.

Me sentí agotada por la conversación. Lana estaba enfadada conmigo, y con razón. Pero si tuviera que elegir entre ella y mi hijo, siempre elegiría a mi hijo.

Me levanté del taburete y me acerqué a las ventanas, observando cómo el sol se reflejaba en los edificios a lo lejos.

Aleksey estaba en algún lugar de la ciudad, reunido con sus hombres para hablar del Bogatyr. Pensé en lo que había dicho Lana. Tal vez Aleksey supiera algo sobre el mensaje.

Tal vez el Bogatyr no era sólo algo que su Tío había inventado.

¿Qué fue lo que dijo Lana? ¿C—K—O—P—O? Cogí un bolígrafo y lo anoté en una servilleta.

Cuando volviera mi marido, le preguntaría si sabía lo que significaba.

Ya había perdido más de lo que creía posible.

No iba a perderlo a él.

Capítulo 16
Aleksy
En otro lugar de Chicago

Miré la fotografía que tenía delante. Era Ludovico. Un agujero en el pecho y la cara dispuesta en una sonrisa de autosatisfacción con los ojos cerrados. Parecía casi en paz. Contento. Mi hermana estaba sentada al otro lado del escritorio, esperando a que yo hablara. Le di la vuelta a la foto y la única palabra en ruso del reverso me miró fijamente.

Volar.

—¿Te la dieron anoche? —pregunté finalmente—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Ya te lo he dicho —dijo Alya—. Oí que llamaban, me acerqué a la puerta y allí estaba, en el suelo. Cuando abrí la puerta, el pasillo estaba vacío.

Maldije. *Esto debe de ser obra del Bogatyr*. Cualquiera que fuera la disputa que el hombre tuviera conmigo y con mi Bratva, tenía que quedarse ahí. ¿Pero amenazar a mi familia?

—Borya —le dije a Boris, que estaba de pie junto a la puerta—. Pon más hombres en el equipo de seguridad de Alya. Y consigue las imágenes de seguridad del edificio.

—Entendido, jefe —asintió Boris.

—Entonces —dijo Alya—, ¿quieres contarme qué está pasando, querido hermano?

Suspiré. *No había forma de ocultárselo, ¿verdad?*

—El Tío Misha y yo creemos que alguien quiere atraparnos.

—¿Ahora vuelves a llamarle Tío Misha? —preguntó Alya con amargura.

—Me equivoqué con él. Pero ese no es el punto —suspiré—. Esta persona que nos persigue se hace llamar el Bogatyr.

—Qué poético. ¿Sólo así? —Alya enarcó una ceja—. ¿Ningún otro nombre? ¿Sólo el Bogatyr?

—Nos ha estado enviando mensajes enigmáticos. Primero al tío Misha y ahora a ti —señalé—. Pero todos van dirigidos a mí. Lo sé.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Me rasqué la barbilla.

—No puedo hacer nada. No ahora mismo. He enviado hombres a la ciudad para ver si alguien más habla del Bogatyr. Pero hasta ahora, es como si este hombre ni siquiera existiera. Y todavía

tenemos que preocuparnos de lo queda de la maldita Mafia Tarallo.

—¿Qué quieres decir?

La miré, dándome cuenta de que había dicho demasiado.

—Te avisaré cuando tenga más información, Alya. Pero por ahora, deberías irte a casa.

—¡Oh, no me vengas con lo mismo de Padre! —exclamó enojada—. Si sabes algo, Alyosha, dímelo. ¿No crees que merezco saberlo?

—Ya te he dicho todo lo que sé. Realmente no queda nada más que decir, Alya.

Y ésa era la pura verdad. El Bogatyr había demostrado ser notablemente ingenioso para cubrir sus huellas. Hasta ahora, todo lo que habíamos supuesto era que lo que quedaba de la Mafia Tarallo podría venir a exigir su parte para vengar la muerte de Ludovico.

Todo esto se estaba convirtiendo en un buen lío.

—Vete a casa, Alyona Fyodorovna —dije, usando su nombre formal para enfatizar la seriedad de lo que decía—. Tengo otras cosas que requieren mi atención.

Obedientemente, se levantó y se marchó, teniendo especial cuidado en cerrar suavemente la puerta tras de sí al salir, pero maldiciendo en voz baja.

Boris se acercó al escritorio y cogió la foto, con una expresión ilegible en el rostro.

—¿Qué piensas?

—Nada de esto me parece bien —dijo, dándole la vuelta a la foto—. Este Bogatyr no parece cosa de la Mafia Tarallo. Es demasiado complicado. Demasiado preciso. Ludovico no era así.

—Lo sé.

Me pasé la mano por la cara. Lo de anoche había sido un jarro de agua fría en lo que debería haber sido una noche muy buena y feliz. Cuando salí de la cama anoche para ir a por agua, me había sentido jodidamente feliz.

Pero aparentemente, la felicidad no era mi suerte en el universo.

—¿Volar? —leyó Boris el reverso de la foto en voz alta—. Pero ¿por qué volar? Ni siquiera tiene los brazos abiertos.

De repente, la voz de un fantasma regresó. *Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

¿Podría ser? El corazón me dio un vuelco mientras me volvía a mirar a Boris.

—¿Recuerdas si Svetlana tenía familia? ¿Algún hermano? ¿Un tío?

Boris me miró con extrañeza.

—No, no lo sé. ¿Por qué?

—Es que... *volar* —susurré—. Ella dijo eso. La noche en que mi padre me dio mi aguda lección. Tal vez sea alguien que la conocía, ¿sabes? Alguien que busca vengar lo que Padre le hizo.

—Creo que estás desesperado —Boris se encogió de hombros y me devolvió la foto—. Pero te concedo una cosa. Sea quien sea, seguro que es ruso. Google Translate no es tan específico. Pero si nos ponemos a contar el número de todos los gilipollas rusos que dirigen sus propios negocios en esta ciudad, estaremos aquí todo el día. Y eso antes de que empecemos a mirar a todos los otros tipos en Nueva York.

—Eso es verdad.

—Mira —dijo—. Si me preguntas. Es mejor concentrarnos en una sola cosa a la vez. Ahora mismo, la tormenta de mierda en Nueva York está a punto de alcanzar proporciones épicas.

Iba a decir algo cuando Boris levantó la mano disculpándose.

—Los muchachos han escuchado que lo que queda de la Mafia Tarallo se está preparando para algo grande —continuó Boris—. Sin duda vendrán aquí. Quizá no hoy, quizá no mañana. Pero vendrán. Ahora, voy a sonar parcial. Pero entre unas fotos raras con mensajes enigmáticos y unos tipos que nos hemos pasado diez años jodiendo, me inclino más a preocuparme por lo segundo.

Era verdad. No quería luchar contra los restos de la Mafia Tarallo y el Bogatyr al mismo tiempo. Y Boris también tenía razón. Una mafia sin líder era lo más peligroso. Porque significaba que lo habían perdido todo. Y los hombres que ya habían perdido todo, ya no tenían nada que perder.

—Ojalá pudiéramos deshacernos de ellos sin disparar un tiro.

—¡Eso no va a suceder! —Boris ahogó una carcajada—. No con la cantidad de sangre que ya se ha derramado. Quiero decir, joder, has matado a su heredero y pusiste fuera de circulación a su Don. Un golpe exitoso, eso sí. Ah, y no olvides que *en lo que a ellos respecta*, también te estás violando a la niña de Ludovico todas las noches.

—¡Eso es una maldita mentira! —argumenté, cerrando mi mano en un puño apretado.

—No tienes que explicármelo a mí —dijo Boris—. Pero eso es lo que *ellos* piensan. Les importa una mierda si te obligaron a casarte con ella, igual que a ella. Y no sabes a ciencia cierta si su padre le contó a alguien lo de su embarazo. Si yo fuera ellos, la recuperaría. Y luego te mataría.

—Me gustaría ver a esos bastardos intentarlo.

—Alyosha —presionó Boris—. Quemarían todo Chicago para vengarse. Lo sabes. No será diferente a lo que le hicimos a Nueva York en su día. Sólo piensa si fuera Alya en las grasientas manos de algún italiano.

Boris tenía razón. Yo no me habría detenido ante nada para rescatar a mi propia hermana de ese destino. Habría entrado disparando, acabando con mi enemigo y matando a quien se interpusiera en mi camino. Maldito contrato.

—Así que, si yo fuera tú, me centraría primero en esa amenaza. ¿Este Bogatyr? No es más que un maldito espectáculo secundario —dijo Boris, señalando la foto.

—Pero ¿y si no lo es? —pregunté.

—Entonces trataremos con él de la misma forma que siempre hemos tratado las amenazas. ¿Cuánto daño puede hacer un hombre, Alyosha?

—Pero, esta guerra no ha conseguido nada —dije amargamente, me levanté de la silla y me quedé mirando por la ventana—. Es una guerra estúpida que empezó por razones estúpidas. ¡Diez putos años, Borya! Diez putos años ha durado, y justo cuando pensaba que por fin había terminado, joder. Sucede esta mierda.

—Este es tu legado —dijo Boris en voz baja mientras se unía a mí en la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda—. Y tu padre...

—¡Está muerto, joder! —le interrumpí—. No es él quien tiene que lidiar con las consecuencias. ¡Soy yo!

—Hubo un tiempo en el que te fuiste a Nueva York con mucho gusto —me recordó con mordacidad.

—Eso fue antes —gruñí.

Boris arqueó una ceja.

—Creo que te está ablandando, Alyosha.

—Cuidado con lo que dices —gruñí.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Sabes que rara vez diría nada, pero creo que estás perdiendo de vista lo que deberías buscar.

—Explícate.

No había perdido nada de vista. Mi mundo me había sido arrancado de cuajo desde el día en que

me enteré de la muerte de mi padre. Ahora estaba atrapado entre dos fuegos, y mi mujer también.

Boris se pellizcó el puente de la nariz como si la conversación le doliera.

—Estás intentando hacer dos cosas a la vez —dijo—. No puedes estar en medio de un lago y mantener un pie en cada barca. Tarde o temprano las barcas se separarán, ¿y entonces qué? Tendrás que elegir entre un camino u otro.

—Mafia Tarallo o el Bogatyr —asentí con la cabeza.

—Exacto.

—Entiendo —suspiré—. Primero nos ocupamos de la Mafia Tarallo. Tantea el terreno en Nueva York. Quiero saber en qué momento empiezan a hacer movimientos.

—Así se hará. ¿Algo más?

—Sí —dije—. Ginger Ale y galletas para Elia.

—Sabes que puedes comprarlas tú mismo, ¿verdad?

—*Eto moi prikaz* —le recordé.

Una hora más tarde, salí del ascensor y entré en el pent-house con el Ginger Ale y las galletas en la mano. Pero en cuanto entré, supe que algo iba mal. Algo no encajaba. Encontré a Elia sentada en el sofá del salón, con la mirada fija en nada en particular.

—Hola —dijo cuando me senté a su lado.

—¿Todo bien? —pregunté.

—He llamado a Lana —dijo sin que nadie se lo pidiera.

Sentí una llamarada de rabia al oír ese nombre. Lana Keller y yo éramos enemigos mortales. Y era una broma cruel del universo que ella y Elia fueran mejores amigas.

—¿Qué pasó? Pareces disgustada.

Elia respiró hondo.

—Creo que el Bogatyr es real.

De repente, fue como si hubiera tocado un cable con corriente. ¿Lana había confirmado algo? ¿Acababa de aparecer el Bogatyr en la clandestinidad criminal de Nueva York?

—¿Qué ha pasado?

Elia tomó aire temblorosamente. Había algo más que le rondaba por la cabeza, algo que no quería compartir. Pero sabía que no debía presionarla. Eso podría ocurrir más tarde.

—Tiene una foto, como las que me enseñaste de tu Tío.

Volví a sentir el mismo escalofrío de la noche anterior en el balcón, y mis ojos se desviaron rápidamente hacia la torre Sears, que se alzaba a lo lejos como un garrote gigante.

—¿De qué era la foto? —pregunté. Hice lo posible por mantener la voz uniforme, no quería asustar a Elia.

—Era una foto nuestra —respondió—. En el Mercado Fulton. El Bogatyr estaba en el mismo sitio que nosotros.

—¿Había algún mensaje?

Elia asintió.

—¿Qué decía?

La mano de Elia encontró la mía y sus dedos estaban helados.

—Lana dijo que había la fecha de ayer y una palabra que no conocía. Pensó que tal vez tú lo sabrías.

—¿Por qué ella diría eso?

Elia cerró los ojos.

—Porque sabe que estuviste relacionado con la muerte de mi padre. Así que pensó que la foto debía tener otro significado.

¡Joder! La Mafia Tarallo. El Bogatyr. ¿Y ahora el fiscal de Nueva York? Boris tenía razón; la tormenta de mierda había alcanzado proporciones épicas. Pero yo sabía que Elia necesitaba respuestas ahora mismo.

Así que le apreté la mano con suavidad y le pregunté:

—¿Qué había en la foto?

En silencio, Elia me tendió una servilleta. Se la cogí y sentí que se me paraba el corazón al ver la palabra de cinco letras. El pánico debió de llegar a mi cara, porque la expresión de Elia también cambió de repente.

—¿Sabes lo que es?

—Sí —asentí con la cabeza—. Es una palabra rusa.

—Pero, ¿qué significa? —inquirió ella.

La miré a los ojos, con el pánico atenazándome el pecho.

—Pronto.

Capítulo 17
Elia
Días después

Hojeé las páginas de la revista antes de tirarla a un lado, disgustada. Solía disfrutar leyéndolas y buscando la próxima tendencia de moda en la que malgastar el dinero de mi padre. Me alegraba ver cómo su dinero se iba por el desagüe.

Ahora no encontraba ninguna alegría en esa actividad, ni en nada de lo que estaba haciendo ahora. No después de lo que Aleksey me había dicho.

La amenaza de todo lo que se cernía sobre mi cabeza, sobre nuestras cabezas, ya no podía ignorarse. La forma en que Aleksey me miró ayer después de explicarme lo que significaba esa palabra fue más aterradora que cualquier otra amenaza hasta el momento.

Aleksey me había prohibido salir del pent-house. Y así, sin más, volví a sentirme prisionera después de haber saboreado la libertad. Sabía que era lo más sensato: así estaría a salvo del Bogatyr. Pero eso no me hizo sentir mejor.

Mi teléfono sonó en el cojín del sofá, a mi lado, y lo cogí con un suspiro. Era un número desconocido.

Probablemente otro mensaje spam, pensé, y volví a colgar el teléfono.

Un momento después, el teléfono volvió a sonar. El mismo número.

Apreté la mandíbula, pulsé el botón de llamada y me llevé el teléfono a la oreja.

—Sea lo que sea lo que vendes, no me interesa.

—Vamos a por ti.

Sobresaltada, volví a mirar el número desconocido antes de volver a acercarme el teléfono a la oreja.

—¿Quién es? —pregunté—. ¿Qué quiere?

No hubo respuesta.

—¿Es el Bogatyr? —dije enfadada, apretando el teléfono en mi mano—. ¡Dígamelo!

La línea se cortó y sólo quedó el número. Volví a marcar inmediatamente, pero me saltó el buzón de voz. Frustrada, tiré el teléfono sobre el cojín y acuné la cabeza entre las manos, a punto de llorar.

No tenía ninguna duda de que quien llamaba era el Bogatyr o alguien que trabajaba para él. Hubo

un tiempo en que podría haber creído que era alguien que trabajaba para mi padre, alguien que pensaba que yo no debía estar casada con Aleksey. Y semanas atrás, habría estado de acuerdo.

¿Pero ahora? Ahora Aleksey era lo único que me impedía ser arrastrada de cabeza a un abismo sin fin.

Dios, sólo quería que las cosas fueran normales para variar. Nuestro día en el Mercado Fulton fue el mejor día que había tenido en lo que parecía una eternidad. Fue tan *normal*, y ansiaba tener la oportunidad de volver a vivirlo.

Pero sabía que sería imposible. Mientras la amenaza del Bogatyr estuviera ahí fuera, nunca se me permitiría salir de los confines de estos muros. Pero parecía que él si podía encontrar una manera de llegar a mí, incluso aquí, donde Aleksey pensaba que yo estaba a salvo.

El ascensor sonó y me puse en pie cuando se abrieron las puertas, con el corazón en la garganta, hasta que la familiar figura de Aleksey entró en el vestíbulo.

—Siento llegar tarde —dijo.

—No pasa nada —dije rápidamente, nerviosa, acomodándome el pelo detrás de la oreja—. La cena aún no está lista.

Se quitó el abrigo y sonrió. Vi las bolsas bajo sus ojos. Los últimos días lo habían agotado tanto como a mí. Daba vueltas en la cama, atormentado por sus propios sueños. De vez en cuando le oía murmurar algo que parecía un nombre. Pero cada vez que me inclinaba para escuchar, sus susurros se desvanecían y no tenía forma de consolarlo de sus pesadillas.

—¿Quieres que pida algo de comer?

Mi estómago gruñó agradecido, pero, de todas formas, él necesitaba saber.

—Hoy ha pasado algo.

El agotamiento se evaporó de su rostro y rápidamente acortó la distancia que nos separaba, con preocupación en los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Me llamaron, creo que fue el Bogatyr —respondí.

—¿Estás segura? ¿Qué te ha dicho?

¿*Estaba* segura? ¿Acaso había algo seguro? No. ¿Pero quién más podría ser?

—Dijo ‘vamos a por ti’ y luego colgó —respondí—. Intenté volver a llamar al número desconocido, pero saltó directamente al buzón de voz.

Aleksey subió las mangas de su camisa y me dijo:

—Enséñamelo.

Le pasé el teléfono y observó atentamente el número, como si estuviera descifrando su significado. Un momento después, soltó una palabrota y me devolvió el teléfono.

—Puede que no sea el Bogatyr.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Qué otras amenazas podrían haber?

—Hemos oído rumores de Nueva York —explicó mientras apoyaba las manos en sus caderas—. Los hombres de tu padre se están preparando para algo. Algo grande. Boris y yo creemos que podrían venir a por ti.

Se me doblaron las rodillas y volví a sentarme en el sofá, con las manos temblorosas.

—¿A por mí? Pero ¿por qué?

—Porque eres el último Tarallo que queda —Aleksey se sentó a mi lado—. Eres todo lo que queda del legado de tu padre. Y para bien o para mal, estos hombres son leales al nombre de tu padre. Vendrán a por ti para llevarte con ellos.

De repente, volví a ser una niña. Sentada en el suelo con Luca, reflexionando sobre nuestros propios planes como si fuéramos los jefes de nuestras propias Mafias. Lo que dijo Aleksey tenía sentido. Mi padre debió decirles que estaba embarazada de Aleksey. Si venían, me llevaban de vuelta y mataban al resto de los Korolev en el proceso, entonces podrían usar al niño para justificar una eventual toma de poder de la Bratva Korolev.

Porque, según ellos mismos veían, eso era lo que Aleksey ya estaba haciendo.

—Si vinieran —dijo Aleksey mientras me miraba pensar—. ¿Volverías con ellos?

Miré sorprendida a mi marido y separé los labios. La primera respuesta que tuve en la lengua fue no, no iba a dejarle.

Pero al pensarlo un segundo más, reconsideré la posibilidad. Aleksey había arruinado mi familia. Había desencadenado toda esta reacción en cadena que no hacía más que dejarme sola y aislada en este mundo.

¡Qué fácil sería para mí decirles que sí a estos hombres, quienes se arrodillarían a mis pies y me jurarían lealtad en nombre de mi padre y mi hermano!

Después de todo, ellos creían que venían a salvarme. Y por un único y aterrador segundo, sentí que quería ser salvada.

Tu marido es un criminal. Es un asesino, me instó la voz de Lana en el fondo de mi mente. *No te dejes arrastrar con él.*

Pero entonces, ¿para qué me salvarían los hombres de mi padre? ¿Para que estuviera en la misma situación en la que estaba antes de casarme con Aleksey? ¿Me permitirían siquiera gobernarlos, o sólo sería una figura decorativa a través de la cual reclamarían su poder?

¿Qué les impediría venderme a otro hombre? Uno que podría ser peor.

Si me iba con ellos, estaría cambiando una prisión por otra.

—No —dije finalmente—. No iría con ellos.

—Bien —se acercó y tomó una de mis manos entre las suyas—. Porque no dejaré que te lleven.

Pero notó mi pausa, y la forma en que tomó mi mano era diferente. Estaba su posesividad habitual. Pero justo debajo de la superficie se agitaba una emoción que rara vez veía en él. *Era miedo.*

—Me dices la verdad, ¿no? —su pulgar rozó ligeramente la parte superior de mi mano—. No tienes que mentirme, Elia.

Suspirando, aparté mi mirada de la suya, pero mantuve mi mano quieta.

—Estoy diciendo la verdad —dije acaloradamente—. Eres todo lo que me queda, Aleksey. ¿Por qué iba a querer ir a otro sitio? ¿Por qué iba a cambiarlo por otra cosa? ¿Por qué lo haría?

—Elia.

Negué con la cabeza, levantándome del sofá para poner distancia entre nosotros. Odiaba que esas maquinaciones de la Mafia me hicieran sentir como si alguien me hubiera abierto en dos para que el mundo me viera. Estaba harta de luchar, harta de tener una vida dictada por otra persona y harta de verme obligada a *elegir* siempre.

¿Cuándo conseguiría tener lo que yo quería?

—Lo siento —dijo él. Se levantó tras de mí y apoyó suavemente sus manos en mis hombros.

No dijo nada más, y por eso supe que era sincero. No me dio ninguna excusa, no trató de culpar a nadie, no trató de mejorar su imagen. Era una disculpa pura y simple. Su silencio decía mucho más que sus palabras.

Asentí y dejé que me estrechara contra su duro cuerpo, aspirando su colonia. Su corazón latía

rápidamente y le devolví el abrazo. Me gustaba este Aleksey. El que no tenía miedo de demostrarme que podía estar equivocado. Tenía defectos, sí. Pero eso lo hacía más humano para mí. Eso lo hacía adorable.

Lentamente, volví a mirarle, perdiéndome en su mirada. Sus ojos seguían siendo intensos, pero había una pizca de suavidad, una pizca que me decía que yo le importaba. ¿Qué quería él realmente? ¿Sería realmente el Bogatyr el último, como me había prometido?

Me estremecí ante la alternativa.

Aleksey se apartó, con la preocupación reflejada en su mirada.

—¿Qué ocurre?

Negué con la cabeza, no quería contarle mis pensamientos. Me había prometido que tendríamos un futuro, y yo tenía que creerlo. Tenía que creer que él podría alejarse de este mundo.

Era lo único a lo que podía aferrarme ahora. No tenía nada más.

—Sólo estoy —murmuré— un poco conmocionada.

Fue sorprendentemente fácil para mí ocultarle mis otros pensamientos.

—Te prometo —dijo. Sus labios se apretaron contra mi sien—. El día en que no tendremos que mirar por encima del hombro se acerca, Elia. Y entonces seremos libres de todo esto. De todo.

—Eso es lo que todavía quieres, ¿verdad? —presioné. Tenía que saberlo. No estaba segura de lo que haría si hubiera cambiado de opinión. Quería oír de sus propios labios que se alejaría de esto conmigo. Quería tener la oportunidad de vivir mi vida como yo quería.

—Sí —su respuesta llegó sin pausa—. Eso es lo que quiero, Elia. Un futuro contigo.

Por mucho que quisiera creerle, había una voz molesta dentro de mi cabeza que me hacía temer que él sólo me estuviera diciendo lo que yo quería oír. ¿Y si, llegado el momento, no me elegía a mí ni a nuestro hijo?

Al fin y al cabo, lo único que yo podía ofrecerle era la posibilidad de lo trivial. Y si rechazaba la oferta, su recompensa sería el poder.

—¿Quieres darte un baño? —dijo finalmente—. La comida no llegará hasta dentro de un rato.

No sabía si intentaba distraerme de lo que había pasado o algo más, pero me limité a dedicarle una leve sonrisa.

—Vale. Está bien.

Aleksey no contestó mientras yo iba al baño principal, abrió el grifo de la bañera grande y echaba sales de baño. El vapor brotó de la superficie cuando la bañera se llenó. Me quité la ropa, me metí en el agua caliente y me sumergí en ella. Mi cuerpo suspiró al sentir el agua acariciando mi piel.

Me eché hacia atrás justo cuando Aleksey entró. Estaba descalzo, con la camisa fuera del pantalón y algunos botones desabrochados, lo que me permitía ver la extensión de su musculoso pecho. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, como si se hubiera pasado la mano por él con brusquedad, y cuando se acercó a la bañera, sentí que mi cuerpo se estremecía de deseo.

Deseo. Era lo que sentía cada vez que él estaba cerca de mí, cada vez que me miraba con esa mirada oscura y penetrante que parecía escudriñar directamente en mi alma.

Pero el deseo sólo podía ser superficial.

Lo que yo realmente deseaba era algo que me invadiera hasta el fondo. No quería que nuestra relación girara en torno a la lujuria. Quería una base profunda sobre la que pudiéramos construir un futuro. Y algunos días, vislumbraba esos cimientos. Se me cortaba la respiración y casi quería preguntarle qué quería en ese momento.

Pero debió de leerme el pensamiento. Porque se encogió de hombros y dijo:

—Sólo quería ver que estás bien y tranquila.

Sonreí.

—No creo que pueda estar tranquila de verdad contigo aquí.

—Puedo irme si quieres —dijo—. Te daré el espacio que necesitas. Te avisaré cuando llegue la comida.

Me levanté ligeramente del agua y le miré. Al igual que cuando se disculpó, esto era diferente a todo lo que habíamos hecho antes. A decir verdad, una parte de mí esperaba que él llegara a mí con la polla palpitante y exigente.

Pero desafió mis expectativas.

Sobre todo, estaba dispuesto a dejarme con mis propios pensamientos sin que yo se lo pidiera. Algo estaba cambiando entre nosotros.

—Gracias —asentí y me volví a sentar.

Sin decir palabra, Aleksey se dio la vuelta y salió del baño, cerrando la puerta suavemente al salir. Suspiré, sintiendo cómo el cansancio en mis huesos y el nudo de preocupación en mi estómago se deshacían lentamente en el agua tibia.

Pensé en el día anterior a nuestra boda, cuando intentamos aplastarnos los dedos ante la multitud. Si hubiera podido decirle a aquella Elia que Aleksey podía ser tan desinteresado como para dejarla bañarse sola, me habría echado de la habitación a carcajadas. Sin embargo, eso era exactamente lo que acababa de hacer. Él estaba allí. Él escuchó.

Y lo más importante, pensó en lo que yo quería.

Como si yo fuera valiosa para él. Como si yo importara.

Como si estuviera dispuesto a pasar el resto de sus días siendo normal conmigo.

Capítulo 18

Aleksey

—¿Algo más? —me preguntó Boris.

Me volví para mirar a Boris, metí la mano en el bolsillo y saqué el teléfono de Elia. No le había gustado mucho dármele esta mañana, pero tenía que vigilar a cualquiera que pudiera ponerse en contacto con ella.

Después de explicárselo, comprendió mi punto de vista a regañadientes y me lo entregó.

Le pasé el teléfono.

—A ver qué puedes averiguar sobre esta persona que llama —le dije, entregándoselo a Boris—. Quiero saber si es el Bogatyr o de la Mafia Tarallo.

Boris miró el número.

—No es un código de área de Nueva York ni de Chicago.

—Probablemente sea un desechable. Averigua dónde se compró ese número.

—Eso no será fácil —respondió mientras anotaba el número—. Haré algunas pesquisas, a ver qué aparece.

—Ve que puedes conseguir.

Le despedí y volví a mi escritorio, mirando el papeleo que tenía ante mí.

La llamada había asustado a Elia. Así que, sea quien fuera el autor de la llamada, se había equivocado.

Anoche, envolví su cuerpo, como si la protegiera de cualquier fuerza invisible, y pasó mucho tiempo antes de que finalmente me durmiera. Pensaba en la promesa que le había hecho. Deseaba desesperadamente que el Bogatyr fuera el último, pero si los hombres de su padre venían también, y si Lana Keller estaba empeñada en involucrarse también, entonces esto podría no terminar tan rápido.

Suspiré. Esta mierda no iba a acabar nunca. Y en el medio estaba Elia.

Todo por mi culpa. Sacudí la cabeza, deseando desesperadamente que las cosas fueran un poco más sencillas.

Llamaron a la puerta de mi despacho y levanté la vista, sorprendida al ver a la persona que estaba en el umbral. Era mi madre.

—¿Qué quieres? —pregunté bruscamente.

Apenas habíamos hablado desde que volví a Chicago. No sabía si era porque yo no quería o porque tenía miedo de lo que ella pudiera decir. Pero por la forma en que me miraba, con cansancio en los ojos, supe que debía de llevar tiempo pensando en esta conversación.

Y, de repente, me sentí avergonzado por haberla rechazado.

Mi madre abrió la puerta de un empujón y entró con el bolso en la mano.

—Alyosha. Quiero hablar contigo. Por favor.

—Por supuesto, Raissa Antonovna —respondí—. Adelante.

Se sentó en una de las sillas que había delante de mi mesa y colocó el bolso en el regazo. En su rostro seguía reflejándose el dolor.

—Por favor, Alyosha —suplicó—. ¿Por qué tenemos que ser tan formales? No soy tu enemiga. Soy tu madre. Una vez fuiste parte de mí, y me duele verte actuar así. Como tu padre.

Me obligué a reclinarme en la silla para que no viera la tensión de mis hombros. Tenía razón. En cierto modo, siempre tenía razón. Y a lo largo de los años, cada vez que intentaba levantar un desapasionado muro entre nosotros dos, ella siempre era capaz de atravesarlo con un par de palabras.

—Lo siento, *mamechka* —le dije—. Han sido unas semanas muy duras.

Me cogió la mano y vi el brillante anillo de diamantes que el tío Misha había colocado allí. Quise apartar la mano, pero no lo hice. Un rayo de sol se coló en el despacho e iluminó las hebras plateadas de su pelo. En ese momento, fue como si viera a mi madre por primera vez.

Había envejecido en los diez años que estuve fuera.

Luché por mantener a raya mis emociones, pero era más difícil de lo que pensaba.

—Alyosha —dijo—. No es demasiado tarde para alejarse de todo esto. Tú y tu esposa tienen algo que yo nunca tuve. Amor verdadero.

La miré y vi el fantasma de una lágrima aferrándose a la punta de su pestaña.

—Tu padre y yo —dijo—. Hallamos todas las formas posibles de hacernos daño en los años que estuvimos casados. Física y emocionalmente. No supe lo que era ser feliz hasta tu Tío.

Abrí la boca para protestar, pero ella me apretó la mano para hacerme callar.

—No, por favor, escucha —suspiró—. Como su hijo, conocías la monstruosidad que era Fyodor

el Pakhan. Pero no sabías nada del tipo de monstruo que era a puerta cerrada. Esa crueldad que te mostró no desaparecía cuando volvía a casa. Las cosas que me hizo, Alyosha... —suspiró entrecortadamente—. Sabía cómo magullar y herir donde otros, ni siquiera tú, podían ver. Sabía dar afiladas lecciones que no sangraban, pero que dolían igual.

Sentí que le apretaba la mano mientras hablaba. Porque me estaba diciendo la verdad.

—Vi cómo defendiste a Elia Ludovicovna —continuó ella—. Vi cómo entraste en nuestra casa cuando Misha la asustó sin querer. Le amas, te preocupas por ella, quieres darle el mundo. Y sé que ella quiere hacer lo mismo por ti.

Tenía razón. Asentí ligeramente.

—*Synochka* —dijo—. Oh, mi valiente, tonto y testarudo hijo. No tengas miedo de buscar tu oportunidad de ser feliz. No tengas miedo de alejarte de una vida de sangre y violencia. No te conviertas en el monstruo que fue tu padre.

—Es todo lo que sé hacer, *mamechka* —murmuré.

—Entonces aprende a hacerlo mejor —enmarcó mi cara entre sus manos—. Siempre fuiste un chico inteligente. Más listo de lo que tu padre nunca te reconoció. Podrías hacer cualquier cosa; podías haber hecho cualquier cosa si él no te hubiera clavado sus garras. Y yo te digo que aún puedes hacer cualquier cosa. No es demasiado tarde. Dale a tu mujer y a tus hijos la vida que se merecen. Pero por encima de todo, Alyosha...

Me abrazó, algo que no había hecho en más de diez años. Algo que yo no creía echar tanto de menos. Le devolví el abrazo mientras me alisaba el pelo y seguía hablándome al oído.

—Date la vida que tú te mereces.

Se apartó y volvió a enmarcarme la cara.

—Oh, mi dulce niño —tenía lágrimas en los ojos—. Tú no eres Fyodor. Nunca serás como Fyodor. Porque eres mejor que él, Alyosha.

—Lo sé, *mamechka* —dije en voz baja.

Me besó la mejilla y se secó los ojos.

—No tengas miedo de rechazar el legado de tu padre, Alyosha. No olvides lo que más importa en esta vida.

Elia. Nuestro hijo. No esta Bratva.

—Lo lamento —dije—. Siento haber tratado de alejarte.

—No, Alyosha —sonrió tristemente—. Yo lamento no haberte alejado cuando tuve la oportunidad. Pero, olvidemos las disculpas por el pasado. Si hay un deseo para una anciana cansada que puedas cumplir, que sea que no conviertas a tu esposa en una extraña para mí. Quiero abrazar a tus hijos algún día. Quiero formar parte de sus vidas. Mimarlos de una forma que nunca se me permitió mimarte a ti. ¿Puedes hacer eso por mí, *synochka*?

Asentí.

—Sí, puedo.

—Bien —sonrió Mamá—. Entonces ¿vendréis tú y Elia Ludovicovna a comer conmigo la semana que viene? Sólo nosotros tres. Puedo hacer sopa de remolacha.

Sonreí.

—Creo que a ella le gustaría.

Acompañé a mi madre hasta la acera, donde la esperaba su coche. Me dio un último abrazo y un beso en la mejilla mientras subía. Nuestra conversación me había dejado sintiéndome al mismo tiempo más pesado y más ligero. En cierto modo, era todo lo que habíamos querido decir, pero nunca habíamos podido.

Porque Padre nunca nos habría permitido decirlo.

Y ahora, sin su opresiva presencia a nuestro alrededor, por fin éramos libres de decir lo que pensábamos. Sentí que por fin entendía lo que Elia quería. Sonreí al pensar en llevar a Elia a ver a mi madre la semana que viene, y, además, caí en la cuenta de que nunca había probado la sopa de remolacha.

Despedía a mi madre con la mano mientras el coche se alejaba. Unos niños corrían calle abajo y uno de ellos chocó conmigo.

—Lo siento —murmuró y echó a correr antes de que yo pudiera decir nada. Pero algo cayó de él, algo pequeño, cuadrado y ligero. Me agaché, lo recogí del suelo y mis ojos se abrieron de par en par cuando vi que una foto de mi madre saliendo del coche con la misma ropa que llevaba hoy.

Le di la vuelta a la foto y vi las pulcras letras rusas del reverso.

Ven y observa.

Levanté la vista y, de repente, mi mundo se vio envuelto en un violento giro de fuego, calor y ruido. El coche de mi madre estalló en una bola naranja. Un sonido bajo y profundo rasgó la calle, y la potencia reverberó en mis pulmones y entrañas mientras caía al suelo. Pedazos de metal y cristal azotaron el aire y, de repente, sentí una fuerte necesidad de vomitar.

Las alarmas de los coches chirriaron. La gente gritaba. Me levanté y corrí hacia los humeantes restos, con el corazón en la garganta mientras suplicaba a cualquier poder superior que existiera que esto no hubiera sucedido.

Esto no podía estar pasando.

No podía ser real.

Mis pasos se ralentizaron y luego se detuvieron al llegar al retorcido casco en llamas de lo que quedaba.

Mi madre se había ido, sin más. ¡Habíamos prometido vernos la próxima semana! Ella iba a hacer sopa de remolacha. Iba a hablar por fin con Elia y a conocerla.

Levanté la mano, tembloroso, y me toqué el lugar de la mejilla donde ella me había dado el beso de despedida.

Nunca le había dicho que la amaba.

Capítulo 19
Aleksy
Dos horas más tarde

—¿Estás bien? —preguntó el tío Misha. Estaba sentado al otro lado de mi escritorio, donde mamá había estado no hacía mucho. Tenía los ojos inyectados en sangre y nada podía ocultar el dolor que se reflejaba en su rostro.

Asentí sin decir palabra, incapaz de comprender qué demonios había pasado. La policía había acordonado el lugar y yo había prestado declaración sobre lo ocurrido. Prometieron ponerse en contacto conmigo si recibían más información, pero yo sabía que no eran más que palabras vacías.

A la policía no podía importarle una mierda los sufrimientos de mi familia. Diablos, estaba dispuesto a apostar que esta noche iban a hacer fiesta para celebrar lo ocurrido.

—Fue el Bogatyr —dije por fin y le pasé la foto al tío Misha.

La cogió y se tapó la boca al verla. Aquel singular acto me destrozó. Nunca había visto a mi padre hacer algo así para demostrar que sentía algún tipo de afecto por mi madre.

—Alyosha... —dijo el tío Misha—. Alyosha, lo siento mucho.

—No —sacudí la cabeza con amargura—. Sentirlo no es suficiente, Tío. No podemos quedarnos de brazos cruzados. No podemos dejar que el Bogatyr nos elija uno a uno. Cruzó una línea que nunca debió cruzar en primer lugar, y si tengo que quemar todo Chicago hasta los cimientos y separar sus huesos de las cenizas, lo haré sin dudar.

—Estoy de acuerdo —asintió—. Dame tus órdenes, mi Pakhan. Dime qué hacer para dejar caer tu ira sobre la cabeza de este Bogatyr y de cualquiera que haya colaborado con él.

—Todo ruso que no pertenezca a nosotros es un enemigo —sentenció—. Cada uno de ellos. Quiero que los saques de sus agujeros. Interrógalos. Y luego desháganse de todos ellos. Pero dejad los cadáveres para que el resto vea las consecuencias. Y cualquiera que venga a nosotros, haremos que se arrodille. Haremos que nos digan lo que saben. Esta farsa ya ha durado demasiado.

—¿Y qué pasará con los de la Mafia Tarallo que sigan viniendo? —preguntó el tío Misha.

Mis cejas se fruncieron mientras contemplaba cuál sería siquiera una opción viable.

—Tendremos que negociar con ellos —decidí—. Podemos cederles Nueva York y dejarlos tranquilos.

—Yo no creo que ellos acepten esas condiciones.

—Entonces son bienvenidos a morir aquí en Chicago —dije—. Los hombres de Tarallo son una enfermedad de la piel. ¿Este Bogatyr? Es una enfermedad del corazón. Que lo sepan todos, Mikhail Yevgenievich.

—Así lo haré, mi Pakhan —el Tío Misha se levantó e inclinó la cabeza—. La vengaremos.

Asentí.

Cuando la puerta del ascensor se cerró tras el Tío Misha y por fin me quedé solo, enterré la cabeza entre las manos y sentí que por fin se me saltaban las lágrimas. Quería gritar. Quería golpear algo. Quería sentir que no estaba atrapado sin remedio por alguien que siempre parecía estar dos pasos por delante de mí.

Elia, pensé. Necesitaba saber que Elia estaba bien.

Si el Bogatyr pudo eliminar así a mi madre, no había nada que indicara que no pudiera llegar también hasta Elia.

Agarré mi teléfono y envié un mensaje a Elia sin pensarlo.

Sólo cuando sentí el zumbido de su teléfono en mi bolsillo recordé que se lo había quitado esta mañana.

Capítulo 20

Elia

—Se cree que la bomba sólo iba dirigida contra el coche y no contra los rascacielos cercanos. La fuerza de la explosión hizo añicos algunas ventanas y activó las alarmas de algunos coches. No está claro quién iba en el coche en ese momento, y se han registrado heridos por los escombros que salieron despedidos. Seguiremos informando desde el lugar de los hechos.

Jadeé al ver la horrible escena que se desarrollaba ante mí en la televisión, con la mano en la boca. Vi un breve plano de Aleksey de pie frente a los restos en llamas del coche. Tenía una expresión de conmoción y angustia en el rostro que no podía ocultar.

Alguien que él conocía estaba en ese coche.

Se me revolvió el estómago al pensarlo y busqué mi móvil, sólo para recordar que él se lo había llevado esta mañana. No tenía forma de ponerme en contacto con él. Ni siquiera de tranquilizarle cuando más me necesitaba.

Me levanté de la cama, salí a toda prisa del dormitorio y me dirigí al salón.

Tenía que ir a verle. Él me necesitaba a su lado.

Apreté con el dedo el botón del ascensor, pero en ese momento parecía moverse con una lentitud tentadora.

Cuando por fin llegó el ascensor y se abrieron sus puertas, salió un guardia con el arma desenfundada.

—Elia Ludovicovna —dijo, buscando la amenaza—. ¿Se encuentra usted bien?

—Averigua quién iba en ese coche —carraspeé, sin apenas poder pronunciar las palabras—. Necesito saberlo.

—Por supuesto —dijo sin vacilar—. ¿Quiere sentarse mientras lo hago? Está pálida.

Sentí que mi mundo se derrumbaba y me llevé la mano al estómago en busca de una fuerza que sabía que no encontraría en ese momento. El guardia se puso el auricular en la oreja y murmuró unas palabras que no pude oír, en voz baja y urgente. No me cabía duda de que podía ver el pánico en mi cara.

¿Quién estaba en el coche? ¿Quién acababa de morir para haber dejado a Aleksey tan angustiado? Un millón de posibilidades pasaban por mi cabeza, y cada una me parecía más horrible que la anterior. ¿Qué haría yo si el atentado hubiera sido obra de uno de los hombres de mi padre?

¿Era parte de su venganza?

¿Iba a ser yo la siguiente?

Finalmente, el guardia me miró.

—Aleksey Fyodorovich está de camino a casa. Le contará más cosas cuando esté aquí.

—Gracias —asentí, luchando por mantener la compostura mientras me hundía en el sofá. Algo en la forma en que el guardia me miró me hizo sentir aún más insegura sobre el reciente giro de los acontecimientos.

Asintió, pero no hizo ademán de volver al ascensor.

—Me ha ordenado que me quede aquí hasta que él vuelva, señora.

Volví a asentir. Me daba igual que el guardia se quedara. Aleksey volvería a casa y yo obtendría las respuestas que necesitaba.

Después de recomponerme, volví al dormitorio y me eché agua en la cara, mirando mi reflejo en el espejo. De algún modo, una tragedia siempre encontraba la forma de suceder a otras tragedias en rápida sucesión. Y odiaba no poder hacer nada más que sentarme aquí y esperar.

Era como cuando murió Luca. La espera había sido la peor parte. Peor que el dolor y el feo conocimiento. Porque mientras esperaba, estaba indefensa. No había nada que pudiera hacer.

Pero una pequeña parte de mí sintió alivio. Una pequeña parte de mí se alegró de que no fuera Aleksey quien estaba en aquel coche.

Inmediatamente, sentí vergüenza cuando recordé que alguien que él conocía estaba en ese coche.

Quizás incluso alguien que le importaba.

Era innegable que Aleksey era mi mundo ahora. Era la única persona en la que podía apoyarme, aunque la confianza no fuera total. Anoche habíamos llegado a una especie de entendimiento tácito. Y me preguntaba qué versión de él cruzaría hoy la puerta del ascensor.

¿Sería el Aleksey imperfecto pero humano que yo amaba?

¿O sería el Pakhan vengativo, que haría lo que hiciera falta en su búsqueda por la victoria?

Con calma, me recogí el pelo en una coleta, me alisé la ropa y volví a meter el pánico en la caja, donde permanecería. Fuera lo que pasara, Aleksey seguía vivo. Tenía que estar preparada para él. Tenía que estar a su lado como él había estado a mi lado.

Cuando por fin sonó el ascensor, se me subió el corazón a la garganta y me dirigí al salón a recibirlo.

No estaba solo. Dos guardias lo flanqueaban al entrar, pero los ignoré. Tenía una mirada atormentada y el pelo revuelto. Su ropa desprendía un inconfundible olor a gasolina y sus ojos, Dios mío, estaban hinchados e inyectados en sangre.

Casi como si hubiera estado llorando.

—Aleksey —dije, frenándome de abrazarlo delante de sus hombres.

Sus ojos se desviaron hacia mí, casi como si esperara verme herida. Cuando se aseguró de que yo estaba bien, se volvió hacia sus hombres.

—Retírense.

Los guardias entraron inmediatamente en el ascensor. El guardia que me había estado esperando se inclinó a modo de seguro y les siguió. Esperé a que estuviéramos solos para acercarme a él.

—¿Estás bien? —le pregunté, poniéndole una mano en el pecho.

Aleksey pareció desorientado al principio, y yo deslicé la mano hasta su mejilla. Estaba temblando. Le rocé la mejilla con el pulgar y noté la pegajosidad de las lágrimas secas.

Nunca había visto a Aleksey tan agitado y me estaba asustando. Una oscura sospecha descendió sobre mí y sentí un fuerte escalofrío al pensar quién podría haber estado en aquel coche. Pero no quise preguntar. No quería adivinar.

No quería aumentar su dolor.

En lugar de eso, le acaricié la mejilla para que volviera a mirarme.

—Háblame —le insté—. Cuéntame qué ha pasado.

Parecía que iba a apartarse de mí, pero en lugar de eso me rodeó con los brazos, estrechándome contra su pecho. Jadeé al ver cómo me abrazaba, como si esperaba que me arrancaran de sus brazos en cualquier momento, y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Se ha ido, Elia —dijo, con la voz cargada de dolor—. Ella se ha ido.

Estaba temblando y tardé un segundo en darme cuenta de que estaba llorando.

Permanecí en silencio, sabiendo que la horrible respuesta estaba a punto de llegar.

Y entonces llegó.

—Mi madre estaba en ese coche.

Me quedé helada al oír las palabras temblando contra mi sien, conmovida. En lugar de decir nada, lo rodeé con mis brazos y lo abracé con fuerza, sintiendo su corazón latir contra mi mejilla mientras sus lágrimas caían sobre mi pelo.

No encontraba las palabras para decirle cuánto lamentaba su pérdida. No encontraba las palabras necesarias para tranquilizarle. ¿Cómo podría hacerlo?

—Ella estaba ahí, Elia —susurró—. Ella estaba justo ahí. ¡Yo la acompañé hasta el coche! Y de repente, ella desapareció.

Le apreté más fuerte, sintiendo que se me saltaban las lágrimas.

—Lo siento, Aleksey. Lo siento muchísimo.

Ni en mis peores pesadillas había imaginado algo parecido a lo que él había vivido. ¡Su madre! Un momento estaba allí, y al siguiente, se había ido. Se la habían llevado de la forma más cruel e inhumana posible.

¿Cuándo dejarían de llegar estas pérdidas?

No sabía qué hacer. Así que me quedé allí y le froté la espalda mientras lloraba silenciosamente en su pecho. No me había planteado una tercera versión de Aleksey: un hombre destrozado que finalmente se derrumbaba bajo el peso de todo lo que tenía sobre sus hombros.

Sus brazos me rodearon con fuerza y supe que lo único que podía hacer ahora era simplemente acompañarle en su dolor.

Mi madre había muerto al darme a luz, así que nunca conocí el amor de una madre, sólo el afán de un padre por estar encima de todo lo que yo hacía. Las niñeras que contrató para que me cuidaran cuando era más joven eran las únicas partes blandas de mi vida, las únicas cosas remotamente cercanas al afecto aparte de mi hermano.

Pero Aleksey tenía una madre. Una que en algún momento se había preocupado por él. ¿Qué madre no lo haría?

Y ahora ya no estaba.

Peor aún, se la habían llevado delante de él.

Finalmente, tras varios minutos de agonía, Aleksey se zafó de mi abrazo y se pasó una mano por la cara para secarse las lágrimas. Había recuperado cierto grado de control sobre sus emociones; se recompuso. Pero el dolor seguía ahí, bajo la superficie.

Nunca desaparecería del todo.

—¿Tienes idea de quién lo hizo? —pregunté dubitativa, preguntándome si habían pillado a

alguien.

Sin mediar palabra, me entregó una fotografía de su madre. Le di la vuelta y vi una retahíla de palabras en ruso que no entendí. Pero no necesitaba entenderlo para saber de quién era la culpa o quién era el autor.

El Bogatyr.

—Lo mataré —la mandíbula de Aleksey se apretó al pronunciar cada sílaba con precisión mortal—. Quemaré esta ciudad si es necesario, pero lo mataré.

Sus palabras eran duras. No había suavidad en ellas, ni espacio para el compromiso.

Mi garganta se cerró y mis pulmones ardieron en busca de aire, sus palabras apretando la soga invisible alrededor de mi cuello. Todas las esperanzas de una vida sin violencia se desvanecían con cada sílaba. El Bogatyr no sería el último. Estaba segura de ello. El odio estaba consumiendo a Aleksey desde dentro, quemando lo bueno que había en él.

—Aleksey... —empecé.

Él negó con la cabeza, como si supiera lo que pensaba.

—No lo hagas —dijo—. Por favor, no. No ahora.

Asentí y apreté los labios mientras le cogía de la mano.

—Estoy aquí —susurré contra su piel—. Siempre estaré aquí.

Me rodeó con los brazos y apretó la cara contra mi pelo.

—Lo sé.

Le abracé hasta que su respiración se estabilizó y mis dedos acariciaban su brazo para calmarle.

—Te amo —susurré, con la emoción oprimiéndome el pecho—. Que Dios me ayude. Te amo tanto que a veces no puedo respirar.

No sabía si él podía oírme. Pero no importaba en ese momento. Mis sentimientos no iban a hacerle cambiar de opinión más de lo que yo podía hacer que el sol dejara de salir por el este cada mañana.

Sin importar lo que pasara, yo estaba de su lado. Yo era suya.

Y él era mío.

Capítulo 21

Bogatyr

—¿Te ha visto la cara? —le pregunté al chico que permanecía tembloroso frente a mí en el oscuro callejón.

Era uno de los chavales que iban de un sitio a otro con una caja de bocadillos de fruta, vendiéndolos por un dólar en nombre de algunos delincuentes más emprendedores. Sobornarlo a él y a sus amigos había sido fácil. Cien dólares cada uno, y prácticamente estaban saltando ante la oportunidad de ser ellos quienes se toparan con Aleksey Korolev.

—¡Respóndeme! —espeté y vi que el chico se estremecía.

En otra época, me habría sentido mal por gritarle a un niño. Pero una década de odio había quemado toda mi simpatía. Este chico era una herramienta en mi búsqueda, nada más.

—No lo sé —balbuceó—. Le pedí disculpas cuando me tropecé con él.

Me arrodillé a su altura y extendí una mano nudosa para acariciarle la cara. Se apartó de mi tacto cuando vio que la piel desfigurada se movía hacia él. *Pedazo de mierda.*

—¿Por qué te disculpaste? —pregunté con tono uniforme.

—No lo sé —siguió tartamudeando—. Solo se me escapó. No era mi intención. Lo prometo.

—Mírame —dije, mi voz no más alta que un susurro.

El chico lanzó una rápida mirada, pero enseguida apartó los ojos. Vi el miedo y la repulsión en su mirada cuando observó mi horrible rostro. Era algo a lo que ya me había acostumbrado. Mis dedos se enroscaron alrededor de su oreja y apretaron hasta que gritó de dolor.

—He dicho —gruñí— ¡Mírame!

Esta vez no apartó la mirada. Le tembló el labio inferior y una clara mancha de humedad apareció en la parte delantera de sus pantalones. *Patético.*

—¿Qué te dije que hicieras? —me negué a soltarlo.

—Que chocara con él y tirara la foto —gimoteó.

—¿Te dije que te disculparas con él?

—No —dijo y se estremeció en mi agarre.

—Entonces, ¿por qué te disculpaste?

—¡Lo siento! —gritó, y su voz subió de tono mientras intentaba zafarse de mi agarre—. No lo se. Tenía miedo. Él me asustó.

No tienes ni idea, niño estúpido, pensé salvajemente. La imponente figura de mi agente bloqueaba todas las posibles vías de salida, y este chico lo sabía.

Me pasé la lengua por los destrozados labios y sacudí la cabeza del chico.

—¿Yo te doy miedo?

Sin palabras, asintió, con lágrimas y mocos en la cara.

—¿Por qué? —mantuve la voz uniforme.

—Porque das miedo —respondió.

Estaba mintiendo. Podía verlo en sus patéticos ojitos.

—¿Por qué doy miedo?

Respiró hondo.

—Porque eres fea.

—¿Era tan difícil? —solté la mano y el chico se desplomó en el suelo.

Intentó retroceder para alejarse de mí, pero no tenía adónde ir. Sin mediar palabra, metí la mano en el bolsillo y saqué una navaja. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio la afilada hoja de acero brillar a la luz del atardecer.

—Te dieron instrucciones muy claras —tendí el cuchillo y le pinché la cara, arrancándole una pequeña gota de sangre—. Todo lo que tenías que hacer era seguirlas. Pero no pudiste hacerlo.

—Fue un accidente —lloraba ahora en serio—. Por favor, no me hagas daño.

Oh, chico estúpido; eso fue precisamente lo que no debías decir. Cerré los ojos y recordé cuando dije esas mismas patéticas palabras en ese mismo patético tono. No me salvó esa noche, y no lo salvaría a él ahora.

Pero yo no iba a ser como Fyodor. No iba a alargar el sufrimiento de este pobre chico. No, eso iba a reservarlo para la bonita mujercita de Aleksey. Porque yo todavía poseía una pizca de decencia en mí. Porque yo no era un monstruo.

Cuando abrí los ojos, mi enviado sostenía al chico de rodillas y tiraba de su barbilla hacia arriba para exponer la gran vena de su cuello. Con un solo y suave movimiento, hundí el cuchillo profundamente en su interior. La sangre caliente salpicó mis dedos y el chico emitió un grotesco

gorgoteo mientras se debatía inútilmente en las garras de mi enviado. Pasaron unos segundos hasta que sus movimientos cesaron.

Me levanté y miré el cuerpo del chico, suspirando. Qué desastre.

—Señora —mi agente me entregó un pañuelo.

Sin mediar palabra, lo acepté y me limpié la mano y el cuchillo lo mejor que pude. La policía ya había limpiado la escena de la muerte de Raissa. Sabían quién había estado en el coche y les importaba una mierda.

Una sonrisa salvaje se dibujó en mis labios.

¿Acaso les importé una mierda yo cuando, diez años atrás, llegué a la comisaría y les conté lo que había sucedido con todo lujo de detalles? No. Se encogieron de hombros y me dijeron que no podían hacer nada.

Y ahora, Aleksey sentía lo mismo que yo. Había visto la impotencia en su rostro cuando contemplaba el casco en llamas del coche de su madre. Prácticamente podía oír su mente intentando convencerse desesperadamente de que lo que acababa de ver no había sucedido.

Ahora ya lo sabes, Aleksey. Sentí que las manos se me cerraban en puños. Ahora conoces la verdadera profundidad del dolor que me has causado.

Pero si él pensaba que eso era lo peor que podía pasar, no podía estar más equivocado. Las cosas no habían hecho más que empezar. Me volví hacia mi enviado.

—Muéstrame.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo dos fotos.

En la primera, su guapa mujercita estaba inclinada sobre la isla de la cocina. La toma estaba encuadrada de tal manera que parecía que intentaba alcanzar un cuchillo que estaba fuera de su alcance.

Pero fue la segunda la que hizo que mi corazón estallara de alegría. En la segunda, Aleksey estaba desnudo en su balcón, hablando por teléfono. Tenía cara de fastidio. Pero lo más importante era que en el borde de la foto estaba su preciosa mujercita en su dormitorio. Su pálido brazo le cubría la cara. En la foto, parecía casi como si ella estuviera llorando.

—¿Y los mensajes?

Mi enviado les dio la vuelta y sonreí al ver los mensajes. Ambos exactamente iguales.

Sálvame.

—¿A quién quieres que se las envíe?

—Esta —señalé la primera—, es para su amiga de la fiscalía de Nueva York.

—Y esta —señalé la otra—. Es para quien esté a cargo de lo que queda de la Mafia Tarallo en Nueva York.

Pronto me revelaría ante Aleksey.

Quería que me pidiera perdón. Quería que deseara estar muerto.

Porque una vez que lo hiciera, le concedería ese deseo.

Capítulo 22
Aleksy
Al día siguiente

Me miré en el espejo, ajustándome la corbata negra que me había puesto momentos antes. El funeral de mamá era hoy, y yo ya estaba cansado.

Tío Misha y yo lo habíamos organizado todo rápidamente. El funeral sería privado. Sería en el interior para que nadie pudiera sorprendernos desde fuera. Se limitaría sólo a la familia, para que el resto de los Bratva no estuvieran allí. Ninguno de los dos sabía ya en quién confiar, y sería demasiado arriesgado para nosotros organizar algo más que nuestro círculo más cercano.

Ambos sabíamos que mi madre debía ser honrada con el más grandioso de los espectáculos, uno acorde con una mujer de su talla. No enterrarla como a una amante anónima.

Alya había gritado y llorado histéricamente por teléfono cuando se lo conté. Yo tenía la ventaja de diez años de distancia entre mi madre y yo. Alya nunca la tuvo. Quería venir, hablar conmigo en persona, pero se lo negué. Oficialmente, le dije que era porque el Bogatyr ya había golpeado demasiado cerca, y no quería arriesgarme a perder también a mi hermana.

Pero la verdadera razón era que no quería que viera lo destrozado que estaba anoche, y cómo estuve a punto de romper todo lo demás.

La puerta del baño se abrió y me giré para ver salir a Elia, vestida con un vestido negro que acentuaba el pequeño bulto de su vientre. Se me apretó el pecho al verla calzarse unos recatados tacones. Su pelo ocultaba su rostro como una cascada. Ella había sido mi única fuente de consuelo; más de lo que pensé que sería mientras luchaba contra mi dolor.

Anoche, Elia se había abierto a mí y me había permitido usarla en un esfuerzo por ayudarme a olvidar, aunque sólo fuera por un segundo. Lo agradecí en ese momento, ya que mi agotada mente necesitaba desesperadamente esa distracción. Pero después tuve que alejarme de ella. Porque si no lo hubiera hecho, no sabría decir lo que mi jodida cabeza me habría obligado a hacer.

Elia se enderezó y me sorprendió mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntó acercándose a mí.

Negué con la cabeza, reprimiendo lo que realmente quería decir. Podría inclinarla fácilmente sobre la cama y subirle el vestido, perdiéndome entre sus muslos como la noche anterior. Podría taparle la boca con la mano para acallar sus gritos. Quería perder el control de mis sentidos y toda idea de control. Quería desplomarme sobre su cuerpo mientras las lágrimas y el sudor se mezclaban. Quería usarla para olvidar mi dolor y mi herida.

Pero no sería justo para ella.

Con vergüenza, sentí que me agitaba al pensarlo y noté cómo sus ojos se desviaban rápidamente hacia mi entrepierna. Ella también lo sabía. No importaba si lo veía en mi cara o lo sentía en su corazón. Lo que importaba era que lo sabía.

No podía pronunciar las palabras, temía demasiado que salieran de mis labios si lo hacía. Así que hice lo siguiente mejor. Acorté la distancia y dejé que mi mano serpenteara por el cuerpo de Elia hasta posarse en su nuca.

—Aleksey... —suspiró. Su cuerpo se acercó al mío, como si se lo ordenara. Como si fuera lo único que ella podía hacer. Levantó la cabeza y me plantó un pequeño beso en la barbilla.

El beso despertó algo en mí. Algo monstruoso.

Sin mediar palabra, la giré y la empujé contra la pared. Jadeó cuando mis manos le subieron bruscamente el vestido y se retorció cuando empecé a desgarrarle la ropa interior.

—¡Aleksey, por favor! —jadeó, y el pánico se apoderó de su voz cuando vio que no iba a detenerme. Sus manos empujaron débilmente contra la pared. Mis rodillas la obligaron a separar las piernas. Ella gruñó y sus movimientos se volvieron más erráticos mientras mi mano bajaba para desabrocharme los pantalones y liberar mi polla.

—¡NO! —gritó y me apartó de un empujón.

El fuerte empujón me devolvió a la realidad y di un paso atrás. Inmediatamente, las manos de Elia se envolvieron protectoramente alrededor de su vientre y retrocedió contra la dura pared mientras me miraba.

Parpadeé sin comprender cuando me di cuenta de lo que casi había hecho. Nuestros ojos se encontraron y vi las emociones encontradas en sus profundidades, emociones que no estaba preparado para manejar, especialmente hoy.

—Así no —negó ella con la cabeza, su voz tranquila, pero temblando—. Hoy no.

Asentí y me recogí. Una imagen aterradora pasó por mi mente. Una en la que ignoré sus súplicas e hice lo único que nunca pensé que le haría. Mi mente vio una secuela en la que Elia estaba desplomada en el suelo, con el maquillaje corrido, la ropa rota y el alma irrevocablemente arruinada mientras las lágrimas rodaban por su mejilla. Una parte salvaje de mí me exigió que lo hiciera, me exigió que reafirmara mi poder sobre ella y, por extensión, sobre todo lo demás en mi vida.

La vergüenza siguió la estela de ese salvajismo: vergüenza por lo mucho que mi cuerpo ansiaba el control en ese momento de debilidad.

Vergüenza por lo rápido que había estado a punto de soltar al monstruo.

—Lo siento —murmuré.

Ella permaneció callada mientras se ajustaba el vestido, sin dejar de mirarme en ningún momento. Todas las demás emociones se desvanecieron. Sólo quedaba el miedo.

—Tenemos que irnos —dije por fin.

Elia asintió, pero el miedo no desapareció de sus ojos mientras bajábamos en ascensor hacia el coche. Boris nos esperaba junto a la puerta y me saludó con la cabeza mientras Elia subía al coche delante de mí.

Pasamos todo el trayecto en coche hasta el funeral en silencio. Ninguno de los dos estaba preparado para hablar de lo que casi había ocurrido. No queríamos hablar de la aterradora posibilidad de que ésta se convirtiera en la única forma en que yo podía funcionar cerca de ella. Mantuve las manos cruzadas sobre el regazo, temeroso de que, si extendía la mano hacia ella, el monstruo que había salido temporalmente a la superficie se apoderaría de mí por completo.

Para mi sorpresa, sentí que la mano de Elia se abría paso hasta la mía y me daba un suave apretón. Me volví para mirarla. No dijo nada. No lo necesitaba. Siguió cogiéndome la mano. Poco a poco, sentí que me relajaba con su presencia. Di la vuelta a mi mano para entrelazar nuestros dedos y le di un suave apretón a la suya.

Abrí la boca para disculparme de nuevo y Elia se limitó a sacudir la cabeza una vez. El movimiento brusco me dijo todo lo que necesitaba saber. *Aquí no. Ahora no.*

Nos cogimos de la mano todo el camino hasta que el coche se detuvo en la iglesia. Elia me dio un último apretón antes de que se abriera la puerta y me soltara. Ansié que me tocara de nuevo cuando se alejó, pero sabía que no podía obligarla a quedarse.

¿Sería tan jodidamente malo no salir del coche? ¿No podía quedarme aquí con ella? Donde podía fingir que nada de esto estaba pasando.

En lugar de eso, salí, me abroché el abrigo e ignoré el silencio palpable a mi alrededor. Elia se unió a mí en la acera y deslizó su mano a lo largo de mi antebrazo, pero no más allá. Había visto al monstruo y temía provocar que saliera a la superficie.

Capítulo 23

Aleksey

Subí las escaleras con Elia agarrada a mi brazo. En el centro de la habitación estaba el ataúd cerrado de mi madre. En el fondo de mi corazón sabía que estaría vacío. La explosión no había dejado nada que enterrar. Pero una parte de mí deseaba desesperadamente abrirlo para verla por última vez. Para disculparme por haber sido un mal hijo.

Cerca de allí, mi angustiada hermana también estaba de pie, con los ojos rojos e hinchados de llorar. Muy poco maquillaje. Y en ese momento, parecía una niña. Como siempre la recordé.

Ha enterrado a los dos, me di cuenta al contemplar la mirada perdida de mi hermana. *Padre, y ahora Madre*.

—Alya —me acerqué a ella.

Sin mediar palabra, se abalanzó sobre mí, con profundos sollozos ahogados que la sacudían mientras se aferraba a mí como salvando su vida. Cerré los ojos y me acerqué a ella para darle una palmadita en el hombro; me escocía la nariz cuando se me saltaron las lágrimas.

Cuando Alya por fin se separó de mí, se secó los ojos mientras nuevas lágrimas dejaban huellas de rímel en su cara.

—Tío Misha dice que es un funeral a cajón cerrado. Porque... —se tapó la boca.

—Lo sé, *malyshka* —puse la mano en su hombro y asentí—. Lo sé.

Cuando Alya vio a Elia, también la abrazó. Las dos intercambiaron palabras susurradas destinadas únicamente a la otra. La presión en mi pecho se hizo más fuerte y tuve que apartar la mirada. A todas luces, sería fácil que las dos se odieran. Pero no lo hacían.

Y por eso les estaba agradecido.

Miré alrededor y vi al Tío Misha sentado solo delante de la gran corona de flores que había junto al ataúd cerrado. En el centro de la corona había una foto de mi madre. Me uní a él.

Una versión joven de mi madre me miraba fijamente. Su pelo no tenía las hebras plateadas a las que ya me había acostumbrado, y en sus ojos había una alegría que yo nunca había visto. En aquella foto, vi a mi madre como la mujer que nunca tuvo la oportunidad de ser con mi padre. Una mujer que nunca más tendría la oportunidad de ser.

Sentí que las manos se me cerraban en puños al pensarlo.

—Yo tomé esa foto, Alyosha —dijo el Tío Misha mientras miraba la foto de mi madre—. Hace dieciséis años. Cuando Fyodor y yo aún intentábamos grabar nuestros nombres en esta ciudad. Aún recuerdo aquel día con tanta claridad como si acabara de suceder. Tu padre estaba fuera y tu

madre quería que alguien le ayudara a montar una nueva mesa de cocina.

Miré al Tío Misha, con una tormenta de emociones acumulándose en mi propia mente, pero no quise interrumpir.

—Se sentó en el porche con el sol en la cara —cerró los ojos y una lágrima rodó por su rostro—. Y fue entonces cuando hice la foto. Y en ese momento, pensé que Fyodor era tan tonto por no amar a esa mujer. ¿Cómo podía tratarla como si estuviera por debajo de él cuando era mejor que él en todos los sentidos? ¿Cómo podía querer apagar la luz de sus ojos? ¿Cómo pudo lastimarla de la manera en que lo hizo? ¿Deshonrarla como lo hizo?

Se miró las manos.

—Durante dieciséis años amé a tu madre, Alyosha. Soñaba con ella cuando cerraba los ojos. Me preocupaba por ella cada vez que Fyodor estaba de mal humor. Y sentía pena por ella cada vez que veía a otra mujer del brazo de Fyodor. Y yo pensaba... —se volvió hacia mí— que podríamos envejecer juntos. Que podría darle el mundo que Fyodor le arrebató cruelmente. Pero, ¿ahora?

Se levantó y se acercó al ataúd. Su mano rozó la superficie lacada con suavidad, como si le estuviera acomodando un mechón de pelo detrás de la oreja del mismo modo que yo hacía con Elia.

—Lo siento, *dorogaya* —dijo mientras las lágrimas brotaban con fuerza y rapidez—. Lamento no haber podido darte la vida que querías. Siento no haber estado allí para protegerte aquel día. Siento no haberte salvado de esta vida cuando pude.

Vi cómo una disculpa tras otra fluía de los labios de mi Tío hacia el ataúd de mi madre, y sentí un escalofrío que me atenazaba desde lo más profundo. Mi mirada se dirigió instintivamente hacia Elia, que abrazaba a mi hermana y le susurraba palabras tranquilizadoras mientras Alya sollozaba.

Volví a mirar el ataúd y me pregunté.

¿Le haría yo lo mismo a Elia algún día?

¿Estaría donde ahora estaba el Tío Misha, susurrando una disculpa tras otra?

Cuando llegamos al cementerio había empezado a llover. Aparte de los trabajadores que contratamos, no había nadie más. Tío Misha hizo que sus hombres de confianza establecieran un perímetro de varias capas alrededor como medida de precaución.

Tío Misha hizo que la enterraran lejos de Padre. La actual tumba era la mitad de una parcela para dos personas. Yo sabía para quién estaba reservada la otra parcela.

Tío Misha, Alya, Elia y yo permanecemos de pie, sin decir palabra, mientras los obreros bajaban suavemente a mamá dentro de la fría tierra. Cada uno de nosotros se turnó para arrojar un puñado de tierra sobre el ataúd como último adiós.

Yo fui el último en hacerlo. Los terrones aterrizaron silenciosamente sobre la madera lacada mientras la lluvia arreciaba.

Los obreros llenaron el resto de la tumba, pero yo me quedé clavado en el sitio hasta que el suelo volvió a estar inmaculado. Arrodillado ante su lápida, tracé el contorno de su nombre mientras sus últimas palabras resonaban en mis oídos.

Dale a tu mujer y a tus hijos la vida que se merece. Pero, sobre todo, Alyosha. Dale a ti mismo la vida que mereces.

Así lo haré. Deposité un último beso sobre la fría e insensible piedra.

—Te amo, *mamechka* —susurré. Palabras que debería haberle dicho estando viva, y me mentí a mí mismo diciéndome que los muertos podían oír.

Capítulo 24

Elia

—¡No!

Luché contra él mientras me sujetaba contra la pared, sus rodillas me separaban las piernas mientras su peso me presionaba. Intenté girarme para verle. Si pudiera verle, él retrocedería.

¡Él sabría que me estaba haciendo daño!

Pero, levantó una mano y me sujetó la cara para bloquear mi vista. Su otra mano se apoderó rápidamente de mi vestido. Sentí un calor palpitante y familiar detrás de mí. Unos dedos ásperos rasgaron mi ropa interior. Me retorcí bajo él, intentando zafarme, pero era demasiado fuerte.

Sentí que la fina tela se rasgaba y, de repente, un calor familiar presionó en mi entrada. Un calor que antes me excitaba, pero que ahora me llenaba de pavor.

—No... —sollocé y supliqué.

Su mano se movió para taparme la boca. Sus dedos entre mis piernas me obligaron a abrirme. Sus rodillas me sujetaron. Intenté luchar contra él una vez más, pero no podía escapar a la fría realidad de lo que estaba a punto de ocurrir.

Así que hice lo único que aún podía hacer. Grité. Grité con todas mis fuerzas en la mano que me amortiguaba. Grité mientras él se enterraba dentro de mí. Grité mientras me sujetaba indefensa contra la pared, mientras las lágrimas inundaban mis ojos y se deslizaban por mi cara.

—¡Elia, Elia! —la mano de Aleksey estaba en mi hombro cuando desperté.

Mi pesadilla aún estaba fresca y la sentí tan real que enseguida me aparté de él. Me miró con ojos culpables y yo, para mi vergüenza, me di cuenta de lo mojada que estaba.

—Gritabas mientras dormías —me dijo.

Las palabras se negaron a salir de mis labios. En lugar de eso, tiré del edredón hacia mí, sujetando el suave material como si fuera un escudo entre mi marido y yo.

—Es por lo que he hecho hoy, ¿verdad? —dijo él, antes de que yo pudiera decir nada.

Parecía que no había nada que pudiera hacer para ocultarle mis pensamientos. Todavía abrazada al edredón, asentí levemente con la cabeza. Él se apartó de mí, con los ojos bajos y los hombros caídos. Quise acercarme para consolarlo. Pero, al mismo tiempo, tenía miedo de lo que pudiera pasar si lo hacía.

Ya basta, me dije. Cuando él vino a contarme que su madre había estado en el coche la noche anterior, lo único que quería era consolarlo. Pero incluso entonces, sentí al monstruo arañando bajo la superficie. Y esta mañana, ese monstruo se abrió paso.

La forma en que me había mirado esta mañana antes del funeral me dejó aturdida. La ceguera ilegible que se apoderó de él cuando me empujó bruscamente contra la pared quedó grabada en mi mente. En ese momento, parecía capaz de cualquier cosa. *Incluso de hacerme daño.*

—Lo siento, Elia —dijo.

—No.

La palabra se escapó de mis labios. Mi tono sonó más duro de lo que yo quería. O tal vez sonó tan duro como necesitaba serlo. Él me devolvió la mirada y por un momento pensé que intentaría discutir. Pero no lo hizo. Se limitó a asentir.

Pasó un momento de silencio antes de que finalmente yo preguntara:

—¿Por qué lo has hecho?

Aleksey negó con la cabeza mientras se sentaba en el suelo.

—No lo sé.

—Eso no es una respuesta, Aleksey.

Pude ver cómo sus pensamientos daban vueltas en su cabeza mientras fruncía los labios. Al igual que yo no podía ocultarle nada, él tampoco podía ocultarme nada a mí.

—Porque me sentía impotente —admitió en voz baja—. Como si no tuviera control sobre nada más en mi vida.

Lentamente, me levanté de la cama, dejando caer el edredón. Pero mantuve la distancia entre nosotros.

—¿Y yo sí? —espeté. *Era lo más sincero que podíamos hablar en aquel momento.*

—Desde el día en que me convertí en tu esposa, Aleksey —seguí diciendo—, no he tenido poder ni control sobre nada en mi vida. Y he hecho las paces con eso. De verdad.

Él abrió la boca, pero yo levanté la mano. No había terminado.

—Lo que hiciste esta mañana... —sacudí la cabeza y agregué—. Sé que estás enfadado, frustrado y asustado después de todo lo que ha pasado. Pero no tienes derecho a desquitarte conmigo —bajé mi mano hasta el pequeño bulto donde estaba nuestro bebé—, con nosotros.

Aleksey clavó sus ojos en los míos. No había ni rastro de la frialdad que me había inquietado esta mañana. Me sentí libre por primera vez en nuestra relación. De algún modo, en este momento en el que la pena, la herida, el dolor y el miedo se mezclaban, encontré el poder.

—Sé que, en tu mente, esta mañana podría no ser diferente de cualquier otro momento —dije—. Pero para mí fue diferente. Puede que yo haya aceptado, permitido e incluso te haya invitado a hacer cosas peores, pero siempre he tenido la seguridad tácita de que puedo elegir, aunque las opciones fueran horribles. ¿Pero esta mañana? No me has dado elección. Peor aún, prácticamente me quitaste la opción cuando te rogué que no lo hicieras.

—Lo sé —dijo—. Lo siento.

Su disculpa no cambiaba el pasado. No podía borrar el malestar que me corroía desde la mañana. Pero sabía que la disculpa era sincera. Y por eso, acorté la distancia y me senté cautelosamente a su lado. Nuestras manos se encontraron y un acuerdo tácito desfiló entre nosotros.

Lentamente, incliné la cabeza hasta que la sentí apoyada en su hombro. Él se estremeció ligeramente ante el gesto, como si temiera lo que pudiera hacer en respuesta. Pero poco a poco oí su respiración entrecortada hasta que volvió a ser constante y uniforme.

—Aleksey —le dije mientras me inclinaba hacia él—. No tienes ni idea del miedo que sentí esta mañana —me volví a mirarle—. De lo asustada que sigo estando.

Cuando me aparté, él no intentó que me quedara. Su mano no me siguió. Permaneció en el suelo hasta que me metí en la cama. E incluso entonces, siguió sentado en el suelo, esperando. Como si esperara mi permiso.

Sin mediar palabra, le hice un gesto para que volviera a acostarse a mi lado. Se levantó lentamente y se sentó en el borde de la cama. Le temblaban las puntas de los dedos cuando lo rodeé con mis brazos.

—Lo siento —susurró entre respiraciones temblorosas—. Lo siento muchísimo, de verdad.

—Lo sé —murmuré en su espalda—. Sé que estás pasando por algo que yo nunca podré entender. Sé que estás cargando con un peso que te aplasta el alma. Sólo quiero saber que seguimos en el mismo equipo.

Su mano se levantó lentamente y tomó la mía con cautela.

—Siempre —dijo, mientras apretaba mis dedos contra sus labios.

Capítulo 25

Elia

Me desperté de nuevo sobresaltada. Esta vez no por una pesadilla, sino por otra cosa. Miré y vi que Aleksey dormía profundamente a mi lado, con la expresión relajada por el sueño.

El cielo seguía oscuro y el reloj que había junto a la cama marcaba las 3:02. Había tantas cosas que aún no nos habíamos dicho. Pero sentí que nos habíamos dicho lo que había que decirse.

Tendríamos que hablar por la mañana. Necesitaba saber todo lo que pudiera sobre todo lo demás. El Bogatyr, los hombres de mi padre que podrían venir a llevarme, y lo que sucedería después de que aquellos ya no fueran piezas en el tablero.

Ninguna de esas conversaciones sería fácil. Pero eran necesarias, aunque no fueran lo que yo quería oír.

Con un suspiro, salí de la cama y del dormitorio, y mis pies descalzos apenas hicieron ruido en el suelo mientras caminaba hacia la cocina.

Tras sacar un vaso del armario, lo llené de agua y bebí un sorbo para aliviar la sequedad de mi garganta. Un ruido llamó mi atención y el corazón se me subió a la garganta.

Una sombra oscura se movió por la cocina y, de repente, una mano se cerró sobre mi boca y me encontré mirando fijamente a un hombre desconocido frente a mí. Iba vestido de negro de pies a cabeza y llevaba un pasamontaña negro. Incluso se había pintado la cara para que, si cerraba los ojos, se confundiera totalmente en la oscuridad.

—No estoy aquí para hacerle daño —dijo en voz baja.

¡A la mierda con eso! Intenté darle una patada en la entrepierna, pero me agarró el pie con su fuerte mano y de repente me vi atrapada sin poder hacer nada. En mi mente se agitaban las posibilidades de quién podría ser. ¿El Bogatyr? ¿O uno de sus lacayos? ¿Y si iba armado? ¿Cómo había entrado en el pent-house?

Mis ojos se dirigieron a la puerta del balcón, y mi corazón se hundió cuando vi que la puerta estaba ligeramente entreabierta.

—He venido a llevarle con nosotros —susurró el hombre—. No está a salvo aquí.

¡No estoy a salvo con ustedes! Hice todo lo posible por quedarme quieta, y él se dio cuenta de que no podía hablar.

—Si le quito la mano, tiene que prometerme que no gritará —dijo en voz baja.

Mis ojos se desviaron hacia nuestro dormitorio, donde Aleksey seguía durmiendo profundamente. No tenía otra opción. Si no hacía lo que aquel hombre me pedía, nada podría

garantizar que Aleksey saliera a tiempo para salvarme.

Asentí levemente con la cabeza y sentí que su mano se deslizaba de mi boca.

Esto debe de estar relacionado con la llamada que recibí, me di cuenta.

—Voy a sacarla de aquí —dijo, con voz grave y exigente—. Nos aseguraremos de mantenerla en un lugar seguro.

—¿Y dónde es eso? —pregunté. Seguía sin soltarme la pierna, lo que significaba que seguía atrapada frente a él— ¿Quiénes son ustedes?

—Los hombres de su padre, señorita Tarallo —dijo—. Debe volver con nosotros. Debemos irnos antes de que sea demasiado tarde.

—¡No iré a ningún lado con ustedes! —siseé.

—¡No nos quedaremos de brazos cruzados mientras Korolev continúa teniéndola como su prisionera! —dijo—. Usted no tiene elección en este asunto.

—¡Por supuesto que no la tengo! —gruñí, pero antes de que pudiera gritar por Aleksey, el hombre se abalanzó sobre mí y volvió a ponerme la mano en la boca.

Con un rápido movimiento, me hizo girar y empezó a arrastrarme hacia la puerta del balcón. Luché contra él, pero era increíblemente fuerte. Me agarré inútilmente a la mano que me tapaba la boca, pero por más que lo intentaba, mis pies no conseguían agarrarse al suelo.

Desesperada, mi mano se estiró hacia atrás y encontró el vulnerable punto blando entre sus piernas. Gruñendo tras su mano, apreté con todas mis fuerzas.

El grito de dolor que brotó de su garganta fue el sonido más dulce que jamás había oído.

—¡SOCORRO! —chillé en cuanto la mano voló lejos de mi boca—. ¡ALEKSEY!

Mi agresor estuvo sobre mí en el siguiente instante y me derribó al suelo. El aliento abandonó mis pulmones cuando mi espalda golpeó el suelo. El hedor del miedo y el sudor se mezcló en mis pulmones.

—¡Silencio! —gritó con los dientes apretados mientras sus dedos me rodeaban la boca—. ¡Haga silencio!

Le arañé las manos. Mis piernas pataleaban inútilmente contra el aire.

—Aleksey... —intenté gritar de nuevo, pero los bordes de mi visión se volvían negros. Sentí la aterradora necesidad de respirar, pero la presión contra mi boca seguía aumentando. *Va a matarme*, pensé abatida mientras cada movimiento se hacía más y más débil. *Va a matarme y no*

puedo hacer nada.

De repente, otro borrón surgió en el borde de mi visión, acompañado de un despiadado rugido. Mi agresor fue arrancado de encima de mí y arrojado contra la pared. Los cristales se hicieron añicos por el impacto y respiré hondo. Rodé sobre un costado y tosí mientras las lágrimas me nublaban la vista.

Me giré y vi a Aleksey acechando a mi atacante. El hombre llevaba un cuchillo en la mano cuando se levantó de entre los cristales rotos. Aleksey iba descalzo y, aunque estaba en calzoncillos, tenía un aspecto ferozmente intimidatorio.

—¿Te atreves a entrar en *mi* casa y atacar a *mi* mujer? —rugió Aleksey—. ¡Has firmado tu propia sentencia de muerte!

El hombre escupió un diente al suelo y blandió el cuchillo.

—¡La firmaré con tu sangre, bastardo ruso!

Casi podía oír la sonrisa de Aleksey mientras se crujía el cuello ante el desafío.

—Por supuesto, no te contengas.

Me levanté del suelo y me dirigí hacia la encimera de la cocina, consciente de los dolores que sentía en todo el cuerpo. Me dolía la mandíbula y el trasero por la dura caída, pero eso no era lo que más me preocupaba ahora. Me llevé la mano al estómago para acunar a nuestro bebé. *Por favor, que estés bien. Por favor, que no estés herido.*

Observé con la respiración contenida cómo Aleksey golpeaba primero, lanzándose sobre el hombre y empujándolos a ambos sobre el suelo. El cristal crujió bajo ellos y me estremecí al oírlo. El sonido de la carne encontrándose con la carne me hizo estremecer, pero sabía que no podía dejar que siguieran así. La plata centelleó y gotas de rubí salpicaron el techo.

Él necesita ayuda. Miré hacia el ascensor y me apresuré a pulsar el botón para llamarlo arriba. Los guardias lo seguirían, y sólo podía esperar que llegaran lo bastante rápido.

Al volverme, vi que Aleksey tenía al hombre inmovilizado en el suelo, pero no por mucho tiempo. Por su espalda corrían hileras de sangre de los cristales rotos contra los que habían caído. El hombre metió las piernas bajo la cintura de mi marido y lo empujó. Aleksey se recuperó rápidamente. Agarró los restos del cristal que se había hecho añicos y se lo clavó en el brazo al hombre.

Un grito de dolor espeluznante brotó de la garganta del hombre y Aleksey consiguió arrancarle el cuchillo de la mano. La hoja, pintada de rojo por la sangre, se deslizó por el suelo justo cuando se abrieron las puertas del ascensor. Boris y otro guardia salieron armados.

—¡Ayúdenlo! —carraspeé, con la garganta a duras penas mientras otro ataque de tos se

apoderaba de mí. Boris levantó el arma.

—¡No! —gritó Aleksey—. Lo necesito vivo.

Boris y el otro guardia intercambiaron una rápida mirada de preocupación e inmediatamente se abrieron paso. Pisaron los brazos del hombre y lo inmovilizaron mientras Aleksey se levantaba del suelo.

Me llevé las manos a la cara al ver el estado de Aleksey. Ríos de sangre le corrían por la espalda, la frente y la cara. Su cuerpo estaba salpicado de fragmentos de cristal. Un feo corte estropeaba su rostro, por demás perfecto, y terminaba muy cerca del ojo.

—Aleksey —dije, acercándome a él—. Aleksey, estás herido.

—Me pondré bien —se volvió hacia mí. Sus ojos estaban desorbitados—. ¿Tú estás bien?

Asentí mientras Boris y el otro guardia levantaban al hombre y lo sujetaban. Se encendieron las luces y le arrancaron la máscara de la cara. Pero la expresión confusa de sus rostros me decía que ninguno de ellos sabía quién era.

Tardé un momento en darme cuenta de que todos me miraban, esperando que le reconociera. Pero yo no lo reconocí. Nunca vi las caras de los hombres de mi padre. Esbozó una sonrisa sangrienta cuando me vio. Uno de sus dientes estaba roto.

—Por favor, Srta. Tarallo —jadeó—. Aquí no está a salvo.

—¡No le hables, joder! —gruñó Aleksey, y le estampó un puñetazo en la cara.

El hombre apretó la mandíbula, pero no emitió ningún sonido. Algo se desprendió de su camisa. Aleksey se agachó para recogerlo. Seguí el movimiento de su mano con los ojos y vi lo que parecía una fotografía.

Se me encogió el corazón, me flaquearon las rodillas y casi caigo. Boris me alcanzó justo a tiempo.

—Estoy bien —dije, con la cabeza dándome vueltas.

Aleksey se arrodilló frente al hombre y recogió el cuchillo y la fotografía. Le acercó el primero a la cara y la segunda a los ojos.

—¿De dónde la has sacado?

El cuchillo iba cortando lentamente la cara del hombre, pero éste no emitió ningún sonido. Quise cerrar los ojos para mirar hacia otro lado, pero no pude. *Quería* ver sufrir a ese hombre. *Quería* verlo herido por la mano de mi marido.

—Respóndeme —susurró Aleksey.

—Vete a la mierda —El hombre lo miró a él y luego sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Crees que puedes retener aquí a la niña de Ludovico? ¿Hacer con ella lo que quieras? No seré el primero, Aleksey Korolev, y desde luego no seré el último.

—Esa no fue la pregunta —siseó Aleksey—. ¿De dónde has sacado esta foto?

Cuando el hombre no hizo lo que se le había ordenado, Aleksey le agarró por la cabeza.

—¡RESPÓNDEME!

—No tienes nada —el hombre cerró los ojos, riendo suavemente—. ¡Nada!

—Eso ya lo veremos —Aleksey giró sobre sus talones, con las manos cerradas en puños alrededor de la foto mientras una rabia asesina cubría su rostro. Miró a Boris—. ¡Llévate a este *mudak*! Hablaré con él más tarde. En privado.

Sin preguntar, Boris y el otro guardia se agacharon para cumplir con su deber. Mientras metían al hombre en el ascensor con ellos, este me miró y gritó.

—¡La liberaremos, señorita Tarallo! ¡Se lo juro!

Finalmente, cuando volvimos a quedarnos solos, me volví hacia mi marido. La refriega había dejado manchas de sangre en el suelo. Si no hubiera visto lo ocurrido con mis propios ojos, habría creído que alguien acababa de ser asesinado aquí.

Aleksey se apoyó en la isla de la cocina, con los ojos fijos en la pared, como si estuviera perdido.

—Elia —carraspeó su voz cuando me acerqué a él—, dime que estás bien.

¿Lo decía en serio? Yo le había manchado las manos de sangre después de rogarle que no lo hiciera. Y ahora estaba herido, y todo era por mi culpa.

Sacudí la cabeza y las lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras cerraba los ojos. Parecía que aquello no acabaría nunca.

Él soltó un sonido estrangulado y me obligó a abrir los ojos. Tenía la mandíbula apretada y no había duda de la preocupación en sus ojos.

—Tus brazos —señaló con un dedo ensangrentado.

Sin mediar palabra, me acerqué al cuarto de baño, me miré en el espejo y retrocedí ante el reflejo que me devolvía la mirada. Tenía el pelo hecho un desastre. Tenía los ojos desorbitados. Y por

todos mis brazos se veían las inconfundibles marcas de los dedos del hombre. Sentí que se me aceleraba la respiración.

¡Este hombre podría haberme matado!

Aleksey se unió a mí en el baño. Los dos parecíamos haber salido de un terrible accidente de coche. Sin decir palabra, él empezó a lavarse las manos para quitarse la sangre, tiñendo la porcelana blanca de rojo y rosa.

La foto arrugada estaba boca abajo sobre la encimera del baño. Pero podía ver una palabra pulcramente escrita en el reverso.

Sálvame.

—Te he fallado, Elia —sacudió la cabeza mientras seguía lavándose las manos. Pero la sangre había empezado a secarse y aún quedaba enrojecimiento—. Deberías haber estado a salvo en tu propia casa.

—¡No! —respondí—. No, no. Tú me salvaste, Aleksey.

—Estuve a punto de no hacerlo —cerró los ojos y se salpicó agua en la cara antes de agarrarse a los bordes del lavabo.

Volví a sentir el corazón en la garganta. La forma en que él sonaba en este momento no se parecía a nada que yo hubiera oído antes. Sonaba destrozado.

—Aleksey —me acerqué a él, sin importarme que su cuerpo estuviera pegajoso de sangre, y le tendí la mano—. ¿Puedo ver la foto?

Cerró los ojos, respiró hondo y asintió.

Le di la vuelta a la foto y me quedé boquiabierta al verla. Era una foto de Aleksey en el balcón la noche que murió su madre. Yo estaba en la esquina de la foto con el brazo tapándome la cara.

Volví a darle la vuelta a la foto y me fijé en el reverso. En conjunto, la foto y el escrito tenían todo tipo de horribles implicaciones.

Este hombre vino a rescatarme. Realmente pensaba que me estaba salvando de mi marido.

—¿Crees que esto fue tomado por el Bogatyr?

—¿Quién más podría ser? —me miró Aleksey y asintió—. Parece que fue tomada con el mismo ángulo que la foto tuya que le enviaron al Tío Misha. Esto prueba que el Bogatyr está trabajando con lo que queda de la Mafia Tarallo. Todo esto está conectado, Elia.

Me mordí el labio inferior.

—Parece demasiado conveniente.

—Quizá —dijo Aleksey en tono sombrío mientras volvía a coger la foto—. Pero sólo hay una forma de averiguarlo.

Capítulo 26

Aleksey

Boris esperaba en el sótano del edificio al que sólo se referían como La Taquilla. Media docena de guardias le acompañaban. La Taquilla había sido una antigua carnicería. La parte delantera del edificio funcionaba como una cafetería moderna por la que todo el mundo se volvía loco; el almacén trasero era otra historia completamente distinta.

La antigua carnicería seguía allí, pero la Bratva había hecho algunas modificaciones a fondo a lo largo de los años. Cosas como insonorización, una malla metálica en una pared de yeso que bloqueaba la señal de los móviles, un generador que mantenía todo en funcionamiento las veinticuatro horas del día y un enlace secreto al sistema de alcantarillado, oculto de la ciudad.

Los clientes de la parte delantera no sabían de los horrores que ocurrían en la trasera. Era todo lo que necesitaba que fuera en ese momento.

La cafetería aún no había abierto, lo que me facilitó las cosas mientras entraba. Me había tomado un momento para recomponerme. Pero no podía hacer mucho más.

—Pakhan —me dijo Boris al entrar.

Incliné la cabeza y observé a los hombres en el lugar. Todos tenían el rostro de acero y los ojos sombríos. *Perfecto*, pensé.

—¿Dónde está? —pregunté con calma.

—Lo hemos colgado —respondió Boris—. Estoy listo para empezar cuando tú lo estés.

—Enséñamelo.

Boris abrió la puerta de un tirón y el aire fresco del interior salió a saludarme. Pasé con él y vi al intruso exactamente como Boris dijo que estaba. Le habían colgado de las muñecas con largas cadenas en el centro de la habitación, justo encima del desagüe. Estaba sin camisa y aún le corría sangre por la cara y el pecho a causa de nuestra pelea anterior.

La puerta se cerró silenciosamente tras nosotros. Sea cual fuera la información que este hombre tenía, pretendía que fuera sólo para mí y para Boris.

Me crují los nudillos con calma cuando él levantó la cabeza y sus ojos chocaron con los míos.

—Hola, Korolev.

—¿De qué conoces al Bogatyr? —me salté las galanterías y pasé directamente a mis preguntas.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —hizo una mueca.

—Esta foto —le expliqué, la saqué del bolsillo y se la puse delante—. Fue tomada por el Bogatyr. Tengo motivos para creer que ha estado trabajando con la Mafia Tarallo desde el día que fui a Nueva York. Desde el día que maté a Luca.

—¡Mantén su nombre fuera de tu sucia boca! —gruñó el hombre, haciendo sonar la cadena que lo sujetaba. Su devoción era admirable.

Pero también estúpida.

—No soy tu enemigo —le dije—. Aunque creas que lo soy.

—Tú pusiste a Don Ludovico y a su hijo bajo tierra —replicó el hombre—. También pusiste a muchos de mis amigos bajo tierra. No intentes convencerme de que no eres el enemigo. No insultes mi inteligencia.

—Creo que nos están tomando el pelo a los dos —volví a levantar la foto—. Y esto es una prueba. Tengo muchas razones para creer que Ludovico y el Bogatyr estaban trabajando juntos. Incluso si lo mantuvo en secreto del resto de la Mafia Tarallo.

—¡Vete a la mierda!

Suspiré. Esto no nos llevaba a ninguna parte.

—No hay necesidad de que estemos enfrentados. Estaremos más que felices de cederles Nueva York de nuevo.

—¡Seguro que sí! —volvió a forcejear contra la cadena—. Ustedes los rusos os habéis pasado diez años cavando un agujero en nuestra ciudad, ¿y ahora os vais sin más?

—Considéralo una promesa —dije.

Le había prometido a Elia que el Bogatyr sería el último y pensaba cumplir mi palabra. Vi a Boris por el rabillo del ojo; tenía una expresión de perplejidad ante mi sugerencia al hombre de Tarallo, como si estuviera hablando con una pared.

—Ninguna promesa puede deshacer lo que ya se ha puesto en marcha —dijo—. No pararemos hasta que la hija de Ludovico esté a salvo con nosotros.

—¡Está a salvo aquí conmigo! —gruñí.

—¿Lo está? —sonrió el hombre, mostrando sus dientes destrozados—. Entonces dime, Korolev, ¿cómo entré en tu casa tan fácilmente? La tenía en mis manos. Podría *haberla matado* si hubiera querido.

Mi puño impactó en su cara antes de que pudiera detenerme.

Escupió un diente y soltó una risita amarga.

—Parece que he tocado un nervio. Ni siquiera puedes mantenerla a salvo en tu propia casa. Y yo sólo soy el principio.

—¿Cuántos más vendrán?

Se esforzó y abrió los párpados hinchados.

—Más de los que puedas imaginar. Lo hemos perdido todo...

—Y ahora no tienen nada que perder —terminé la frase por él.

Su maltrecho rostro se niveló y clavó sus ojos en los míos.

—Exacto.

Suspirando, guardé la foto y saqué un cuchillo del bolsillo. Era el mismo que él había traído consigo.

—Por si te sirve de algo —le di la vuelta al cuchillo y presioné la punta contra el hueco de sus costillas, justo encima de donde estaba situada la gran arteria del corazón—. Le hice una promesa a mi mujer. Y esa promesa es la única razón por la que hoy tendrás una muerte rápida.

—Cierra la puta boca, Korolev —cerró los ojos—, y acaba con esto de una vez.

Asentí y le clavé el cuchillo. El cuchillo encontró poca resistencia al atravesar su piel y su carne, perforando la gran arteria que alimentaba el resto de su cuerpo. Se convulsionó durante un segundo y enseguida se quedó quieto mientras su corazón le quitaba la vida en pocos latidos.

Fue una muerte piadosa.

Una que yo sabía que él nunca me habría dado.

Me di la vuelta y salí de La Taquilla por el pasillo. Boris me siguió rápidamente mientras los otros guardias se movían para deshacerse del cuerpo.

—¿Le crees? —preguntó Boris.

—Sí, le creo —asentí con la cabeza—. Tiene toda la razón. Lo que queda de la Mafia Tarallo no va a renunciar sin más a sus esperanzas en Elia.

—No, me refería a lo otro.

Miré a Boris mientras salíamos a la luz de la mañana. La cafetería ya había abierto y los clientes estaban ocupados haciendo sus pedidos habituales, totalmente ajenos a los horrores que estaban teniendo lugar a pocos metros de donde estaban.

—Sigo pensando que el Bogatyr trabaja *con* ellos. Podría haber creído que trabajaba *para* ellos, pero no después de esta conversación —volví a mirar la foto—. Sabes, esto es exactamente lo que dijiste.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijiste que, en lo que respecta a los hombres que quedan de la Mafia Tarallo —le pasé la foto—, estoy violando a la hija de Ludovico todas las noches. Quiero decir, ¿no es eso exactamente lo que insinúa esta foto? ¿Desde el contenido hasta el escrito?

Boris cogió la foto y le echó un largo vistazo antes de devolverla.

—¿Desde cuándo eres crítico de arte?

—Responde a la pregunta, Borya —lo apremié. No estaba de humor para ironías.

—Así parece —se encogió de hombros—. Pero cualquier foto de ella habría tenido el mismo efecto. ¿Por qué ésta? ¿Por qué necesitarían otra motivación?

Hice una pausa. Boris tenía razón. *Cualquier* foto de Elia habría sido suficiente. Y si el Bogatyr trabajaba de verdad con la Mafia Tarallo, no había necesidad de motivarlos.

Era demasiado conveniente. Eso era lo que Elia pensaba también. *Lo cual significa...*

—Borya, creo que puedes estar en lo cierto también aquí —dije.

Él enarcó una ceja.

—Oh, ¿sí?

—Creo que quienquiera que sea ese Bogatyr, está maquinando todo esto —dije, dándole vueltas a los pensamientos en mi cabeza—. Porque tienes razón; si realmente está trabajando con la Mafia Tarallo, entonces no había necesidad de incitarlos a venir aquí. Iban a venir de una forma u otra. Lo cual significa...

—Que los está incitando a venir antes de que estén listos —dijo Boris, llegando a la misma conclusión que yo.

—¡Exactamente! —exclamé—. ¿Pero por qué? ¿Por qué necesita que salgan de Nueva York?

—¿Crees que está intentando entrometerse en su territorio?

Negué con la cabeza.

—No, tiene que haber otra razón.

—Supongo, pero no sé si puedo verla —dijo Boris.

Suspiré. Por mucho que apreciara la aportación de Boris, tendía a interpretar las cosas como venían. Necesitaba a alguien con una mente estratégica en esto. Alguien que pudiera pensar en lo que esto podría significar.

Alguien que pensara inmediatamente que esto era *demasiado conveniente*.

Necesitaba a Elia.

Capítulo 27

Elia

El ascensor zumbó y me giré. Desde lo ocurrido, Aleksey mantenía siempre dos guardias en el pent-house. Uno en el balcón y otro junto al ascensor. Sin embargo, no me hacía sentir más segura. Sólo me recordaba que seguía atrapada.

Aleksey había vuelto a llamar a la doctora Robinson antes de marcharse, pues no quería dejar nada al azar. Ella me dijo que todo estaba bien y que no tenía nada de qué preocuparme. Los hombres de Aleksey habían limpiado el apartamento rápida e impecablemente antes de su visita, pero no había nada que pudiera ocultar los moratones de mis brazos.

Me había mirado interrogante, pero le dije que no era nada. Sólo me quedaba esperar que creyera mi mentira.

Cuando Aleksey salió del ascensor, dejé escapar un suspiro de alivio. Hizo un gesto a los guardias, que nos dieron el espacio que necesitábamos.

—¿Cómo estás? —preguntó—. ¿Qué ha dicho la doctora?

—Dijo que todo está bien —le respondí—. Puede que mañana tenga molestias, pero el bebé está bien por lo que ella ha visto.

Aleksey respiró aliviado.

—Me alegro. Te conseguiré una cita mañana con ella, para que te haga un examen completo. Y todo lo demás que tú quieras.

Asentí, pero permanecí en silencio.

Me miró expectante, como esperando que le preguntara cómo le había ido el día. Una parte de mí quería saberlo. Pero la otra parte de mí no quería. Porque sabía que, si preguntaba, me enteraría de lo que le había hecho al intruso. Sólo había un puñado de posibilidades, y cada una de ellas era tan desagradable como la otra.

Tras un momento de silencio, él dijo:

—Necesito tu ayuda, Elia.

—¿Sobre qué?

—El hombre que vino aquí... —empezó.

Se me encogió el corazón. Cualquiera que fuera la ayuda que necesitaba de mí, no podía ser buena. El hombre no debía de haberle dicho nada, y ahora iba a acosarme para que le contara cosas sobre hombres que ni siquiera conocía.

—Insistió en que la Mafia Tarallo no trabajaba con el Bogatyr —continuó Aleksey—. De hecho, insistió en que no tenía ni idea de quién yo estaba hablando.

Bueno, esto era diferente. Por mucho que no quisiera hablar de lo que había pasado, Aleksey estaba despertando mi interés.

—¿Y tú le crees? —pregunté tentativamente, curiosa por saber en qué podía necesitar mi ayuda.

—Esa es la cuestión —respondió—. Al principio, no. Pero luego Boris me hizo pensar —sacó la fotografía del bolsillo y me la entregó—. Si los hombres de tu padre ya estaban trabajando con el Bogatyr, iban a venir a por ti de un modo u otro. Y si ese es el caso, entonces no habría razón para enviar esta fotografía.

—No había razón para incitarles —añadí.

—Exactamente. Es como dijiste esta mañana —asintió Aleksey—. Todo parece *demasiado conveniente*.

—¿Tal vez quiere que los hombres de mi padre salgan? —pregunté—. ¿Así puede instalarse en lo que controlaba mi padre mientras ellos vienen a por mí a Chicago?

—Bueno, esa sería la explicación más simple —dijo él—. Pero todo lo que ha pasado hasta ahora sugiere que el Bogatyr está centrado en la Bratva Korolev. En mí. Quiero decir, ¿todas estas fotos y mensajes enigmáticos? Parece demasiado enrevesado e intrincado para ser una simple toma de poder.

—Demasiado obvio —dije.

—¡Sí! —se le iluminaron los ojos—. Pero no veo qué más hay sobre la mesa. ¿Qué me estoy perdiendo, Elia?

Me senté en el sofá, cogí el suave edredón y hurgué en su peluda tela.

—¿Qué más te ha dicho? —pregunté.

Aleksey se unió a mí en el sofá y me puso la mano en una rodilla.

—Dijo que no puedo deshacer lo que ya se ha puesto en marcha.

—Eso suena a que vendrán más —entrelacé mi mano con la suya—. ¿Dijo algo más?

—Sólo las bravuconerías de siempre —negó Aleksey con la cabeza—. Que ya no tienen nada que perder. Que no pararán hasta que vuelvas a estar en sus manos.

—Suena como que todos vienen hacia aquí —dije, impasiblemente.

—Así parece, ¿no?

Parpadeé mientras consideraba esas palabras. Aquí había algo. Algo que quizá yo no veía. Aleksey se quedó callado. Esperaba a que yo le diera la información que él necesitaba.

—Si todos vienen aquí, entonces debe ser una gran operación —empecé.

—Una operación increíble —asintió Aleksey.

—Nunca supe cuántos hombres trabajaban para mi padre —dije—. Pero si la represión en Nueva York ha resultado en algo, es en que la operación de mi padre se ha convertido de repente en una de las más grandes y, por lo tanto, en una que la oficina del fiscal podría estar vigilando.

De repente volví a estar sentada en una pequeña habitación con Luca, los dos turnándonos para elaborar estrategias y hacer agujeros en los planes del otro.

—Lana dijo que el asesinato de mi padre fue un gran desastre —dije, y por un momento luché por evitar que la emoción se colara en mi voz. Sentí la mano de Aleksey apretando la mía al oír las palabras y supe que había fracasado. Pero su calor me dio fuerzas para continuar.

—Lo cual significa que los hombres de mi padre tienen que estar vigilados. La policía de Nueva York debe pensar que van a hacer algo grande. Potencialmente algo estúpido.

—Bueno, ya han hecho algo estúpido —se burló Aleksey.

—Ese no es el punto —sacudí la cabeza. Estaba cerca de algo; podía sentirlo. *¿Qué fue lo que dijo Lana?*

Berkowitz cree que todo esto está relacionado con el vacío de poder que hemos creado en la ciudad. Eso fue antes de que recibiéramos una pista anónima de que podrían ser unos tipos de fuera metiéndose.

Lo que es más importante, toda la oficina del fiscal estaba en apuros. Eso fue lo que su mensaje me había dicho tras la muerte de mi padre. Lo que significaba más ojos en los hombres de mi padre.

—¿Elia?

Levanté mi mano, molesta porque Aleksey interrumpiera mis pensamientos.

Si el fiscal ya está siguiendo a los hombres de mi padre, eso significa...

Me di cuenta como un rayo. Apreté la mano de Aleksey.

—Lo tengo.

—¿De qué se trata? —preguntó, inclinándose hacia mí.

Nuestras miradas se cruzaron y respiré temblorosamente.

—El Bogatyr no está intentando meterse en el territorio de mi padre. Está obligando a los hombres de mi padre a moverse de tal forma que otros les sigan.

—¿Otros? —Aleksy parecía confuso—, pero ¿quién les seguiría?

—Alguien a quien no puedes tocar —dije—. Alguien a quien no tienes permitido tocar.

Poco a poco, él cayó en cuenta de lo mismo. La sangre se le escurrió de la cara cuando por fin comprendió la gravedad de nuestra situación.

El Bogatyr podría haber enviado a los hombres de mi padre tras de mí. Pero lo más importante es que envió a la ley tras ellos.

El triunfo de descubrirlo se convirtió en cenizas en mi boca y, de repente, la advertencia de Lana volvió a resonar en mi cabeza.

Si crees que por estar embarazada la ley te va a tratar de otra manera, estás muy equivocada.

No...

Te sacarán de la cama y te llevarán directamente a la celda.

No, no, ¡no!

Capítulo 28

Aleksey

Cuando el coche se detuvo junto a la entrada de la mansión, Elia y yo salimos y subimos los escalones. Era la primera vez que Elia veía esta casa. Ojalá hubiera sido en circunstancias más felices.

Después de todo lo que había pasado, Elia y yo habíamos decidido que era necesario que hiciéramos las paces con el Tío Misha. Para discutir lo que podría pasar a continuación. Intenté disuadirla de ello, sabiendo lo disgustada que ella seguía estando cada vez que se mencionaba el nombre de él. Pero Elia era de un material fuerte.

Había dejado a un lado su propia aprensión y se había preparado para lo que había que hacer.

Cogidos de la mano, entramos en la mansión, y el eco de nuestros pasos me recordó lo vacía que estaba ahora que mi madre ya no estaba allí. Encontramos al Tío Misha sentado solo en el porche. Tenía el pelo despeinado y los ojos inyectados en sangre. Las colillas de cigarrillo desechadas ensuciaban el immaculado suelo junto a su silla. Una botella vacía de vodka estaba sobre la mesa frente a él. Dos sillas vacías estaban al otro lado de la mesa, esperando nuestra presencia. Parecía que no se había levantado de ahí desde el funeral.

Realmente amaba a mi madre.

—Alyosha, Elia Ludovicovna —dijo roncamente a modo de saludo, mirándome mientras nos acercábamos—. Me alegro de que estéis aquí.

Los dos nos sentamos frente a él. Boris se colocó a unos metros de nosotros.

—Hay un asunto que tenemos que discutir contigo —dije—. Nuestro futuro depende de ello.

—¿Nos acompañará también Alya? —preguntó el Tío Misha.

—Hoy, pero más tarde —dije—. No la quiero demasiado cerca de esto.

—Bien, vale —asintió el Tío Misha mientras sacaba un cigarrillo, pero se detuvo al levantar la vista y ver a Elia—. Mis disculpas. Un viejo y sus costumbres.

—Tenemos que contarle todo, tío —empecé—. No sólo sobre lo que pasó desde el funeral de mamá. Sino todo lo que ha pasado hasta este momento. Todos tenemos en nuestras manos diferentes piezas, y tenemos que juntarlas antes de que sea demasiado tarde.

—Por supuesto, Alyosha —resopló el tío Misha—. Adelante.

Rápidamente le conté lo que le había pasado a Elia, cómo alguien de la Mafia Tarallo había venido a intentar llevársela. Le conté lo que Elia sospechaba, que el Bogatyr les había incitado a actuar antes de tiempo para provocar una reacción en Nueva York.

Cuando terminé, Elia contó su propia historia de lo que había ocurrido cuando visitó a su padre. Era una historia que yo ni siquiera había oído. Nos habló del broche con cara de demonio, de cómo su padre juró que no lo tenía y de cómo lo encontró en mi escritorio.

La misma noche que ella me había suplicado que huyera con ella.

La misma noche que yo había enviado a mi Tío contra su padre.

—Lo siento, Elia Ludovicovna —dijo entonces el Tío Misha cuando Elia y yo terminamos de hablar—. Por asesinar a tu padre. Lo siento. Fui un tonto que no vio la amenaza. La verdadera amenaza.

Elia no dijo nada, pero le hizo una leve inclinación de cabeza en señal de reconocimiento. Eso sería suficiente por ahora. El perdón tendría que venir después.

—Entonces, resumamos —el tío Misha se aclaró la garganta—. Borya, ¿serías tan amable de traer un bolígrafo y papel? Tal vez un poco de agua si tienes una mano libre.

—Por supuesto, Mikhail Yevgenievich —asintió Boris y desapareció dentro de la casa.

—Hace diez años —dijo el Tío Misha—, surgió este Bogatyr cuando asesinó a un par de nuestros hombres en la calle y descuartizó los cuerpos con mensajes de Ludovico en ellos. Fyodor quería enviar un mensaje en respuesta.

—Y fue cuando me envió a mí —dije.

—Y cuando tú fuiste, este Bogatyr dejó de hacer ese tipo de ataques —Tío Misha se frotó la cara—. Pero, no se detuvo por completo. Sólo cambió la dirección del ataque. A Fyodor le cabreó sobremanera pensar que no podía controlar lo que estaba ocurriendo delante de sus narices.

—¿Cómo? —preguntó Elia—. ¿Qué tipo de ataques hizo?

—Cosas personales, sobre todo. Fotos de Fyodor con chicas guapas a espaldas de Raissa Antonovna —suspiró el Tío Misha—. En restaurantes, en bares, en clubes, en el asiento trasero de su Porsche. Cosas obsesivas. Cosas que decían ‘te odio’ lo más alto posible.

—¿Quién podría odiarlo tanto? —dijo ella.

Mucha gente, pensé amargamente. Algunos muertos. Algunos simplemente rotos. Había que estrechar mucho más el cerco antes de poder señalar con el dedo.

—Mi hermano tenía enemigos por toda la ciudad —señaló el Tío Misha—. Todos los rusos tenían algo contra él. Todo ruso que no era un Korolev perdió a alguien a manos de Fyodor en algún momento de los últimos quince años —levantó la vista y aceptó el bolígrafo y el papel que le entregó Boris—. Gracias, Borya.

De repente, un fantasma susurró: *Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.*

—Así que imagínate mi sorpresa cuando un día recibí una propuesta de Ludovico para que dejáramos a un lado esta disputa que él empezó, en cuanto murió Fyodor —El tío Misha garabateó algo en el papel—. Acepté, por supuesto. ¿Quién no lo haría? Una oportunidad de poner fin a una guerra sobre bases favorables, de traer de vuelta al querido hijo de Raissa Antonovna, y una oportunidad para que todo el mundo siguiera adelante. No era que confiara en Ludovico. No te ofendas, Elia Ludovicovna, pero diez años enterrando cadáveres no desaparecen de la noche a la mañana.

Elia frunció los labios.

—Comprendo. Continúe.

—Y ahora, en el lapso de unas pocas semanas, los dos bandos vuelven a estar enfrentados. Con más violencia que nunca —Tío Misha trazó una línea en el papel—. Quienquiera que sea este Bogatyr, debe querer ver caer a ambas familias.

—No, no lo creo —negó Elia con la cabeza—. Yo creo que mi familia sólo es la marioneta útil.

—Ah, ¿sí? —el tío Misha enarcó una ceja—. Explícate, por favor.

—Todo lo que hizo el Bogatyr hizo *parecer* que era una amenaza de mi padre. Pero según lo que me contó mi hermano, mi padre no tenía ningún gran plan más allá de Nueva York —Elia dio un golpecito en la mesa—. Él sólo quería un trozo del pastel que suponía el mercado de armas de Nueva York.

—Sabemos que utilizaba traficantes de armas en Iowa e Indiana. Igual que nosotros —señaló el Tío Misha—. Solíamos entrar en guerras de ofertas. Pero nunca nada pasó a mayores. Hasta hace unos diez años.

Arrugué las cejas. *Hace diez años.* Fue entonces cuando empezó todo este lío. Se sentía *demasiado conveniente*. El fantasma siguió susurrándome al oído, y no pude evitar la sensación de que habíamos dado con algo sin verlo.

—Desde los Grandes Lagos —añadí—. Yo solía hacer los inventarios, Tío. ¿recuerdas?

—Sí, sí —asintió el tío Misha—. Las compraba en estados legales, borraba los números de serie, las enviaba por el lago hasta la ciudad de Búfalo y luego hasta Nueva York. Era impecable.

—Y lo que fue más importante, no le pisó los talones a nadie —dijo Elia.

—Fyodor siempre fue descarado y arrogante —señaló Tío Misha—. Se negaba a ver esto.

—Entonces, si mi padre no tenía intención de convertirse en una amenaza para la Bratva

Korolev... —punteó Elia.

—...entonces el Bogatyr tuvo que fabricar la amenaza —terminé.

—¡Exacto! —asintió Elia con entusiasmo—. Tuvo que conseguir que *fueras* a Nueva York, donde te aislarías. Luego mantendría la atención de Fyodor en Chicago como una espina clavada, sin renunciar nunca a la posibilidad de golpear a Fyodor cuando él estuviera más débil.

—Metido hasta las pelotas en la raja de alguna joven —se burló Tío Misha—. Mis disculpas. La fuerza de la costumbre.

Elia le ignoró y me miró.

—Luego las cosas empeoraron cuando mataste a mi hermano, el Bogatyr probablemente lo vio como una oportunidad para echar sal en la herida y provocar algo más grande. Mi padre se obsesionó con los Korolev después de la muerte de Luca.

—¿Qué estás diciendo? ¿Él quería que fuéramos a la guerra? —pregunté.

—Él quería que todos los bandos hicieran ruido —me corrigió Elia—. Cuanto más ruido hiciéramos todos, más probable sería que la ley empezara a cernirse encima. Pero todo el mundo estaría demasiado distraído con los demás como para darse cuenta de la sogá que se deslizaba alrededor de nuestros cuellos. No le importó involucrar a mi familia; toda su operación iba dirigida a ti. Contra la Bratva Korolev.

La expresión del Tío Misha cambió cuando miró a Elia. Era como si la viera por primera vez. La mente brillante que podía ver la estrategia a partir de unos pocos retazos de información. Sentí el orgullo surgir en mi pecho. *Esa es mi mujer*. Y qué formidable esposa era.

—Ya va —froté mi frente. Estábamos cerca de algo. Podía sentirlo—. Necesitamos tener una lista de todas las personas que nos conocían y conocían a Ludovico hace diez años. Porque esas serían las únicas personas que podrían tener la motivación para empezar algo.

—Alguien con esas conexiones y alguien con suficiente odio hacia Fyodor —añadió Elia—. No puedes olvidar esa última parte.

—Y alguien que esté ligado a la familia. Esa es una lista mucho más corta —suspiró el Tío Misha—. Voy a indagar. Me pregunto...

—¿Qué? ¿Qué piensas? —pregunté.

Tío Misha se rascó la barbilla, contemplativo.

—¿Y si la propuesta de matrimonio de Ludovico se hizo por sugerencia del Bogatyr? —dijo.

Todos nos quedamos en silencio. Esa era una posibilidad que ninguno de nosotros quería

considerar. Pero tenía sentido a partir de esta conversación. Sin embargo, si era cierto, también significaba que el Bogatyr era mucho más meticuloso de lo que ninguno de nosotros pensaba.

—Es una posibilidad —asintió Elia—. Padre se negó a dejarme ver el contrato de matrimonio. Sólo me dijo que iba a suceder. Luché con él por eso. Porque no tenía sentido que me casara con el asesino de mi hermano.

La forma en que dijo esa palabra fue como un cuchillo en mi corazón. Me lo merecía, por supuesto. Pero no disminuyó el dolor de oírla.

—Ojalá hubiera alguien que pudiera comprobarlo en nuestro nombre —dijo el tío Misha.

Los labios de Elia se curvaron ligeramente, pero rápidamente se desvanecieron.

—Creo que tengo a alguien en mente. Ella no está ahora precisamente contenta conmigo, pero si le digo que puede atrapar al Bogatyr, quizá se incline a escucharme.

—No —dije—, de ninguna manera. No vas a contactar con Lana Keller.

—¿Por qué no? —protestó Elia—. Necesitamos su ayuda.

—Elia, sé que es amiga tuya —dije—. Pero eso fue en una vida pasada. No le gustará que dirijas su atención a algo que nos ayudará. No lo hagas. No necesitamos los ojos de la ley más cerca de lo que ya están.

—Pero, Elia Ludovicovna tiene razón —dijo el Tío Misha—. Si el Bogatyr fue quien tramó esta boda, la prueba estará en la oficina de Ludovico. Sin embargo, Alyosha también tiene razón. Involucrar a la fiscalía de Nueva York es una mala idea. Por ahora, sólo podemos asumir que el Bogatyr es quien ha estado orquestando esto a nuestras espaldas. Voy a averiguar y conseguir una lista de personas para esta noche.

—Gracias a los dos —se levantó él—. Esto ha sido sumamente útil. Especialmente tus brillantes ideas, Elia Ludovicovna.

Se volvió hacia mí.

—Una vez que llegue Alya, ¿se quedarán todos a cenar? ¿Podrían darle compañía a un viejo solitario? Puedo preparar sopa de remolacha.

Me mordí el labio y contuve el torrente de emociones. La mano de Elia encontró la mía y le dio un apretón tranquilizador.

—Sí, Tío —asentí—. Nos gustaría.

La cena transcurrió en silencio. Tío Misha hizo todo lo que pudo para intentar mantener el ambiente ligero, pero todos acabamos sintiendo el increíble peso de los últimos días sobre nuestros hombros. Cuando por fin terminó, Alya se excusó de la mesa y se dirigió a su antigua habitación. Elia se fue a prepararse un baño.

Era casi como si hubiera un acuerdo tácito de dejarnos solos a mi Tío y a mí para que pudiéramos hablar con franqueza.

Salimos al porche y sentimos el frío del viento que soplaba a nuestro alrededor. Tío Misha encendió un cigarrillo y me ofreció uno a mí. Lo acepté, pero me lo quedé en la mano.

—En menudo lío nos hemos metido, Alyosha —chupó de su cigarrillo y miró hacia la oscuridad—. La Mafia Tarallo no está aquí sólo por tu mujer. Han venido a no darte cuartel. Todo, desde Gary hasta la costa, se convertirá en una zona de guerra. No podemos luchar en dos guerras a la vez.

Asentí con la cabeza. Boris me había dicho lo mismo, el Bogatyr parecía un enemigo cada vez más peligroso. Y sin saber quién era, seguir luchando contra lo que quedaba de la Mafia Tarallo era una tontería.

—Pero ¿qué podemos hacer con lo que queda de la Mafia Tarallo que está viniendo? —pregunté—. No podemos cederles Chicago. Nueva York, está bien, pero no Chicago.

—Es un cabrón muy listo, ¿verdad? —espetó—. Este Bogatyr.

Volvió a hacerse el silencio entre nosotros y respiré hondo. Tenía que contarle algo a mi tío. Algo que no podía permitir que Elia supiera.

—Hubo algo que no mencioné —dije finalmente.

—Oh ¿sí?

Parpadeé y miré hacia otro lado. Sería la primera vez que hablaba de esto con alguien de la Bratva desde el día en que ocurrió. Boris y yo siempre habíamos bailado alrededor del tema, hablando sin hablar directamente de ello. Pero ahora ya no podía permitirme el lujo de ocultarlo por más tiempo.

Me volví hacia el tío Misha.

—Creo que tengo una idea de con quién podría estar relacionado el Bogatyr.

El cigarrillo colgaba de sus labios, con su tenue resplandor cereza proyectando sus rasgos en sombras nítidas.

—Explícate —dijo él.

—Svetlana —dije, y le tendí la mano para que me diera el encendedor. Mi tío me lo pasó y encendí también mi cigarrillo. El humo acre me amargó los pulmones, pero la aguda sensación punzante en la garganta me distrajo lo suficiente como para continuar.

—¿Te acuerdas de ella, Tío?

—Sí —me apretó el hombro—. Y lamento lo que le pasó, Alyosha. De verdad.

Asentí con la cabeza.

—Creo que este Bogatyr puede estar relacionado con Svetlana. Puede que incluso sea su padre. Conoce todas las palabras. Todo lo que sólo Svetlana o su padre sabrían.

Le di una calada al cigarrillo y recordé la primera vez que su padre nos sorprendió en su dormitorio. Se había puesto furioso cuando nos vio, pero esa furia se desvaneció y se convirtió en orgullo cuando se dio cuenta de quién era yo.

—En una de las fotos —dije—, escribió lo último que ella me dijo.

—Recuérdame otra vez su nombre completo, Alyosha —dijo suavemente el tío Misha.

Cerré los ojos y el corazón me dio un vuelco al pronunciar un nombre que nunca pensé que volvería a pronunciar.

—Svetlana Artyomovna Yefimov.

—Artyom Yefimov —asintió Tío Misha con la cabeza—. Sólo hay un problema.

—¿Cuál? —le dije, mirándolo.

Tío Misha dio una larga calada a su cigarrillo antes de tirarlo.

—Artyom Yefimov murió hace diez años —dijo.

Miré a mi Tío con incredulidad. Artyom Yefimov era un traficante de armas a tiempo parcial que prefería comprarnos a nosotros que vendernos. No era nadie para gente como mi padre y mi tío.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunté.

—Porque tu padre lo mandó matar —contestó Tío Misha, me miró y añadió, con voz baja y uniforme—: Y fui yo quien apretó el gatillo.

Capítulo 29

Elia

Miré a Aleksey, preguntándome dónde habría estado la última hora. Yo estaba en mis propios pensamientos, mayormente sobre él. Parecía preocupado, mucho más de lo que le había dejado nuestra conversación previa a la cena. Si tuviera que adivinar, probablemente estaban hablando de mi sugerencia de que Lana nos ayudara a revisar los documentos de mi padre.

Para ser justos, no quería involucrar a Lana. Pero tal y como estaban las cosas, probablemente era la única que podía hacer algo. Pero, no quería admitir que Aleksey tenía razón. Lana se había convertido en una amenaza. Eso sin decirle a Aleksey que había amenazado con tomar a nuestro bebé, pensando que ya tenía suficientes preocupaciones como para que yo se las añadiera.

Y ahora, que él había vuelto de la conversación con su Tío, con el olor a humo pegado a la ropa, me preguntaba si debía decírselo. Era obvio que también habían hablado de otras cosas. Cosas que no tenía intención de contarme. Me miró mientras empezaba a quitarse la ropa.

—Te he reservado otra cita con la doctora Robinson. Para mañana.

Asentí en silencio. Pero no pude evitar sentir que algo me ocultaba. El deseo de saber, de que no me ocultara nada, era abrumador. Finalmente, me acerqué y cogí su mano. Pero las palabras no salían. En lugar de eso, besé suavemente su pecho y fui subiendo poco a poco hasta que su boca se unió a la mía. Al principio se resistió, supongo que temeroso de perder el control. Pero cuando puse mi mano en su mejilla, abrió aún más la boca para dejarme entrar.

Su lengua se introdujo en mi boca, y sentí mi cuerpo acercarse a él, mientras la necesidad recorría mi cuerpo. No sólo una necesidad de lujuria, sino una necesidad más profunda que provenía del fondo de lo que éramos. Yo necesitaba recordar, y él necesitaba olvidar.

Me separé y Aleksey me quitó la camisa por la cabeza, sus ojos se posaron en mis pechos desnudos. Acarició suavemente uno de ellos y frotó el pezón con el pulgar. Subió la otra mano y yo jadeé cuando tocó los dos pechos, como probando el peso en sus palmas.

Cuando su boca se aferró a mi pezón, mis pensamientos se dispersaron y enredé las manos en su pelo, con la espiral de calor disparándose directamente entre mis piernas. Al menos, esto era lo que los dos estábamos deseando. El sexo entre nosotros no parecía sexo en absoluto. Era una forma de arte.

Cambió al otro pecho y succionó con la misma fuerza mientras yo gemía descaradamente, disfrutando de la sensación. Poco a poco, los nudos de mi estómago se aflojaron y, cuando él se apartó, todo mi cuerpo estaba enrojecido por la necesidad. Aleksey apretó la frente contra la mía, como si aspirara mi aroma.

—Elia —suspiró en boca—. No quiero hacerte daño.

En respuesta, empecé a quitarme el resto de mi ropa.

—Aleksey —le dije cuando intentó detenerme—. No me harás daño. No ahora. Lo sé, y tú también lo sabes.

Su pecho retumbó cuando le quité la camisa, mis ojos se deleitaron en su pecho desnudo cubierto de cicatrices y tatuajes. Se me secó la garganta cuando llevó la mano a su cintura y se quitó los pantalones, dejándome con la boca abierta. Cuando intenté tocarle, apartó mi mano.

—Se trata de ti —me dijo en voz baja y sensual—. Tú estás primero.

—¿Es eso cierto? —pregunté en voz baja y le miré—. ¿Es la pura verdad?

—Sí, Elia, lo es. Tú eres todo para mí. ¡Todo! —dijo después de que sus manos se acercaran a mi cara y mirara directamente a mis ojos.

Me miró como un ahogado mira la orilla en el horizonte. La suavidad de su voz me convenció de su sinceridad. Le *creí*. Lo *sentí* en el alma. Cuando se acercó para besarme, cerré los ojos y me dejé llevar por su tacto. Su beso fue suave, tomó su tiempo para saborear cada centímetro de mis labios con los suyos, y me dejó jadeando contra su boca. El calor empezó a crecer en mi cuerpo.

Me había hecho arder con solo un beso. Yo no era más que masilla en sus manos.

Su cuerpo firme se apretaba contra el mío, su polla me empujaba el vientre y la humedad se acumulaba entre mis muslos. Yo ya sabía cómo él se sentía dentro de mí, pero aquella familiaridad seguía pareciéndome nueva y fresca cada vez que me llevaba alto en nuestro placer.

Hambrienta, apreté mis labios contra los suyos. El fuego que había avivado en mí crecía hasta consumir toda la ternura de mi beso y sustituirla por un nuevo salvajismo. Él respondió con creces, bajando cada vez más la mano hasta posarla sobre mi hinchado clítoris. Jadeé cuando sus dedos tantearon mi entrada. Grité cuando su pulgar presionó mi clítoris. Luché por reprimir un largo gemido de placer cuando me empujó a un rápido orgasmo que me dejó sin aliento.

—Joder —murmuró, dejándome cabalgar sobre su mano mientras la oleada me invadía—. Ese es mi sonido favorito.

Me agarré a sus hombros y me dejé caer contra él. Mi cuerpo parecía gelatina, pero no me quejaba. Me encantaba que me hiciera sentir así.

Suavemente, buscó mis rodillas y yo abrí las piernas con impaciencia. Se acomodó en el lugar que ya le era natural.

—Rodéame con tus piernas —me pidió.

Hice lo que me pedía y su polla me penetró en un solo movimiento, llenándome hasta el fondo. Esta vez jadeé por un motivo distinto, y mis uñas se clavaron en sus hombros.

—Fóllame duro, Aleksey —supliqué, con el cuerpo estremeciéndose a su alrededor—. Por favor.

Ante mi súplica, hizo lo que le pedí. Me folló con fuerza, sin piedad. Le mordí el hombro para no gritar de placer. Aun así, no se detuvo, con la mandíbula apretada mientras me lo daba todo.

Era lo que yo quería. Era lo que necesitábamos.

Cuando levanté mi cabeza, aprisionó mis labios contra los suyos, encerrándome con otro intenso beso mientras seguía empujando.

Por fin, después de lo que parecieron mil interminables besos, Aleksey se puso tenso y se introdujo profundamente en mí, con mi nombre en los labios. Le rodeé el cuello con los brazos y aspiré su aroma, queriendo mantener la cercanía entre nosotros. Él me había dado lo que quería, y yo me sentí muy bien.

Finalmente, Aleksey levantó la cabeza de mi hombro, y parte de la dureza de su expresión desapareció.

—Nunca tendré suficiente de ti —dijo.

Le dediqué una pequeña sonrisa, con el corazón ligero, aunque fuera por un momento.

—Bien por eso.

Mi marido arrastró sus labios sobre los míos antes de salir de mí.

Más tarde, cuando el sol pintó el cielo con los rosados colores del amanecer, y después de haber repetido lo que acabábamos de hacer otra vez, Aleksey me cubrió con su firme cuerpo. Su fuerte brazo me ancló contra él.

—¿Estás cómoda? —murmuró cerca de mi oído, con la mano acariciándome el vientre justo donde estaba nuestro hijo.

—Sí —respondí con sinceridad, deleitándome con su calor. Podría quedarme así para siempre, feliz.

Porque aquí, por un segundo, podía olvidar todas las cosas terribles que ocurrían fuera de estas paredes.

Todas las cosas terribles que le pasaron a él.

A mí. A todos nosotros.

Capítulo 30
Elia
Días después

A partir de esa noche, nos quedamos permanentemente en la mansión Korolev. Ni Aleksey ni su Tío se sentían cómodos con la idea de que nadie abandonara el lugar. Boris se llevó a varios hombres al pent-house, donde recuperaron nuestros teléfonos y algunas mudas de ropa. La mudanza fue sorprendentemente fácil. Durante toda la semana, circuló un flujo constante de guardias y armas. Desde entonces, todo el lugar parecía un castillo preparándose para un asedio.

Pero, yo me sentía intranquila.

Tras nuestra conversación de la primera noche, me resultó más fácil no ver a su Tío como un enemigo. Pero al mismo tiempo, estar bajo el mismo techo que Mikhail Korolev era un feo recordatorio de lo manchadas que estaban las manos de ellos con la sangre de mi familia.

Y no me ayudaba escuchar las conversaciones, en inglés, al menos, de sus hombres. No sentían ningún aprecio por los hombres de mi padre, y la forma en que hablaban de ellos me erizaba el vello de la nuca. A veces les sorprendía mirándome, como con veneno en sus ojos.

Me recordaban con rudeza que yo era una extraña para ellos. Peor aún, yo *era* una Tarallo. Y si no fuera por el anillo de Aleksey en mi dedo, ninguno de los hombres de la mansión movería un dedo para protegerme. Algunos, pensaba yo a menudo, no dudarían en hacerme daño.

Durante la última semana, los hombres de mi padre también habían empezado a hacerse notar por todo Chicago. Fue exactamente como dijo su Tío. Las afueras de Chicago se habían convertido en una zona de guerra.

Cada día, oía susurros de los hombres de Aleksey sobre la caída de más cuerpos. Yo seguía obsesivamente las ubicaciones en mi teléfono, y era evidente que los hombres de mi padre estaban haciendo progresos. Dolorosamente lentos y sangrientos, pero progresos, al fin y al cabo.

Pero había algo más en mi mente, algo de lo que empecé a darme cuenta ayer cuando salí de la ducha y me vi en el espejo. *Ya se me notaba.*

Hacía tiempo que había notado el pequeño bulto, que crecía ligeramente con el paso de los días. Pero ayer fue la primera vez que vi realmente el alcance de mi embarazo. Y con ello la plena aceptación de que realmente había otro ser humano dentro de mí.

Cogí un par de bocadillos, pasé junto a los hombres que seguían murmurando en la sala y llamé a la puerta de Alya. Al no oír respuesta, volví a intentarlo. Alya había cambiado. Donde antes había sido una chica burbujeante y emocionada, ahora era callada y retraída. Lo había notado la primera vez que la tuve en mis brazos en el funeral. Sus ojos habían adquirido un aspecto oscuro y hundido, como si no hubiera dormido.

No cambió cuando vino a la mansión la noche que nos mudamos. Desde entonces, sólo había

dicho unas pocas palabras. Dudaba que Aleksey o Mikhail se dieran cuenta. ¿Y por qué iban a darse cuenta? Estaban demasiado ocupados luchando en su guerra. Pero yo sí lo noté.

Intenté acercarme a ella, pero nunca quería hablar. Aceptaba la comida y volvía a cerrar la puerta. El silencio que seguía era lo que más me conmovía. Sabía lo que estaba haciendo. Fue lo mismo que hice yo cuando me enteré de la muerte de Luca.

—¿Alya? —llamé de nuevo a su puerta—. Tengo algo de comida para ti.

No hubo respuesta. Me debatí entre dejar el plato junto a la puerta o volver más tarde. Pero necesitaba verla aceptar su almuerzo.

—Alya —lo intenté de nuevo, con la voz un poco más alta esta vez—. Abre la puerta, por favor.

Nada.

—Alya, por favor. Tienes que comer —insistí.

—Vete —solo dijo. *Por fin hubo respuesta.*

Suspirando, giré el pomo de la puerta, sorprendida de que estuviera abierta, y la empujé. Alya estaba acurrucada en la cama, con la barbilla apoyada en las rodillas. Tenía el pelo alborotado y despeinado y la mirada perdida. La habitación estaba hecha un desastre. Las almohadas y los edredones estaban desordenados. Percibí un tufillo a hierba en el aire y mis ojos se desviaron rápidamente hacia los restos calcinados de varios porros a medio fumar que había sobre la mesilla de noche. Me miró con los ojos inyectados en sangre.

—He dicho que te vayas —espetó.

—Alya —dije acercándome a su cama—. No puedes encerrarte en tu habitación.

La mirada de reproche que me dirigió me impidió acercarme más.

—¿Quién lo dice? ¿Tú? —preguntó con amargura—. Tú no eres mi madre. No finjas que lo eres.

—Alya, sólo quiero ayudar.

—Pues no estás ayudando. Así que déjame en paz.

Sin inmutarme, continué.

—Tu hermano está preocupado por ti.

—Él siempre luce preocupado —ella apartó la mirada—. Pero no lo hace. Nunca le importó.

—Eso no es verdad.

—Oh, ¿y ahora eres una experta en mi hermano? —se puso en pie y se acercó a mí—. ¿Tú? ¡Sólo le conoces desde hace unas semanas!

Mi instinto fue apartarme de ella, pero no me moví del sitio.

—Y lleva diez años lejos de ti —señalé.

—¡Vete a la mierda! —Alya tiró los bocadillos de mi mano al suelo—. ¡Jódete! ¿Cómo te atreves a venir aquí a querer darme lecciones? ¡Si no fuera por ti, aún tendría madre! Todo esto es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad?

No sabía cómo responder a eso. Sabía que ella estaba dolida y resistí el impulso de gritarle. Pero me hirió con cada palabra. Porque una parte de mí pensaba que ella tenía razón.

—Alya, desearía que las cosas fueran diferentes. De verdad que sí.

—¡No, carajo, claro que no!

Se dio la vuelta y estiré la mano para agarrarla.

—Alya, por favor.

—¡Suéltame! —forcejeó ella, pero me negué a soltarla—. ¡Suéltame, puta de mierda! —su voz empezó a quebrarse mientras seguía gritando—. ¡Es culpa tuya! ¡Todo es culpa tuya!

Cerré los ojos y dejé que sus palabras me asaltaran. Pero, me negué a soltarla. *Está de luto*, me recordé. *Está de luto y tiene miedo*.

Poco a poco, ella cedió y dejó de luchar. Cuando se giró, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Le abrí los brazos y se estrechó contra mí, apretándome la espalda con sus brazos.

Entonces empezaron los sollozos, suaves al principio, pero más fuertes con cada respiración.

Me quedé allí de pie, sin saber qué más podía hacer aparte de ser una presencia constante para ella. Permanecí cerca de ella y le acaricié el pelo mientras gemía en mi hombro. Era lo que Lana había hecho conmigo cuando Luca murió. Nunca pensé que yo lo haría por otra persona.

—La echo de menos, Elia. Ni siquiera pude despedirme de ella —jadeo Alya—. Se suponía que iría a verla más tarde. Íbamos a ir de compras.

—Lo siento, Alya —dije inútilmente.

—Sigo teniendo los mismos sueños todas las noches —susurró ella en mi hombro mojado por sus lágrimas—. Madre de pie frente a mí en un momento, y al siguiente simplemente se ha ido. Y lo único que queda es una mancha de sangre y carne que solía ser ella. Y de repente soy yo. O

Alyosha —se apartó y me miró a los ojos—. O tú.

—Tu hermano nos mantendrá a salvo —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. ¿Cómo *puedes* saberlo? Alguien *entró en tu casa*; ¡por eso estamos aquí! Padre está muerto. Madre está muerta. Y pronto todos estaremos muertos también. Él no pudo salvarlos. ¡Como tampoco pudo salvar a Svetlana!

¿Svetlana? La curiosidad volvió a apoderarse de mí.

—¿Quién? —pregunté.

Alya me miró incrédula.

—¿Nunca te lo ha dicho?

—¿Decirme qué? —dije. La inquietud atenazaba mi garganta. ¿*Aleksey me ocultaba algo?*
¿*Había otra mujer en su vida?*

Alya se burló y volvió a sentarse en la cama. Agarró uno de los porros a medio fumar y lo encendió sin siquiera mirarme un segundo. Hice una mueca y me tapé la cara con la manga, pero guardé silencio. Necesitaba saber de qué estaba hablando ella.

Dio una calada profunda.

—Estás casada con mi querido hermano, vas a tener un hijo suyo, y ni siquiera sabes la única cosa que lo dejó tan jodido —sacudió la cabeza—. ¡Increíble!

—Por favor, dime —le dije—. Necesito saber.

Me miró mientras le daba otra calada al porro. Cuando su mirada se posó en mi bulto, puso los ojos en blanco y apagó el porro.

—Svetlana era tú antes de tú ser tú —dijo—. Mi hermano amaba a esa chica. Era lo único de lo que hablaba. ¿Y sabes qué? Creo que nunca dejó de amarla. Incluso después de casarse contigo.

Se me heló el corazón. Lógicamente, tenía sentido que Aleksey hubiera amado a alguien antes que a mí. Pero, ¿la amaba aún? ¿Quién era ella? ¿Dónde estaba? Los celos y la ira se alternaban en mi interior. ¿*Por qué Aleksey nunca me habló de ella?*

—Eres terrible ocultando tus emociones, por cierto —negó Alya con la cabeza—. Puedo verlo en tu cara. Si te preocupa que mi hermano ande correteando a tus espaldas, pues no lo hagas. Ya no tienes que preocuparte por Svetlana.

Fruncí los labios.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Svetlana está muerta —dijo ella—. Murió hace diez años y le rompió el puto corazón a Alyosha. Intentó huir con ella y papá los atrapó. Nunca me contó lo que pasó, pero conociendo bien a nuestro querido padre... —volvió a coger el porro y lo encendió—. Ve a preguntarle a mi hermano. Él puede contarte lo que nunca me contó a mí.

—Lo haré, gracias.

—Como sea —Alya cerró los ojos y susurró mientras volvía a la cama, llorando—. Ahora, por favor, vete a la mierda.

Capítulo 31

Elia

—Seis hombres han sido tiroteados hoy en el sur de Chicago, en lo que el Departamento de Policía de Chicago califica como el peor brote de violencia entre bandas desde la infame masacre de San Valentín. A medida que la violencia sigue aumentando, los ciudadanos consideran que la policía de Chicago es cada vez más ... —zumbó el televisor en la gran sala. La puerta se cerró y el sonido volvió a convertirse en un murmullo indistinguible.

Aleksey se apartó de la puerta y suspiró. Parecía agotado. Se había pasado la mayor parte del día al teléfono con una persona u otra, intentando desesperadamente controlar una situación que cada vez se le iba más de las manos.

Y aquí estaba yo, a punto de agobiarlo aún más. Pero tenía que saber.

—Aleksey —le dije.

Me miró y asintió mientras se desabrochaba la corbata.

—¿Quién era Svetlana?

Sus manos se detuvieron y, por un momento, temí que se marchara. Me miró y pude ver cómo le daban vueltas las ideas en la cabeza. Sabía que quería decírmelo. Pero también tenía miedo de hacerlo.

Cuando habló, lo hizo en voz baja, apenas un susurro.

—¿Quién te dijo ese nombre? —me preguntó mientras se acercaba lentamente a mí. En ese momento, recordé cómo Alya se había acercado a mí. Rápidamente llenó mi visión, y de repente dudé mucho en responder.

—Elia —repitió con voz uniforme—. ¿Quién te ha dicho ese nombre?

Respiré hondo, estremecida.

—Fue Alya. Pero, por favor, no te enfades con ella. Aún está de duelo y se le escapó —como no dijo nada, continué—. Alya dijo que Svetlana era yo antes de yo ser yo, sea lo que sea eso.

Aleksey asintió.

—Alya tiene facilidad de palabra.

—Aleksey, por favor —cogí su mano y sentí alivio cuando no se apartó de mí—. Quiero saber. ¿Y si esta Svetlana es la clave de todo?

—¿Con quién más has hablado de esto? —preguntó.

—Con nadie —respondí—. Lo prometo.

Me cogió la mano suavemente y guardó silencio. Vi cómo su expresión se iba desvaneciendo poco a poco hasta que el dolor y la pena se dibujaron claramente en su rostro. Esperé. Finalmente, volvió a apretar mi mano y me miró a los ojos.

—Hace diez años, intenté huir de esto con ella.

Asentí con la cabeza. Aunque conocía esa parte de la historia por Alya, necesitaba oírsele decir. Necesitaba el contexto que había quedado sin llenar.

—Papá nos pilló —apartó la mirada, parpadeando—. Y me hizo mirar.

Se me hizo un nudo en la garganta. Quería decir algo, pero Aleksey siguió hablando. Me contó el horror de lo que había hecho su padre, cómo los dos suplicaron y suplicaron por una clemencia que nunca llegó, y la horrenda forma en que su padre completó la humillación y el sufrimiento.

Cuando terminó, se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos.

—Ella me dijo lo mismo que tú, casi palabra por palabra —susurró—. *Volemos juntos, Aleks, solos tú y yo* —rememoró—. Y durante diez años, esas palabras me persiguieron. Resonando en el fondo de mi cabeza como un disco rayado. La busqué, pero mi padre me dijo que había muerto.

Sentí que el mundo me daba vueltas, pero me aferré a él de la misma manera que él se aferró a mí. Mi corazón se rompía con cada palabra que él decía. Vine a preguntar por mi propio miedo y celos, y ahora no sentía más que vergüenza.

Vergüenza de haber sentido celos de una chica muerta que soportó la peor pesadilla imaginable antes de su muerte.

—Pero eso no fue todo —señaló él.

Me volví hacia él, con la mente gritándome que no debía preguntar más. Pero mi boca me traicionó.

—¿Qué más hay?

—Mi padre mandó asesinar al suyo —respondió—. Ordenó al tío Misha que lo hiciera. Sabía que habría consecuencias y actuó para evitarlas. No me enteré de eso hasta la semana pasada.

Yo ya no sabía qué decir. Parecía que cada dos días me enteraba de algo peor sobre Fyodor Korolev. La profundidad de la crueldad de un hombre parecía no tener fin. Parecía que dondequiera que fuera su nombre, le seguían el dolor y el sufrimiento. ¿Cuánto más quedaba por decir? ¿Cuánto más dolor descubriríamos a medida que los pecados de Fyodor volvieran a casa?

Lo rodeé con los brazos y tiré de él hacia mí.

—Aleksey, lo siento mucho.

—No pude salvarla de mi padre —dijo en mi pelo—. Y me aterra no poder salvarte del Bogatyr.

En ese momento de duda, sonaba casi como Alya. Sonaba tan cerca de rendirse. Y eso era lo que más me asustaba. El Aleksey Korolev que yo conocía no aceptaba la posibilidad de la derrota, mucho menos permitía que se filtrara en su voz.

—No, Aleksey —apreté suavemente su brazo—. Esta vez es diferente. Esta vez no fallarás.

—¿Cómo lo sabes? —sus ojos estaban fijos en los míos—. No pude proteger a mi madre del Bogatyr. ¿Cómo puedo saber que puedo protegerte a ti?

—Porque eres Aleksey Korolev —dije—. Mi marido y el padre de mi hijo. No hay una maldita cosa en este mundo que se interponga entre tú y lo que quieres. Lo sé, y tú también lo sabes.

—Elia... —empezó de nuevo, pero le puse un dedo en los labios para silenciarlo.

—Lo sé, Aleksey —negué con la cabeza—. Lo sé porque he visto ese fuego en ti desde el día en que pusiste tu anillo en mi dedo. No te definen los fracasos de tu pasado, sino cómo puedes levantarte y seguir adelante.

Asintió con la cabeza y vi cómo se le aflojaban los hombros. Una nueva oleada de poder me recorrió. Él me necesitaba tanto como yo a él. Su dedo se enganchó bajo mi barbilla y sus labios se cerraron contra los míos.

Nos abrazamos sin decir palabra.

Y cuando por fin nos separamos horas después, sudorosos y agotados, me permití temblar por todo lo que se había revelado.

Capítulo 32

Aleksey

—Hemos recibido buena información de que este almacén es un puesto de mando —dijo Boris, señalando un pequeño punto en el mapa desplegado sobre la enorme mesa—. Tienen muchas defensas por allí, y no es un lugar donde la policía haga patrullas.

Eran poco más de las diez de la mañana y llevábamos casi tres horas hablando de nuestro próximo ataque contra la Mafia Tarallo en los suburbios de Chicago. La conversación de anoche con Elia me había dejado agotado, pero lleno de energía al mismo tiempo.

De alguna manera, me sentí bien que ella conociera la última pieza del secreto que era mi pasado. Pensé que me miraría con repulsión o miedo. Pero en lugar de eso, se puso a mi lado y me recordó mi propia fuerza.

Era todo lo que necesitaba hoy.

—¿Cuántos hombres podemos conseguir para golpearlos? —pregunté.

—¿Con tan poca antelación? Unos pocos. Quizá cinco o siete —señaló Boris y se encogió de hombros—. Diez, si estamos dispuestos a esperar otro día y consigo a algunos en zonas más tranquilas de la ciudad.

—No podemos permitirnos ese lujo —sacudí la cabeza—. Esta es nuestra oportunidad para sofocar toda su operación dura y rápida. La policía de Chicago está empezando a ser un problema. La policía está aumentando las patrullas por todo Chicago. Cuanto más permitamos que la violencia se des controle, más se nos irán las cosas a la mierda.

Boris levantó la vista y bebió de su enorme taza de café.

—¿Supongo que no hay forma de dialogar con ellos?

—No en este momento —respondí—. No parecen interesados en conversar. El Bogatyr los agitó muy bien. Se han comprometido a luchar. La única manera es golpearles fuerte y seguir golpeando hasta doblegarlos para que vengan a la mesa.

¿Era ese un buen plan? No. Pero tenía una simplicidad brutal que lo hacía atractivo. Era un lenguaje que ambos bandos hablaban con destreza: violencia abrumadora y luego negociaciones. Con un poco de suerte, el bando contra el que negociabas tenía más sentido común que orgullo.

Pero con lo que quedaba de la Mafia Tarallo, ni siquiera eso estaba totalmente asegurado.

—Es una apuesta arriesgada, Aleksey Fyodorovich —dijo Boris, como leyendo mi mente—. No me gusta.

—Te guste o no —me crucé de brazos—. Es nuestra única opción.

Boris guardó silencio durante un rato mientras meditaba sus próximas palabras. Yo sabía lo que iba a discutir, pero yo ya había tomado mi decisión. Aun así, le permití seguir.

—Pero ¿necesitas estar tú ahí afuera? —preguntó finalmente.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Crees también que no debería?

—No quiero faltarte al respeto, Aleksey Fyodorovich —respondió—. Pero eres demasiado valioso. Eres la última persona que podemos permitirnos perder.

—Y yo soy la única persona de la que todos quieren un pedazo —señalé—. Sin ánimo de ofender.

—La Mafia Tarallo odia a los soldados rasos tanto como a un Pakhan —dijo Boris y se encogió de hombros—. Pero tienes razón; se volverán locos por ti. Demonios, todos ellos podrían salir de dondequiera que estén si eso significa que tienen una oportunidad contigo.

—Exacto —dije—. Si voy, enviamos un mensaje. Les recordamos que están en nuestro territorio, y que en cuanto se vayan de vuelta a Nueva York, no les seguiremos.

Pero Boris no parecía convencido.

—Seguramente tiene que haber otra manera de convencerlos.

—¡No la hay! —golpeé la mesa con el puño—. Nos hemos quedado sin opciones, y la única manera es obligarlos a negociar, antes de que estemos demasiado débiles para resistirnos.

No me gustaba. Le había prometido a Elia que el Bogatyr sería el último. Pero la situación había cambiado, y no había nada que pudiera impedirme mancharme más las manos de sangre.

—¿Y si mueres?

No tenía buenas respuestas para la pregunta de Boris. Porque era algo en lo que no quería pensar. No quería pensar en lo que significaría dejar a Elia y a mi hijo nonato solos en este mundo. Pero si yo moría, tal vez, sólo tal vez, el resto de la Mafia Tarallo decidirían que la deuda de sangre ya estaba pagada. Y tal vez dejarían a Elia vivir sus días aquí.

Era una perspectiva de mierda, de una forma u otra.

—No pasará —dije finalmente.

—Esa no es una buena respuesta —Boris frunció los labios—. Es demasiado arriesgado.

—Estoy de acuerdo, Borya —suspiré—. Pero esta es la mano que nos ha tocado. Esta es nuestra mejor oportunidad para encontrar un camino y forzar una especie de compromiso. Yo digo que la

tomemos. Que todo el mundo esté preparado. Los atacaremos en cuanto oscurezca.

—Bien —asintió Boris—. Pero igual, creo que es una mala idea.

—Bueno, en cualquier caso —sacudí la cabeza—. *Eto moi prikaz.*

Boris soltó una risita despreocupada.

—Sabes, algún día esas palabras van a ser mi muerte.

—Pero no será hoy.

—Ya veremos, Aleksey Fyodorovich —inclinó la cabeza—. Ya veremos.

Capítulo 33

Elia

Me desperté al despuntar el sol de la mañana. O, al menos, eso creía hasta que miré el reloj y vi que eran poco más de las diez de la mañana. Me di cuenta del vacío que había a mi lado. Aleksey ya debía de haber empezado el día. Mientras me quitaba el sueño de los ojos, recordé lo que me había dicho.

Era la única vez desde que me habló de su madre que lo había visto tan destrozado.

Me recordó lo que mi propio padre le hizo al chico que una vez creí amar cuando aún era una niña. Pero a diferencia de Aleksey, yo no había estado allí para verlo. No había estado allí para oírlo. Sólo me enteré de las secuelas y dejé que mi cerebro completara los detalles.

A decir verdad, no sabía qué era peor.

Ya despierta, mi estómago rugió de hambre y me froté la parte superior de la barriga.

—Vale, de acuerdo. Iré a comer algo.

Mientras pasaba por delante del salón, donde se oía la voz de Aleksey, le escuché decir:

— Si voy, enviamos un mensaje. Les recordamos que están en nuestro territorio.

El corazón se me subió a la garganta. ¿Estaba oyendo bien? ¿Aleksey planeaba ir él mismo?

¿Estaba loco?

Quería entrar corriendo en el salón, exigirle que me dijera en qué demonios estaba pensando al hacer algo tan peligroso. Pero sabía lo que pasaría si lo hacía. Me diría que no era mi carga, sino la suya, y haría que uno de sus hombres me acompañara a mi habitación.

Así que me quedé en mi sitio y escuché cómo mi marido explicaba lo que yo consideraba posiblemente la cosa más insanamente peligrosa que jamás había oído. Con el corazón aun latiéndome en la garganta, me dirigí a la cocina y me preparé un sándwich. Pero no podía dejar de oír aquellas palabras.

Va a ir él mismo. ¡Hará que lo maten! Me va a dejar sola.

Sacudí la cabeza, intentando desesperadamente olvidar lo que había oído. Pero no pude. Cuando mi teléfono sonó en el bolsillo, casi me sobresalto. Lo saqué con torpeza y sentí otra descarga de adrenalina al ver quién me llamaba.

Lana.

De todas las razones por las que podía llamarme, ninguna era buena. De ninguna manera

permitiría que Aleksey se enterara de su llamada. Me dirigí rápidamente a mi dormitorio y cerré la puerta antes de contestar.

—¿Hola?

—Elia —la voz de Lana sonaba severa—, necesito que seas rápida y sincera conmigo ahora mismo. ¿Estás en peligro?

—Esa es una pregunta difícil de responder.

—Entonces eso es un sí. Lo sabía. Lo sabía, joder —contestó ella—. Mira, siento haber estallado contra ti la última vez que te llamé. Todavía estoy de tu lado, y... —hizo una pausa—. Bueno, no hay una buena manera de decir esto. Pero voy a por ti. Antes de que sea demasiado tarde.

Esas palabras me golpearon como un rayo. *Qué ¿viene a por mí?*

—¿Qué dices?! No puedes —solté—. Lana, estoy bien. Te lo prometo.

—Por una mierda, Elia —espetó Lana—. Sé lo que te está haciendo. He recibido tu mensaje. No voy a dejar que siga haciéndote daño.

—¿Mensaje? —pregunté— ¿Qué mensaje?

—Elia, está bien —dijo ella—. Sé que ahora no puedes hablar. Sé que probablemente te esté escuchando. Si es así, dime que quieres una pizza extra grande con pepperoni extra. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Lana, no estoy en peligro. No sé de qué otra forma puedo demostrártelo.

—Elia, no me alejes —suplicó ella—. Por favor, no lo hagas. Intento ayudarte, pero tienes que dejarme hacerlo.

—Y ¡sigues diciendo eso! —siseé—. ¡Pero me cuesta creer que lo haces cuando me amenazaste con quitarme a mi bebé!

—¡Eso no fue una amenaza, Elia! —replicó—. Era la afirmación de un hecho. Una afirmación que haré una y otra vez hasta que te des cuenta de que no quieres estar atada a él cuando él por fin caiga.

Me apreté el puente de la nariz, insegura de qué decir, si es que había algo que decir, para convencerla de que yo seguía estando a salvo con Aleksey. Aunque esa seguridad sólo se extendiera a los límites de estos muros.

—No sé qué quieres que...

De repente, la puerta se abrió y Aleksey entró. Me vio al teléfono y entrecerró los ojos. *Mierda.*

Debió verlo en mi cara. Alya tenía razón. Se me daba fatal ocultar mis emociones.

—¿Quién es? —preguntó él con calma.

Tapé el altavoz y respondí:

—No es nadie.

Al otro lado de la línea, la voz de Lana se volvió más aterrada.

—¿Elia? ¡Elia! Háblame. Elia!

Pero Aleksey no me creyó. Se acercó más, intentando ver el nombre en la pantalla bajo mi mano.

—No, si lo es —dijo—. Sé cuándo mientes.

—¡Aleksey! Lo juro —dije—. No es nadie. Sólo... estoy pidiendo pizza. Siguen equivocándose con el pedido.

Extendió la mano.

—Dame el teléfono, Elia.

—No.

Se acercó, sus ojos me escudriñaban en busca de mentiras.

—Estás hablando con Lana Keller ahora mismo —dijo—. ¿No es así? Elia.

—Aleksey, por favor... eh... sólo estoy pidiendo pizza —volví a intentarlo. Lana estaba en silencio en el otro extremo, pero yo sabía que la llamada seguía en curso.

—¡Sabes que es peligrosa, Elia! —dijo Aleksey—. Ahora mismo no es tu amiga, ¡aunque lo parezca!

La voz de Lana volvió a sonar de repente a través del teléfono. Había estado escuchando todo este tiempo.

—No le hagas caso, Elia —dijo ella—. Lo estás haciendo muy bien, nena. Te conseguiré, te lo prometo.

Entre la mano extendida de Aleksey y las tranquilas palabras de Lana, sentí que me desgarraban dos fuerzas irresistibles.

—Elia —dijo Aleksey despacio, con voz sedosa y grave—. Cuelga el teléfono ahora mismo.

—Por favor, Aleksey —supliqué.

—Elia —insistió.

—Quédate conmigo, Elia —dijo Lana al otro lado—. Te sacaré de allí. Te lo prometo.

—¡Elia, probablemente esté rastreando la llamada ahora mismo! —la voz de Aleksey se hizo más urgente—. ¡Tienes que colgar el teléfono! ¡AHORA MISMO!

De repente, Aleksey acortó distancias y me arrebató el teléfono de la mano. Observé impotente cómo lo aplastaba con el tacón.

—Elia, eso ha sido peligroso —me espetó, algo más tranquilo—. Eso ha sido una estupidez. Sabes que ella es una amenaza.

—¡Estaba preocupada por mí! —le grité—. Dijo que había recibido un mensaje mío. ¡Yo sólo estaba tratando de obtener más información!

—¿Un mensaje? —ladeó él la cabeza—. ¿Qué tipo de mensaje?

—No lo sé. Pero sea lo que sea, lo hizo sonar como si tú me estuvieras haciendo daño. Y ella no me creyó cuando le dije que yo estaba bien.

—No... —Aleksey se pasó la mano por el pelo—. No, no, ¡no!

—¿Qué?

—¿No recibió ella también una foto del Bogatyr? ¿No fue por eso que te llamó la última vez?

Asentí con la cabeza. Recordé la foto que dijo haber recibido: de Aleksey y yo en el Mercado Fulton, y el mensaje amenazador en ruso en el reverso.

Aleksey maldijo por lo bajo.

—¡Ese cabrón! —gritó—. Seguro que le envió otra foto. Probablemente la misma que recibieron los hombres de tu padre. Y ahora se le ha metido en la cabeza que yo... yo estoy...

—...me estás haciendo daño —terminé por él, sin querer usar la palabra que ambos sabíamos que las fotos implicaban.

—¡Joder! —exclamó—. Entonces no hay manera de que Lana no se involucre. ¿Qué te ha dicho ella? Dime.

¡Iba a averiguarlo hasta que me arrebataste el teléfono! pensé con amargura. Pero en vez de eso, me limité a decir:

—Me ha dicho que viene.

—¿Que viene a hacer qué?

—No lo sé —me encogí de hombros—. A rescatarme, supongo.

—Elia, no puedes hablar en serio —Aleksey me miró incrédulo—. Lana Keller no va a venir a rescatarte; ¡debes saberlo!

—¡Sí lo sé, Aleksey! Lo sé porque amenazó con llevarse a mi bebé la última vez que llamó.

Aleksey no respondió. Lo único que pudo hacer fue seguir mirándome en un silencio atónito.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —preguntó.

—Pensé que después de eso dejaría de intentarlo —negué con la cabeza—. Ya hay tantas cosas de las que preocuparnos a la vez. No quería añadir más.

—Y, sin embargo, cogiste la llamada —puso las manos en sus caderas—. ¿Por qué? ¡No había ninguna razón para que lo hicieras, Elia!

—¡Pensé que tal vez, sólo tal vez, podría haber otra salida!

—¿Por qué necesitarías otra salida?

—¡Porque no puedo arriesgarme a perderte! —grité—. Escuché lo que estabais hablando hace un momento. Aunque sé que no debería haberlo hecho. Sé que estás planeando ir tú mismo, Aleksey. Y te ruego que lo reconsideres. Si vas allí, puede que nunca vuelvas. Por favor, por favor, no me hagas esto. Por favor, no me dejes sola en este mundo sin ti.

—¡Elia, esta es la única manera! —insistió él.

—¡No! —sacudí la cabeza—. No, joder, no lo es. Siempre hay otra manera. Una que no implique un interminable derramamiento de sangre y sus represalias. Quizás podamos buscar protección de testigos u otra cosa. ¡Cualquier cosa que no sea que salgas a que te maten!

—¡No hay otra manera! —bramó Aleksey—. ¡No con los hombres de tu padre persiguiéndonos! ¡No con el Bogatyr observando en las sombras cada uno de nuestros movimientos cuando no tenemos ni idea de quién es! No hay protección en el mundo que pueda protegernos de ellos.

—¡No puede hacer daño intentarlo!

—Y qué pasará —dijo en voz baja mientras se acercaba a mí—, ¿si esa protección no funciona? ¿Qué pasará si todo se desmorona y nos quedamos sin nadie a nuestro alrededor que nos mantenga a salvo? Mantenerme a ti a salvo. No puedo perderte, Elia. No así.

—Pero estás dispuesto a arriesgarte a perderme de otra manera —limpié mis ojos—. ¡Estás dispuesto a morir! ¿Por qué? ¿Por la *esperanza* de que los hombres de mi padre se sienten a negociar si eres lo suficientemente violento? Aleksey, por favor, esto es estúpido. Esto es una tontería. Estás desesperado. ¡Esto no es un plan!

—No quiero más de esto —levantó un dedo—. No quiero. He tomado mi decisión, y esto es lo que haremos. Te quedarás aquí, Elia, y yo volveré cuando haya terminado. ¡*Eto moi prikaz!*

Aquellas palabras que sólo le había oído decir a sus hombres cuando no quería discusiones me dejaron tambaleándome con más fuerza que si me hubiera dado una bofetada.

—No soy uno de tus hombres a los que mandas sin pensártelo dos veces —le fulminé con la mirada mientras hablaba despacio—. ¡Soy tu mujer!

—Mi esposa, sí —respondió tranquilo—. Y me honrarás como una esposa debe honrar a su marido. *No permitiré* que se cuestionen mis decisiones sobre mis hombres. Ni siquiera por ti.

—Aleksey, por favor, no —le supliqué—. ¡Por favor!

Pero giró sobre sus talones, salió de la habitación y cerró la puerta con tal fuerza que el marco sonó.

Me quedé sola preguntándome cómo se había desmoronado todo tan rápido.

Capítulo 34

Aleksey

Roté mis hombros y ajusté las pistolas en mi funda, sintiendo ya la tensión en el cuello. Hubo un tiempo en mi vida en el que disfrutaba con el solo hecho de estar a punto de entrar en combate. La violencia había tenido una simplicidad que ahora, como Pakhan, echaba en falta. En la violencia, todo se reducía a una lista básica: apuntar, disparar, vivir o morir.

Supuse que por eso decidí que tenía que estar aquí.

—Como en los viejos tiempos —dijo Boris detrás de mí, mientras comprobaba su arma para prepararse para el combate.

Lo miré.

—No pareces muy entusiasmado.

—No me gusta estar en el bando perdedor —dijo—. Y últimamente, parece que perder es todo lo que hemos estado haciendo.

—Hemos estado en el lado perdedor antes —dije y me encogí de hombros.

—No así —suspiró él pesadamente—. No creo que ninguno de nosotros se haya enfrentado a algo así antes. Y no hay necesidad de que estés aquí.

—Ya lo has dicho bastantes veces —dije.

—Esperaba que esta vez sí me escucharas —echó un último vistazo a su pistola—. Te oí discutir con Elia.

—¿Y?

—Ella tiene razón. Esto no es un plan —hizo una pausa—. Esto es una elaborada forma de suicidio.

—Esta es nuestra mejor oportunidad —repetí una vez más.

—Como sea —dijo finalmente Boris, resoplando—. Acabemos con esta mierda de una vez.

El almacén se divisaba a lo lejos. Apagamos los faros del coche y avanzamos en silencio por la oscuridad en un todoterreno eléctrico, para no emitir ningún sonido delator de motor. Cuando estábamos a una manzana de distancia, di la señal de parar y todos bajamos. Ya no había vuelta atrás.

Apreté la mandíbula y me adelanté con Boris flanqueándome. Cubiertos por las sombras de la oscura calle, nos movimos en silencio, con las armas en alto. Probé el picaporte del edificio. No estaba cerrado. Se me erizó el vello de la nuca. *Algo no se sentía bien.*

Pero habíamos llegado demasiado lejos para retroceder ahora. Lentamente, giré el picaporte por completo y abrí la puerta. El chirrido de las bisagras parecía capaz de despertar a un muerto. En cuanto la puerta se abrió, hice señas a mis hombres para que entraran.

El largo pasillo del edificio estaba a oscuras. Mi ritmo cardíaco se aceleró un poco más de lo que ya estaba mientras una gota de sudor rodaba por mi pecho. Parecía demasiado conveniente. ¿Cómo era que decía aquel refrán?

Si las cosas van demasiado bien, estás cayendo en una emboscada.

Moviéndonos entre las estanterías del almacén, nos dirigimos a la oficina del fondo. Los otros cinco hombres, además de Boris y yo, nos movíamos en sincronía. Conocíamos la disposición de este almacén como la palma de nuestra mano. Pero eso no me tranquilizó.

Más adelante, vi una luz procedente de la oficina, levanté el puño e indiqué a mis hombres que se detuvieran. Sin mediar palabra, nos desplegamos en abanico para evitar ser vistos hasta apilarnos a ambos lados de la puerta. Boris me hizo un gesto con la cabeza.

Agarré la puerta y la abrí de un tirón. Boris entró corriendo y disparó dos veces a cada esquina. Nada le respondió. Corrí tras él, con la pistola preparada, pero me encontré con una habitación vacía.

Los siete nos miramos y llegamos a la misma conclusión.

Era una trampa.

De repente, estallaron disparos a nuestro alrededor. Kiska, el hombre que estaba más cerca de la ventana, se desplomó de repente, con un agujero de bala en la nuca.

—¡Al suelo, joder! —gritó Boris, devolviendo el fuego a las fuerzas invisibles que nos disparaban.

Levanté mi arma y disparé varios tiros también, recargando un momento después. Pero no podíamos quedarnos dentro de esta oficina. Boris también pareció darse cuenta. Asomó el cañón de su fusil por la ventana y soltó una ráfaga de balas.

—¡Vamos! ¡Vamos! —grité mientras Boris disparaba.

Los demás salieron en tropel, uno tras otro, y nos cubrieron a Boris y a mí mientras salíamos de la oficina. Las balas chasquearon sobre mi cabeza y oí a alguien gritar:

—¡Ahí está!

Gruñendo, me volví hacia donde procedía la voz y disparé una ráfaga. Sentí una satisfacción salvaje cuando oí a alguien gritar de dolor. El olor a pólvora flotaba en el aire. Me zumbaban los oídos por el estruendo.

Fue una mala idea.

Más armas sonaron a nuestro alrededor. Sin duda era una trampa. Nos habían acorralado y ahora llegaban refuerzos. Me puse a cubierto detrás de un toro. Por un breve momento, sólo pude ver mi muerte, mis pensamientos se trasladaron a Elia inmediatamente. Ella tenía razón. Me había suplicado que no viniera, y sin embargo ignoré sus súplicas.

Elia, lo siento, pensé mientras ponía un nuevo cargador en mi arma. Nunca debí haber venido.

Me agaché y caminé hacia la puerta, disparando a mansalva. Si no salíamos de aquí rápidamente, nos alcanzarían. Y una vez cayera yo en sus manos, no habría forma de que me dieran una muerte rápida.

Milagrosamente, llegamos a la puerta. Un camión venía hacia nosotros. Alguien nos disparaba desde la plataforma del camión con un AK y nos hizo correr para cubrirnos de nuevo.

—¡Vayan a los coches! ¡Ahora! —grité a mis hombres mientras disparaba al camión. El hombre del AK echó la cabeza hacia atrás y dejó de disparar. Sin embargo, el camión siguió avanzando hacia nosotros. El hombre que estaba a mi lado levantó su arma y le vació un cargador entero. El conductor se desplomó hacia delante, su cuerpo hizo sonar el claxon en una larga nota sostenida mientras el camión se desviaba hacia el lateral del almacén.

—¡Corran! —grité—. Se nos acaba el tiempo.

Más hombres nos dispararon. Respondimos a los disparos, pero ninguno de nosotros sabía si le estaba dando a algo. Entonces algo me golpeó desde un lado y resbalé.

Caí al suelo con fuerza, pero el dolor no llegó, no como yo pensaba.

En su lugar, había presión, y cuando me recompose, me di cuenta de que no había sido una bala lo que me había hecho caer de culo.

Era Boris.

—Joder —suspiró él—. Eso estuvo cerca.

No me permití pensar. Me puse en pie y disparé unos cuantos tiros, mientras le agarraba por el brazo y le arrastraba a un lugar seguro. Boris divagaba, diciéndome que le dejara, pero me negué a hacerlo, arrastrándole hasta el todoterreno y metiéndole dentro una vez llegamos a él.

Nuestro conductor se metió dentro después de que Boris y yo subiéramos. El todoterreno arrancó

casi de inmediato, mientras las balas salpicaban y repiqueteaban contra la carrocería blindada.

Tiré el arma al suelo y me acerqué a Boris. Su camisa negra estaba húmeda al tacto y, cuando la apreté, sentí la familiar y cálida pegajosidad de la sangre.

—¡Aguanta, Boray! —presioné mi mano en la herida.

La sangre goteaba de su boca y sentí que se me helaban las entrañas cuando vi que sus ojos se abrían de par en par.

—Te lo dije —dijo él—. Te dije que esto era una maldita mala idea.

—Cállate de una puta vez —le dije, con la voz temblorosa mientras el calor de su sangre crecía bajo mi mano—. Te vas a poner bien.

Boris levantó la comisura de los labios en una media sonrisa, con los dientes manchados de sangre.

—¿Eso es una orden? —dijo, mientras yo buscaba a mi alrededor algún tipo de tela que pudiera presionar sobre su herida.

—¡*Da, mudak!* —espeté—. ¡*Eto moi prikaz!*

—Oh, está bien —cerró los ojos—. Haré todo lo posible para no morir.

Cuando volví a la mansión, apenas podía controlar la rabia por lo que había pasado. De inmediato fui a la cocina y me serví un trago, bebiéndolo todo de un sorbo para sentir el ardor en la garganta.

Habíamos perdido a cuatro hombres en este fallido intento y no conseguimos nada. Boris había sido trasladado inmediatamente al hospital y aún seguía en el quirófano. Los otros hombres permanecieron allí mientras yo me vine a casa. Necesitaba ver a Elia. Necesitaba hacerle saber que yo estaba bien.

Necesitaba hacerle saber que ella tenía razón.

—¿Aleksey?

Me serví otra copa, la mano me temblaba ligeramente al hacerlo. Escuchaba a Elia acercarse, pero no podía mirarla. Ni siquiera podía procesar lo que había pasado esta noche, y lo último que quería ver u oír era a ella diciéndome que tenía razón. No es que ella lo hubiera hecho nunca.

Su mano se posó en mi espalda y me estremecí.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —susurró—. Si no, no estarías bebiendo así.

Me giré y la miré.

—Vuelve a la cama —le dije finalmente, sirviéndome otro vaso.

—Aleksy —dijo ella en cambio—. Cuéntame qué ha pasado.

—¿Quieres saber qué ha pasado? —gruñí, sin importarme si la estaba asustando. ¿Ella quería saber? Iba a saberlo—. Le dispararon a Boris.

Las palabras me oprimieron el pecho, pero ignoré la sensación. Él no estaba muerto. Todavía no.

Sus ojos brillaron con lágrimas.

—Oh Dios —suspiró, llevándose la mano a la boca.

—No —sacudí la cabeza—. No lo hagas.

Se quedó paralizada al oír mi duro tono; abrió la boca e intentó decir algo. Pero un momento después se lo pensó mejor, asintió y se marchó.

La observé, con la mandíbula apretada.

Yo quería que se quedara. Pero le había dicho lo que quería que hiciera y ella había obedecido.

Me di la vuelta, cogí la botella y me dirigí al porche trasero. El aire era cada vez más fresco, pero no calmó el dolor que sentía en mi interior. Me desplomé en la silla, levanté la botella y seguí bebiendo hasta que ya no pude más.

Capítulo 35
Aleksy
Al día siguiente

Entré en el hospital por la puerta trasera, sin perder de vista las cámaras mientras avanzaba por el pasillo. La resaca me martilleaba los ojos y me alegré de haberme acordado de ponerme gafas de sol antes de salir.

Que Boris estuviera en un hospital de verdad y no en una clínica clandestina era arriesgado, pero no teníamos otra opción. Había perdido mucha sangre y no teníamos el equipo necesario para evitar que empeorara.

Llegué a la zona de cuidados intensivos sin que nadie me detuviera, di un nombre falso para el registro y recogí mi tarjeta de visitante. El olor a solución limpiadora asaltó mi nariz en cuanto abrí la puerta y vi a Boris en la UCI.

—Alyosha —dijo mi Tío y se levantó para saludarme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Alyosha, no creerás que no sé lo que está pasando bajo mi propio techo —respondió el Tío Misha—. Primero te vi salir con otros seis hombres, pero no vi volver a ninguno. Luego te oí gritarle a Elia y después descubrí que mi botella de Woodford había desaparecido del armario de los licores. No soy tonto.

Cerré la puerta tras de mí, con el sabor de la resaca flotando en el fondo de mi garganta.

—No deberías estar aquí. Es demasiado peligroso.

—Puedo decirte lo mismo a ti, Alyosha —dijo él, arqueando una ceja—. Boris es mi hombre tanto como el tuyo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Casi toda la noche —dio un bostezo—. Pero ahora que estás aquí, puedo irme a casa y dormir un poco. Por cierto, estás hecho una mierda.

—Lo sé —asentí—. Gracias, Tío.

—Sé más amable con tu mujer, Alyosha —dijo el tío Misha caminando hacia la puerta—. No la trates como Fyodor trató a tu madre. No tienes derecho a descargar tus frustraciones con ella.

Asentí con la cabeza. Era la segunda vez que alguien tenía que decírmelo. Cuando la puerta se cerró tras él, me pregunté si realmente estaba condenado a seguir los pasos de mi padre.

Me dirigí a los pies de la cama y cogí el historial. No tenía ni idea de lo que estaba mirando, pero

había muchos códigos. No tenía buena pinta. En ese momento, la puerta volvió a abrirse y giré sobre mis talones. Instintivamente, me llevé la mano a la cadera en busca de la pistola que no estaba allí. Un breve momento de pánico se apoderó de mí, el cual cedió sólo cuando vi a la enfermera que había entrado.

—¿Es amigo suyo? —preguntó ella.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, no tiene buena pinta —dijo la enfermera mientras recogía el historial de Boris.

—¿Qué tan grave es?

La enfermera miró entre Boris y yo varias veces y finalmente se encogió de hombros.

—Un disparo le laceró el hígado y le hizo un agujero en el colon. Los cirujanos hicieron lo que pudieron, pero ahora les preocupa la infección y la septicemia. Está vivo, pero le estamos inyectando muchos medicamentos para que siga así.

Sentí que mis manos se cerraban en puños. Todo era culpa mía. Me dijo que era una mala idea y no le hice caso.

—La mayoría de la gente estaría muerta en su situación —terminó ella, sacudiendo la cabeza—. Su amigo es un gran luchador.

—Siempre lo ha sido —asentí con la cabeza—. ¿Cuándo podrá irse?

—¿Irse? —la enfermera me miró incrédula—. Señor, creo que no lo entiende. Que su amigo esté vivo es muy distinto a que pueda irse. Ahora mismo, si le desconectamos del suministro constante de medicamentos y cuidados, *morirá*.

—Lo entiendo —dije—. Sólo preguntaba.

—Por supuesto —la enfermera tomó algunas notas adicionales y volvió a colocar el historial a los pies de la cama—. También está la otra cuestión de sus afiliaciones.

—¿Cómo dice?

—Señor, tratamos a todo el que entra en el hospital —señaló la enfermera—. Pero dado el nivel de violencia que se ha desatado en los últimos dos días, también estamos legalmente obligados a informar a la policía de que hay aquí una persona potencialmente de interés. Especialmente uno con una herida de bala tan grave como la de él.

—¡No puede hablar en serio! —me burlé—. ¡Él no es un criminal!

—Esos tatuajes dicen lo contrario —la enfermera señaló las estrellas y charreteras entintadas del

hombro de Boris, y sus ojos se desviaron rápidamente hacia los de mis dedos—. Reconozco los tatuajes de la Mafia Rusa cuando los veo. No puedo decir que sienta ningún cariño por esos cabrones. No después de lo que le hicieron a mi primo.

Me picó la curiosidad.

—¿Qué le pasó a tu primo?

—Lugar equivocado, momento equivocado. Ahora está muerto —dijo ella y se cruzó de brazos—. Mire, sé lo que sois él y usted. Tener su historial delictivo tatuado a la vista puede ser conveniente para la identificación corporal cuando llegue el momento, pero no engaña a nadie. Tengo todo el derecho a llamar a la policía ahora mismo si quiero.

—¿Entonces por qué no lo haces?

—Porque ¿de qué serviría? —me miró, con ilegible expresión en el rostro—. Si lo encierro, otro gilipollas ocupará su lugar. Y luego estoy segura de que tiene sus propios contactos en la cárcel que harán correr la voz. Entonces sus amigos afuera vendrán a hablar conmigo. Acabaré metida en un barril y hundiéndome en el fondo del lago Michigan. Estoy atrapada por el sistema que ustedes crearon, tratando a los mismos matones y gilipollas que participaron en el asesinato de mi primo.

—Lamento lo de tu primo.

—¿Por qué iba a sentirlo? —espetó—. No le conocía. No le importaba una mierda hasta que lo escuchó de mí. Y la única razón por la que lo escuchó fue porque resulta que soy yo quien está controlando a su amigo. Sólo estoy aquí para hacer mi trabajo. Si quiere fingir que es una maldita buena persona, debería entregarse a la policía y dejar que la gente decente siga ganándose la vida honradamente. Pero no sea condescendiente con nosotros. No he pedido vuestra compasión y tampoco la quiero.

Sin esperar mi respuesta, salió de la habitación y me dejó a solas con Boris. Las máquinas sonaban rítmicamente de fondo. Me senté en la silla junto a la cama y me quedé mirando la cara pálida de mi amigo.

—Hola, Borya —murmuré.

Él no respondió y yo deseaba que lo hiciera. Quería que me mirara con la ceja levantada y me dijera que se me había ocurrido una mierda de plan. Quería volver a oírle reír. Siempre había estado a mi lado. Siempre me había dado el consejo adecuado y me había disuadido de hacer alguna estupidez.

Pero esta vez no.

Esta vez había pagado el precio de mi estupidez. Había cometido errores a diestro y siniestro. Era un marido de mierda, y un Pakhan de mierda aún mayor, si es que podía seguir usando ese título.

Ahora, no sabía qué hacer a continuación.

—Las cosas están bien jodidas ahora —le dije, dejando que mi emoción se reflejara en mis palabras—. No debería haber sido así. Debería haberte escuchado.

Su mano descansaba fuera de la sábana y yo apoyé la mía sobre ella, sorprendido por lo fría que se sentía. Si no fuera por el sonido constante de la máquina del corazón, podría haber creído que ya estaba muerto.

—Y Elia —dejé escapar un suspiro—. Siento que también jodí la situación con ella.

Boris lo había visto. ¿Cómo no iba a verlo? Me conocía mejor que nadie en el planeta, sabía que yo no había permitido abrir mi corazón a nadie desde Svetlana. Sin embargo, de alguna manera, Elia había conseguido exactamente eso. Tanto ella como Boris me habían advertido que no lo hiciera. Sin embargo, lo había hecho de todos modos.

Me desplomé contra la silla y observé el latido constante del corazón de Boris en el monitor.

—La amo, Borya —dije—. Sé que suena muy cursi. Pero, joder, la amo. Es la persona más importante de mi puta vida, incluso si no tuviera al bebé. Y todo lo que quiero hacer es darle la vida que ella quiere. La vida que se merece.

Aparté la mirada, y en ese momento fue como si pudiera ver a Boris sonriéndome. Pero cuando volví la vista, su rostro no había cambiado.

—Lo he pensado bien, y creo que... —tomé aire—, creo que quiero alejarme de esta vida con ella —tragué saliva—. Y cuando me aleje, amigo mío, quiero que tú también lo hagas. Hemos pasado toda una vida en la violencia. Desperdiciado los mejores años de nuestras vidas destruyendo cosas en lugar de construirlas. Y estoy cansado de eso, Borya. Quiero construir algo con Elia. Una puta cerca blanca, dos autos y reuniones de padres. Quiero esa simple vida.

Él no necesitaría vigilarme más. Durante años habíamos hablado de lo que podría pasar si finalmente nos fuéramos. Y durante años, descartamos la idea porque el camino por delante había sido tan claro y obvio. Sin embargo, aquí estábamos.

Había gente herida a mi alrededor. En el pasado, nunca hubo dudas sobre si yo podía protegerlos. ¿Pero ahora? Ya no estaba tan seguro. No podría proteger a Boris más de lo que podría proteger a mi mujer y a mi hijo nonato. Ni siquiera estaba seguro de poder protegerme a mí mismo.

La enfermera tenía razón. Si quería fingir que era una buena persona, debería entregarme a la policía. Pero también tenía razón en que, si desaparecía, otra persona ocuparía mi lugar.

—Lo siento, amigo mío —dije—. Siento mucho todo esto, joder.

Dándole una última palmada en su mano, me levanté, salí de la habitación y caminé fuera del hospital, de vuelta al muelle de carga donde me esperaba mi coche. El conductor me miró con

una pregunta en los ojos.

No dije nada mientras subía.

—Vamos —ordené—. A la oficina.

El conductor asintió y el coche arrancó.

Mientras el coche recorría las calles de vuelta a mi despacho, no pude evitar la sensación de haber dicho algo que llevaba años guardándome en la garganta.

Me había hecho bien desahogarme, aunque fuera ante un Boris inconsciente que no recordaría ni una palabra. Yo tenía mis propios miedos, miedos que estaban profundamente arraigados por mi padre.

Respiré hondo. Por mucho que deseara una vida sencilla con Elia, sabía que estaba fuera de mi alcance hasta que todo esto terminara. Hasta que la amenaza de la Mafia Tarallo terminara y el Bogatyr estuviera muerto, no habría descanso. Estaba atrapado contra la pared, y lo odiaba.

El familiar aspecto de la oficina se hizo visible y me encontré dándome golpecitos nerviosos en la rodilla. Tenía que disculparme con Elia por haberla asustado como lo hice anoche.

Mi mente ya daba vueltas rápidamente sobre lo que iba a hacer y decir cuando entrara en la mansión. Elia lo entendería. Estaba seguro de ello. Ella me conocía mejor que yo mismo a veces. Sabía que yo no era una persona que se abriera a los sentimientos ni que tendiera la mano para consolar a los demás.

Sin embargo, había hecho ambas cosas con ella. La consolé cuando más lo necesitaba, aunque yo fuera la causa de su dolor. Me hizo abrirme a ella incluso cuando tenía miedo de alejarla.

Una cosa que tenía clara era que quería tener a Elia a mi lado.

Se había convertido en mi oxígeno, algo a lo que me había acostumbrado y cuya ausencia me dejaría pensando en pocas cosas.

Capítulo 36

Elia

Aparté con el tenedor la col rizada que tenía delante, con el labio curvado por el asco. Antes del embarazo, normalmente me gustaba una buena ensalada. Aunque no era uno de esos bichos raros que pueden comer solo unos trozos de lechuga y ser felices. Quería algo que me llenara, con todos los ingredientes y un aliño delicioso al lado.

Pero, ¿ahora? No encontraba placer alguno en lo que antes anhelaba. Porque mi vida tal y como la conocía se estaba desmoronando.

Me bajé del taburete, me acerqué al ventanal y lo abrí de un empujón para contemplar el inmenso patio trasero de la propiedad, el cual terminaba en una hilera de árboles. Los pájaros cantaban bajo el sol de la tarde, pero yo prefería los sonidos de la ciudad a mi alrededor.

La mansión estaba aislada, demasiado aislada para mi gusto. Me encantaba estar rodeada de grandes edificios y calles ruidosas. Era como un recordatorio de todo lo que estaba vivo. Apoyé los antebrazos en el alféizar de la ventana, contemplando las copas de los árboles mecidas por la suave brisa.

Estaba preocupada.

No, en realidad, preocupada no era la palabra precisa. Estaba *aterrada* de saber cómo estaría Aleksey cuando llegara a casa.

Esta mañana me había dejado una nota en la cocina. La nota era escueta, solo decía que tenía unos asuntos que atender y que volvería más tarde. Junto a la nota había un viejo teléfono plegable con su número programado. Un teléfono desechable con un único propósito: que yo pudiera localizarlo a él si algo pasaba.

Leyendo entre líneas, supe que quizás estaba visitando a Boris en algún lugar que no podía revelar.

Pero el subtexto era claro: yo no podía salir. No es que hubiera ningún lugar al que pudiera ir.

Tal vez fuera el embarazo o por el dolor en mi corazón, pero me entraron ganas de llorar. Afligida por Aleksey y por lo que estaba pasando. Aunque no conocía muy bien a Boris, sabía que él y Aleksey eran muy unidos.

Como hermanos.

No me gustaba ver a Aleksey sufriendo así. Quería consolarlo, pero, de algún modo, tenía la sensación de que él quería que yo fuera otra cosa. Que fuera la esposa agradable que cedía a su obstinada voluntad y orgullo. Pero yo no era así.

Miré el reloj del salón. Eran poco más de las diez de la mañana. ¿Cuánto hacía que Aleksey se

había ido? ¿Una hora? ¿Dos?

Al menos hoy la mansión estaba tranquila. Ninguno de los brigadieres Korolev había venido, aparte de los guardias que Aleksey había asignado. Alya seguía en su habitación, y cavilé en ir a ver cómo estaba, pero me lo pensé mejor y no lo hice.

El sonido de la puerta principal al abrirse me hizo girar con la esperanza de ver a Aleksey. Pero en su lugar, entró su tío.

Mikhail Korolev parecía cansado y agotado. Por mucho que quisiera odiarlo por lo que había hecho, no podía evitar compadecerme de él. Parecía haber envejecido veinte años desde la muerte de Raissa. Tenía los ojos rojos y los hombros caídos. Estaba muy lejos del vivaz hombre que nos había presentado a Aleksey y a mí a la Bratva hace unos meses atrás.

Me pareció que había pasado toda una vida desde aquella noche. Y en muchos sentidos, lo era.

—Buenos días, Elia Ludovicovna —asintió con la cabeza.

—Buenos días, Mikhail... —dudé, insegura de qué decir. Había asimilado el concepto de los nombres rusos formales, pero dominarlo era algo muy distinto.

—Yevgenievich —dijo Mikhail, como leyendo mi pensamiento—. Pero no hace falta que seas formal conmigo. Misha estará bien.

Asentí, sin saber qué más podía decirle. La última vez que estuvimos a solas, le había tirado una taza tras otra. Quería matarlo por lo que había hecho.

Al darme cuenta de que me había quedado callada, me apresuré a decir:

—¿Sabes dónde está Aleksey?

—Está en el hospital, pendiente de Boris —respondió.

—¿Está bien Boris? —pregunté.

Mikhail suspiró, con una expresión de dolor en los ojos.

—En realidad no lo sé. Aleksey podrá decirte más cuando vuelva.

Volvió a hacerse el silencio entre los dos durante un momento antes de que preguntara:

—¿Ya has comido?

Negó con la cabeza.

—Puedo prepararte algo si quieres —ofrecí.

Me miró un momento y asintió con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—Sería muy amable. Gracias, Elia Ludovicovna.

—Elia —dije devolviéndole la sonrisa—. Tampoco hace falta que seas formal conmigo.

Cuando terminé de hacer la comida, Aleksey aún no había vuelto a casa. Hice dos raciones más de pasta, una para Mikhail y otra para Alya. Ella salió de su habitación poco después de la una, se llevó el plato a su cuarto y no volvió a salir. Mikhail se fue a sentar al porche.

Una vez más sola, me senté en el salón, cogí un libro y empecé a leer. Pero las palabras se negaban a calar. No podía dejar de pensar en lo rápido que todo estaba cambiando y en las nuevas preocupaciones que podría tener más adelante.

Sacudí la cabeza, despejando esos pensamientos.

¿Cuándo se complicó tanto mi vida?

Capítulo 37

Lana

Un caos organizado. Eso era lo que ocurría hoy en el trabajo. Parecía como si un millón de teléfonos diferentes estuvieran sonando en todo momento. Los agentes de la policía de Nueva York entraban y salían en tropel. La montaña de papeleo que tenía sobre la mesa no dejaba de crecer, a pesar de que la revisaba lo más rápido que podía.

Tras el asesinato de Ludovico Tarallo, la ciudad de Nueva York se había vuelto prácticamente del revés. Descubríamos armerías ilegales a diestro y siniestro. Y cada redada siempre nos llevaba a la misma gente.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que la Mafia Tarallo, lo que quedaba de ella, se estaba preparando para la guerra.

Por precaución, Marion Berkowitz había movido los hilos y puesto tantos ojos de la policía de Nueva York sobre ellos como fuera posible. Los Tarallo fueron seguidos hasta el paso del río Delaware. Tuvimos que recurrir a las autoridades de Jersey para que nos confirmaran que, en efecto, viajaban hacia el oeste en una corriente cada vez mayor.

De vez en cuando, conseguíamos detener a alguno, pero siempre estaban limpios.

Rompe solo una ley cada vez, pensé con amargura. Aquellos tipos eran profesionales y llevaban en esto mucho más tiempo del que yo había trabajado contra ellos.

Las noticias que llegaban de Chicago eran horribles. Había estallado un coche bomba en el centro de la ciudad y los suburbios del este se estaban convirtiendo en una zona de guerra. Tuve la corazonada de que, si escarbaba lo suficiente, encontraría una conexión común con Aleksey Korolev.

Siempre la había.

Berkowitz me había dicho que dejara mi venganza personal contra él y me centrara en mi propio trabajo. Pero era difícil hacerlo mientras estaba pendiente de lo que ocurría en Chicago. Cuando tenía un recordatorio físico del hecho de que mi mejor amiga era cautiva de Aleksey.

Guardé las dos fotos que recibí en mi escritorio. La primera, en la que Elia y Aleksey parecían dos tortolitos, y la segunda, en la que ella intentaba coger un cuchillo mientras él la violaba. El mensaje de la segunda se grababa en mi cerebro cada vez que cerraba los ojos.

Sálvame.

Lo intento, Elia, me decía cada vez que miraba esa foto.

Ella estaba siendo herida y yo tenía que sacarla de allí.

Me froté los ojos y miré el reloj. Eran casi las nueve de la noche y no avanzaba nada. Lo único que quería hacer ahora era irme a casa, servirme un vaso bien grande de vino e intentar olvidar que mi mejor amiga estaba atrapada en una pesadilla viviente.

Vamos, Lana, me dije. Sólo uno más y podrás irte a casa.

Alcancé un expediente de la parte superior de la pila y vacié su contenido. Para mi sorpresa, sólo había hojas en blanco. ¿Alguien se había equivocado? Le di la vuelta a cada hoja. Nada más que papeles en blanco. Pero cuando llegué a la penúltima hoja, prácticamente se me paró el corazón al ver lo que era.

Era otra foto de Elia. Esta vez, estaba sola y miraba con nostalgia desde lo que parecía ser una gran ventana ornamentada de una gran casa. En la foto se notaba visiblemente su embarazo. Con manos temblorosas, le di la vuelta y leí lo que había detrás.

Una dirección. Un número de teléfono.

Y un mensaje debajo que me produjo un escalofrío.

Llámame.

Capítulo 38

Elia

Era poco después de medianoche y Aleksey aún no había llegado a casa. Sin nada más que hacer, empecé a preparar la cena para tener algo que me distrajera de mis propios pensamientos. Estaba a medio cortar unas zanahorias cuando el teléfono desechable que me había dado Aleksey empezó a zumbiar.

Miré el identificador de llamadas, pero no era Aleksey.

Era un prefijo de Nueva York.

Me debatí entre contestar o no, sabiendo que si lo hacía podría pagarlo muy caro. Pero el número me resultaba familiar. Demasiado familiar.

A la mierda, decidí mientras cogía el teléfono y me lo ponía en la oreja.

—¿Hola?

—¿Elia? —sonó la voz de Lana al otro lado—. ¡Joder! No pensé que fueras tú, pero...

El pánico se apoderó de mi garganta.

—¿Cómo has conseguido este número? —la interrumpí.

—¿Qué quieres decir? Lo saqué del mensaje que me enviaste.

Otra vez con los mensajes...

—Esos mensajes —dije—, ¿son fotos Polaroid con mensajes por detrás?

—Sí. ¿Y quieres saber qué hay en las últimas dos que recibí? —dijo acalorada—. ¡En una de ellas estás tú cogiendo un cuchillo mientras ese cabrón te está violando! Dice ‘sálvame’ en la parte de atrás. ¿Y esta que *justo* acabo de recibir? Estás mirando por la ventana de una gran casa, tiene una dirección y este número de teléfono con el mensaje ‘llámame’.

Un sudor frío rodó por mi costado.

Sabe dónde estoy... Sabe el número de teléfono desechable.

—¡Lana, esos mensajes no son míos! —siseé—. ¿Cómo podrían serlo?

—Mira Elia —sonaba aterrada—. Ya no sé qué está pasando, y no sé quién más podría estar escuchando, así que voy a decirte esto ahora mismo. Voy a Chicago esta misma noche.

Su confesión me dejó de piedra.

—¿Qué? ¡No puedes hablar en serio! ¿Por qué?

—¿Por qué? —se burló con incredulidad—. ¡Porque estás en peligro, Elia! Sé dónde estás y voy a sacarte antes de que sea demasiado tarde.

Golpeé la encimera con la palma de la mano.

—¡Lana, tienes que escucharme! No te he estado enviando esos mensajes; es el Bogatyr.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Es difícil de explicar —me froté la sien—. Pero lo que tienes que saber es que hay alguien llamado Bogatyr que se ha estado entrometiendo en los asuntos tanto de la Bratva Korolev como de la Mafia Tarallo. Aleksey y yo creemos que fue él quien mató a su padre.

—Me importa una mierda el padre de ese bastardo —me interrumpió Lana.

—Lo sé, pero ¿puedes escuchar, por favor? —solicité.

Me estaba exasperando con ella. La amara o la odiara, Lana siempre era alguien que actuaba rápido y se atenía a las consecuencias después. Y ahora mismo tenía la sospecha de que ella estaba a punto de meterse de cabeza en medio de la pelea. No quería que ella también resultara herida por culpa del Bogatyr.

—Lo siento. Dime —aceptó ella.

—¿Esa foto que recibiste de Aleksey y yo hace un tiempo? —continué—. ¿La de la palabra que no podías pronunciar? Creemos que te la envió el Bogatyr.

Se hizo el silencio por un momento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque el Bogatyr nos ha estado enviando mensajes de la misma forma que te los ha estado enviando a ti —respondí—. Siempre es lo mismo. Una foto con un mensaje escrito detrás. Cada uno más enigmático que el anterior.

—Descríbelos.

Lentamente, le describí cada foto con minucioso detalle y las circunstancias en que las habíamos recibido. Estaba segura de que había algunas que se me habían pasado, sobre todo si el Bogatyr se las había estado enviando a otros. Pero las que había visto eran suficientes para que Lana me creyera. Lana permaneció en silencio mientras yo le hablaba, pero yo estaba segura de que ella estaba ocupada anotando cada una de ellas.

—Menuda historia, Elia —dijo.

—Pero es la verdad —insistí—. Toda ella.

—Pero hay un problema —señaló—. ¿Por qué alguien llegaría tan lejos como ha llegado este Bogatyr? Esto es tan enrevesado y complicado. ¿Por qué alguien haría eso?

Seguía sin fiarse de mí, lo noté mientras se me encogía el corazón. Seguía pensando que estaba encubriendo a Aleksey. Sabía que había algo más que podía decirle para que me creyera.

Sabía que, si se lo decía, traicionaría la confianza de Aleksey.

Pero era mi única oportunidad.

—Lana —empecé—. Voy a contarte algo que no puedes contarle a nadie más.

—De acuerdo —dijo lentamente.

—Hablo en serio, Lana. Sólo hay pocas personas que lo saben. No puedes decírselo a nadie.

—No puedo hacer esa promesa, Elia —dijo Lana—. Cualquier cosa que me digas que valga la pena saber o cualquier cosa que pueda ayudar con este lío en este momento, irá al sistema. Quizá pueda decir que es una fuente anónima, pero eso es lo mejor que vas a conseguir.

—Lana, por favor —supliqué—. Tienes que entender que no debo decírtelo.

—Esto tiene algo que ver con tu marido, ¿verdad? —preguntó.

Asentí y recordé que ella no podía verme, así que le dije:

—Sí, tiene que ver.

—Elia... —sonaba derrotada—, ojalá pudieras oírte ahora mismo. ¡Lo estás encubriendo activamente!

—¡No lo entiendes! —espeté.

—¡Entonces ayúdame a entender! —gritó ella.

—No puedo hacerlo hasta que me prometas que no se lo dirás a nadie —dije con decisión—. Eso es lo único que te pido.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo, maldita sea.

Respirando hondo, le conté lo que Aleksey me había dicho. Sobre Svetlana. Sobre lo que se vio obligado a presenciar. Sobre cómo le dejó roto. Con cada palabra que decía, sentía que estaba

traicionando su confianza. Aleksey me lo había contado en su momento más vulnerable, y ahora yo se lo transmitía a Lana.

No podía estar segura de que no fuera a añadirlo a su expediente sobre Aleksey o no, pero sabía que era la única forma de evitar que viniera a Chicago.

Era la única forma de mantenerla a salvo y alejada de la locura.

—Elia... —dijo ella cuando terminé.

Pero yo ya no la escuchaba. Aleksey estaba de pie en la puerta, con la boca entreabierta mientras me miraba con una mezcla de ira y dolor. Un ramo de flores se le escurrió de los dedos.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

¿Cuánto tiempo llevaba escuchando?

Capítulo 39
Aleksy

No podía creer lo que estaba presenciando.

Elia estaba en el teléfono que yo le di, soltando *mi* secreto a la persona al otro lado. Estaba pálida, y con una expresión de asombro que se aferró a su rostro cuando se dio la vuelta.

Yo había vuelto a casa con flores en la mano, con la intención de disculparme con ella por la forma en que la había tratado. Sin embargo, aquí estaba ella...

Traicionándome.

Acorté la distancia en tres pasos rápidos, le arrebaté el teléfono de la mano, me lo acerqué a la oreja y oí la chirriante voz de la maldita Lana Keller al otro lado.

—... no lo convierte en víctima. Elia, lo entiendes, ¿verdad? —decía ella—. Él sigue siendo el malo aquí, Elia.

—¿Te diviertes sabiendo cosas que no deberías saber? —dije fríamente al teléfono.

El tono de Lana cambió y, de repente, fue como si estuviéramos en la escalinata del juzgado de Nueva York en nuestro conocido enfrentamiento. *¿Cómo coño se sabía su número?*

—Escucha, gilipollas —gruñó—. Si crees que puedes hacerle daño a mi mejor amiga y tejerle una red de mentiras para mantenerla atrapada, te espera algo peor.

—¿Y qué red de mentiras cree que le he tendido a ella, señorita Keller? —pulsé el botón del altavoz.

Necesitaba que Elia oyera que Lana no era su amiga.

Ya no.

—Sobre esa tal Svetlana —respondió—. Si me das un nombre completo y me dejas corroborarlo de forma independiente, quizá me plantee no añadir tráfico de personas y cómplice de violación a los ya larguísimos antecedentes que te estoy preparando.

—No tengo que explicarte nada, Keller.

—Oh, eso es jodidamente intenso, Korolev —rio ella al otro lado—. Eres una verdadera joyita. Primero matas al hermano de mi mejor amiga, la única persona que le importaba una mierda. Luego organizas una boda de mierda para humillar a su padre. Luego *lo asesinas*. Todo mientras la violas cada puta noche, enfermo. Cuando te ponga las manos encima, ni de coña verás el interior de un juzgado.

—Ten cuidado, Keller —miré fijamente a Elia mientras hablaba—. Empiezas a sonar como yo.

Las manos de Elia taparon su boca y sus ojos me suplicaron que parara. Pero yo estaba más allá de la razón ahora. Esta mierda había ido demasiado lejos. Lana Keller se había pasado de la raya.

—¡Me importa un carajo! —gritó Lana a través del teléfono—. ¡Te pondré bajo tierra, imbécil! Puede que hayas engañado a Elia con tu puta historia triste y esos mensajes en fotos, pero a mí no me engañas, Korolev. Sé lo que eres y salvaré a Elia de ti, aunque sea lo último que haga, maldito monstruo.

—Si de verdad soy el monstruo que te imaginas, Keller —dije mientras una sonrisa salvaje se deslizó por mis labios—, entonces quizá lo mejor sería que te anduvieras con cuidado.

—¿Es eso una amenaza? —espetó ella.

—No —sacudí la cabeza—. Es una advertencia. Si vuelves a contactar con mi mujer, no dudaré en meterte una bala entre ceja y ceja.

Elia jadeó.

—Y *eso* —gruñí—, si es una amenaza.

Sin esperar respuesta, cerré el teléfono y miré a Elia con veneno en los ojos.

—¿Por qué la has llamado?

Elia me devolvió la mirada y susurró:

—Yo no lo hice. Me llamó ella.

—¡Mentirosa! —bramé.

—Mira las llamadas entrantes entonces —dijo Elia, cruzándose de brazos—. No te miento, Aleksey. Nunca te he mentado. No sé cómo ha conseguido Lana este número de teléfono, pero sé que está preocupada por mí. Ha estado recibiendo del Bogatyr los mismos mensajes que nosotros, entonces ella también forma parte de sus planes.

No quise mirar, porque temía que, si lo hacía, me enteraría de que no sólo estaba descargando mi ira contra ella otra vez, sino que alguien dentro de mi Bratva me había traicionado.

Pero Elia seguía mirándome fijamente, seguía retándome a que le demostrara que estaba equivocada. Así que, revisé los registros de llamadas y vi que me había estado diciendo la verdad. Lana era la persona que la había llamado.

—¿Satisfecho? —preguntó Elia.

—Pero, no tenías derecho —negué con la cabeza—. ¡No tenías derecho a contárselo!

—¡No tuve otra opción! —gritó Elia—. ¿De qué otra forma podía convencerla de que no eras un peligro para mí? Pensé que, si conocía toda la historia, cambiaría de opinión sobre venir.

—¡Lo único que has hecho es convencerla de que soy el monstruo que ella cree que soy! —espeté, pasándome la mano por el pelo.

—¡Quizá si no la hubieras amenazado con meterle una bala en la cabeza, no estaríamos discutiendo por esto!

—¡Quizá si no hubieras decidido contarle mis secretos, no necesitaría amenazarla!

—¿Crees que es culpa mía? —dijo Elia y se quedó boquiabierta—. Después de todo lo que ha pasado, ¿*me culpas a mí?*

—¡Sí, Elia, te estoy culpando! —caminé de un lado a otro—. ¡Lana Keller amenazó a tu bebé y tú sigues arrastrándote hasta ella con más y más información que no tiene derecho a saber! ¡Nunca debí contarte sobre mi pasado!

La rabia de nuestra anterior discusión sin terminar surgió de nuevo. En el fondo, sabía que Elia había elegido el camino más lógico desde su punto de vista. Pero no importaba cómo pudiera justificarse, a mí me parecía una traición. ¿Cuánto faltaba para que le contara algo más a Lana? Algo que podría llevarnos a todos a la cárcel, o peor.

—Te guste o no, Aleksey —siseó ella—. Estamos casados. Eso significa que tengo que aceptar los pecados de tu pasado y todo el equipaje que conlleva. Ya lo he hecho. Sin embargo, sigues acusándome de traicionar tu confianza cada vez que te parece conveniente...

—¡LANA KELLER ES MI ENEMIGA! —grité, sin poder contenerme más—. ¡No hay nada de mí que ella deba saber y, sin embargo, de alguna manera pareces incapaz de entenderlo! ¿Qué se necesita para que lo veas? Cuando ¿me lleve a prisión? Cuando ¿te espone a ti y se lleve a nuestro hijo como ya amenazó con hacer? ¡RESPÓNDEME!

Elia retrocedió ante mi explosión de ira. Se llevó la mano al vientre mientras retrocedía hacia la cocina. Yo caminé tras ella, con rabia brotando de mi cuerpo. Ella chocó contra la isla.

—Aleksey —dijo, su voz temblaba.

Por el rabllo del ojo, vi mi reflejo en la ventana oscura, tenue y distorsionado. Pero en ese momento, no me vi a mí mismo en la ventana.

Vi a mi padre.

¿Cuántas veces había visto este mismo escenario en mi infancia? ¿Cuántas veces vi a mi padre gritar a mi madre en ese mismo lugar cada vez que llegaba a casa de mal humor?

¿Cuántas veces deseé que sólo gritara y no hiciera cosas peores?

Di un paso atrás y me pasé las manos por el pelo mientras observé a Elia mirarme con miedo. Era la misma forma en que Madre había mirado siempre a mi padre. *Oh, Dios...*

—Lo siento —suspiré—. Es que... yo...

La vergüenza y la culpa me abrumaron. No podía verbalizar lo que necesitaba decirle.

—¿Qué hace falta para que por fin me creas, Aleksey? —dijo ella. El dolor nadaba en sus ojos—
¿Qué hace falta para que por fin confíes en que estoy de tu lado? ¿Que nunca te traicionaré?

—Lo sé —dije—. Lo siento.

—Hay algo más que deberías saber —dijo—. Él sabe dónde estamos.

La revelación fue como una descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo.

—¿Qué dices?

—La última foto que le envió a Lana era una en la que salgo en *esta* casa. Tenía una dirección. Y tenía un número. *Este* número —dijo—. Aleksey, el Bogatyr sabe dónde estamos.

—No, eso no es posible —sacudí la cabeza—. Eso no puede ser posible.

—Aleksey, ¿quién más conoce este número de teléfono? —dijo, su voz temblaba de nuevo.

—Nadie. Es un teléfono desechable.

—¿Quién compró el teléfono? —insistió ella.

Parpadeé.

—No lo recuerdo. Compramos tantos de estos que es imposible saberlo.

—Entonces tienes a alguien que te traiciona en la Bratva —se acercó un poco más a mí—, o alguien que se descuidó.

De repente, ambos nos quedamos en silencio al darnos cuenta de otra cosa. Si el Bogatyr sabía dónde estábamos, entonces eso significaba...

¡Alya! ¡Tío Misha!

Salí corriendo en dirección a la habitación de Alya, mientras Elia se dirigía a la del tío Misha. Cuando llegué a la habitación de Alya, la puerta estaba cerrada como de costumbre.

—Alya —llamé con urgencia.

No hubo respuesta.

El pánico me subió a la garganta. Volví a llamar.

—¡Alya! —golpeé la puerta, haciéndola sonar en su marco.

El silencio respondió.

La adrenalina recorrió mi cuerpo. Sin dudarlo, pateé la puerta. Tardé tres intentos en abrirla y entré corriendo en la habitación de mi hermana, con el corazón en un puño. Su habitación era un desastre. Había ropa y almohadas por todas partes. En el aire flotaba un fuerte olor a hierba. El suelo estaba lleno de colillas de porros.

Pero Alya no estaba por ninguna parte.

Unos pasos sonaron detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Elia corriendo hacia mí con el tío Misha pisándole los talones, pistola en mano.

—¿Dónde está ella? —demandó el Tío Misha.

—No está —dije con incredulidad.

Se levantó una suave brisa y vi la ventana abierta. Tío Misha y yo intercambiamos una mirada. Desenfundé mi pistola y me acerqué a la ventana, medio esperando encontrar a Alya y medio esperando que me tendieran una emboscada mientras el Tío Misha cubría mi aproximación.

Lo que encontré fue algo mucho peor.

Pegada al alféizar de la ventana había una foto de Alya durmiendo en su cama. La habitación estaba exactamente en las mismas condiciones que ahora. Hasta las colillas de los porros en el suelo.

Le di la vuelta a la foto.

Había una dirección y un mensaje.

¿Soy acaso guardián de mi hermano?

Capítulo 40

Aleksey

—¡Aleksey! Espera —protestó Elia mientras yo comprobaba mis armas y las guardaba en las fundas—. No hagas esto.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme aquí mientras el Bogatyr tiene a Alya? —dije—. Viste cómo mató a mi madre. ¡Va a hacerle a ella algo mucho peor!

—Pero, ¿cómo sabes que esto no es lo que él quiere que tú hagas? —me preguntó—. Ha incitado a los hombres de mi padre a actuar. Ha incitado a Lana a actuar. Ahora te va a incitar a ti. ¡Esto es una trampa!

—Lo es —admití—, pero, ¿qué otra opción tengo? La mayoría de nuestros hombres están impedidos por los hombres de tu padre. Boris está en el hospital. Tengo que ser yo, Elia.

—No, no tienes que ser —habló Tío Misha—. Yo puedo ir.

—El pleito del Bogatyr es conmigo, Tío —dije—. Viste el mensaje en el reverso.

—¡La pelea del Bogatyr es con nuestra *familia*, Alyosha! —me corrigió el Tío Misha—. No se dirige sólo a ti. Su objetivo somos todos nosotros. Estoy de acuerdo con Elia; esto es una trampa diseñada para que te vayas de su lado. Te lo estoy diciendo, Alyosha, ¡envíame a mí!

—No puedo, Tío —sacudí la cabeza. *¡Ninguno de ellos puede verlo!* —. Tengo que ser yo. *¡Eto moi prikaz!*

—¡No me jodas con tu orden, Alyosha! —gritó Tío Misha—. Fallé en proteger a Raissa Antonovna, ¡no le fallaré también a su hija!

—Tío —le dije—, aquí es donde te necesito. *Aquí*, no ahí fuera. Necesito que mantengas a Elia a salvo mientras yo voy a recuperar a Alya. No tendré más discusiones sobre esto. Ya tenemos poco tiempo.

—Por favor —suplicó Elia, agarrándome del brazo—. ¡Seguro que tiene que haber alguien más que no seas tú! Esto es una trampa.

En el fondo, sabía que ella tenía razón. Esto parecía una trampa. Pero cuanto más tiempo pasáramos discutiendo, más probable era que Alya ya estuviera muerta. Tío Misha no estaba en condiciones de perpetrar un rescate de un solo hombre.

Tenía que ser yo.

—No te preocupes por mí —le dije a Elia, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Volveré contigo. Te lo prometo.

—No le hagas promesas a una chica —se apartó de mí, poniendo distancia entre nosotros—, si sabes que no puedes cumplirla.

—Elia —la miré—, volveré.

Sin decir ni una palabra más, me alejé de ella, con el cuerpo y la mente pidiéndome que no me fuera.

Elia debió sentir lo mismo. Se agarró a mi brazo y tiró de mí hacia ella. Acorté la distancia y apreté mis labios contra los suyos. Su mano se dirigió a mi espalda y me apretó suavemente el hombro mientras yo profundizaba el beso.

No había lujuria ni deseo en el beso. Pero un río de emociones fluyó a través de nosotros. Su cuerpo se inclinó hacia mí y dejé que mi mano se aferrara a sus caderas, hundiendo los dedos en su suavidad. Mi corazón latía al ritmo del suyo y lo único que deseaba era sentirla a *ella* y no a la duda que me atormentaba.

Cuando nos separamos, le acaricié la cara con el pulgar. Esperaba que sus ojos estuvieran húmedos por las lágrimas. En cambio, estaban secos por el fuego de la determinación.

—Vuelve conmigo, Aleksey —me dijo—. No te atrevas a morir ahí fuera. No te atrevas a dejarme sola en este mundo, sin ti.

Mis labios volvieron a aferrarse a los suyos y me tragué su jadeo de sorpresa. No quería dejarla marchar. No quería hacer nada más ni estar en ningún otro sitio que no fuera con ella, aquí y ahora.

Pero ya había tomado una decisión. Así que rompí el beso, di un paso atrás y, antes de que tuviera la oportunidad de cambiar de opinión, me di la vuelta y salí por la puerta.

Me acerqué a mi chófer y le entregué una de mis pistolas.

—Ahora estás al servicio de mi mujer. Entra y ayuda a mi tío a mantenerla a salvo. Si alguien se mueve en la dirección equivocada en esta casa, quémalo.

—Por supuesto, Pakhan —respondió mi chófer mientras aceptaba el arma.

—Que no se te escape nada —le dije—. ¿Entendido? Nada.

—La mantendré a salvo.

Subí al coche y arranqué el motor. Elia estaba a salvo por ahora. Lo que tenía que hacer era concentrarme en llegar hasta Alya. Saqué mi teléfono y escribí en el GPS la dirección en la foto. Era una dirección en Washington Park.

Incómodamente cerca del frente de batalla entre Tarallo y Korolev. Pero también era conveniente

por otras razones. Llamé a Ruslan, uno de mis brigadistas que estaba en la zona.

Contestó al tercer timbrado.

—Disculpe la demora, Aleksey Fyodorovich. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ruslan Arkadiyevich, necesito que tengas preparados a tres hombres para que me acompañen en una misión especial —ordené—. Le darás una dirección y deben reunirse conmigo una manzana al norte.

—Puede llevarme algún tiempo —respondió Ruslán—. ¿Con qué propósito, Aleksey Fyodorovich?

—Deben ayudarme a rescatar a Alyona Fyodorovich.

El silencio al otro lado del teléfono fue más largo de lo que me gustaba. Pero el alivio me inundó cuando oí la respuesta de Ruslan.

—Así se hará, Aleksey Fyodorovich —dijo—. Tendré a dos hombres listos en cinco minutos, y personalmente estaré allí contigo para llevar esto a cabo.

—Bien. Ahora mismo envío la dirección.

Desconecté el teléfono y envié el mensaje. Un segundo después, Ruslan acusó recibo. Sujeté el teléfono a la consola del coche y salí del garaje en dirección a Washington Park. Rogaba desesperadamente por no llegar demasiado tarde.

Sólo cuando estaba a medio camino de mi destino recordé que había olvidado decirle a Elia que la amaba.

Capítulo 41

Elia

No podía volver a dormirme, aunque el cansancio asolaba mi cuerpo. Pensar que el Bogatyr había estado tan cerca me ponía nerviosa. Además del chófer que Aleksey dejó atrás, Mikhail también llamó a varios de sus guardias personales para que proporcionaran seguridad adicional a la casa.

Pero eso no me hizo sentir más segura. Ningún guardia había podido evitar que el Bogatyr se llevara a Alya, y no podía evitar la sensación de que Aleksey estaba cayendo en una trampa.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó Mikhail.

Lo miré, sin saber qué responder. La común amenaza borró parte de la inquietud que sentía a su alrededor, pero aún quedaba algo de ella.

—Un té estaría bien —asentí.

—¿Tienes alguna preferencia? —preguntó él.

Negué con la cabeza. Nunca me ha gustado mucho el té, prefiero el café como fuente de cafeína.

—Tengo un tarro de té verde que me regaló un socio chino —respondió Mikhail, suspirando—. Lo guardaba para una ocasión especial. Pero ésas parecen tan lejanas ahora. ¿No te parece?

Sí, pero no quería decirlo en voz alta. Porque si lo decía en voz alta, lo haría real.

—Té verde suena bien —dije.

—Voy a preparar una tetera entonces —sonrió Mikhail tristemente y se fue a la cocina, dejándome sola con mis pensamientos.

Volví a retorcerme las manos y me pregunté si Aleksey estaría cerca de encontrar a Alya o no. ¿Estaría ella bien? ¿Seguiría viva?

No, basta. Ella está viva. Tiene que estarlo, me dije.

Seguí repitiendo el escenario una y otra vez en mi cabeza. Sentía que me estaba perdiendo algo.

—Mikh... —empecé, y luego me corregí—. Misha.

—¿Sí, Elia? —salió de la cocina con dos tazas de té humeante en las manos.

—Los mensajes del Bogatyr —dije mientras aceptaba mi taza—. ¿Cuántos fueron?

Mikhail se sentó frente a mí y bebió un sorbo.

—Yo recibí dos. Alya recibió uno. Tu amiga recibió tres. Alyosha recibió uno. Y los hombres de tu padre, por lo que sabemos, también recibieron al menos uno.

—Y el que acabamos de recibir todos —dije—. Así que ya son nueve.

—¿Por qué lo preguntas? —me miró.

—Porque si el Bogatyr es tan meticuloso como todos pensamos que es, entonces tal vez estos mensajes están destinados a ser leídos juntos. O quizá tengan algún significado especial.

—Tal vez —Mikhail dejó la taza en la mesa y se frotó la barbilla—. O tal vez sean simplemente las amenazas de un loco destinadas a incitarnos a actuar, como has dicho antes.

—Tal vez —bajé la mirada hacia mi té—. ¿Pero y si no lo son? Quizás deberíamos anotar todos los mensajes juntos.

—Muy bien —respondió Mikhail.

Un momento después, habíamos escrito todos los mensajes que nos habían enviado.

Pecados del padre. Pecados del hijo. Volemos. Pronto. Ven y observa. Sálvame. Sálvame. Llámame. ¿Soy acaso guardián de mi hermano?

—Como sabes —Mikhail ladeó la cabeza mientras miraba todos los mensajes—, aparte de los dos últimos, casi se podría afirmar que es un mensaje.

—¿Y si no debíamos ver los dos últimos? —pregunté mientras se me venía una idea a la cabeza—. ¿Y si los dos últimos son simplemente el empujón final que el Bogatyr necesitaba para ponerlo todo en marcha? Como una máquina de canicas.

—Bueno, veamos cómo queda si tachamos las dos últimas líneas —dijo Mikhail, cogió un bolígrafo y trazó una línea nítida a través de ambas.

Mis ojos seguían desviándose hacia el centro del mensaje. *Volemos*. De repente, las palabras de Aleksey resonaron en mi oído. *Volemos juntos, Aleks, solos tú y yo*. Recordé los detalles del horror que se vio obligado a presenciar impotente a manos de su padre. De repente, un escalofrío me recorrió la espalda.

—Misha... —susurré—, creo que quienquiera que sea el Bogatyr, debe haber conocido a Svetlana.

—Alyosha pensó lo mismo —dijo él, mirándome fijamente—. Y te diré lo que le contesté a él. No puede ser. Svetlana está muerta. Su padre está muerto. No hay nadie más.

—¡Pero mira este mensaje! —señalé—. Aleksey me dijo que Svetlana le rogó que volara con

ella. Y está justo aquí, en el corazón de todo. *Volemos*. ¿A qué otra cosa podría referirse? Incluso aquí, las palabras finales de los mensajes. *Sálvame*. *Sálvame*. ¡Es una súplica! Si los hombres de mi padre fueron tan leales como para venir y empezar una guerra por mí, ¿no harían lo mismo los hombres de su padre?

Sentí que estábamos en algo. La respuesta estaba frustrantemente cerca. Como el agua que se escurre entre los dedos o un sueño a medio recordar.

De repente, me di cuenta de algo. *A los hombres no les importa eso*. Ningún hombre que engañe abiertamente a su mujer deja de pensar en ser descubierto. Justo entonces, el recuerdo de Aleksey preguntando si *yo era* el Bogatyr entró en mi cabeza, junto con un nuevo pensamiento.

Una posibilidad que ninguno de nosotros había considerado.

—¿Y si el Bogatyr no es un hombre? —pregunté lentamente.

—Eso es... —Mikhail inclinó la cabeza—, una posibilidad que no había considerado. ¿Cuál es tu razonamiento?

—Cuando Aleksey fue a Nueva York, el Bogatyr siguió enviando mensajes a Fyodor —dije—. Imágenes que pretendían avergonzarle por su infidelidad.

—Por como Fyodor avergonzaba a Raissa —me corrigió Mikhail.

—¡Exacto! —di un manotazo en la mesa—. Pero yo dudo que él sintiera vergüenza por haberla engañado.

—No —Mikhail apretó los puños con amargura—. Nunca lo hizo.

—Lo que significa que cualquier daño que el Bogatyr infligiera entonces —dije— nunca fue para Fyodor. El Bogatyr sabe cómo herir a una *mujer* de un modo que cale hondo, de un modo que cuestione su autoestima y su valor en este mundo. Y en mi experiencia, los que saben cómo hacerlo tienden a ser otras mujeres.

—Pero nunca ha habido una mujer que haya liderado ninguna organización criminal en esta ciudad —reflexionó Mikhail—. Incluso en tiempos de Capone.

Hice una pausa, poniendo en orden mis pensamientos mientras trataba de encontrar la palabra adecuada para formular mi última y agonizante pregunta.

Una pregunta que nunca tuvo la oportunidad de adornar mis labios.

Porque en ese momento, el mundo que nos rodeaba estalló en un abrupto caos cuando una ráfaga de disparos barrió el inmueble.

Capítulo 42

Aleksey

—Pakhan —saludaron Ruslan y sus hombres cuando me recibieron en el lugar previamente acordado, cerca de Washington Park.

Los cuatro estaban armados hasta los dientes. Ruslan tenía una escopeta y los tres hombres que le acompañaban llevaban rifles. Sabían lo que estaba en juego y no iban a correr ningún riesgo.

—Ruslan Arkadiyevich —asentí con la cabeza a manera de saludo, mientras salía del coche y apagaba el motor—. ¿Estáis listos?

—Lo estamos, Aleksey Fyodorovich —dijo, entregándome una metralleta y una linterna—. Hemos estado vigilando el objetivo. Nada se ha movido dentro o fuera de él desde que llamaste. Podría ser una trampa.

—Podría ser —probé la linterna y comprobé el arma—. Pero no abandonaré a mi hermana.

—La rescataremos, Aleksey Fyodorovich —dijo Ruslan—. El perímetro está despejado. ¿Cómo quieres hacerlo?

—Deja dos hombres afuera —dije—. Tú y uno más, venid conmigo. Si es una trampa, quiero nuestras salidas despejadas.

—Muy bien —dijo y señaló a dos de los hombres—. Vova, Kurbashy, ustedes quédense aquí afuera. Uno en cada esquina. Si veis algo que no seamos nosotros, disparad primero y preguntad después.

Los dos hombres asintieron, y corrieron a sus posiciones.

—Zhora, tú vienes con nosotros —dijo Ruslan al tercer hombre.

El tercer hombre asintió, y los tres nos deslizamos pegados a las paredes hacia la casa de una sola planta cuya dirección había recibido. La oscuridad nos rodeaba a medida que avanzábamos. Un pánico familiar se apoderó de mi pecho y recordé cuando le dispararon a Boris en el almacén. *¿Estaba a punto de cometer el mismo error dos veces?*

No, me dije. Esta vez estábamos mejor preparados.

Llegamos a la puerta y extendí la mano para abrirla. Pero Ruslan me detuvo.

—Permíteme, Aleksey Sergeyevich.

Parecía que yo no era el único que sospechaba de lo que estaba pasando. Zhora y yo nos apostamos a una esquina de la puerta mientras Ruslan le daba una fuerte y rápida patada.

En cuanto la puerta se abrió, entré corriendo, encendiendo la linterna y barriendo ambos lados con mi arma.

—¡Despejado! —susurré y entré en la habitación. Zhora y Ruslan entraron también rápidamente. El interior de la casa era un desastre. En una esquina había un sofá viejo y destartado. Había sillas esparcidas por todas partes. En el aire flotaba un ligero olor a moho y el polvo iluminaba los haces de nuestras linternas.

Dejé que mi arma bajara ligeramente. No parecía que hubiera nadie aquí dentro. No desde hacía mucho tiempo. El pánico volvió a subirme a la garganta. *¿Había caído en otra trampa? ¿Tenía razón Elia?*

Pasamos la entrada y llegamos al salón. Faltaba la puerta del dormitorio, y el interior parecía vacío.

—Zhora —ordenó Ruslan—. Echa un vistazo.

Sin mediar palabra, Zhora entró en el dormitorio, barriendo ambas esquinas con su arma antes de asentir que todo estaba despejado.

La casa estaba vacía. El sudor me salpicó la cabeza. *¿Me había perdido algo?* Una cosa era segura: no se trataba de una emboscada. Nadie había esperado tanto para una emboscada. Volví al salón y miré hacia fuera. Kurbashy estaba de pie en su rincón.

Definitivamente no era una emboscada.

—¿Alya? —llamé en voz baja.

Nada.

De repente, un sonido sordo se elevó. Los tres que estábamos dentro de la casa levantamos nuestras armas. El corazón me martilleaba la garganta mientras esperaba. Entonces volvió a sonar. Con las armas en alto, me acerqué lentamente a una estantería. Había algo en la estantería que no me encajaba. Acerqué la cara a ella y sentí una ligera brisa.

—Creo que hay algo detrás de esto.

Ruslan se acercó a la estantería y le dio un fuerte empujón. Efectivamente, sonó. Esta casa debía de ser una casa trampa. Los traficantes de todo Chicago solían tener habitaciones ocultas que utilizaban para esconderse de la policía cuando se producían redadas.

—La manija debe estar por aquí —murmuré, oteando los lados.

—Es más fácil atravesarla —dijo Ruslan y se encogió de hombros, encañonó su escopeta y disparó dos veces, a cada lado de la estantería.

Los tres lanzamos nuestro peso contra la estantería, ahora debilitada, y pronto cedió ante el sonido de la madera resquebrajándose.

Detrás había unas escaleras.

—¿Alya? —volví a llamar.

El mismo sonido apagado respondió. Pero esta vez mucho más fuerte. Trepé por los restos de la puerta oculta y bajé corriendo. Ruslan y sus hombres me siguieron. Cuando llegué abajo y alumbré con mi linterna hacia delante.

Alya estaba atada a una silla. Tenía las muñecas y los tobillos atados a una silla, pero por lo demás estaba ilesa. Tenía la boca tapada con cinta adhesiva y se le saltaron las lágrimas al verme.

Sentí que podía desmayarme en cualquier momento, ya que la adrenalina fue sustituida por el alivio. Se me doblaron ligeramente las rodillas. Obligando a mis piernas a moverse, me acerqué y le quité la cinta que cubría su boca.

—¡Alyosha! —sollozó—. ¡Oh, gracias a Dios!

—Eh, eh. No pasa nada. Ya te tengo —dije mientras se me llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza. Di otro suspiro de alivio mientras comprobaba rápidamente si había alguna trampa en la silla. Pero estaba limpia. Chasquéé los dedos y Ruslan me entregó un cuchillo. Unos segundos después, corté las bridas que mantenían a Alya atada a la silla.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras ella se frotaba las muñecas.

—No lo sé. En un momento estaba dormida y al siguiente me desperté aquí —sacudió la cabeza—. Deben haberme drogado.

—¿Viste a alguien? —pregunté—. ¿Oíste algo?

—Nada —negó Alya con la cabeza—. Solo me desperté aquí.

Bueno, eso era desafortunado. Pero al menos esta parte del plan había salido bien.

—De acuerdo —dije—. Salgamos de aquí.

Ella asintió con entusiasmo y se puso de pie, tambaleándose al hacerlo. Tenía las manos frías. Mientras la ayudaba a levantarse, noté que algo se deslizaba de la silla al suelo. Le confié Alya a Ruslan y me agaché.

Era una fotografía de Alya, la misma que habían dejado en el alféizar de la ventana cuando descubrimos que no estaba.

La agarré y le di la vuelta. El mensaje del reverso se burlaba de mí.

Deberías haberte quedado.

Justo entonces, sonó mi teléfono. Era Elia.

Capítulo 43

Elia

Me agaché en el suelo cuando las balas hicieron añicos las ventanas. Mikhail también se tiró al suelo, pistola en mano. Durante un breve instante, estuvimos en un mundo de ruido. Se oían disparos por todas partes.

De repente, la puerta principal se abrió de golpe. El conductor que Aleksey había dejado cuidándonos se tambaleó, agarrándose el costado, y se desplomó inmóvil en el suelo.

Detrás de él entró un hombre con pasamontañas y un rifle en la mano. Nuestras miradas se cruzaron y me apuntó con el rifle. No tuve tiempo ni de gritar cuando oí el estruendo de un disparo.

El hombre cayó al suelo. Me di la vuelta y vi el humo que salía del cañón del arma de Mikhail.

—¡Tenemos que irnos ya! —me cogió de la mano y me levantó del suelo.

A nuestro alrededor se oyeron más disparos. Siguieron gritos de hombres. Unos cristales se hicieron añicos en algún lugar de la casa y escuché a Mikhail maldecir en ruso mientras se daba la vuelta y disparaba dos veces más.

—¿Sabes disparar? —dijo, volviéndose hacia mí.

—Sí —asentí con la cabeza.

—Bien —dijo, mientras me entregaba su pistola—. Voy a coger ese rifle. Cúbreme.

En cuanto me dio la pistola, corrió hacia el cuerpo en la puerta. Estuve a punto de gritarle que volviera, que no me abandonara. Pero me armé de valor y me obligué a respirar con calma.

Los Tarallos somos fuertes.

Se oyeron voces en dirección a mi dormitorio. Me giré justo a tiempo para ver cómo se abría la puerta. Sin dudar, disparé dos tiros. Un hombre maldijo y se escondió detrás de la puerta.

Mikhail tuvo tiempo suficiente para coger el rifle del muerto y llevárselo al hombro. Me hizo una seña con la mano y me arrastré hacia él mientras efectuaba dos disparos.

Cuando eché un vistazo tras de mí, vi una mancha de sangre en el marco de la puerta.

Mi mente se llenó de preguntas. ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Pertenecían al Bogatyr o eran hombres Tarallo?

No podían serlo, no por la forma en que el primer hombre me había apuntado con el rifle. Estaba dispuesto a matarme. Tenía pocas dudas de que los otros hombres lo dudarían.

—¡Elia! —gritó Mikhail—. Tienes que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Asentí y corrí hacia él, asegurándome de agarrar en el trayecto el teléfono desechable que me había dado Aleksey. *Por si acaso.*

Otra ráfaga de disparos llegó, levantando polvo y yeso de las paredes mientras pisábamos los cadáveres del exterior.

—¡No dejéis que se escapen! —gritó alguien.

Las balas chasqueaban sobre nuestras cabezas. Corrí agachada hacia Mikhail, que levantaba periódicamente el rifle y disparaba una ráfaga tras otra con una precisión practicada.

Alguien gritó de dolor y las balas dejaron de chasquear sobre nosotros. Pero el sonido de los disparos seguía llegando desde la distancia. Probablemente había más hombres viniendo.

Había un coche aparcado fuera de la mansión, con las luces encendidas. Murmurando una rápida oración de gratitud a quienquiera que estuviera escuchando, me moví para llegar hasta él. Pero Mikhail me puso la mano en el hombro justo cuando me levantaba para hacerlo.

Sólo cuando me di la vuelta me di cuenta de que él estaba sangrando.

—Misha —suspiré—, estás herido...

—Lo estoy —asintió—. Por eso no puedo ir contigo. No hay mucho tiempo. Sal de aquí mientras puedas.

—¿Y qué hay de ti?

—No importa lo que me pase —dijo, haciendo una mueca mientras se llevaba la mano al costado. Había una cantidad aterradora de sangre brotando de él.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No, no lo harás!

—Debo hacerlo —me dijo—. Vete, Elia Ludovicovna. Eres mucho más importante que yo. Y si muero para que tú puedas vivir... considéralo como pago por los pecados que he cometido contra ti y tu familia.

—¡No! —sacudí la cabeza—. ¡Vendrás conmigo! Lo vas a conseguir.

—No, no lo haré —sonrió—. Si muero, volveré a ver a mi amada Raissa. Ahora vete.

Me fui hacia él para abrazarle. Su cuerpo estaba frío y el abrazo que me devolvió fue débil.

—Gracias Tío Misha —dije.

Sonrió cuando me aparté, con la cara cada vez más pálida.

—Ahora vete —dijo—. No queda mucho tiempo. Vendrán de nuevo.

Asentí, salí corriendo por la puerta, me dirigí al asiento del conductor y puse el coche en marcha. Le eché una última mirada al Tío Misha y me marché.

A medida que la mansión se hacía más y más pequeña, vi a lo lejos los destellos reveladores de más disparos en la casa.

Mis temblorosos dedos buscaron el teléfono desechable y llamaron al único número que había.

Capítulo 44

Mikhail

Estaba muriendo.

Temblando, entré desplomado en la casa. Incluso con el dedo en la herida de bala de mi costado, la sangre seguía goteando. Las dos tazas de té que había preparado estaban intactas sobre la mesa, a pesar de que el resto de la mansión había quedado sumida en el caos más absoluto. No pude evitar sonreír ante la ironía.

Cogí la taza y me la bebí de un trago, agradeciendo el calor que se desvaneció casi tan pronto como llegó. Tiré a un lado el rifle vacío. Ya no me servía de nada.

Deseaba desesperadamente volver a la habitación que había compartido con mi querida Raissa, pero aquellos pocos pasos bien podrían haber sido un millón de kilómetros. Así que recurrí a desplomarme en mi silla y esperar a que lo que fuera y quien fuera se abriera paso hasta mí.

Los segundos pasaron como horas, hasta que escuché el revelador sonido de pasos entrando en la mansión. Cerré los ojos y vi el rostro de Raissa aparecer en mi conciencia desvanecida.

—Mikhail Yevgenievich Korolev —sonó una voz ronca—. Ver para creer.

Abrí los ojos. No era la voz de un hombre, sino la de una mujer. Lentamente, giré la cabeza hacia la fuente de la voz y, de haber tenido fuerzas, habría retrocedido.

Un monstruoso rostro me miraba fijamente. Y en mi momento de delirio inducido por la pérdida de sangre, podría haber creído que estaba en el infierno y mirando la cara del diablo. Pero lentamente, reconocí a quién estaba mirando.

Svetlana.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y empecé a reír. Pero sonó más como una tos.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó ella en voz baja.

—Debí haberlo sabido —susurré—. Debí haberlo visto. Pero no lo vi.

—No —dijo mientras sacaba un cuchillo de su abrigo. El plateado filo brilló en la oscuridad—. No lo viste.

—Pero Elia sí —cerré los ojos. Oh, esa brillante esposa de mi sobrino. La había subestimado. Alyosha la había subestimado. El mundo la había subestimado. Donde todos nosotros habíamos ignorado voluntariamente lo obvio, ella era la única que había logrado reconstruirlo.

—¿Y dónde está la guapa mujercita de Alyosha? —preguntó Svetlana ladeando la cabeza con curiosidad.

Volví a abrir los ojos. Svetlana estaba arrodillada frente a mí, con la cara tan cerca que pude observar cada centímetro de dolor que los hombres de Fyodor le habían infligido aquella noche.

—Nunca llegarás hasta ella —dije.

Los labios de Svetlana se curvaron en una horrible sonrisa.

—¿Eso crees?

Intenté incorporarme, pero no pude. ¿Mi cuerpo siempre pesaba tanto? La frialdad me caló hasta los huesos y me invadió una extraña sensación de paz.

De repente, recordé cuando me arrodillé frente al moribundo Ludovico, burlándome de él mientras la vida se le escapaba. Quise volver a reír, pero me costó respirar.

Qué jodido desastre. Así es como debiste sentirte, Ludovico, pensé. Me pregunto a quién veré primero en el infierno. ¿A ti o a mi hermano?

—Bueno, no importa —negó Svetlana con la cabeza—. Ella pronto estará en mis manos y tendré mi venganza.

—Tu odio —logré jadear—, es por mi hermano. Por mí. No por ella.

—No, viejo tonto —dijo Svetlana, sacudiendo la cabeza—. Mi odio es para *todos* los Korolev. Tu sobrina. Tu sobrino. La linda mujercita que yo misma metí en su cama —agregó y su nudosa mano me agarró por la oreja—. Y el niño en su vientre que debería haber sido mío.

Una última descarga de adrenalina me recorrió al oír la amenaza de Svetlana contra el hijo de Elia y Aleksey. Levanté la mano para agarrarla por la garganta, pero sólo llegué a la mitad cuando sentí la fría punta del cuchillo clavarse en mi cuello.

La frialdad se apoderó completamente de mí mientras mi vida se derramaba. Pero Svetlana no había terminado de hablar. Me contó todos los detalles de su plan de una década. Me contó cómo había diseñado cada detalle. Cómo provocó que Aleksey saliera esta noche. Pero lo más importante, me contó todo lo que estaba por venir. De las trampas que había tendido.

¡Alyosha! ¡Elia! grité en silencio en el vacío mientras frías lágrimas brotaban de mis ojos.
¡Corred!

La oscuridad se apoderó de mí. Pero en lugar del rostro de mi amada Raissa, fue el desfigurado rostro de Svetlana y la sonrisa retorcida de sus labios destrozados lo que me recibió en la muerte.

Capítulo 45
Aleksey

—¿Elia? —contesté al teléfono con voz temblorosa.

—¡Aleksey! —gritó al otro lado, con un claro tono de pánico—. ¿Dónde estás?

—Ya tengo a Alya —respondí—. ¿Qué ocurre?

Se quedó callada un momento y sentí que se me hundía el corazón. Sabía lo que iba a ocurrir.
¿Por qué si no me iba a llamar ahora? ¿Por qué si no sonaba así?

—Vinieron a la mansión —dijo al fin—. Tu tío se quedó para darme tiempo. Está malherido.

Se me heló la sangre.

—¿Estás bien?

—Lo estoy —respondió—. Pero Aleksey, no sé adónde ir.

Pensé un momento. ¿Cuál sería el lugar más seguro al que podríamos ir ahora? Si el Bogatyr y los hombres Tarallo nos perseguían, el pent-house era el lugar más peligroso de todo Chicago. Entonces se me ocurrió una respuesta desagradable. Teníamos que ir a un lugar público. Algún lugar que todas las partes estuvieran de acuerdo en que era terreno neutral.

Asumiendo que el Bogatyr jugara con las reglas tácitas con las que todas las organizaciones juegan.

—El Instituto de Arte de Chicago —dije—. Es el lugar más seguro en este momento.

—Aleksey, no sé cómo llegar allí —tembló la voz de Elia. Nunca había sonado tan perdida y derrotada.

Mierda. Tendría que haberla llevado más a menudo a las diferentes partes de Chicago en lugar de mantenerla encerrada en el pent-house cuando nos casamos. Nunca preví algo así. Nunca preví que estaría sola en algún lugar sin mí.

—Elia —dije—. Necesito que encuentres el cruce de calles más cercano y me digas cuál es. Haré que otra persona te dirija al instituto de arte.

La puse en manos libres y le chasqueé los dedos a Ruslan.

—Saca el teléfono —le ordené a él—. La ayudarás a ella a ubicarse.

Media hora más tarde, nos encontramos en la entrada principal del instituto de arte. Me abalancé sobre Elia en cuanto la vi y la cogí en brazos. Se estremeció al abrazarme y tardé un momento en darme cuenta de que yo también temblaba.

Cuando nos separamos, vi la mancha de sangre en su hombro.

—¿Estás herida? —pregunté, con la preocupación subiendo por mi garganta.

Ella negó con la cabeza.

—No es mi sangre.

—¿Tío Misha?

Asintió con la cabeza, con lágrimas en los ojos. Volví a atraerla hacia mí y le besé la frente. Cuando me dijo que el Tío Misha se había quedado para ganar tiempo, ya me esperaba lo peor. Pero ver su sangre sobre ella me hizo comprender la horrible realidad de lo que había ocurrido.

—Pakhan —me llamó Ruslan—. Tenemos que irnos. Este lugar no es seguro.

—¿Dónde está la casa segura más cercana? —pregunté.

—Cerca de los muelles —me respondió—. Pero ya no puedo garantizar que sea seguro.

Asentí. Era cierto. Ya no había ningún lugar que pudiéramos decir que era seguro. No después de lo que sucedió. Pero seguro era mucho mejor que esto.

—Vámonos —dije—. Estamos perdiendo el tiempo.

Ruslan asintió y se sentó al volante. Yo subí atrás con Elia y Alya. El coche arrancó en cuanto se cerraron las puertas. La mano de Elia encontró la mía y apoyó la cabeza en mi hombro, con lágrimas que caían silenciosamente por su rostro mientras procesaba lo que acababa de ocurrir. Me volví para mirar a mi hermana, pero estaba vuelta hacia la ventana, viendo la ciudad pasar a nuestro lado.

Los muros se cerraban a nuestro alrededor. Y ahora mismo, todo lo que me quedaba en este mundo estaba en este coche conmigo. Así que agarré a Elia con fuerza, acercándola a mí hasta que su respiración se mezcló con la mía.

No la escuché y pagué el precio por ello.

Ahora, haría falta un acto de Dios para apartarme de su lado.

Capítulo 46

Elia

Esa noche yo ya estaba acostada cuando Aleksey entró en el dormitorio del piso franco. Ni siquiera tuve que mirar para saber que era él. Reconocí sus pisadas, los movimientos con los que ya me había familiarizado, mientras se acomodaba para pasar la noche.

Lo vi quitarse las armas y guardarlas en el lugar que les correspondía antes de descalzarse y empezar a quitarse la ropa. Mi corazón empezó a latir con fuerza en mis oídos cuando oí la hebilla de su cinturón golpear el suelo, sabiendo que ahora mismo estaría desnudo.

Ahora más que nunca, mi cuerpo palpitaba por su tacto, deseando nada más que nos sacara de esta locura en la que se habían convertido nuestras vidas.

Aun así, mantuve la respiración uniforme, fingiendo dormir. La cama se hundió bajo su peso cuando se acomodó a mi lado. Durante unos instantes, él permaneció tumbado y yo fingí estar dormida, con el corazón encogido. Quería luchar contra el interminable mar de emociones por lo que había pasado hoy. Quería decirle lo que intenté decirle a Mikhail antes de que nos interrumpieran.

Pero no podía cargar más preocupaciones sobre sus hombros.

Cuando Aleksey me rodeó la cintura con el brazo y me estrechó contra su pecho cálido y firme, sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Incluso después de todo, me abrazaba como si pudiera perderme en cualquier momento.

Me aterrorizaba lo que pudiera pasar si me dormía. Parecía que todos venían a por Aleksey, y yo era la única persona que se interponía entre ellos y él. En ese momento, yo había elegido mi bando.

Y por extensión, mi destino.

Sentí los labios de Aleksey en mi cuello, su mano apoyada contra mi estómago, pero no se paseó como acostumbraba, su boca susurró algo contra mi piel antes de retroceder justo un poco.

No sé cuánto tiempo estuve allí tumbada, esperando a que su respiración se volviera uniforme antes de permitirme respirar.

Sabía lo que intentaba decirme, que nunca permitiría que me ocurriera nada malo. Que destrozaría cada centímetro de esta ciudad para asegurarse de que yo estuviera a salvo. Pero yo había renunciado a toda ilusión de seguridad.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—¿Y ahora qué? —dije.

Aleksey me miró de un modo peculiar.

—¿Eso es todo lo que tienes para decir?

—Sabes que podría decir más —respondí—. Pero ahora sólo quiero saber qué vamos a hacer.

Su mandíbula se apretó.

—Necesito una ducha.

No era lo que yo quería que dijera, pero tampoco fue totalmente inesperado. Era su forma de decir que no me quería involucrada, pero ya lo estaba. Lo había estado desde el día en que se casó conmigo.

—De acuerdo. Vamos.

Aleksey me miró, pero no me impidió cogerle de la mano y conducirlo al cuarto de baño para que se duchara. Me giré hacia él, ignorando las motas de sangre que salpicaban su pecho.

—¿Estás bien? —pregunté suavemente.

—Estoy bien —dijo con voz ronca—. Pero estoy preocupado por ti —su mano se dirigió al pequeño bulto de mi vientre—. Y por nuestro bebé.

—Los dos estamos bien. Te lo juro —dije, y él esbozo una pequeña sonrisa—. Entonces, puedo atenderte —dije, tocando su pecho.

Su mano me agarró ligeramente de la barbilla y me obligó a mirarle fijamente.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja, con el pulgar rozándome la piel—. ¿O lo dices solo para que me sienta mejor, Elia?

—Estoy segura —dije, mis nervios se calentaron con su simple contacto—. Ambos lo necesitamos.

El calor se encendió en sus ojos cuando apretó su mano contra mí, y mi propio pulso retumbó en mis oídos. Era exactamente lo que intentaba hacer, y si era la única forma de que me dejara entrar, lo aceptaría.

Aleksey se movió ligeramente cuando mi mano recorrió los firmes contornos de sus muslos, su polla sobresaliendo de su cuerpo. Se me cortó la respiración y se me sonrosaron las mejillas, pero no me atreví a tocarlo todavía, sino que me aparté.

—Dúchate —murmuré, señalando hacia la puerta.

Extendió la mano y me acarició la cadera.

Se me ablandó el corazón y me quité rápidamente la poca ropa que llevaba puesta mientras Aleksey entraba en la ducha.

Me temblaban las manos cuando me uní a él. El vapor del agua caliente se arremolinaba a nuestro alrededor. Aleksey no perdió el tiempo y me estrechó contra su cuerpo firme y resbaladizo, con su polla presionándome el estómago. Una mano se enredó en mi pelo y la otra rodeó mi cintura antes de que sus labios chocaran contra los míos, ahogándome en un beso caliente y hambriento.

Correspondí a su beso con uno propio, dejando que por una vez volcara sus emociones en mí. Fuera lo que pasara, quería ser el conducto que él usara para desahogarse.

Quería cargar con todo el dolor por él.

Mis manos se enredaron en su pelo, empujándole mientras su lengua y sus labios devoraban los míos hasta que jadeé contra su boca. Cuando su mano bajó hasta mi culo, me arqueé contra él y rompí el beso.

—Aleksey —gemí, sintiendo cómo me chupaba el cuello.

—Eres mía —dijo bruscamente, con los dientes mordisqueándome la piel—. Toda mía.

—Sí —jadeé, preguntándome cómo podía hacerme sentir así—. Soy tuya.

—Me equivoqué —su mano apretó mi culo—. Debí haberte escuchado. Debí haberte escuchado desde el principio.

—Aleksey.

El corazón me dio un vuelco y, en ese momento, agradecí el calor de la ducha. Mis mejillas se sonrojaron más que antes mientras algo oscuro y hambriento se deslizaba por todo mi cuerpo. Lentamente, apreté un beso contra su cuerpo lleno de cicatrices. Su mano siguió acariciándome, sin exigirme ni insistir. Lo único que oía de él era su respiración entrecortada que me decía que quería que le ayudara a olvidar lo que acababa de pasar.

¿Estaba mal querer hacerlo yo también?

Me aparté y lo metí suavemente en el chorro de agua caliente, observando con ojo atento cómo los chorros se deslizaban por su cuerpo. Sus músculos estaban muy definidos, desde el ancho pecho hasta la tensa pared abdominal que se flexionaba bajo mi escrutinio.

—Cuando me miras así —me dijo con voz ronca, pasando un dedo por debajo de mi barbilla para obligarme a mirarle—. Podría follarte hasta que los dos no pudiéramos ver bien.

Me flaquearon las rodillas al pensarlo.

—¿Es una promesa? —desafié con valentía.

Los labios de Aleksey se torcieron hacia un lado.

—¿Quieres que lo sea, Elia?

Dios, la forma en que pronunció mi nombre fue como un largo y sensual lametón en mi espalda. La piel se me puso de gallina a pesar del calor. En lugar de responder, di un paso adelante y rocé con los labios su plano pezón, tirando con los dientes hasta que oí cómo siseaba por encima de mí. A Aleksey le gustaba el dolor, y aquí, en este capullo de agua caliente, se lo daría.

Quería que mi dolor fuera dulce, que mereciera la pena el esfuerzo que él pondría en nuestra relación. Nunca podría hacerle daño intencionadamente, no como el que le habían hecho en el pasado.

Mis manos se deslizaron por su cuerpo, mis uñas rozando el abdomen que había estado admirando, y cuando tomé su longitud en mi mano, saltó.

—¿Ansioso? —murmuré contra su piel. Mi mano recorrió los familiares contornos de su polla mientras su resbaladizo líquido cubría mis dedos.

La mano de Aleksey se aferró a mi pelo, tirando suavemente.

—No tienes ni idea.

Se me escapó una suave carcajada mientras me arrodillaba y se me hacía la boca agua al ver cómo su polla sobresalía hacia mí. Algunos habrían pensado que arrodillarse así ante su marido era un signo de sumisión. Demonios, yo lo pensé una vez cuando me exigió que me arrodillara ante él el día de nuestra boda.

¿Pero ahora? Ahora me daba cuenta de que aquí había poder. Aquí, aunque estaba de rodillas, era yo quien tenía el control, no él. Él era vulnerable a mis caricias, y yo tenía el poder de terminar o prolongar su placer a mi voluntad.

Y si realmente lo deseaba, también podía *ponerlo* de rodillas.

Incapaz de esperar más, lo devoré, sintiendo sus manos en mi pelo mientras guiaba mi boca sobre su dura longitud.

—Joder —le oí decir por encima de mí—. Oh, por Dios, Elia.

Le recompensé con un zumbido, haciendo vibrar las zonas sensibles y dándole algo más por lo que gemir. Recorrí repetidamente su gruesa vena con mi lengua, trabajándola poco a poco mientras mi propio cuerpo se humedecía de necesidad. Cuando intentó apartarse, no lo dejé. Continué, diciéndole en silencio que no había terminado. Ni mucho menos.

Quería saborearlo con mi lengua. Quería que se dejara llevar, que me lo diera todo. Lo nuestro tenía que ser tira y afloja. Teníamos que compartir a partes iguales las frustraciones, las victorias y las derrotas del otro.

Quería que supiera que podía perder el control conmigo ahora mismo y seguir estando a salvo.

Con un rugido, se corrió con fuerza y rapidez, sus manos tirando de mi pelo mientras se consumía en mi boca. No me aparté, tragando cada gota tan rápido como pude hasta que no quedó nada. Con cuidado, aparté la boca, con el corazón latiéndome deprisa en el pecho y el zumbido que me recorría el cuerpo.

—Luces orgullosa de ti misma —me dijo.

Levanté la vista y me encontré con la brumosa mirada de Aleksey.

—Eso es quedarse corto.

Me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie.

—Dios —dijo, acercándose bajo el chorro caliente de la ducha—. Lo que me haces, joder.

Me deleité en el cerco de sus brazos, deseando que pudiéramos quedarnos así el resto de nuestras vidas y olvidar el mundo que nos esperaba. Sentí sus labios rozar mi sien antes de que se apartara.

—Venga. Aprovechemos el agua antes de que se enfríe.

Así que nos lavamos rápidamente y salimos a secarnos. Aleksey me arrebató la toalla antes de que pudiera cogerla, con una mirada lobuna en la cara que me decía que no había terminado.

—Permíteme.

Extendí los brazos y él me secó suavemente con la toalla, prestando especial atención a mis pechos y entre mis piernas antes de que sus manos tropezaran con mi vientre ligeramente redondeado. Murmuró mientras acariciaba mis curvas. Su tacto era suave, pero no podía ocultar la posesión que vibraba tras cada caricia.

La suavidad de su voz me hizo llorar. Había bajado la guardia conmigo. Había abierto su corazón y me había dejado entrar.

Aleksey se aclaró la garganta, dejó caer la toalla y me abrazó.

—¿Qué haces? —chillé, cuando me cargo y salió del baño.

—Te llevo a la cama —respondió antes de depositarme en el centro de la cama. Jadeé, mis

piernas se enredaron en las sábanas, pero Aleksey estuvo allí en un instante, su cuerpo me aprisionó.

—No irás a ninguna parte —respondió con un brillo en los ojos—. Es mi turno.

Mi cuerpo se volvió de gelatina de inmediato y observé cómo me daba un beso en el pecho.

—Aleksey —jadeé. Un ligero toque entre mis piernas y sentí que estaba a punto de explotar.

—¿Qué pasa? —dijo él contra mi piel, moviéndose hacia el otro pecho—. ¿Quieres que me dé prisa?

No sabía qué quería que él hiciera, pero lo más importante era que no quería que parara. Nunca quise que dejara de tocarme, de besarme, de amarme.

Y yo le amaba.

Le amaba con tal pasión que me dolía el corazón. Todo lo que hacía era por él y por ese amor que intentaba proteger.

—Ámame —supliqué, y las palabras se me escaparon antes de que pudiera retractarme.

Aleksey levantó la cabeza, con los ojos desorbitados, y me mordí el interior de la mejilla.

—Aleksey —dije a la fuerza—. ¿A qué esperas?

Sacudí la cabeza, como si estuviera volviendo al presente.

—Te estoy memorizando —dijo entrecortadamente—. Para no olvidar ni un momento de nuestro tiempo juntos.

Mi corazón se derritió. En mi mente se arremolinaban emociones que luchaban entre sí. Actuaba como si no fuera a volver a verme. Como si fuera la última vez que estuviéramos juntos.

Se estaba preparando para el momento en que podría morir.

No era una declaración de amor, pero no tenía por qué serlo. Era todo lo que los dos podíamos entender después de haber perdido tanto y tan rápido. Me había protegido de la única manera que sabía.

¿Cómo podía ser eso otra cosa más que amor?

Así que no le detuve cuando continuó su camino hacia abajo. Cerré mis ojos y grabé en mi mente todo lo que me estaba haciendo, todo lo que estaba sintiendo.

El amor no existía como palabra entre nosotros.

El amor era algo más profundo.

Algo que se sentía.

Y cuando sus dedos separaron mis labios vaginales mientras su boca presionaba mi húmedo y dolorido centro, sentí que mis ojos se ponían en blanco mientras un gemido brotaba de un lugar que sólo él podía tocar.

Un lugar donde me había robado el corazón y devorado el alma.

Capítulo 47

Aleksey

El cuerpo de Elia se estremeció cuando mi lengua presionó su coño, pero, aparte de un gemido que se escapó de sus labios, permaneció en silencio. En el pasado, había estado ansiosa por demostrarme lo mucho que le gustaba que me la comiera. Pero sabía que no estábamos solos.

No es que a mí me importara. Lo único que quería era devorarla, saborearla en mis labios y saber que seguía siendo mía. La miré fijamente y vi que me miraba. Tenía las mejillas sonrojadas. La lujuria goteaba de sus ojos. Sus labios estaban entreabiertos y su respiración se hacía más agitada con cada pasada de mi lengua.

Alcé la mano para acariciar sus sensibles pechos mientras reanudaba mi tarea, arrancándole otro suspiro embriagador que me hizo estremecer desde mi espalda hasta mi polla. Con avidez, sorbí cada gota de su néctar con un largo movimiento de lengua. Mis labios se cerraron en torno al tenso botón de su clítoris y lo chupé. Su cabeza se inclinó hacia atrás y otro gemido escapó de sus labios. Mi polla se endureció y sentí otra gota de semen en la punta.

Mi mano subió, pasó por sus pechos, por su cuello, hasta que un dedo se deslizó en su boca. Obedientemente, lo rodeó con los labios y chupó mientras jadeaba de placer.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y sentí que tiraba de mí para acercarme más a su cuerpo. Su almizcle me llegó hasta la nariz. Era todo lo que deseaba en aquel momento.

—Aleksey —susurró, apenas pudo respirar un segundo, antes de volver a repetir mi nombre. Cada vez, la fachada de su control se desvanecía un poco más.

Sentí su humedad resbalando por mi barbilla mientras mi lengua recorría los contornos familiares de su sexo. Sus piernas temblaron y se tensaron alrededor de mi cabeza mientras sus caderas se agitaban contra mi boca. Retiré mis manos y la acerqué más a mí. Finalmente, una nota larga y sostenida, trémula y ligera, salió de su garganta cuando se corrió.

Sus caderas se levantaron de la cama, pero me negué a soltarla.

Y cuando por fin lo hice, nuestros ojos se cruzaron y ella parecía exhausta y abrumada. Sus ojos bajaron por mi cuerpo hasta la dura polla que la apuntaba como una espada. Sin decir nada más, volvió a abrir las piernas. Su coño brilló en la penumbra cuando apreté la punta contra su abertura.

Jadeó, pero no apartó la mirada. Sus ojos me suplicaban que fuera más rápido. Obediente, penetré más profundamente en su interior y ella echó la cabeza contra la almohada en señal de placer. Me retiré un momento y volví a penetrarla, esta vez un poco más profundo.

Abrió la boca y de sus labios escapó otro gemido que me produjo un escalofrío. Levantó los brazos, me acarició la espalda y tiró de mí hacia ella. Empecé a empujar con más fuerza y rapidez, saboreando cómo se sentía a mi alrededor.

Esto era todo lo que los dos queríamos. Era todo lo que ambos necesitábamos. Me atrajo hacia ella hasta que nuestros labios se encontraron. Su lengua entró en mi boca. Sus piernas se cerraron detrás de mí, empujándome más dentro de ella. Sentí que llegaba a otro punto de ruptura y, antes de que pudiera detenerme, empecé a correrme.

Ella no rompió el beso, pero devoró mis gemidos como yo había devorado los suyos una y otra vez. La sangre me golpeaba los oídos, pero no me detuve. Nuestras manos se encontraron y las sujeté a sus costados mientras la penetraba con fuerza hasta que me corrí de nuevo.

Cuando solté sus manos, me acarició la cara mientras permanecíamos tumbados. Sus piernas seguían rodeando mi cintura y su mano libre dibujaba círculos a lo largo de mi brazo. Pero ella no había terminado, y yo tampoco.

Horas más tarde, me quedé tumbado mientras el sol de la mañana disipaba la oscuridad de la noche y escuchaba la respiración uniforme de Elia a mi lado. La había agotado y ella me había agotado. Nuestro acoplamiento había sido menos hacer el amor y más un recordatorio de que ambos seguíamos vivos.

Y ahora me costaba conciliar el sueño. Mi mente volvía una y otra vez al momento en que ella me había suplicado que la amara y yo no le había respondido con las palabras que sabía que quería oír. Que la amaba. Yo la amaba más que a nada en este mundo. La mera idea de que la arrancarían de mis brazos ahora mismo era impensable. Los sentimientos que sentía por ella me consumían.

Y también me aterrorizaban.

Había algo que ella me estaba ocultando. Algo que no quería que yo supiera. Y algo me decía que tenía que ver con el Tío Misha y lo que había pasado en la mansión.

Mi mano apretó su cintura y ella murmuró algo en sueños, acercándose más a mi calor. No era solo a ella a quien intentaba proteger. Era su futuro, mi futuro, el futuro de nuestro hijo lo que estaba en juego.

Exhalando un suspiro, traté de pensar en mis próximos pasos ahora que todo parecía haber cambiado tan repentinamente en mi contra. Con el Tío Misha muerto, Boris en el hospital y la mayoría de mis hombres inmovilizados en los suburbios luchando contra los hombres de Tarallo, tenía poco margen de maniobra.

Y aún quedaba el Bogatyr.

Él había cruzado la línea esta noche yendo a por mi hermana sólo para poder apartarme y atacar a Elia en la mansión. Nunca me había enfrentado a un enemigo tan implacable, tan persistente y tan taimado como el Bogatyr. Era casi como si pudiera predecir cada uno de mis movimientos

antes que yo.

Tenía que ser inteligente con mis opciones.

Miré a mi esposa dormida. Deseaba que estuviera despierta y que no tuviera miedo de contarme lo que le rondaba por la cabeza. La necesitaba más que nunca y ella se estaba conteniendo. Sabía que lo hacía para protegerme.

Consideré brevemente la posibilidad de despertarla y estuve a punto de apretar los labios contra su hombro antes de retroceder.

No, pensé. Lo que sea que tenga que preguntarle puede esperar. Acababa de traerla de vuelta sana y salva. Tenía que darle el espacio que necesitaba para relajarse y reponerse. Recordé la promesa que le había hecho: que el Bogatyr sería el último.

Esa promesa se había hecho añicos como el cristal, y aunque pudiera recomponer los pedazos, nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 48

Aleksey

Al día siguiente, no salí del piso franco. Esperé en la cocina hasta que Elia se levantó. Parecía sorprendida de encontrarme allí, con una taza de café en la mano y preparando otra para ella.

—Buenos días —me dijo.

—Sé que anoche no pudimos hablar mucho —dije, dejando la taza sobre la encimera—. Pero hay algo que necesito preguntarte.

Me miró fijamente, esperando mis siguientes palabras.

No podía decirle la verdadera razón de mi petición. Quería una sensación de normalidad entre nosotros, sin las amenazas respirándonos en la nuca, como anoche. Pero eso era imposible hasta que ella y yo estuviéramos de acuerdo.

—Necesito saber todo lo que pasó en la mansión —dije, doblando los dedos sobre la mesa—. Por favor, Elia. Podría ser la clave de todo.

Se sentó frente a mí. Sus ojos se llenaron de emoción.

—Aleksey —empezó lentamente—. Ya te lo he dicho. Después de que te fueras, unos hombres armados llegaron a la mansión y nos atacaron. Tu tío luchó contra ellos y me dijo que escapara.

—Ya lo sé —dije—. ¿Pero qué más? Porque cuando encontré a Alya, había un mensaje del Bogatyr. Decía que debería haberme quedado.

—¿Qué dices?

—Es una foto que ya has visto —metí la mano en el bolsillo y la saqué—. Pero el mensaje fue diferente. Fuera lo que fuera, fue el Bogatyr intentando ponerte las manos encima.

—La —me corrigió rápidamente.

—¿La? —ladeé la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

—Aleksey, luego que saliste, tu tío y yo nos sentamos y juntamos todos los mensajes —dijo Elia—. Y la clara sensación que saqué fue que el Bogatyr no es un hombre, sino una mujer.

Se me hizo un nudo en la garganta. En otro tiempo, yo había sospechado lo mismo cuando pensé que Elia podría haber sido el Bogatyr.

Pero Elia no había terminado.

—De hecho —agregó—, creo que podría ser Svetlana.

El nombre me cayó como un rayo. ¿*Svetlana*? Era imposible. Aparté la mirada y los recuerdos me invadieron. La forma en que su cuerpo quedó tendido en el frío e insensible suelo al final de todo. El olor a sangre y carne quemada se grabó en mi mente. Ella había soportado una tortura a la que hombres mucho más fuertes habían sucumbido. Ella era una cosita muy pequeña. ¿Cómo pudo haber vivido después de eso?

—No —sacudí la cabeza—. No, no puede ser. Ella está muerta. Es imposible que haya sobrevivido a esa terrible experiencia.

—¿Pero y si lo hizo? —preguntó Elia—. Tú mismo me lo dijiste. Tu padre te dio una lección y luego te llevó con él. Ninguno de los dos se quedó para ver si ella moría.

—Él se habría asegurado de que ella muriera.

—¿Pero y si no lo hizo? —presionó Elia— ¿Y si, en su propia arrogancia y satisfacción por haberos hecho daño a ti y a ella de esa manera, simplemente la *dejó* allí para que muriera? ¿Y si pensó que ella nunca tendría la fuerza o la voluntad de vivir después de lo que había sufrido? Puede que no conociera a tu padre, pero por todo lo que me han contado de él, sin duda encajaría con su modus operandi. No era cuidadoso ni meticuloso. Le gustaba la crueldad.

Me quedé sin habla. Sin duda era una posibilidad. Padre siempre subestimaba a los que le rodeaban por el simple hecho de ser Fyodor Korolev, el intocable Pakhan de la Bratva Korolev y rey de Chicago. Pero si Elia tenía razón... si Svetlana estaba viva...

Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.

—Aleksey —la voz de Elia era ahora un bajo susurro—. ¿Fue tu padre quien te dijo que ella había muerto?

Asentí con la cabeza.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Me dijo que desapareció en las calles como todas las buenas putas —respondí sin entender—. Y que, con toda probabilidad, estaba muerta.

—Él nunca lo supo... —Elia se echó hacia atrás, con horror en los ojos—, sólo lo *supuso*. ¡Aleksey! ¿No lo ves? El Bogatyr no es un hombre o alguien relacionado con Svetlana; ¡el Bogatyr es Svetlana!

—¡No puede ser! —sacudí la cabeza—. ¡No puede ser!

Me levanté del asiento, el mundo giraba a mi alrededor. ¿Svetlana estaba viva? Durante todo este tiempo, ¿estaba viva? Me tapé la boca con la mano y sentí náuseas. Si era cierto, significaba que durante todos estos años me había estado observando desde las sombras. Durante todos estos

años, me había visto caer cada vez más en el camino que mi padre me había trazado.

Pasé días, semanas y meses buscándola después de aquella noche. Recorrí todos los rincones de Chicago con la esperanza de encontrarla, pero nunca lo conseguí.

La mano de Elia me tocó el brazo y una descarga eléctrica me recorrió.

—¿Aleksy? —me miró con preocupación en los ojos. Le devolví la mirada, incapaz de articular palabra.

Un horrible pensamiento burbujeó desde lo más profundo de mi ser hasta el primer plano de mi mente. Demasiado horrible para contemplarlo. Uno que podría acabar con todo entre Elia y yo.

¿Y si yo nunca hubiera dejado de amar a Svetlana?

Pero mientras la mano de Elia permanecía en mi brazo, surgió un segundo pensamiento, mucho más fuerte que el anterior. No importaba si nunca dejé de amar a Svetlana. Incluso si ella cruzara esa puerta en este preciso instante.

Porque la única persona que yo amaba ahora era Elia.

—¡Pakhan! —la voz de Ruslan me sacó de mis pensamientos—. Hay alguien aquí que quiere verlo. Una mujer.

Elia y yo intercambiamos una mirada, el mismo pensamiento cruzando nuestras mentes. *No...*

—Hazla pasar —ordené. Los dedos de Elia se apretaron contra los míos. ¿Podía ver lo nerviosa que estaba?

Ruslan asintió. Un momento después, una cara conocida entró en el piso franco. Sentí alivio y luego rabia cuando miré hacia la persona que no esperaba ni quería ver en aquel lugar.

Lana Keller.

Antes de que pudiera levantarme, levantó las manos.

—Sólo he venido a hablar —dijo.

—¿Cómo demonios nos has encontrado aquí? —pregunté, con la voz tensa.

—Rastreé el teléfono de tu mujer —dijo Lana, encogiéndose de hombros—. Hola, Elia.

—Hola —respondió Elia débilmente.

Lana sonrió débilmente a mi mujer. Pero la sonrisa vaciló cuando vio la ira en mis ojos. Fuera por lo que fuera, no podía ser nada bueno. Y si intentaba involucrar a Elia... Bueno, quizá tuviera que romper la última regla que me quedaba.

—No vine a buscar problemas —dijo Lana en voz baja, como si tratara de apaciguarme.

Me moví enfrente de Elia, para protegerla de ella.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunté.

—Tenemos que hablar —dijo Lana.

—No tengo nada que decirte —gruñí—. No sin un abogado presente.

—Aleksey, ahora mismo no acudo a ti como representante de la fiscalía, sino como la mejor amiga de tu mujer —espetó Lana.

—¿La misma que amenazó con quitarle a nuestro hijo? —mi voz se alzó con rabia—. ¿La misma que amenazó con encerrarla en la cárcel?

—¡Estaba preocupada por ella!

—¿Y no te has planteado que quizá no tenías por qué estarlo? —rugí de nuevo.

—Aleksey —intervino Elia, agarrándome la mano con fuerza—. Por favor.

—Esto es lo que va a pasar —dije con fuerza—. Te darás la vuelta y olvidarás que alguna vez estuviste aquí. Y una vez hecho eso, te irás de esta ciudad y no volverás jamás. ¿Lo has entendido, Keller?

Lana ya no me escuchaba; su atención se centraba ahora en algo que había en la ventana detrás de mí. Su rostro palideció.

Cuando mis ojos siguieron los suyos y vieron lo que ella veía, sentí que se me helaba la sangre en las venas.

Un grupo de hombres estaba fuera, con los rifles preparados.

Capítulo 49

Elia

—¡Al suelo! —gritó Aleksey mientras me empujaba al suelo.

Perdí el agarre de la mano de Aleksey cuando sonó la primera ráfaga de disparos y Lana me empujó detrás de una columna. El sonido era fuerte, pero no lo suficiente como para ocultar el sonido de Aleksey ladrando órdenes a los pocos hombres que tenía en el piso franco.

Ya ni siquiera sabía quién nos estaba atacando, y eso ya no me importaba.

Respiraba entrecortadamente mientras buscaba frenéticamente a mi marido. No iba a dejar que se enfrentara solo a esos atacantes.

Un cristal se hizo añicos a nuestras espaldas y me agaché contra la mesa, Lana y yo apretujadas tras la madera.

—¡Tenemos que irnos! —me gritó al oído—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—¡No puedo dejarle! —grité por encima del estruendo de los disparos. En algún lugar cercano, alguien respondía a los disparos, y seguí el sonido, encontrando a Aleksey agachado detrás de otra mesa volcada, con una pistola en la mano.

—¡Dame un tiempo estimado de llegada! —gritó Lana.

Me giré y la miré. Tenía el teléfono pegado a la oreja y cara de preocupación. Me di cuenta de que probablemente estaba pidiendo refuerzos.

—Los SWAT llegarán en cinco minutos como máximo —respondió Lana, guardándose el teléfono en el bolsillo—. ¡No puedes estar aquí, Elia! Esos tipos disparan primero y preguntan después.

No sabía por qué lo había dicho, pero el miedo me recorrió la espalda.

—¡No voy a dejarlo! —dije, apretando la mandíbula. Prefería morir antes que dejar a Aleksey a merced de lo que fuera a pasar.

—¡Deja de ser tan estúpida! —gritó Lana, agarrándome del brazo. Clavé los pies en la alfombra, dándome la vuelta frenéticamente.

—¡Aleksey! —grité, llamando su atención. Él miró la mano de Lana en mi brazo, pero se me encogió el corazón cuando gritó:

—¡Vete!

Quería que me fuera con ella. Empecé a sacudir frenéticamente la cabeza, no quería separarnos

de nuevo. Si lo hacíamos, me aterrorizaba lo que pudiera pasar. Me aterrorizaba la posibilidad de no volver a verle.

—¡No! —grité.

—¡Elia, vamos! —me instó Lana—. ¡Si te quedas, estarás muerta!

Le dirigí a él una última mirada suplicante para que viniera a salvarme, pero en lugar de eso apretó la mandíbula y gritó de nuevo:

—¡Vete!

Tenía tantas cosas que decirle que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Vamos a salir por el otro lado! —dijo Lana—. Prepárate para correr, ¿de acuerdo? ¿Elia? Elia!

Me volví hacia ella, observando la naturaleza frenética de su expresión.

—¡Está bien! —asentí.

Volviéndome hacia donde estaba Aleksey, lo encontré todavía mirándome, haciendo gestos de que iba a disparar en cualquier momento para darnos cobertura. Grabé su imagen en mi memoria, temiendo que fuera la última vez que lo viera. No podía ser. No podía soportarlo. Me negaba a creer que nuestra historia fuera a terminar aquí y que la siguiente página estuviera en blanco.

Se me retorció el corazón cuando dijo algo antes de apuntar con su arma. Lana tiró de mí y me obligó a moverme en cuanto Aleksey disparó. Un cristal crujió en algún lugar cuando un hombre entró, se convulsionó cuando las balas se estrellaron contra su cuerpo y cayó al suelo inmóvil.

Lana y yo nos precipitamos hacia la ventana, con el corazón laténdome en los oídos.

En un abrir y cerrar de ojos, Lana me obligó a salir del piso franco en dirección a un todoterreno oscuro. En cuanto entramos, arrancó el motor. No pude evitar reproducir mi última imagen de Aleksey, con preocupación en los ojos mientras seguía disparando a los hombres que entraban.

Las sirenas sonaron a lo lejos mientras Lana sacaba el todoterreno y se alejaba de la casa.

Se me llenó la garganta de lágrimas y contuve la emoción, no quería perderme ahora. Aún teníamos que alejarnos de la amenaza y seguía sin saber si podía confiar en mi mejor amiga para que me llevara a un lugar seguro.

—¿Sabes qué me recuerda esto? —dijo ella.

Al darme cuenta de que Lana me había hablado, miré hacia ella. Tenía los ojos muy abiertos y

desorbitados, y agarraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos como el papel.

Me recosté en el asiento, con el cuerpo repentinamente cansado ahora que la adrenalina ya no corría por mi cuerpo. ¿Cuántas veces más me dispararían? Era un milagro que no me hubieran dado.

—¿Qué? —le pregunté.

—El día de tu boda —un atisbo de sonrisa cruzó sus labios—. Esa fue la última vez que salimos huyendo.

Si hubiera sabido de qué estaba huyendo aquel día, quizá no habría elegido huir en absoluto. Era una locura pensar que me había enamorado de la única persona de la que creía que debería haberme alejado, pero no quería nada más en mi vida.

—Aquel día hicimos lo que creímos correcto —dije por fin mientras ella se incorporaba a la autopista.

Lana me miró.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dije, haciéndole un gesto con la mano. Físicamente, estaba bien. ¿Pero emocionalmente? Dejar a Aleksey de la misma forma que había dejado a su tío, enfrentándose a quién sabe cuántos hombres más que venían a matarlo, había dejado un abismo tan ancho como el Gran Cañón en mi corazón.

—Sabes que no estoy de acuerdo en dejar a mi marido, ¿verdad? —dije mientras cerraba los ojos.

Lana miró por el retrovisor mientras se incorporaba al tráfico y volvía a la ciudad.

—Por favor, no me digas que lo amas, Elia —sonaba triste. *¿Por qué sonaba tan triste?*

—Claro que le amo —solté una carcajada ahogada—. ¿Por qué no puedes creerme?

Lana suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No me lo puedo creer. De verdad que no me puedo creer que te hayas enamorado de él.

—¡Es mi marido, Lana! —argumenté—. Tenía que pasar. Él no es lo que piensas.

Se burló.

—¿En serio? ¿No es lo que yo pienso? ¿Tienes *alguna* idea de cuánta gente ha matado? Porque yo sí. Él no es el bueno aquí, Elia.

—No puedes evitar de quién te enamoras, Lana —suspiré.

—Sí, lo sé —dijo—. Por eso esto me va a doler a mí mucho más que a ti.

Se me erizó la piel en advertencia y me incorporé en el asiento.

—¿De qué estás hablando?

—Dios, Elia —asintió ella, manteniendo la vista en la carretera—. Intenté sacarte de esto.

—Lana —insté, pensando en cuando Aleksey me había advertido acerca de en quién confiar en este momento. Sobre *su* advertencia—. ¿Qué estás diciendo?

Su mandíbula se tensó y se me cayó el estómago.

—Elia Tarallo, estás detenida —dijo Lana, con lágrimas en los ojos—. Se te acusa de ser cómplice de todas las actividades criminales de Aleksey Korolev, incluido el asesinato de Ludovico Tarallo. Tienes derecho a guardar silencio. Todo lo que digas puede y será usado en tu contra. Tienes derecho a un abogado...

Me quedé sin habla mientras me recitaba mis derechos Miranda. No me lo podía creer. Todo este tiempo pensé que venía a salvarme, pero en lugar de eso había hecho lo que Aleksey me advirtió que haría. Había venido a capturarme. Ella me había convertido en la debilidad de Aleksey.

—Perra —susurré.

—Lo siento, Elia —dijo Lana, evitando mi mirada furiosa—. De verdad que lo siento. Pero es la única forma de sacarte de aquí. Si te tengo bajo mi custodia, entonces puedo arreglar una protección de testigos para ti.

—Vete a la mierda, Lana —sacudí la cabeza—. Deja de mentirme, joder.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —dijo Lana, secándose los ojos furiosamente—. ¡No tuve elección en esto! Berkowitz acudió a los federales en cuanto los hombres de tu padre cruzaron la frontera. Está hablando con la oficina del fiscal de Chicago y están coordinando todo esto con el FBI a la cabeza. ¡El FBI, Elia! Y si se enteran de cualquier implicación de Rusia, que yo creo que sí, ¡hay posibilidades de acusar a Aleksey de terrorismo! No tienes idea de lo duro que tuve que discutir sólo por ti.

No podía respirar.

—No puedo creerte —expresé. Quería discutir, decir algo más, pero las palabras se me morían en la lengua—. ¡Pensé que eras mi amiga!

—¡Esta soy yo siendo tu amiga ahora mismo, Elia! —gritó, golpeando el volante—. ¿Por qué no

puedes ver que te estoy salvando?

Apreté la mandíbula.

—Déjame salir de este coche ahora mismo —espeté.

—No, Elia —sacudió la cabeza—. No puedo.

—¡Sí que puedes! —grité, alcanzando la manija y tratando de abrirla. Así no podía acabar todo. No podía ser.

—Elia, por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es —suplicó—. ¡Por favor, no añadas resistencia a la autoridad a tu lista de cargos! Mierda.

El terror en esa singular palabra me hizo detenerme, mis ojos volando en su dirección.

—¿Qué pasa?

Ella miró el espejo retrovisor nerviosamente antes de cambiar de carril, el movimiento repentino me tiró de nuevo en mi asiento.

—Creo que nos están siguiendo —punteó ella.

¡*Aleksey*! El corazón se me subió a la garganta. Venía a buscarme y encontraríamos un lugar seguro donde escondernos hasta que organizáramos nuestros planes.

—Oh, joder ¡joder! —dijo Lana un momento después, pisando el acelerador para adelantar a un coche lento que se cruzaba en su camino—. Sea quien sea, no creo que sea tu marido.

Dejé escapar un suspiro lento, el calor se estaba convirtiendo en miedo y temor. Sólo había otra persona que me persiguiera así sin piedad.

—Tienes que perderlos —la insté.

—¿Qué crees que intento hacer? —replicó ella, con la irritación encendida en la voz mientras cambiaba de carril en la autopista hacia una bifurcación próxima.

Lana pisó el acelerador y se metió en el carril para coches ocupados por más de dos pasajeros, acelerando. Pero el todoterreno que venía detrás continuó siguiéndonos. Contuve la respiración, preguntándome cuál sería el siguiente movimiento.

Una llamada apareció en la pantalla y Lana torció los labios.

—¿Quién es? —pregunté mientras ella contestaba. ¿Acaso era la oficina del fiscal del distrito o alguien más?

—Soy Keller. Todavía la tengo —dijo con voz tensa—. Y sería inteligente de tu parte entregarte antes de que yo la entregue a ella.

—¡Aleksey! —grité, intentando coger el teléfono.

Lana levantó el codo para protegerse, y mis uñas se clavaron en su antebrazo.

—No, tú no lo entiendes. Cruzaste la línea el día que te casaste con mi mejor amiga. Sólo intento salvarla. Hago lo que puedo para sacarla de la mierda en la que la has metido.

—Por favor —rogué—. Déjame hablar con él. Al menos sabía que seguía vivo y buscándome—. ¡Déjame hablar con él antes de que sea demasiado tarde, Lana!

—Entrégate —dijo ella en su lugar, ignorándome—. Y todo esto puede acabar pronto.

—¡Lana! —grité cuando un todoterreno se metió delante de nosotros, pisando el freno. Lana maldijo y el teléfono cayó al suelo al pisar el freno, girando el volante para que no nos embistieran por detrás. Me agarré a la consola cuando el todoterreno se detuvo en seco y el aire se llenó de olor a goma quemada.

Lana me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —balbuceé—. ¿Y tú?

Asintió con la cabeza y nos quedamos mirándonos durante un largo minuto antes de que ella se lanzara hacia mi puerta.

—Tienes que correr, Elia —dijo rápidamente, abriéndola—. ¡Vete de aquí!

Sabía lo que la había hecho cambiar de opinión. Ella sabía que ella no era el objetivo, sino yo. Y si nuestro perseguidor me ponía las manos encima, yo no volvería a ver a Lana ni a nadie. Tanteé la manilla y finalmente abrí la puerta de un tirón, apresurándome a salir del asiento. En cuanto mis pies tocaron el suelo, corrí hacia los coches que se acercaban, con la esperanza de que alguien se detuviera al ver mis frenéticos gestos.

De repente, alguien me agarró por detrás y tiró de mí violentamente hacia atrás.

—No tan deprisa —gruñó una voz, y sentí el familiar y duro metal del cañón de una pistola presionándome la espalda—. Alguien quiere hablar contigo.

Capítulo 50
Aleksy
Treinta minutos antes

Saqué el cargador de mi pistola y conté las balas, sabiendo que no me quedaba mucho tiempo antes de que se vaciara. Ruslan estaba muerto en el suelo. Vova se había llevado a Alya con él, con instrucciones de no ponerse en contacto hasta que estuvieran lo bastante lejos. Mis ojos se desviaron hacia la puerta abierta por la que mi esposa había salido con Lana. Por mucho que quisiera seguirla, no podría hacerlo sin ganar más tiempo para que Vova se llevara a Alya lo más lejos posible.

Lo que significaba que, por ahora, estaba solo.

—¡Korolev! ¡Sé que estás aquí! ¡Sal y entrégate!

Maldije y disparé unas cuantas balas más en respuesta. Así que eran los Tarallos los que habían decidido venir a por mí, después de todo. Deben haber seguido a Keller hasta aquí. La puta cabrona.

Mis asediadores continuaron burlándose de mí, pero me negué a moverme de mi escondite, sabiendo que ahora tenía que ser estratégico en mis disparos. Por suerte para mí, sólo había unos cinco hombres, cuatro de los cuales ya había puesto en el suelo en el inicio de la confusión. Y ahora que Elia estaba fuera de peligro, podía ser un poco más imprudente.

Pero eso tampoco significaba que me quedara mucho tiempo. Había pillado a Lana pidiendo refuerzos y, en todo caso, los SWAT de la policía de Chicago iban a venir mucho más armados y a disparar mucho más en cuanto llegaran.

Apoyé la cabeza en la mesa volcada, saqué el móvil y envié un mensaje a cualquiera que pudiera estar cerca. Hubo otra ráfaga de disparos, pero luego me bendijo el sonido del silencio. Salté sobre mi posición, apunté al hombre que seguía en pie y disparé.

Clic.

Joder.

—Bueno, ¿no es una putada? —gritó él—. Sal y enfréntate a nosotros como un hombre.

—¿Crees que esto va a acabar con nosotros cogidos de la mano y cantando? —le grité, decidiendo que lo irritaría lo suficiente como para que cometiera algún error. Si le provocaba lo suficiente, él podría perder la calma y yo tendría la oportunidad que necesitaba para inclinar la balanza a mi favor.

A lo lejos, podía oír sirenas. La policía de Chicago estaba en camino.

—Así que estás vivo —dijo—. Me preguntaba si te habíamos matado.

—Lo intentasteis —dije, con las orejas aguzadas para escuchar cualquier movimiento que me indicara que se acercaba a mi escondite—. Aunque no puedo decir lo mismo de tus chicos. ¿Tienes nombre?

—Sí, es Jódete.

Sacudí la cabeza. De todos los putos momentos para bravuconadas, ¿este gilipollas elegía este?

—Escucha, voy a salir con las manos en alto. Y si eres amable, quizá hasta te diga dónde está la hija de Ludovico —mentí—. Antes de que la policía de Chicago aparezca y nos convierta a todos en carne picada.

—Crees que nací ayer —dijo un momento después—. Acosar al hombre que podría darte la muerte hoy no es lo más inteligente que has hecho, Korolev.

—Eso es lo gracioso —respondí mientras me levantaba—. Porque si quisieras matarme, ya lo habrías hecho.

—Esto es más que matarte —el hombre tenía un garrote en la mano—. Esto es justicia por lo que le hiciste a nuestro Don. Por lo que le has estado haciendo a su hija. Ríndete ahora. Antes de que esta mierda se te vaya de las manos.

Ya estaba fuera de control. Quería decir algo, pero entonces lo oí. El sonido revelador de las sirenas, y se estaban acercando. Los dos salimos corriendo del lugar al mismo tiempo, con nuestras disputas temporalmente olvidadas.

Mis zapatos golpeaban el pavimento a medida que me adentraba en la hilera de edificios, ciñéndome a los callejones con olor a orines, marisco viejo y basura. No sabía cuántas manzanas había corrido, pero cuando me detuve, apretando la mano contra el ladrillo, estaba sin aliento.

Tragando saliva, busqué mi móvil, localicé mi posición y envié un mensaje a Vova para que viniera a buscarme. No había tiempo que perder. Lana tenía a mi mujer y no sabía qué iba a hacer con ella.

Pero estaba muy seguro de que no iba a permitirlo.

Hojeando mis contactos, llegué al número de teléfono desechable de Elia, sólo para sentirlo sonar en mi propio bolsillo.

Joder.

—¡Pakhan! —no pasó mucho tiempo antes de que el coche de Vova llegara al callejón—. Entre.

—¿Dónde está mi hermana? —grité, apartándome de la pared.

—Está bien. Un poco alterada, pero Kurbashy la llevará a otro piso franco. Se quedará con ella hasta que nos den el visto bueno.

Asentí con la cabeza y el coche arrancó a toda velocidad por la ciudad, pasando junto a las sirenas de los camiones de bomberos y los coches de policía que se dirigían al piso franco que ahora estaba vacío. Me aferré al teléfono durante todo el trayecto, con la esperanza de que Lana o Elia se pusieran en contacto conmigo y pudiera deshacerme de la inquietud que empezaba a invadirme.

Pero el teléfono permanecía en silencio y cuanto más nos alejábamos del piso franco, más me preocupaba que Lana no estuviera intentando salvar a mi mujer.

Volví a mirar el teléfono desechable y mi nombre parpadeó en la lista de llamadas perdidas, y fue entonces cuando recordé que Lana ya había llamado una vez a Elia a este teléfono. Me desplazé hasta el final de la lista de llamadas recientes y vi el prefijo de Nueva York.

Lo tengo.

Llamé, pero me saltó el buzón de voz. *¡Joder!* Quería tirar el teléfono contra algo hasta que se rompiera, pero luché contra el impulso y volví a llamar, sin querer creer que estaba a merced de que la maldita Lana Keller cogiera el teléfono.

Me faltaba un trozo de mí, un trozo de mi corazón, si no mi corazón entero.

Me negaba a creer que no volvería a ver a Elia.

Respiré hondo para aliviar el dolor que sentía en el pecho y volví a llamar a Lana.

Esta vez contestó.

—Soy Keller.

Maldita zorra.

—¿Dónde coño está mi mujer? —gruñí antes de que pudiera decir algo más.

—Todavía la tengo —dijo con voz tensa—. Y sería inteligente de tu parte entregarte antes de que yo la entregue a ella.

—¡Aleksy! —escuché gritar a Elia y se me erizaron todos los pelos del cuerpo al oír el terror en su voz. Estaba a salvo, pero ¿por cuánto tiempo?

—Devuélveme a mi mujer y haré todo lo posible por no matarte —dije al teléfono—. Si entregas a mi mujer —agregué, esperando que pudiera oír la promesa en mi voz—, habrás cruzado una línea que no perdonaré, Keller. Me importa una mierda quién seas o quién hayas sido para mi mujer si eso ocurre. No descansaré hasta que estés jodidamente muerta bajo tierra. ¿Entiendes?

—No, tú no lo entiendes. Cruzaste la línea el día que te casaste con mi mejor amiga. Sólo intento salvarla. Hago lo que puedo para sacarla de la mierda en la que la has metido.

—¿La mierda en la que la metí? —espeté— ¿Crees que fui yo quien orquestó este matrimonio? Nos obligaron a estar juntos, Keller, y le he dado a Elia la vida que se merece. No hagas, repito, no hagas lo que estás planeando o te arrepentirás de haberme traicionado.

Escuché de nuevo a Elia detrás.

—Entrégate —agregó Lana fríamente—. Y todo esto puede acabar pronto.

Por un segundo, contemplé la posibilidad de hacer exactamente eso. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta si eso significaba que Elia quedara libre. Pero al mismo tiempo, sabía que, si me arrestaban, no quedaría nadie para protegerla del Bogatyr.

No... me recordé a mí mismo. *De Svetlana.*

Lana y Svetlana. Sacudí la cabeza con amargura. Qué casualidad que las dos mujeres que intentaban destruir mi vida sonaran como si compartieran el mismo nombre.

—Eso no va a pasar —gruñí.

—¡Lana! —escuché gritar a Elia al otro lado, con miedo en la voz.

—¡Elia! —grité yo, preguntándome si podría oírme. De repente se oyeron ruidos al otro lado. Esperé con la respiración contenida a que alguien, cualquiera, agarrara el teléfono.

—¡Elia! —volví a gritar—. ¡Lana!

Y entonces, la voz de un fantasma sonó en el teléfono.

—Volemos juntos, Aleks. Solos tú y yo.

Se me heló la sangre. Elia tenía razón.

—¿Svetlana? —susurré—. ¡Svetlana, cualquier problema que tengas, es conmigo! ¡No con ella! ¡Svetlana!

Pero era demasiado tarde. La llamada había terminado.

Furioso, tiré el teléfono al suelo del coche y golpeé la consola con los puños.

—¡Joder! ¡JODER! ¡JODER!

Capítulo 51

Elia

Intenté luchar contra el agarre en vano y me vi obligada a caminar de vuelta al todoterreno. Los coches pasaban zumbando a nuestro lado, y pensé en intentar arrojar a mi captor en el tráfico que circulaba en sentido contrario. Pero lo último que quería era que me atropellaran a mí también, así que hice todo lo que pude para ponérselo lo más difícil posible.

—Joder —murmuró él—. Ella es todo un problema.

Alguien abrió una puerta para dejar salir a una figura con unas grandes gafas de sol. Esa misma figura tiró el teléfono de Lana a la carretera sin contemplaciones y avanzó con paso agobiado. Casi como si cada paso le causara un gran dolor.

Cuando se acercó a mí, se quitó las gafas de sol, dejando al descubierto su rostro. Me estremecí al verla.

Su piel parecía curtida, casi como si llevara una máscara. Desde la comisura de los labios a lo largo de las mejillas le salían unos surcos largos y profundos, como si alguien le hubiera rajado metódicamente la boca para que formara una permanente sonrisa grotesca. A lo largo de toda la piel que tenía al descubierto había uniformes puntos que me erizaban la piel. Llevaba el pelo perfectamente arreglado, pero tenía la ligera sospecha de que era una peluca. Uno de sus ojos estaba cerrado, con una hendidura a modo de abertura. El otro ojo era de un brillante verde esmeralda.

Y cuando ese único ojo verde me miró fijamente, sentí su *odio*.

—Oh —dijo ella con voz ronca mientras pasaba el dedo por mi cara—. Eres aún más guapa en persona. No me extraña que Aleksey esté tan enamorado de ti.

—¿Eres Svetlana? —las palabras finalmente salieron de mi boca.

—Svetlana está muerta —respondió con furia—. Ahora sólo me conocen como el Bogatyr. Durante diez años, planeé mi venganza. Y ahora que te tengo a ti, bonita zorra, por fin le quitaré algo a él. Finalmente lo lastimaré como él me lastimó a mí.

—Aleksey nunca te lo permitirá.

—Aleksey nunca te lo permitiría —repitió burlonamente mis palabras y sonrió. Sus labios se despegaron como pétalos de flores desplegándose por la mañana—. No conoces a Aleksey Fyodorovich Korolev. No como yo. No como yo lo hice. Le rogué que me salvara. ¡Le grité que me salvara! ¿Pero lo hizo? ¡No! No, fue un buen niño e hizo exactamente lo que papá le dijo que hiciera. Paga a la puta, Alyosha. Dale las gracias. Y lo hizo —se le borró la sonrisa de la cara—. Y luego se fue a hacer lo que le dio la puta gana.

Sus manos como garras me agarraron la barbilla y me quedé mirando su monstruoso rostro.

—Mira, zorra bonita —dijo ella—. Él me pertenece a mí. No a ti.

—Él me va a encontrar —apreté los dientes—. Y entonces me salvará de ti.

—No, perra tonta y bonita —sacudió la cabeza—. No lo hará.

—¿Qué hacemos con aquella, señora? —dijo el hombre detrás de mí.

Eché un vistazo a mi lado y vi a una Lana con los ojos muy abiertos que estaba siendo manoseada por uno de los hombres de Svetlana. Quería consolarla, pero ni siquiera podía consolarme a mí misma. Y su traición aún estaba fresca.

—No le hagas daño —siseó Svetlana—. No necesito enemistarme con la gente que puede ayudarme a acabar con Aleksey Korolev. Átala para que la encuentre otro.

Su compañero asintió e inmediatamente se dedicó a su tarea mientras Svetlana volvía a centrar su atención en mí.

—Oh, yo solía ser como tú. Tan bonita y hermosa. Hasta que Aleksey Korolev me destruyó. Eso es lo que él hace, perra bonita; toma algo que era hermoso y lo destruye.

—No fue él. Fue su padre.

—¿Cómo te atreves a corregirme sobre *mi* pasado! —gruñó ella—. Aleksey podría haber ordenado a Boris disparar a todos los hombres allí. Podría haber evitado que sucediera, pero no lo hizo. Esa es la parte de la historia que nunca menciona. La parte que pone la culpa de nuevo en sus manos. Por eso su castigo será peor que el de su padre.

Sentí que la lucha se desvanecía lentamente de mi cuerpo mientras forcejeaba. Estaba hechizada por sus palabras. Por mucho que quisiera temerle y odiarla, una parte de mí estaba fascinada con ella. Otra parte de mí la compadecía.

—Y te contaré otro secreto —aquellos labios como pétalos volvieron a separarse—. Fui yo quien colocó el broche de tu despreciable hermano en el escritorio de Aleksey.

Jadeé. *Aleksey no había mentido*. Pero eso significaba...

—Y también fui yo quien convenció a tu padre para que te vendiera a Aleksey. Tendrías que haberle visto cuando le propuse la idea. Cuando le dije que todo esto era parte del plan para destruir a los Korolev, ¡firmó el contrato sin dudarlo! Te *vendió* al hombre que masacró a su hijo, sabiendo lo que te esperaba.

La fuerza minaba mis piernas. ¿Fue ella quien convenció a mi padre de casarme con Aleksey? ¿Fue ella todo este tiempo? ¿Todas las desgracias que nos ocurrieron parte de su elaborada venganza? Toda esta meticulosa planificación. ¿Todo para qué? ¿Una oportunidad para lastimar

a Aleksey? Ella había matado a su padre. Había matado a su madre. Había matado a su tío. Podría haber matado a su hermana también.

¿Cuándo sería suficiente? La poca piedad que sentía por ella se evaporó en ese momento.

Tenía que ser inteligente al tratar con esta mujer. *No*, me dije. *Este monstruo*.

—¿Y ahora qué? —pregunté, esperando que mi voz no sonara tan agitada como me sentía.

No contestó, sino que se dio la vuelta mientras su compañero me obligaba a avanzar hacia la puerta abierta del todoterreno.

—Sube —me ordenó.

Respiré hondo y levanté la barbilla.

Los Tarallos somos fuertes.

No iba a tenerle miedo. Eso era lo que ella quería de mí. Miedo. Pero, yo había luchado demasiado, había pasado por demasiadas cosas como para tenerle miedo ahora.

Tragando saliva, subí y me encontré sentada a su lado. La puerta se cerró y el todoterreno se puso en marcha casi de inmediato.

—Adelante —señaló la puerta—. Intenta abrirla. Yo esperaré.

Sin dejar de mirarla, tiré de la manilla. Y nada. Debía de haber puesto el seguro para niños. Ya no había escapatoria.

—Dime, perra bonita —dijo Svetlana un momento después—. ¿Qué *crees* que voy a hacerte?

Me negué a contestar, porque sabía que cualquier cosa que dijera sería utilizada en mi contra. Sin duda, ella convertiría en realidad todas mis horribles hipótesis. Me giré hacia la ventana.

—El silencio no te salvará —se burló en voz baja—. Sé que estás embarazada. Lo sé porque lo sé todo sobre vosotros dos. Dondequiera que ibais, en cada comida que hacíais y cada vez que follabais, yo siempre estaba allí.

Su mano en forma de garra se cernió sobre mi vientre y me abracé instintivamente. Contuve la respiración, aterrorizada por lo que pudiera hacer.

Para mi sorpresa, retiró la mano y apartó la mirada.

—Ese bebé debería haber sido mío —susurró.

En ese momento, cuando apartó la mirada, pude creer que en realidad había sido hermosa alguna

vez. Su dolorida voz despertó de nuevo mi compasión. Ella había sufrido a manos de la Bratva Korolev. Los horrores que había soportado eran más de lo que yo podía imaginar. Y fue precisamente ese horror que tuvo que soportar lo que me hizo compadecerme de ella.

—¿Sabes qué fue lo peor de aquella noche? —se volvió hacia mí. Sin esperar respuesta, continuó —: Se aseguraron de que ya no pudiera tener un bebé.

Mi corazón se rompió por ella. Le habían hecho daño. La habían humillado. Y en su crueldad, la habían privado de todo lo que podría haberle proporcionado alguna fuente de alegría. Le negaron lo único que le recordaba que seguía siendo una mujer. Que seguía siendo humana.

—Lo siento... —murmuré.

—No —gruñó ella—. ¡No lo sientes!

—Si lo hago —asentí con la cabeza—. Siento que hayas tenido que sufrir algo que nadie debería sufrir nunca. Siento que te lo quitaran todo. Y siento que seas incapaz de soltar el odio que sientes.

Me obligué a mirarla mientras hablaba, negándome a apartar la mirada. Tenía que demostrarle que no le tenía miedo.

Svetlana me fulminó con la mirada y se me erizó la piel al ver cómo me clavaba su ojo bueno.

—¿Cómo puedes no odiarle? —preguntó con voz suave—. ¿Cómo puedes permanecer al lado de un hombre cuyas manos están prácticamente empapadas con la sangre de tu familia? ¿Cómo puedes soportar estar cerca de él?

Me mordí el labio inferior. En cierto modo, tenía razón. ¿Cómo *podía* yo no odiar a Aleksey después de todo lo que le había hecho a mi familia?

Pero cada vez que su nombre pasaba por mi cabeza, lo único que recordaba era cómo me abrazaba, cómo me miraba como si yo fuera lo único que le importara. Vi con qué intensidad podía amarme, con qué pasión se esforzaba por protegerme, pero, por encima de todo, vi momentos en los que estaba dispuesto a dejar caer la fachada de hierro que se había visto obligado a poner delante de sus hombres.

Vi momentos de suavidad que nadie, quizá ni siquiera Svetlana, había visto jamás. Recordé cómo se aferró a mí para consolarme cuando me habló de la muerte de su madre.

Él me necesitaba tanto como yo a él.

Y por mucho que otros intentaran separarnos, siempre encontrábamos el modo de volver el uno al otro.

Yo era suya y él era mío.

Siempre y para siempre.

—Porque —respondí— no estoy dispuesta a renunciar a lo bueno que hay en él.

—¿Crees que hay algo bueno en él?

—No creo; sé que lo hay —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho—. Nunca quiso que tú cargaras con el peso de la ira de su padre. Estaba dispuesto a huir contigo. Estaba listo para alejarse de esta vida contigo.

—Y mira cómo han cambiado las cosas —dijo ella acaloradamente—. Mira cuánto más profundamente ha caído en este mundo en su lugar.

—Porque fue empujado a ello. Forzado a ello —respondí—. Si hubiera podido elegir, habría salido.

—¿*Si hubiera podido elegir*? —repitió Svetlana y echó la cabeza hacia atrás con una carcajada despreocupada—. ¡Pobre zorra ingenua y estúpida! Durante diez años se *deleitó* en este mundo. Conozco a todas las personas que mató. Cada trato que hizo. Cada chica que se folló. Nunca hubo un momento en el que *pensara* en irse. ¡Por eso debe morir! ¡Él y cada persona que alguna vez llevó el nombre Korolev!

—¿Por eso asesinaste a su madre? —pregunté quedo— ¿Porque llevaba el apellido Korolev?

—¡Porque quería que sintiera lo que yo sentí esa noche! —la expresión de Svetlana se nubló— Cuando estaba allí, en el suelo, después de todas las cosas terribles que me hicieron los hombres de su padre, no dejaba de decirme a mí misma que esas cosas no ocurrieron porque sí. Que no podían haber ocurrido, así como así. Me rogaba a mí misma despertar de esa pesadilla. Pero no podía. Y así, lo atrapé en la misma pesadilla en la que él me atrapó a mí.

—¿Y su hermana? —pregunté—. Podrías haberla matado. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Sabes qué es lo más peligroso del mundo? —sus labios volvieron a abrirse en esa sonrisa grotesca—. La esperanza.

Intenté apartar la mirada, pero su mano volvió a agarrarme la cara.

—¡Mírame! —gruñó ella.

Clavé la mirada en su único ojo, en sus labios, y luché contra el impulso de encogerme de terror.

—Tenía que darle esperanzas a Aleksey —dijo—. Porque mientras tenga una pizca de esperanza de que yo pueda mostrar algo de clemencia, hará que el último giro del cuchillo sea mucho peor.

—¿Es eso lo que harás conmigo? —la desafié—. ¿Darle esa pizca de falsa esperanza?

—¿Tú? No te hagas ilusiones, zorra bonita —Svetlana me soltó y su mirada se desvió hacia el bulto de mi vientre. Una sonrisa cruel se dibujó en su desfigurado rostro—. Tienes algo que yo quiero. Tienes algo que, por derecho, me pertenece.

¡No! El corazón se me agarrotó en la garganta mientras mi mano se envolvía protectoramente alrededor de mi vientre. *Ella no puede hablar en serio.*

Las manos de Svetlana apartaron las mías, las inmovilizaron contra el asiento y se desplazaron hasta colocarse en mi regazo.

—Y cuando llegue el momento, zorra bonita... —se inclinó hacia mí y me susurró al oído, gruñendo—. Tomaré lo que es mío, incluso si tengo que arrancártelo.

FIN DEL LIBRO 2

La historia de Elia y Aleksey continúa en el Libro 3 – *Involuntariamente Nuestro*

ES: <https://www.amazon.es/dp/B0CWW1V7Z5>

MX: <https://www.amazon.com.mx/dp/B0CWW1V7Z5>